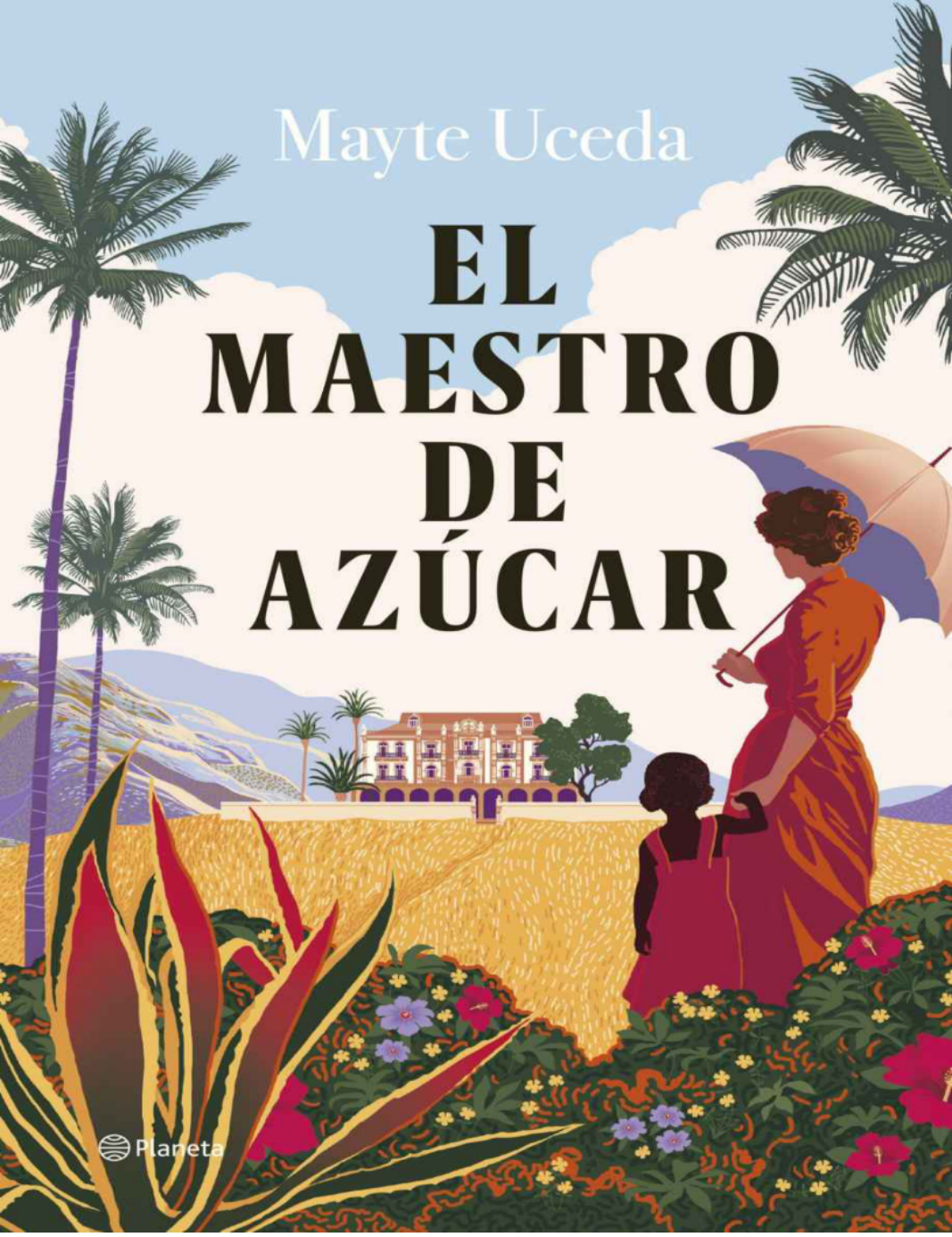
Mayte Uceda

EL MAESTRO DE AZÚCAR



Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Norte de España, 1895: dos mujeres abandonan la apacible villa de Colombres para viajar a la lejana isla de Cuba. Sus motivos no pueden ser más distintos.

Mar, la hija del médico del pueblo, emprende la travesía siguiendo a su padre, encargado de dirigir un consultorio en una plantación de azúcar llamada Dos Hermanos.

Paulina, viuda demasiado joven y de origen humilde, se ve obligada a embarcar para contraer matrimonio con el prestigioso maestro de azúcar de la hacienda, un hombre a quien no conoce.

La primera sueña con ser médico; la segunda se pregunta si será feliz con su inminente esposo.

Dos jóvenes unidas por el mismo destino que emigran por amor y lealtad a la familia. Una isla exótica que oculta bajo su luz antiguos odios y venganzas. Todo ello a las puertas de la Guerra Necesaria, que dará a Cuba su independencia.

El maestro de azúcar

Mayte Uceda

Para mis padres, por la infancia feliz, la música y los libros.
Para Enol, porque te quiero muchísimo.
Y para Luis Ángel, por ser el faro de mis galernas.

Solo con quien te ama puedes mostrarte débil sin provocar una reacción de fuerza.

THEODOR W. ADORNO

Los peces presos en la nasa comienzan a pensar.

PROVERBIO AFRICANO

PRÓLOGO

Santa Clara, Cuba, agosto de 1986

Déjame contarte una verdad: todas las personas han sido jóvenes antes, pero no todas han sido viejas con anterioridad.

Esas fueron las palabras que, décadas atrás, pronunció Ma Petronia frente a un cuenco de madera impregnado con sangre caliente de pollo. Cristiana por el día y practicante de vudú por la noche, aquella vieja de nación ejercía de curandera y adivinaba el futuro en el barracón criollero de la hacienda Dos Hermanos. Allí dormía en una hendidura lóbrega, agarrada a un tablero mágico donde interpretaba el oráculo.

Noventa años me separan de aquel instante, pero es ahora cuando, al fin, le encuentro sentido; demasiado tiempo siendo una anciana y aún creo que sigo floreciendo. Es otra consecuencia de la longevidad: cuanto más vivo, más hermosa me parece la vida.

Me dirijo al zaguán del brazo de mi biznieta Luz Divina. Ella odia su nombre desde que se entregó a la mística de la Revolución. Yo la llamo Ludi. Ella prefiere Luz. Olvida que, a mis años, es más fácil morirse de un padrastro infecto que modificar una costumbre.

En el zaguán me espera un joven. Está de pie. Sujeta una grabadora en la mano derecha y un periódico en la izquierda. A la espalda lleva una mochila. Al mirarlo adivino lo que está pensando: se pregunta si seré capaz de mantener una conversación. Yo, por el contrario, me pregunto si él habría sobrevivido a la infancia sin vacunas ni penicilina. Ya nadie piensa en esas cosas, pero lo cierto es que la vida, en los años de mi plenitud, era un continuo descalabro.

Los ojos del joven se agrandan al verme. Me mira como si fuera una tortuga centenaria asomando la nariz por el caparazón. Observo al muchacho. Raza negra. Estatura media. Flaco. Pantalón gris. Camisa blanca. Parece un niño en la misa del domingo.

Mi diagnóstico inapelable es que habría muerto de disentería

antes de los cinco años.

Veo que Ludi le sonríe. Luego me mira. Me exhibe ante el joven como si fuera una joya en el interior de un cofrecillo. Yo no sonrío. La sonrisa hay que ganársela. Es uno de los fueros de la edad; me irrita ser amable con el tipo de personas que jamás invierte en cortesías y a este querubín aún lo desconozco.

Intuyo por el periódico que trae en la mano que su visita tiene que ver con el artículo de ayer. Un cronista tuvo a bien buscar a las personas más longevas de Santa Clara, de modo que mi retrato salió en primera página junto a otros dos hombres aún más veteranos que yo. Somos tres vestigios de otro tiempo con mirada de tortuga centenaria.

Quintín Moller sobrepasa los ciento cuatro años. Manuel Luna está a punto de cumplir los ciento tres. El pasado mes de julio, el Día de la Rebeldía Nacional, yo soplé la única vela que aglutina las alegrías y sinsabores de mis ciento dos años. Por tanto, soy la más joven de los tres, y juro que había olvidado lo que se siente al ser más joven que alguien.

En el periódico viene escrito bajo mi retrato: «Durante más de veinte años, María Grimani ejerció la medicina en el hospital San Juan de Dios, en Santa Clara». También pone que fui la primera mujer médico del país, aunque eso no es del todo cierto.

Invito a sentarse al joven en un sillón de mimbre del zaguán. Es un rincón acogedor abierto a la calle. Las paredes están alicatadas con azulejos blancos y arabescos azules, y las plantas tropicales hermosean las cuatro esquinas con sus hojas tremendas. Ya se nota el calor del mediodía y por eso le pido a Ludi que nos traiga una jarra de limonada, con su jugo natural, su buen chorro de ron, mucho hielo picado y unas hojitas de hierbabuena.

Cuando nos quedamos a solas, el joven se presenta.

—Me llamo Esteban Martín. Me hace mucha ilusión conocerla, señora María. ¿Cómo se encuentra?

—¿Lo pregunta por lo vieja que soy?

—No, señora. Bueno, en realidad, sí.

Ante la sinceridad del joven, no puedo evitar curvar los labios. Esta sonrisa se la ganó.

—Me encuentro bien, gracias. No siento que vaya a morirme hoy. De modo que no se inquiete, no le daré el susto de su vida. Me dijeron

que deseaba verme. Usted dirá lo que quiere.

—Soy estudiante, señora. En estos momentos estoy colaborando en un trabajo de investigación para la universidad. Trata... trata sobre los tiempos de la esclavitud, sobre las condiciones en las que vivían los braceros en los bohíos de los ingenios de azúcar y...

—Caray, yo pensaba que venía a interesarse por mi trayectoria profesional. Ya me parecía usted demasiado chamaco.

Pese a lo oscura que es su piel, noto que la sangre se apelotona en su rostro.

—Bueno, de eso también podemos hablar. Supongo que habrá sido difícil para una mujer en aquellos años...

—Conque difícil... —Me ajusto el pañuelo que llevo al cuello—. ¿Eso cree?

—¿Le importa que ponga la grabadora? Es para no perder nada de lo que diga.

—Ponga lo que quiera. —Mientras deja el aparato sobre la mesa redonda que hay entre los dos, le digo—: ¿Puedo hacerle una pregunta, joven? Solo para aplacar mi curiosidad.

—Adelante. Y llámeme Esteban.

—Como prefieras. Tienes un nombre muy lindo. Si hubiera parido un varón, le habría puesto Esteban solo para decirle Estebita, pero únicamente tuve una hembra. Es un diminutivo muy amoroso, ¿no crees?

—Nunca pensé en ello.

—Claro que no. Si la juventud se entretuviera pensando en vez de sintiendo, la vida sería un fiasco. Es una etapa encantada. Se sienten unos golpes violentos en el corazón que nos inducen a creer que somos invencibles.

Hago una pausa para retomar el hilo de la conversación, pero ya no recuerdo por dónde iba.

—Quería hacerme una pregunta —me indica Esteban con una chispa de decepción en la voz, dando por hecho que mi memoria flojea.

—Una pregunta... Ah, sí, una pregunta. Solo quería saber qué tan bien andan de la sesera mis dos coetáneos. Me refiero a Quintín y Manuel.

Él se lo piensa antes de responder.

—No muy bien, señora.

—De modo que has ido a sus casas antes de presentarte aquí.

De nuevo otra pausa.

—¿Le molesta?

—Significa que habrías preferido conversar con ellos, como si los recuerdos de una mujer fueran menos importantes. Menos verdad. Crees que mis vivencias son insustanciales en comparación con las suyas, ¿no es eso?

Me mira y veo que, en su garganta, se mueve la nuez de Adán. Traga saliva.

—¿Quiere usted que me vaya?

—No seas dramático. Es solo que detesto los prejuicios de esa índole. —Me inclino un poco hacia delante y le hablo en tono confidencial—. Aunque disfrutaré haciéndote saber lo equivocado que estás.

Su mirada cambia de expresión y se vuelve optimista. Se arrellana en el sillón al tiempo que Ludi entra con una bandeja que contiene dos vasos y la jarra de limonada.

—¿Quiere que me quede con usted, bisa? —pregunta mientras deja la bandeja sobre la mesa.

—No, hija, no es necesario, pero dile a Cayita que prepare un plato más para el almuerzo. Este joven y yo tenemos mucho de lo que conversar, y temo que no acabaremos pronto. —Lo miro—. ¿Te apetece almorzar con nosotras?

—No quisiera molestar.

—No es molestia —dice Ludi, poniéndole ojitos dulces como un pío de ruiseñor.

—En ese caso, acepto.

Ludi se va, llevándose con ella su cabecita excesiva de pelo cardado. Esteban todavía sonríe mientras la ve tongonearse en dirección a la puerta. Tiene en los ojos el constante anhelar de lo que no se posee, la luz de lo que podría ser, tal vez sea o jamás será. El portentoso enigma que representa el futuro.

Los miro de hito en hito. Ella vuelve la cabeza para asegurarse de que él la observa y le regala una nueva sonrisa que masca chicle. Suspiro. Deben de tener la misma edad.

Desde la calle nos alcanza una corriente de aire que refresca el zaguán. Trae consigo olores afrutados, mezclados con el humo que tosen autos y motocicletas. Antes, las calles olían a fruta, a bostas de

caballo y a sudor. Ahora ya no se oyen los cascos de los animales tirando de quitrines y volantas y las personas ya no huelen a personas. Es curioso, pero somos la única especie a la que le disgusta su propio olor.

Esteban sirve la limonada. Afuera se oyen las voces de los transeúntes, los ruidos de los motores y los gritos de un manguero que anda cerca.

—¡Mangos, mangué! ¡Mangos! ¡A mí! ¡Que los traigo bueeeeenos!

Le doy un trago a la limonada y maldigo por lo bajo porque Ludi no le puso suficiente ron. Esteban me mira sin comprender lo que digo.

—Mi biznieta es demasiado prudente —le aclaro—. A esta limonada le falta una rumba para resultar sabrosa. Teme darle una excusa a la muerte para que me mate de un lingotazo. Ignora que la pelona es como un cazador obstinado, que cuando no tiene perros caza con gatos. ¿Puedo darte un consejo?

—Sí, por favor —responde él, e inclina el cuerpo hacia delante, muy atento, posando el antebrazo sobre el muslo.

—Si llegas a mi edad, no te dejes gobernar. Puestos a sumar años, lo mismo dan cien que ciento tres. Lo único que te importará entonces será morirte contento, carajo. Y, a mí, el ron me devuelve la memoria, la sienta a mi lado para que podamos platicar como viejas comadres. En fin, prosigamos. ¿De qué hablábamos?

—De cuando usted estudiaba. Le decía que debió de ser difícil.

Vuelvo a sonreírle. Estuvo atento al detalle y nada define más a una persona que la capacidad de adaptarse a su interlocutor.

—Claro que fue difícil. Pero la ilusión era tan grande que ni las burlas ni la indiferencia pudieron desanimarme. Me doctoré sin haber tocado un muerto en la universidad. Como lo oyes. Me prohibieron hacer prácticas con ellos. Naturalmente, tampoco me permitían ver a los vivos desnudos. Y, cuando obtuve mi diploma y regresé a Santa Clara para abrir un consultorio, no vino nadie. Durante todo un año me senté detrás de mi mesa para ver cómo las moscas se cagaban en el cristal de mi titulación.

—Entiendo. Debió de ser muy frustrante.

—Lo fue. Hasta que un día una vecina se puso de parto, uno de esos alumbramientos que no admiten demora. Entonces vinieron a buscarme. Luego, ya no paré, aunque solo me querían como

recogedora de niños. Pasé cinco años atendiendo a un recién nacido tras otro y, poco a poco, me fueron tomando en cuenta, más por necesidad que por voluntad, debo decir, porque les permitía pagarme a su manera. Eran tiempos complicados. Hijos e hijas del rigor... En aquella época no había especialidades, pero uno se iba convirtiendo en especialista en todo a base de echarle coraje. Para aprender a hacer una autopsia, por ejemplo, solo necesité valor a la hora de abrir al primer muerto. Después, ya se sabe, de bajada todos los santos ayudan.

—Y luego empezó a trabajar en el hospital San Juan de Dios.

—Muchacho, acabas de desplumar de un tirón quince años de mi vida, aunque te lo perdono por escucharme y por fingir que te interesa. Pero así fue. En el hospital trabajé como ginecóloga. En fin, no quiero malgastar tu tiempo con mis asuntos. Lo que tú deseas saber ocurrió mucho antes; antes, incluso, de la Guerra Necesaria, ¿me equivoco?

—No, señora, no se equivoca. Quiero saber cómo era la vida por entonces en una hacienda. Su biznieta me dijo que usted vivió en un ingenio de azúcar llamado Dos Hermanos. Sé que ya no existía la esclavitud en aquella época, pero hacía pocos años que la habían abolido. Los libros dicen que el cambio fue muy lento, sobre todo en las relaciones entre amos y esclavos. Leí que estos no sabían qué hacer con su libertad, que no sabían ser libres.

Esteban habla con pasión. Descubro en él la necesidad de aprender. Y eso me conmueve. Trato de adjudicarle alguna etnia de las que conocí en aquellos tiempos, cuando los cabildos dentro del ingenio estaban agrupados por lugar de procedencia: mondongos, carabalíes, zapes, mandingas, congos... Me pregunto si él mismo sabrá cuáles son sus orígenes.

—Es cierto. No sabían qué hacer con su libertad. ¿Cómo iban a saberlo si nunca la habían experimentado? Solo los viejos de nación conocían el aire libre de las regiones de África. A ellos los vi derramar lágrimas de añoranza. De los otros, los había de todo pelaje. Vi algunos que, habiendo nacido esclavos, eran incapaces de gobernar su libertad. Sin embargo, otros se tiraron a los montes para vivir apalencados en cuevas y grutas, cazando y robando para sobrevivir, libres a su manera. Esos eran los cimarrones.

Mi respuesta complace a Esteban. Advierto en su expresión que

acaba de encontrar el filón que andaba buscando, algo que va más allá de la glacial frialdad de los archivos históricos. Acaba de encontrar la historia viva, asentada en las hendiduras de una vieja centenaria con la memoria intacta. Es lo único que puedo ofrecerle a estas alturas de la vida: sangre, corazón y entrañas.

La emoción lo desborda.

—¿Podemos empezar por el principio? —pregunta—. Cuénteme todo lo que recuerde, no escatime en detalles, por favor.

—Será lo mejor —le digo—. Porque esta historia no comienza en nuestra isla, sino bien lejos, en aquella España que luchaba para conservar la última joya de su maltrecho imperio. La mayor de las Antillas, esta tierra bella que cubre las heridas del pasado con bailes, santería y nuevas revoluciones que no enmiendan nada.

Esteban tuerce el gesto.

—Ah, no me mires así —añado—. Diré las cosas como las pienso. Si no estás dispuesto a escucharlas, puedes marcharte ahora. Las personas debemos buscar la verdad por encima de la ideología. Porque la verdad permanece siempre intacta, mientras que la ideología se transforma constantemente. Hay quien muere hoy por una causa que dentro de cincuenta años ya no significará nada. Es una forma estúpida de perder la vida, ¿no te parece?

En el silencio que se instala a continuación, aprovecho para darle un sorbo a mi limonada. Él hace lo propio. Las voces de quienes me transmitieron su historia se van ordenando en mi cabeza. Primero aparece el frío de un invierno en el norte. Después, la brisa del mar cruje en la cubierta de un barco por el vasto océano de Dios. Las máquinas de vapor del ingenio resuenan en la vereda hacia el pasado. Todo huele a melaza, bagazo y estiércol. Los jinetes cabalgan de un lado a otro del batey. Los tambores y cánticos africanos se alzan al cielo tropical con la esperanza de ser arrastrados por el viento hasta el hogar de sus ancestros. En el barracón de los criollos suena el llanto de una nueva vida.

Es una niña.

Ha venido al mundo a sufrir los caprichos de los hombres.

Abro los ojos y miro a Esteban con la mente llena de rostros de mujer.

CAPÍTULO 1

Colombres. Norte de España, abril de 1894

Estimado padre Galo:

Necesitamos una esposa para nuestro maestro de azúcar. Le ruego que, cuando la encuentre, nos haga llegar un retrato suyo. Yo le abonaré los gastos cuando viaje a la villa, lo que, si Dios quiere, será a final de año. Tenga en cuenta los rigores del clima tropical en su elección, busque una joven sana, que no luzca el cabello apagado, las uñas quebradizas o los dientes picados. Sobre todo esto último, pues se sabe que por la podredumbre de la boca entran los males al cuerpo.

Aprovecho para informarle de que el oficio de maestro azucarero es vital para conseguir el grano más extraordinario. Calculan su grado de pureza usando los sentidos: oliendo, palpando y escuchando. Toda una suerte de rituales que los hace indispensables y únicos. ¿No le parece increíble?

La casa de Víctor Grimani, así se llama nuestro artesano, es una de las mejores de la hacienda, con un hermoso jardín y varios domésticos a su disposición, de modo que confío en que encuentre una joven a la altura de las circunstancias.

Sin más, quedo a la espera de noticias suyas.

FRISIA NORIEGA

Dos Hermanos, marzo de 1894

El mundo pesaba en exceso sobre la voluntad del padre Galo a la hora de la siesta. Con el estómago lleno y derrumbado sobre la mesa junto a una copa de vino, se despertó de forma apacible tras veinte minutos de indolencia espiritual. Lo primero que vieron sus ojos soñolientos fue la carta de Frisia Noriega que aún sujetaba en la mano.

«Dios me ayude», rogó, luchando contra la desgana de esas primeras horas de la tarde, temeroso de caer en la pereza continua, que era la fuente de todos los vicios y pecados.

Dejó la carta sobre la mesa, se puso en pie y se estiró torpemente para sentir de nuevo los huesos y humores en su sitio. Luego se acercó a la alacena para servirse una copita de licor, que era infalible para preservar el calor natural del cuerpo y defenderlo de corrupciones internas.

Con la copa en la mano reflexionó sobre las haciendas de azúcar en Cuba, grandes centrales que habían enriquecido a muchos hijos del país en las últimas décadas. Uno de ellos era don Pedro Villar, esposo de Frisia Noriega y patrón de la hacienda Dos Hermanos en la lejana isla de Cuba, provincia española de ultramar.

En una nación arruinada por guerras, sistemas de cultivo atrasados y sobrecarga demográfica, la única forma de prosperar era acogerse a las políticas que fomentaban la emigración ultramarina. De las plazas de España se iban muchachos pubescentes, solos y angustiados. Lo hacían a edades tempranas para eludir el servicio militar obligatorio, que se apoderaba de la vida de los jóvenes durante más de una década. El padre Galo los confesaba y bendecía en la misma plaza, junto a la diligencia que habría de llevarlos a la estación de ferrocarril o al puerto de embarque más cercano. Cargaban con una maleta destartalada, un hatillo al hombro y el pecho roto de pena. Años más tarde, cuando los muchachos se convertían en hombres y deseaban formar una familia, solían recurrir a sus pueblos para solicitar una esposa.

Y en esas andaba de nuevo el cura, aunque cada vez le suponía mayor esfuerzo encontrar muchachas dispuestas a casarse con desconocidos.

Pensó en Mar Altamira, la hija del médico de Colombres, que era culta y poseía cierto grado de elegancia. Soltera, pese a que rondaba los treinta años. El doctor Justino Altamira le había dicho en una ocasión que, de haber nacido hombre, Mar habría sido un buen galeno. Se pasaba el tiempo con él aplicando lavativas —Dios bendito —, tomando muestras de esputos, curando heridas infectas, recolocando huesos y aliviando cólicos. En el pueblo se decía que, en una ocasión, le había pedido a un joven de la capital, fino como un dandi francés, que le enseñara la lengua para averiguar sus

padecimientos.

El cura suspiró. Dejando a un lado todo eso, que no obraba a su favor, la señorita Mar era alta, delgada y contenida en sus maneras. A las habladurías que la tildaban de masculina les hacía caso omiso, porque en los pueblos había fábulas de esa índole para todo el mundo, y si carecía de la dulzura femenina tan apreciada por los hombres, tal vez necesitara los dones de un maestro de azúcar para añadirle dulzor.

Don Galo rio su propia broma, pero se dijo que al día siguiente iría a casa del doctor con la propuesta.

CAPÍTULO 2

La casa del doctor Altamira era un edificio de piedra modesto con molduras en los balcones y galerías de madera. El padre Galo se preciaba de conocer bien al doctor, quien, muy a pesar suyo, era liberal, ateo y progresista. Su esposa, doña Ana Martínez, era la *médica* de Colombres por derecho conyugal. A ella le gustaba cultivar plantas medicinales en el jardín de su casa que luego regalaba a los pacientes que no podían sufragarse lo que costaba un jarabe en la botica. A Justino le disgustaba que su esposa hiciera eso, pues no eran pocos los que evitaban acudir a su consulta y preferían solicitarle a ella unas hierbitas que aliviaran sus males sin quebrantar sus bolsillos. Pero lo toleraba porque amaba a Ana sobre todas las cosas.

Ella estaba orgullosa de cada uno de sus hijos. Los dos varones se habían entregado a la ciencia y ejercían en la ciudad de Gijón como especialistas en enfermedades crónicas y secretas. La única hija del matrimonio había crecido oyendo a sus padres parlamentar sobre la obra de Concepción Arenal o de Emilia Pardo Bazán y era diestra poniendo inyecciones. Eran felices a su manera, a pesar de que Ana conservaba en el corazón una herida que se negaba a cicatrizar, pues, aunque tenía tres hijos, había parido en cuatro ocasiones.

Frente a la verja de hierro que daba acceso al pequeño jardín, el padre Galo recordó una vieja conversación que había mantenido con doña Ana: «Deje usted de leerle libros de la Pardo Bazán a la niña, que no le hacen ningún bien», le había dicho. Pero ella había replicado: «¿Sabe usted que hay mujeres viajeras que se internan en la selva y cenan con monos?». «¡Monos, Dios Santo!».

Por todo ello, el cura temía que su propuesta no fuera bien recibida. Así que, sin muchas esperanzas, suspiró, se ajustó la boina y llamó con la aldaba. Pronto le abrió Basilia, la criada.

—Buenos días nos dé Dios, Basi. ¿Están los señores?

—Buenos días, don Galo. El doctor está en casa del secretario municipal. Al parecer se le tronzó un hueso, pero no creo que tarde en

volver. ¿Quiere pasar?

Él aceptó, y Basi lo invitó a sentarse en un banco que había en el dilatado recibidor, frente a la puerta que daba acceso a la consulta del doctor.

—¿Cómo estás, hija mía?

La mujer se encogió de hombros.

—Como siempre, padre.

—Cuando quieras puedes venir a confesarte, que ya sabes que los malos pensamientos, si no se atajan a tiempo, acaban enfermando al cuerpo.

—Qué malos pensamientos voy a tener yo, don Galo.

—El rencor, hija, el rencor, que es el pecado más difícil de sacarse del corazón.

—Después de tantos años, yo de eso ya no tengo.

—Me alegro por ti, eso es porque el Señor te ha iluminado sin que tú te dieras cuenta.

—Si usted lo dice...

El tono de la respuesta escamó al cura, que no añadió nada más.

—Voy a buscar a la señora.

El sacerdote la observó mientras se marchaba con su característico paso mustio y se quedó pensando en lo que había sufrido esa pobre mujer desde que Diego Camblor, su esposo y el causante de todas sus desgracias, decidiera emigrar a la hacienda de don Pedro Villar en Cuba. Antes de irse, le prometió que pronto se reuniría con él, pero el tiempo fue transcurriendo y de Diego Camblor nada volvió a saberse en la villa. Muchos opinaron por entonces que se había ido porque ella no le había dado hijos y que no había podido soportarlo.

Dos años después de la partida de Diego, cuando Basi ya lo creía muerto, recibió una sorprendente carta de su puño y letra en la que le decía que no volvería al pueblo:

> Me he unido a otra mujer. Y no es porque no te quiera. Yo te quiero, pero sabes que siempre deseé tener descendencia y tu vientre está seco y olvidado de la mano de Dios.

Desde ese día, Basi se vistió de luto riguroso y dijo a sus vecinos

que su marido había muerto, aunque todos sabían que no era verdad.

Fue en ese momento cuando su salud comenzó a sufrir de todos los males catalogados hasta entonces por la ciencia. Abandonada, sin recursos para mantenerse y enferma, don Galo medió para que entrase a trabajar de criada en la casa del doctor Altamira. Así atajaba de un plumazo los problemas más acuciantes de la mujer: la salud y el dinero. El doctor Justino tuvo que tratar a su nueva criada de un sinfín de enfermedades espontáneas: mal de oído, mal de cabeza, mal de huesos, mal de hígado, flojera de ánimo, flojera de tripas, flojera muscular y diversas histerias. Y para todas esas dolencias había usado el doctor el mismo jarabe espirituoso; a una base de vino de Málaga le añadía dos onzas de opio, una onza de azafrán y una dracma de canela y clavo. Con ese brebaje mantenía a raya las crisis de salud de su criada, convencido de que todos sus males tenían el mismo origen tropical: Diego Camblor.

«Me ha endilgado una criada calamitosa, padre —le había dicho por aquel entonces el doctor—. Que más parece que soy yo quien trabaja para ella en vez de lo contrario.»

Cuando llegó doña Ana, el religioso se puso en pie. Mientras se estaban saludando, entró en casa el doctor Justino con su maletín en la mano. Detrás de él venía Mar. Reunidos los cuatro en la biblioteca y sentados a una mesa redonda donde reposaban varios libros de medicina, el sacerdote les habló de la carta que había recibido de la hacienda Dos Hermanos.

—Y, como Mar aún está soltera..., he pensado en ella como primera opción. Al parecer, el maestro de azúcar es el cargo más importante de la hacienda, no es un trabajador más y goza de privilegios salariales y de inmuebles. Es, lo que se dice, un buen partido.

Doña Ana desvió la mirada hacia su hija. La encontró con el ceño fruncido y los ojos clavados en el lomo de un libro que recibía la luz directa de la mañana. El doctor Justino se mesó la barba, pensativo, y, como ninguno de los tres parecía reaccionar a la propuesta, el cura sacó la carta del bolsillo de su sotana y extrajo el retrato del maestro para ofrecérselo a Mar.

—No se moleste, don Galo —dijo ella rechazándolo con la mano —. No tengo intención de marcharme lejos de mi familia. Es completamente ridículo. Además, si me casara no podría ayudar a mi

padre en la consulta. Y eso es lo que más feliz me hace.

—Hija —dijo el doctor—, tal vez debas meditarlo. ¿Qué pasará cuando yo me jubile?

—No lo sé, padre, pero puede que para entonces las mujeres ya podamos ir a la universidad.

—Dios te oiga —dijo doña Ana—. ¿No es absurdo que este país lleve seis siglos construyendo universidades para que asista a ellas solo la mitad de la población? ¿Y no es más inaudito aún que, en casos excepcionales, sea el mismo Consejo de Ministros quien decida si una mujer puede matricularse? ¿Qué familia puede enfrentarse a todo un Gobierno para instruir a sus hijas?

Mar le puso una mano en el brazo a su madre para que se calmara, sabedora de que ese asunto la alteraba tanto como a ella.

—De todas formas —añadió doña Ana más serena—, le agradecemos que se haya molestado en venir. Si le sirve de algo, le prometo que hablaremos de ello. Mar le dará una respuesta firme dentro de unos días, ¿le parece bien?

El padre Galo se puso de pie.

—Gracias, doña Ana, me quedo más tranquilo sabiendo que lo discutirán. Sinceramente, creo que es una buena oportunidad para su hija, de lo contrario, no habría venido.

—Y nosotros le agradecemos el interés.

Salieron de la biblioteca, se despidieron cordialmente y Basi acompañó al sacerdote hasta la puerta. Antes de irse, el cura se dirigió a ella.

—Acuérdate de lo que te dije del rencor, hija. En cuanto notes que te tienta, ven a verme.

El padre Galo no esperó la respuesta de la criada y se marchó a paso ligero, desilusionado y pensativo. La familia Altamira había prometido pensarlo, pero había visto en la mirada de Mar una determinación firme, y estaba claro que era ella quien tomaba sus propias decisiones.

No fue hasta el siguiente domingo, después de misa, cuando Mar se acercó a él para confirmarle lo que temía: rechazaba la proposición.

Comenzó entonces para el padre Galo una nueva búsqueda. Durante los días siguientes visitó los hogares más notables con hijas casaderas, pero, o bien estaban comprometidas, o sus padres no veían con buenos ojos enviarlas tan lejos, a desposarlas con un hombre del

que nada sabían. Descartadas las familias acomodadas, al sacerdote no le quedó más remedio que encaramarse a lomos de su mula Fermina y recorrer los caminos embarrados para visitar a los campesinos, con la bota de vino colgada en bandolera para paliar la sed y entrar en calor.

Encontró menos renuencia en estos a la hora de entregar a sus hijas, incluso algunos las expusieron como quesos rechonchos en el mercado, ensalzando sus virtudes y encubriendo sus defectos, pero ninguna de ellas logró convencerlo.

Fue durante la misa del siguiente domingo cuando el padre Galo se fijó en Tomás y Xona, unos campesinos humildes que vivían a las afueras de la villa y que tenían cuatro hijos. También cuidaban de una sobrina que había enviudado muy joven. Que fuera viuda podía ser un obstáculo, pero estaba tan desesperado que decidió ir a verlos de todos modos.

CAPÍTULO 3

Paulina se enamoró del cabo López al primer golpe de vista. Fue su flamante uniforme de soldado lo que primero captó su interés durante las fiestas de la Asunción. Sus dieciséis años hicieron el resto. Toda ella era una llama de sentimientos enardecidos por el primer arranque del alma, tan ingobernable y capaz de todo. No había nada, ni en el cielo ni en la tierra, que pudiera igualar los nobles sueños de su adolescencia. Santiago López tenía veintidós años y estaba a punto de partir hacia la isla de Cuba en un batallón de reemplazo para sofocar un conato de rebelión de los separatistas cubanos. Él le propuso que se casaran antes de marcharse. Ella aceptó.

—Si al menos fuera capitán —le había dicho el tío Tomás—, tendrías una pensión de viudedad en caso de que le ocurriese algo, pero siendo un cabo raso más le vale cuidarse de los mambises.

Hablar de la posible muerte de Santiago soliviantaba a Paulina hasta lo indecible y la hacía llorar durante días. A los ojos de la tía Xona, que era analfabeta profunda pero poseía una aguda clarividencia, el cabo López no le parecía tan inteligente como su sobrina proclamaba, sino más bien espabilado raso, pues nadie en su sano juicio se alistaría de forma voluntaria para ir a Cuba a que le rebanara la cabeza un criollo revolucionario. De todos modos, se alegraron por ella, y también por sí mismos, pues con su boda se quitaban de encima la responsabilidad de mantenerla.

Por aquel entonces, la situación en la mayor de las Antillas era la de una paz engañosa. La pequeña rebelión isleña que llevó al batallón de Santiago López a Cienfuegos fue una escaramuza sin consecuencias. Sin embargo, el cabo sucumbió a la fiebre amarilla incluso antes de atisbar el jipijapa de un mambí.

Fue una tragedia familiar. Paulina se quedó viuda a los diecisiete años y regresó a casa de sus tíos desolada, vestida de negro y sin paga de capitán.

Desde entonces, la joven trabajaba como una bestia; cuidaba de

las vacas, del cerdo y de las gallinas. Fregaba los suelos y lavaba la ropa. El único momento de asueto se lo dedicaba a su perra Nana, a la que había encontrado un día llena de barro y garrapatas. Era una perra joven y derrotada por la vida. Igual que ella.

Aquella mañana de finales de abril, cuando estaban a punto de cumplirse dos años de la muerte de Santiago, fue Nana la que primero percibió en el aire la inminente presencia del padre Galo. Sus ladridos precedieron al cura, que aún tardó un minuto en aparecer por el recodo del camino a lomos de Fermina, la mula a la que todos evitaban porque decían que lanzaba bocados a los sospechosos de perfidia.

Paulina ya había reunido junto a ella a sus dos primas pequeñas, que jugaban frente a la casa, cuando lo vieron llegar. Detrás de él venía una carreta tirada por un caballo enclenque y guiada por un hombre que, en vez de boina, usaba sombrero. El cura llegó hasta ellos y se bajó torpemente de Fermina.

—Buenos días, joven —dijo atando las riendas de la mula a la rama del árbol más cercano.

—Buenos días, padre —respondió Paulina.

El padre Galo conocía las desgracias de la muchacha. Sería difícil que volviera a casarse. Lo más probable era que se desgastara cuidando de sus tíos, de sus primos y de los hijos de sus primos hasta que fuera demasiado vieja para ser útil a alguien.

El cura suspiró. Aquella casa de piedra era pequeña y mísera, las niñas llevaban la ropa remendada y el calzado manchado de barro. A la joven la había visto en misa acompañando a su familia y tenía la vaga idea de que era agraciada, pero nunca se había percatado de hasta qué punto. Si bien no tenía ni la clase ni el saber estar de la hija del doctor Altamira, estaba acostumbrada al trabajo en el campo, lo que solía otorgar buena salud y resistencia. Tal vez eso, unido a su belleza, fuera suficiente. Vio que la joven miraba intrigada al hombre de la carreta, que estaba varada en el camino, frente a la casa.

—Es un minutero —le dijo—. Viene conmigo, no te preocupes por él. ¿Están tus tíos?

—Puedo ir a buscarlos.

—Ve, hija, que yo espero aquí.

Paulina se marchó, perseguida por las niñas, preguntándose por el camino qué hacía allí el cura acompañado de uno de esos hombres

que recorrían los pueblos ofreciendo retratos económicos en solo unos minutos.

Al poco rato, el religioso vio venir a Tomás y a Xona por la pradera, con Paulina y las niñas detrás. Él llevaba una guadaña sobre el hombro, ella un rastrillo. Cuando llegaron a su lado les preguntó si podrían hablar dentro de la casa. Paulina y las niñas tuvieron que conformarse con quedarse fuera, mirando por la ventana. Pronto aparecieron sus otros dos primos.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara, la mayor, que tenía trece años.

Paulina se encogió de hombros.

—Es el cura, que quiere hablar con los tíos.

—¡Es para llevarme al Ejército! —exclamó alarmado su primo Julián.

—Pero si tienes doce años —le dijo su hermana.

Tras un largo rato de espera, la tía Xona se levantó de la mesa y salió a buscar a su sobrina.

—Ponte la ropa buena —le dijo.

Paulina se mostró desconcertada. Su tía se refería a la ropa que llevaba puesta el día que conoció a Santiago, tres años antes, y que no había vuelto a ponerse desde su muerte. El traje estaba formado por tres piezas; una falda de terciopelo verde, un corpiño embellecido con corales de cristal de color azabache y una camisa blanca con bordado floral.

—Pero si ahora es mío —protestó Clara, que lo había heredado.

—No querrás que retraten a tu prima con esa ropa negra.

Paulina no entendía nada. Su tío se asomó a la puerta.

—¡Anda, rapacina! —la apuró con voz autoritaria—. Que el señor cura y ese hombre no tienen todo el día.

—Y péinate un poco, hija —añadió su tía.

Paulina entró en casa perseguida por Clara, quien, a todos los efectos, consideraba ese traje más suyo que de su antigua dueña. Bajo el peso de su mirada, la joven se puso las suaves prendas que ella misma había confeccionado. Cuando salió de nuevo, con su prima a la zaga, el minutero había desplegado frente a un arbusto en flor su gran aparato de madera.

—Ponte ahí —le indicó.

Paulina obedeció y el hombre se colocó detrás de su artefacto, se cubrió la cabeza con una tela negra y dijo:

—¡Ahora no te muevas!

Al cabo de unos segundos apretó el botón de la antorcha. Paulina dio un salto ante el fogonazo.

Don Galo se despidió de todos, se encaramó a lomos de Fermina y se marchó con el ánimo más ligero, contento y aliviado por haber solucionado el encargo de Frisia Noriega. El minutero lo siguió al cabo de un rato. Después, toda la familia entró en casa.

Paulina estalló.

—¿Me van a explicar lo que pasa?

Entonces le comunicaron que comenzaría a recibir correspondencia con fines matrimoniales de un hombre de la hacienda cubana.

—Pero si aún estoy de luto riguroso —se atrevió a decir—. Todavía le debo a Santiago un año de luto medio y otro de alivio.

—Ya no —le dijo el tío Tomás, antes de colocarse la boina en la cabeza y abandonar la casa para volver al campo.

Paulina miró entonces a su tía Xona, que permanecía en silencio en la cocina y que siempre había sido más afectuosa con ella porque era la hermana de su madre muerta. Sin embargo, no encontró en su mirada la comprensión que esperaba.

—Ya tienes diecinueve años, hija. Lo de Santiago va para dos años y sabes que llevamos mucho tiempo ahorrando para quitarle a tu primo Julián el servicio militar. Queremos que estudie, pero si se marcha al Ejército... Algunos tardan años en volver. Así no estudiará, aunque podría ser todavía peor, podría morir si hay una guerra.

—¿Una guerra contra quién? —preguntó Clara.

Su madre se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Algún enemigo encontrará España.

—Pero eso qué tiene que ver conmigo —soltó Paulina desconcertada, sintiéndose incómoda con su hermoso traje mientras los demás llevaban prendas roñosas y remendadas. En el silencio que siguió, un tímido rayo de sol inundó de luz la humilde cocina, y las cazuelas que colgaban de una viga desprendieron destellos de cobre.

—Vamos guardando cada perra que nos sobra desde que tu primo nació. Pero quitarle del Ejército cuesta mucho dinero y no nos llega, sobrina, no nos llega. —La tía Xona bajó la cabeza y se agarró el mugroso mandil con las dos manos—. A lo mejor tú puedes enviarnos algo desde la hacienda. El señor cura dijo que ese hombre es el

maestro de azúcar. Al parecer, eso es muy bueno. Dijo que ganan buenos cuartos y que tienen casas grandes y criados. Nos aseguró que no te faltará de nada, incluso dijo que podrías ayudarnos.

—Pero aún queda mucho para que llamen a filas a Julián.

—No nos dará tiempo a ahorrar las mil quinientas pesetas que piden por su redención. Eso si no le toca servir en ultramar, que son dos mil. Es demasiado dinero para nosotros. Tendríamos que venderlo todo. —La miró con la esperanza brillando en los ojos—. Alégrate, mujer, te espera un hermoso futuro por delante, te irá bien y tu pretendiente debe de ser un buen hombre. Tienes la bendición de nuestro párroco y de la Iglesia. Lo harás por la familia, ¿verdad, sobrina? ¿Lo harás por tu primo Julián?

—Pero, tía, no creo que pueda casarme ahora, no...

—Consiente, hija, es lo mejor para todos, si no lo haces, tu tío te obligará.

La tía Xona se acercó a la mesa para tomar el retrato del maestro de azúcar. Se lo entregó a su sobrina y esperó a ver su reacción.

Paulina miró el retrato y no vio un hombre. Vio una amenaza.

La obligarían a quererlo. La obligarían, al menos, a intentarlo. Tendría que dejar de pensar en Santi en los términos en que lo hacía, como si aún viviera en su mente, donde su recuerdo lo ocupaba todo. Y no estaba preparada.

Le dio la vuelta al retrato e intentó leer lo que ponía, aunque acabó pidiéndole a su primo que lo hiciera por ella.

Víctor Grimani. Treinta y un años.
Maestro de azúcar.
Exento de vicios.

CAPÍTULO 4

El aire olía a jazmines la tarde en que Paulina se personó en casa del doctor, y por todas partes se oía el zumbido de las abejas. El padre Galo le había pedido a Mar Altamira que le hiciera el favor de instruir a la joven, que apenas sabía leer, para que pudiera escribirse con su futuro marido. Ya todo el pueblo estaba al corriente de que la hija del doctor había rechazado ser la esposa del experto maestro azucarero y que Paulina había sido la última opción. A esta no le importaban las habladurías de ese tipo, porque era consciente de su insignificancia y su incultura. Su malestar era más hondo que eso. Tenía que ver con la aterradora perspectiva de tener que entregar su intimidad a un desconocido. Y, en ese aspecto, nadie podía ayudarla.

Desde el balcón de su dormitorio, Mar la vio asomar por el camino en la compañía de un perro. Bajo el cielo azul de primavera, la sobrina de Tomás y Xona no era más que un borrón alargado y negro, una figura tan muerta para la sociedad como su difunto esposo.

Cuando Paulina llegó junto a Mar acompañada de Basi, se sintió avergonzada de su ropa vieja y negra. A su lado, Mar vestía una preciosa falda de raso azul y una camisa blanquísima de fina puntilla en puños y cuello, claro que ella no tenía que limpiar cuadras ni ordeñar vacas al amanecer. Su figura, tan alta como la de su padre, era esbelta y elástica, y tenía manos finas y dedos largos. Del doctor había heredado también el pelo rubio y los ojos claros. Sin embargo, no le pareció una mujer hermosa, aunque había algo en ella que resultaba seductor, como un hechizo o una magia, que estaba ahí, se percibía, pero no podía verse.

Cuando Mar la invitó a sentarse en una silla, frente al escritorio de castaño, la joven no pudo evitar sacudirse las faldas sobre el trasero por miedo a ensuciar el suave terciopelo azul. Mar tomó asiento junto a ella, aspirando el fuerte olor a granja que desprendía la muchacha. Sin embargo, no se mostró incómoda y, por supuesto, se abstuvo de hacer comentarios.

Los progresos de Paulina fueron lentos al principio, pero era buena alumna y se esforzaba mucho, de modo que, al cabo de un mes, ya había mejorado bastante. Fue en ese momento, ya a finales del mes de mayo, cuando Mar le hizo la pregunta que le quemaba en la boca desde el principio.

—¿Estás conforme con la decisión? ¿Quieres comprometerte con ese hombre?

Paulina recordó las palabras de su tía: «Serás nuestra salvación, sobrina, del mismo modo que nosotros fuimos la tuya. Es gratitud cristiana y no debes estar triste. ¿Acaso hay algo más noble que ayudar a quienes amamos?».

—Mis tíos tienen razón —dijo, encogiéndose de hombros—. No puedo estar toda la vida con ellos, ya tienen bastante con ocuparse de sus hijos. Y aquí no hay hombres para todas. Las viudas nunca vuelven a casarse. Además, siempre he querido ver la tierra donde murió Santiago. Decía que era lo más hermoso que había visto en la vida. —Metió la mano en el bolso de su falda y extrajo un sobre muy manoseado—. Esto es lo único que me queda de él. Solo pudo escribirme una carta. Me la leyó mi primo Julián el mismo día que llegó, el pobre solo tenía diez años y lo hizo a trompicones. —Se detuvo, como si dudara. Agachó la cabeza y la alzó de nuevo para mirarla—. ¿Podría leérmela usted? ¿Me haría ese favor? Nadie ha vuelto a leérmela y a mí me cuesta mucho.

Sacó el pliego de papel del interior del sobre y se lo tendió a Mar. Esta la miró a los ojos, que eran del color del musgo oscuro y habían adquirido un brillo cristalino. Mar tuvo la sensación de que le estaba entregando un pedazo de su ser. Por eso tomó la carta con delicadeza y desdobló el pliego de papel como si estuviera abriendo el corazón de Santiago López.

Mi amada esposa:

Hace dos semanas que desembarcamos en esta isla. Fue tal el alivio de abandonar el barco que ni siquiera pensamos en las penurias que nos aguardaban en tierra firme. En Cienfuegos nos metieron en un tren, y tuvimos que compartir espacio con los mulos que transportaban nuestra carga. Después partimos tierra adentro.

Cuando llegamos a nuestro destino nos pusimos en

marcha junto a los bueyes que nos estaban aguardando. Las carretas las dirigen negros y mulatos con sus medias ropas. Tendrías que verlos, son todo músculo y nervio. No les importa ni el barro ni las estampidas de los bueyes, parece que ningún esfuerzo agota sus energías. Gritan, corren, llaman a los animales por su nombre y así de la mañana a la noche. Son fuertes como troncos de árboles y no se ponen malos nunca. Al contrario que nosotros, que llevamos ocho enfermos en parihuelas.

El médico del batallón hace lo que puede contra esas fiebres que parecen apoderarse de los hombres. Los que no estamos enfermos sufrimos las picaduras de las niguas, unos bichos que se nos meten bajo la piel de los pies y se quedan ahí para volvernos locos de picores. Yo intento no rascarme, como nos dijo el médico, y me aguanto hasta que no puedo más. Y así pasamos los días, desplazándonos de un claro a otro, con más miedo a enfermar que a otra cosa, con este bochorno que nos descompone el cuerpo mientras avanzamos con la ropa pegada y las alpargatas deshechas.

Dios mío, lo que daría por unas buenas botas.

Amada mía, si no fuera por los peligros y las enfermedades que nos acechan, podría jurar ante el Señor que esta tierra es la más hermosa de cuantas hay en el mundo.

Tu amado esposo que no te olvida.

SANTI

Mar plegó el papel y agachó la cabeza. Se sentía como si acabara de descubrir algo precioso mirando a través de la cerradura de una puerta. Al levantar la vista, vio que los labios de Paulina temblaban y que sus ojos encharcados no se atrevían a parpadear para que no se le escaparan las lágrimas.

—Muchas gracias —dijo, al fin, cogiendo de nuevo el pliego de papel—. Ha sido como si hubiera salido de su boca. Santi leía muy bien.

—Siento mucho tu pérdida. De verdad.

Paulina la miró.

—A veces voy al cementerio y miro a la gente que adorna las tumbas de sus difuntos. Les ponen flores preciosas, se sientan junto a

ellos, con sillas y todo, y les hablan como si pudieran oírlos. Tal vez puedan —murmuró con un hilo de voz—. Entonces pienso que la vida hace distinciones hasta con los muertos. Cuando tienes un lugar donde visitarlos, sientes su muerte como una desgracia, pero cuando no tienes nada la sientes como una destrucción. Un día llega una carta comunicándote que tu ser querido se murió y ya está, se acabó para siempre, como si nunca hubiera existido. No hay entierro, ni rosario, ni esas promesas de resurrección pronunciadas en la iglesia. Una se cubre de negro y esa es la única prueba de que ya no volverás a verlo.

Una tarde del mes de junio, Paulina recibió la primera carta procedente de la hacienda.

Llegó oliendo a melaza y con tacto de sal.

CAPÍTULO 5

Paulina y Mar leyeron juntas la carta del maestro con su retrato apoyado sobre una pila de libros. Conocer los detalles de la vida de Víctor Grimani llenaba a Paulina de inquietudes. En un primer momento pensó que las hazañas de aquel hombre reducían la vida de ella a migajas, aunque le desconcertaba su forma franca de expresarse, utilizando palabras que ellas dos nunca habían oído en boca de nadie.

El maestro explicaba que, a los quince años de edad, su padre lo había enviado a La Habana porque no sabía qué hacer con él. Recién desembarcado, había llegado a odiarlo todo de la isla: su griterío, sus toldos bajo el sol, el bullicio de los quitrines circulando con sus cocheros engalanados, el bochorno pegajoso que impregnaba el cuerpo de sudor y las tormentas tropicales que arrasaban con todo. La fiebre del azúcar había nacido en él poco tiempo después, tras visitar un ingenio y conocer el prestigio que rodeaba la figura del maestro de azúcar. Fue cuando decidió que se convertiría en el mejor maestro de la isla. Para lograrlo, había navegado como grumete por el Cinturón de Fuego del Pacífico hasta alcanzar el litoral de Asia. Tenía diecinueve años cuando alcanzó su destino final: la gran China. En la provincia de Guizhou halló las plantaciones de caña de azúcar que estaba buscando. También encontró la sabiduría de Lao Wang, el místico maestro que le había enseñado a calcular la madurez del grano aplicando únicamente los sentidos. Cinco años después, regresaba a La Habana convertido en otra persona, llevando consigo un baúl repleto de objetos exóticos.

> En La Habana me instalé en la parte más decadente de la ciudad, donde no cesaba el mercado de mujeres de todas las naciones y tinturas —negras, blancas, mulatas y criollas— que se exhibían a la claridad del gas, sentadas a la entrada de los zaguanes.
>
> Fue en el café de la Acera del Louvre donde empecé a difundir lo concerniente a mi formación como maestro de azúcar

en el Lejano Oriente. Los ecos de aquellas tertulias comenzaron a llegar a oídos de los hacendados cercanos a la ciudad, y desde allí se extendieron por toda la isla.

Unos meses más tarde, llegué a Dos Hermanos con un buen contrato bajo el brazo, tirando de las riendas de Maggie, una yegua de pelaje blanco y mirada expresiva que le compré al calesero que me llevó en su quitrín a la estación de ferrocarril. Fue amor a primera vista. Maggie era por entonces un animal vigoroso, de patas esbeltas y ojos brillantes. Me dolió verla tirar de aquel carruaje por las calles de La Habana, a paso lento de buey, condenada a mirar siempre el suelo que pisaba, cercenada la visión por el uso de las anteojeras. No podía permitir que un ejemplar así llevara esa vida alejada de su naturaleza. Esa yegua había nacido para galopar por las llanuras y experimentar el poder y la belleza que hay en todo ello, por eso insistí en que aquel hombre aceptara una suma de dinero. Podría haberme comprado tres buenos caballos por el mismo valor, pero no hubiera sentido la misma satisfacción. ¿Entiende lo que trato de decirle? La quería a ella, quería ofrecerle un soplo de libertad.

El hombre dijo que se llamaba Maggie y que se la había comprado a un caballerizo yanqui. ¿Le gusta ese nombre? ¿Verdad que es hermoso para un animal?

Cuando llegamos al final del trayecto en ferrocarril y Maggie tuvo ante ella por primera vez la amplitud de los valles extendiéndose en todas direcciones, se revolvió, alzó las patas delanteras y se soltó de las riendas. Luego salió al galope, con las crines al viento y la mirada plena de libertad. Se alejó en una carrera frenética, más allá de donde alcanzaba la vista. Fue un espectáculo soberbio y temí no volver a verla.

Fue su primer instante de gloria.

Pero regresó a mí.

Esa noche, Paulina le escribió dos cuartillas con su caligrafía redonda y demasiado infantil para su edad. Al releerlas, se dio cuenta de que en su vida, hasta ese momento, no había otra cosa más que lutos y tragedias. Había cumplido veinte años y deambulaba por el mundo perseguida por la tristeza, y eso era lo que transmitía su carta. En las

misivas siguientes, sin embargo, evitó contarle a Víctor las exigencias de su vida diaria, porque le parecían poco apropiadas y nada interesantes, de modo que dedicó todo el espacio del papel a los dos únicos seres vivos que la hacían feliz: Nana y Mar Altamira.

Descubrió que escribir a Víctor sobre Nana le resultaba sencillo. Sin embargo, cuando le hablaba de Mar y le contaba lo afortunada que se sentía por ser su amiga, la embargaba un aluvión de emociones encontradas. Paulina nunca había conocido a mujeres tan fuertes como Mar y doña Ana, las admiraba y quería aprender todo lo posible de ellas. Cada vez que salía de la casa del doctor, sentía que era menos insignificante que cuando había entrado, pero también le producía cierto resquemor y un poco de envidia.

> Sé que no debería querer de esta forma lo que tienen otros, pero dígame, Víctor: ¿es horrible desear haber nacido en una familia distinta a la de uno? ¿Lo considera usted pecado?

Uno de aquellos días, cuando Paulina entró en el dormitorio de Mar, encontró sobre la cama un montón de prendas.

—A mí ya no me sirven.

Y, aquella tarde, Paulina volvió a casa con sus prendas de muerto colgadas del brazo. No fue hasta finales de verano cuando recibió una nueva carta de Víctor Grimani. En ella, Paulina descubrió que, además de amar a su yegua Maggie, Víctor Grimani sentía pasión por su trabajo.

> Ayer fue un día de máxima expectación en la casa de purga. En los tachos, la peladura llegó a su punto óptimo de cocción. Fue necesario entonces actuar de forma rápida y precisa. Tanta era la concentración que el ruido de los trenes de vapor desapareció junto con los gritos de los paileros ordenando añadir o quitar leña a las calderas. El azúcar se quema tan fácilmente por exceso de calor que es de vital importancia mantenerse atento para pasarlo a las resfriaderas en el momento justo...

Paulina le escribió una nueva carta, utilizando todo tipo de palabras refinadas que le había aconsejado Mar.

Apreciado Víctor:

Me gusta cuando habla con tanto amor de su trabajo. Me recuerda a Mar, porque ella también ama lo que hace. Yo me quedo embobada escuchándola. Hoy me ha contado que tuvo que volver a colocar en su sitio el hombro de un leñador. Me habría gustado verla, aunque no entiendo cómo puede disfrutar de esas cosas. A veces me confiesa que se va a la cama preocupada, pensando en el mal de algún paciente que llega a la consulta. Entonces se pasa las noches en vela, con los ojos clavados en los libros de medicina, hasta que cree haber encontrado la causa de la enfermedad. Por la mañana se despierta con los libros abiertos sobre la cama, colocados boca abajo como palomas muertas. Si yo tuviera un hijo enfermo, no dudaría en ponerlo en sus manos. Tan elevado es mi grado de confianza en ella.

No debería contarle lo siguiente, pero debo hacerlo para que entienda hasta qué punto Mar Altamira está comprometida con su trabajo. El padre Galo quiso casarla con usted. Ella fue su primera opción, pero a Mar no le interesa el matrimonio. Nada tiene contra usted, se lo aseguro, es solo que ama lo que hace y no renunciaría a ello por nada ni por nadie, ni siquiera por temor a quedarse sola ni a cambio del dulce consuelo de los hijos. La admiro por ello, pero siento que ha decidido vivir en una primavera que jamás alcanzará el verano.

Afectuosamente suya,

PAULINA

CAPÍTULO 6

Colombres, diciembre de 1894

—Mar, debiste ponerte la capa de lana encima del abrigo.

Doña Ana se lo recordó a su hija mientras sorteaban aguazales convertidos en escarcha de camino a la iglesia. Aquellos últimos días del otoño estaban siendo tan gélidos que hasta los santos tiritaban en la iglesia de Santa María. El cielo se rompía en tonos insípidos de grises y blancos, y cada mañana los prados amanecían cubiertos de un manto de cristal que, si bien era hermoso, estaba provocando una epidemia de enfermedades de pecho.

Ese domingo de tiriteras y embozos no era como los demás, porque hacía dos días que había llegado al pueblo Frisia Noriega acompañada del cura de la hacienda en la lejana isla de Cuba.

Y todos recordaban a Frisia. Y los que no la recordaban habían oído en boca de otros su siniestra historia. El rumor insinuaba, para espanto de pequeños y mayores, que había sido responsable de la muerte de su hermana Ada, primera esposa de don Pedro Villar, habladurías que se habían metido en las casas de la villa y que no habían cesado hasta que don Pedro emigró al Caribe para ocuparse de la hacienda Dos Hermanos, propiedad de la familia. Lo único que supieron en el pueblo después de eso fue que Frisia había dado a luz a un niño al que llamaron como su padre.

Finalizada la misa, Frisia accedió al altar acompañada del cura indiano. Este fue el primero en hablar.

—Hijos míos —comenzó con delicado tono—, me honra mucho estar aquí, a miles de kilómetros de nuestra hacienda, celebrando esta santa misa rodeado de tan buenos y devotos feligreses. Desde hace una década me encargo de la parroquia en Dos Hermanos, la hacienda propiedad de vuestro ilustre paisano, don Pedro Villar, en tierras de Cuba. De allí sale la mejor caña de azúcar de la comarca, de grano hermoso y color blanco como la nieve. Doscientas caballerías es una

gran extensión de terreno que necesita de una dotación de hombres considerable. Algunos de ellos, mayorales y operarios cualificados, son vecinos vuestros, muchachos que emigraron con ansias de labrarse un futuro digno. Y esos jóvenes, convertidos hoy en hombres... —El sacerdote titubeó—. Con las fuerzas forjadas en los desvelos del trabajo y el buen hacer... Hombres honrados, comprometidos con su patrón y con el trabajo común. Lo que quiero deciros, hijos míos, es que, debido a las circunstancias..., son tan pocas las oportunidades...

Frisia tomó la palabra.

—Lo que mi querido padre Miguel intenta decir es que esos hombres quieren formar una familia, y en la hacienda, desafortunadamente, no hay mujeres para ellos. Por eso apelamos a las buenas casas de la villa para que entre todos busquemos una solución a este problema.

Las palabras de Frisia quedaron resonando en las paredes de la iglesia y, durante unos instantes, solo se oyó el rumor de faldones y toquillas removiéndose en su sitio, como si hubiese entrado el viento gélido del exterior y los hubiera zarandeado.

Rasgando el silencio del templo, un hombre se atrevió a hacer una pregunta.

—¿Quieren que enviemos a nuestras hijas a Cuba para casarlas con sus hombres?

—Bueno —respondió Frisia—, me consta que muchos de nuestros muchachos ya solicitaron esposa a sus parientes por carta y, de todos, solo dos encontraron respuesta. ¿Es que vamos a negarles el sagrado sacramento del matrimonio? He visto con satisfacción la plaza adoquinada, el nuevo baptisterio de la iglesia, los arreglos de la casa consistorial y el alumbrado público. Gran parte de esas mejoras proceden de suscripciones hechas en América por hijos de la parroquia. Esos hombres ponen parte de su salario para enviar a sus pueblos donativos que se destinan a obras comunales de las que se benefician todos ustedes. Estoy segura de que la generosidad de sus vecinos saldrá a relucir. —La mujer los miró de forma tan penetrante que los que estaban en primera fila bajaron la cabeza—. Por otro lado, me complace decirles que la vida en la hacienda es cómoda. Mayorales y operarios viven en casas de mampostería con barandas al frente. Cada casa dispone de tres alcobas, un jardín, una huerta y varios criados. Y qué decir de la bondad del clima, que ni los huesos

duelen ni el frío abotarga. Los pájaros no tienen que huir a regiones lejanas por culpa del invierno. Las flores nunca mueren. El paisaje posee una vegetación exuberante coronada de palmeras, junto a suaves colinas verdes que saludan al sol al despuntar el día. Ah, queridos paisanos míos, la mayor de las aspiraciones humanas debería ser mirar al cielo tropical, tan profundo y azul que cuesta creer que no esté diseñado por la mano de Dios.

El crujido del invierno los azotó a todos a la salida del templo, proyectando gotas de aguanieve sobre sus figuras encogidas.

—¿Os habéis fijado? —les dijo doña Ana a Mar y a Basi mientras las tres regresaban a casa agarradas del brazo—. Más de una joven soñará esta noche con convertirse en la esposa de un mayoral de esa hacienda tropical.

A Mar, el discurso de Frisia le había parecido inquietante. Plantarse en el altar y pedir mujeres como quien pedía longanizas no dejaba de ser algo insólito.

Cuando llegaron a casa, Basi fue a ultimar los preparativos del almuerzo. Mar y su madre entraron en la consulta del doctor sin llamar a la puerta, deseosas de ponerlo al corriente de lo ocurrido en la iglesia. Allí lo encontraron con una paciente que se abrochaba en ese momento los botones de la blusa. La irrupción hizo que el doctor las mirase con gesto severo.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿No veis que estoy ocupado?

—Lo siento, amor —doña Ana se deshizo de su gruesa capa de lana—, pero no vas a creer lo que ha pasado hoy en misa.

El doctor la conminó con un gesto para que aguardara un minuto y se centró en su paciente.

—Tiene que cuidarse ese catarro, doña Elvira. Le recetaré un jarabe, pero debe prometerme que se meterá en la cama y que tomará buenos caldos de gallina. Si nota que tiene fiebre, vuelva a verme.

—¿Y no puede recetarme unas hierbitas, doña Ana? A mi vecina Francisca se le curó el mal de vientre con unas hierbas de su esposa. Además, la última vez que me recetó un jarabe me costó una peseta y media, doctor, y seguí escupiendo flemas durante dos meses. Si a usted no le importa, esta vez probaré las hierbas de su mujer, que no me cuestan nada.

—Ahora mismo te preparo un saquito —dijo doña Ana—. La borraja y el romero van muy bien para las flemas.

—¡Ana! —protestó el doctor con los brazos en jarra.

Su esposa sonrió y salió de la sala con un movimiento volandero de sus faldas. La mujer pagó la consulta y enseguida fue tras ella.

Una vez a solas, Mar le relató a su padre lo sucedido en la iglesia. Todavía estaban hablando de ello cuando Frisia Noriega entró en el recibidor envuelta en un grueso manto marrón y tiritando.

—Señor, qué frío —dijo accediendo a la consulta, que permanecía abierta—. Había olvidado cómo son aquí los inviernos.

Al ver la cara de sorpresa de Justino, Frisia inquirió:

—Pero qué, doctor, ¿ya no se acuerda de mí?

Justino reaccionó, y se acercó a ella para estrecharle la mano.

—Claro, doña Frisia, apenas ha cambiado usted en estos años. Me han dicho que lleva un par de días en el pueblo. ¿Qué le trae por la tierra?

—Asuntos delicados que es mejor resolver en persona, doctor. Tenemos tierras que liquidar y algo hay que hacer con nuestra vieja quinta para que no se siga deteriorando. Pero no nos quedaremos mucho tiempo, a lo sumo un par de meses.

—Bien, pues ¿en qué puedo ayudarla? ¿Se encuentra usted indispuesta?

—Nada de eso, aunque el viaje en barco fue una verdadera tortura, incluso en primera clase. El mar no dejó de moverse, y es tan ingrato que no distingue a los ricos de los pobres.

El doctor sonrió y la invitó a tomar asiento.

—Bueno, y si no está usted enferma...

—Iré directa al grano, doctor. Estamos construyendo un dispensario en la hacienda.

Acomodada en la silla, Frisia hizo una pausa premeditada para observar su reacción.

—Eso es excelente. Imagino que una gran hacienda como la de don Pedro requiere semejante inversión.

—Ya lo creo. Hasta ahora teníamos un barracón de madera con alguna cama, y un doctor de Sagua la Grande venía a visitarnos una vez por semana.

—¿Y el resto del tiempo cómo se arreglaban con los enfermos?

—Pues rezando, doctor. —Frisia soltó una carcajada y, durante

un segundo, desvió la mirada hacia Mar, a la que había ignorado de forma premeditada desde que había entrado en la consulta—. Y ese es el motivo por el que estoy aquí.

—No entiendo.

—Lo hará pronto, no se inquiete. El caso es que el dispensario estará listo para funcionar a mi vuelta, y necesitamos un doctor con experiencia.

Justino se frotó la frente con la mano.

—¿Me está proponiendo usted que sea el médico de su consultorio?

—Eso mismo.

Pese a la firmeza de la proposición, Justino rio con ganas.

—Bueno, en ese caso lo siento mucho, pero debo declinar la oferta.

—Todavía no le he hecho la oferta, doctor. —La mujer guardó un instante de silencio, se enderezó en la silla y observó que, en una cesta sobre la mesa, había un conejo y dos palomos muertos—: Imagino que el salario que le paga el Ayuntamiento es tan miserable como solía ser hace dieciséis años. Y lo que saca en esta consulta lo cobrará usted en especie. Por no mencionar que algunos siguen la insana costumbre de visitar al barbero antes que al médico del pueblo. Dios santo..., para algunas cosas seguimos estando tan atrasados...

Justino permaneció en silencio.

—Mire —continuó Frisia—, nosotros le ofrecemos cuotas mensuales equivalentes a su salario anual. Creo que me estoy explicando bien.

El doctor se quedó mudo unos segundos.

—Con meridiana claridad —dijo al cabo, sorprendido.

—Firmaríamos un primer contrato por cinco años, renovable por otros cinco si ambas partes damos conformidad.

—Pero...

Justino intercambió con su hija una primera mirada de desconcierto. Esa vez, Frisia se fijó en la joven. Sabía que rondaba los treinta años y que seguía soltera. También estaba al tanto de que había rechazado al maestro. Solo por ello se había ganado de su parte un velado desprecio que apenas se molestaba en ocultar.

Mar sintió el peso de los ojos oscuros de Frisia, que la miraban como si fuera un cachivache defectuoso.

—Tengo entendido que las cosas por la isla andan revueltas —dijo el doctor.

—Tal vez al este. De tanto en tanto surgen grupos de rebeldes que se olvidan de lo cansadas que están las partes desde la última guerra. Nadie los sigue salvo unos cuantos negros inconformistas. Nuestra hacienda se encuentra al otro lado de la trocha de Júcaro-Morón. Nos protegen sesenta y ocho fuertes militares, setenta y una torres de vigilancia con reflectores y, por supuesto, nuestros muchachos del Ejército.

—Discúlpeme usted, doña Frisia, pero su propuesta me ha cogido por sorpresa.

—No se preocupe, doctor, es del todo comprensible. Y tampoco espero una respuesta inmediata. Es algo que tiene que valorar con su familia.

CAPÍTULO 7

Dentro de la quinta de la familia Villar, a Frisia todo le olía a madera en descomposición. Recordó la primera vez que había entrado en aquella casona señorial; era tan solo una joven de dieciséis años e iba acompañada de su hermana Ada. Le habían impresionado los techos artesonados, pintados de bellos colores, los mismos que ahora volvía a contemplar con idéntica admiración.

Se quitó la aguja que mantenía su sombrero fijado al cabello y se dejó guiar por Amalia y Jacobo, los caseros, que le fueron mostrando los desperfectos de la vivienda, causados por años de abandono.

—Las manchas de humedad son lo peor —le decía Amalia—. Apenas logramos mantenerla en un estado decente, es demasiado grande. Este tipo de mansiones necesita de la presencia de sus dueños, si no, se deterioran.

—Hay una institución de señoritas desamparadas que estaría interesada en utilizarla —dijo Jacobo en un arranque—. No sé si...

—El padre Galo me escribió hace tiempo para comunicármelo —lo cortó Frisia—. Pero no pueden pagar.

—Es una institución benéfica —insistió Jacobo, como si fuera evidente que no podían pagar—. Y es una pena que esta casa tan grande esté siempre deshabitada. Si nadie la ocupa, cada día se estropeará más.

—No somos hermanas de la caridad. Bastante hacemos con enviar dinero a la parroquia.

Poco más tarde, cuando Frisia mencionó al padre Galo la conversación que había mantenido con sus caseros, este vio la oportunidad perfecta de convencerla. No se le escapaba al cura que Frisia era una mujer ambiciosa, la conocía mejor de lo que ambos habrían deseado. Para don Galo, cuando las personas llegaban a una posición tan elevada, solo se las podía sobornar con una cosa.

—Querida Frisia —comenzó—, no olvide que el reconocimiento es un arma muy poderosa, siempre y cuando uno acepte lo que se debe ignorar.

—¿A qué se refiere?

—A que hay algo que siempre estará por encima del dinero.

—¿Y eso es?

—El prestigio, naturalmente. Estoy seguro de que las más altas autoridades apreciarían el gesto. Tal vez incluso llegue a oídos de nuestra reina regente, que se interesa por los asuntos del pueblo y se pasea mucho por nuestra pobre España. Los méritos de los hombres y las mujeres de bien conducen a los demás a levantar bustos en las plazas, no lo olvide.

Frisia contempló al cura con los ojos entornados.

—¿Y cuántos de esos bustos tienen moño y pendientes? —preguntó.

—Alguno habrá, mujer. Lo que quiero decirle es que las buenas acciones son las que pasan a la historia, las que permanecen en el tiempo, porque, lo que es el cuerpo, ese se convierte en polvo y se olvida pronto. Si usted cede la quinta a las muchachas sin hogar, yo mismo propondré que construyan un busto suyo para ponerlo en la entrada. De mármol blanco, si prefiere. Además, que se niegue usted, que se ha visto en la misma necesidad...

A Frisia le cambió el rostro, y el padre Galo se arrepintió al instante de lo que había dicho, pues con aquellas palabras estaba rozando los límites del derecho canónico. Sin embargo, ya fue demasiado tarde para rectificar, pues el rostro de Frisia evidenció una verdad que había estado ignorando a lo largo de los años. Solo se había confesado con el padre Galo una vez en la vida, y lo había hecho porque se veía acechada por la muerte. El resultado fue que el cura conoció aquel día sus más íntimos secretos.

Y por eso lo miraba como si quisiera apuñalarlo.

Esa noche, Frisia se durmió pronto, pero tuvo sueños horribles en los que no había bustos de mármol con su rostro, sino piedras, fuego, antorchas y mortajas.

Al padre Galo, por el contrario, le costó conciliar el sueño. Había estado a punto de cometer un error al hablarle a Frisia de lo que ella le había revelado en confesión, algo expresamente prohibido por las leyes de la Iglesia y que podía suponer la excomunión. Era evidente

que esa mujer lo despreciaba por ser el único depositario de sus verdades más tenebrosas, pues, como había dicho un viejo jesuita escritor, «el que confió sus secretos a otro hízose esclavo de él». Habían pasado más de veinte años desde que Frisia, aquejada de unas fiebres repentinas y presintiendo un desenlace fatal, había enviado a Amalia a buscarlo para que la confesara, por si acaso no pasaba de esa noche y tuviera que vérselas ante el Señor con todos sus pecados a cuestas. Frisia nunca había sido una mujer religiosa, e iba a misa solo para guardar las apariencias. Pero aquel día había sentido que se moría y su fortaleza había reventado en estallidos de culpa.

Un momento de fugaz debilidad.

A solas en su dormitorio, Frisia se había vaciado por dentro.

Pero, en vez de morirse aquella noche y de llevarse con ella su miserable existencia, Frisia sobrevivió, como si deshacerse del peso de sus pecados la hubiera librado también de la fiebre. En cuanto fue capaz de sostenerse en pie, se presentó en la sacristía de la iglesia para dejarle claro a don Galo que su confesión había sido producto de los delirios de un enfermo, que no se le debían tener en cuenta y que, por supuesto, no había que otorgarles el menor crédito o valor.

El sacerdote había asentido con un resplandor de miedo en las pupilas, fingiendo ante ella que todo había sido la ensoñación de una moribunda, la invención de una mente sumida en las tinieblas del más allá. Lo hizo por miedo. Se había asomado al alma oscura de aquella mujer y le había aterrado lo que había visto. Porque los moribundos nunca faltaban a la verdad.

Por muchos años que hubieran transcurrido, el cura recordaba la confesión de Frisia con prístina nitidez. Con los ojos encendidos por la fiebre, la mujer le había contado que ella y su hermana Ada se habían criado en un hospicio de la capital y que nunca supieron nada de sus padres. Ada era dos años mayor, aunque Frisia relató haberse sentido siempre desprotegida por ella, abandonada, traicionada. Eso la condujo a sentir un profundo resentimiento hacia ella que se había ido intensificando con los años hasta convertirse en un odio visceral. Así comenzó una larga revelación que mantuvo al padre Galo profundamente perturbado durante los días y las semanas siguientes, llegando incluso a escribirle una carta al obispo sobre el camino que debía tomar. Necesitaba saber dónde estaban los límites del secreto sacramental, su obligación de guardar silencio. La respuesta del obispo

le confirmó lo que ya intuía, que su deber eclesial era custodiar la intimidad de la persona, la obligación de no manifestar jamás lo sabido por confesión. Su inviolabilidad era tal que ni tan siquiera en caso de daño gravísimo para él mismo o para toda la humanidad podía quebrantarse; ni de palabra, ni por escrito, ni por señal, ni confesarse a su vez con otro sacerdote sobre el pecado que se le había revelado. A tanto llegaba la inviolabilidad del sigilo que, si el confesor lo utilizaba contra el penitente, ello implicaría su excomunión fulminante.

De modo que don Galo no solo tenía vetado hablarle a Frisia de su confesión sin su consentimiento, sino que el arrepentimiento que había demostrado durante su delirio febril lo había obligado a administrarle la absolución.

Del arrepentimiento de la mujer le quedaban al padre Galo muchas dudas, pero tenía las manos atadas y su único afán en ese momento era que se marchase cuanto antes del pueblo.

Cinco días más tarde, Frisia le dijo que aceptaba ceder la quinta a la institución benéfica, y que tenía los poderes firmados por su esposo para actuar en su representación, que esperaba que ese acto generoso se tuviera en cuenta y que a su inauguración se invitaría a todas las altas personalidades de la capital y la región.

CAPÍTULO 8

—¿Te ofreció tanto dinero? —Doña Ana no salía de su asombro—. Solo se me ocurre un motivo para tamaña oferta: quiere asegurarse de que no la rechazas.

El doctor sacudió la cabeza.

—Necesitan un médico con experiencia. Y no es ningún secreto que esa hacienda aún obtiene abundantes beneficios, a pesar de la inestabilidad política.

—Pero, cariño, tú no tienes experiencia en enfermedades tropicales. Podrían contratar a algún médico de allí.

—Tal vez no hayan encontrado ninguno dispuesto a trabajar para ellos. Recuerda, querida, que son los intelectuales de la isla los que quieren expulsarnos de allí.

—Pero ¿por qué?

—Se sienten discriminados por los ricos hacendados españoles. Además, las relaciones interraciales en la isla son complicadas. Ya no existe la esclavitud, pero la libertad todavía es muy reciente. Y la libertad plena nunca será efectiva para los que nacieron con dueño. Muchos prefieren quedarse con sus antiguos amos a cambio de un salario o un pedazo de tierra que cultivar. Solo los más osados deciden irse a los palenques, con los cimarrones que se echaron a la selva para luchar contra los españoles.

—Es terrible. Y también muy preocupante.

—En un principio pensé que la propuesta de Frisia era descabellada... —confesó el doctor, pensativo.

—¿Y ahora no lo crees? Acabas de decir que no nos quieren allí. La propuesta de Frisia es descabellada, se mire por donde se mire. ¡Matan a nuestros soldados con machetes!

Justino conocía la situación en la provincia española del Caribe por lo que leía en los periódicos y por las decenas de emigrantes que regresaban tras una vida entera en Cuba. La isla llevaba medio siglo rebelándose contra el dominio español, unas veces en solitario, otras

veces con el apoyo de voluntarios norteamericanos y filibusteros, pero lo cierto era que ninguna de las rebeliones pasadas había dado sus frutos. A un corto alzamiento sin consecuencias a mediados de siglo le siguió un periodo de paz que había durado diecisiete años. Hasta el Grito de Yara en 1868, que marcó el comienzo de la guerra de los Diez Años. Mambises y cimarrones fueron alentados a la rebelión por descendientes de peninsulares nacidos en Cuba que conformaron una burguesía blanca criolla deseosa de su parcela de poder. El desastroso balance arrojaba cifras dramáticas en ambos bandos. Diez años de matanzas e incendios arruinaron la isla de Cuba, que jamás recuperó el esplendor anterior a la guerra. La Paz de Zanjón, en 1878, había marcado el fin de la contienda con la capitulación del Ejército Libertador y, aunque hubo otras intentonas de revueltas, ninguna de ellas logró el apoyo necesario. Los guajiros, campesinos cubanos, no querían volver al hambre de la guerra. En las aldeas no quedaba nada que aportar a la causa. Los cimarrones, hastiados de tener que robar puercos y cazar jutías para sobrevivir, habían regresado a las plantaciones. No había líderes a los que seguir, pues los jóvenes rebeldes de la aristocracia blanca habían caído durante la contienda.

A Mar se le había quitado el hambre. Hablar de guerra y muerte durante la cena no era lo más adecuado para preservar el apetito, pero se acabó la sopa de todos modos. No estaba muy al corriente de la situación política en Cuba, aunque, en ese momento, le generó mucha curiosidad.

—Las enfermedades matan allí más soldados que los machetes —decía su padre en ese momento—; fiebre amarilla, difteria, paludismo... Pero las haciendas están bien controladas en ese aspecto. Cualquier brote se aísla rápidamente. Es como un pueblo en el que sus miembros se relacionan casi de forma exclusiva entre ellos. No viven en medio de la espesura como hacen los soldados, que están continuamente desplazándose de un lugar a otro, con el rancho justo para mantenerse en pie. Don Pedro y su familia llevan viviendo allí muchos años. ¿Por qué habría de pasarnos nada?

Doña Ana no daba crédito.

—¿Estás pensando en aceptar la oferta de Frisia?

—Es mucho dinero, una oportunidad que solo se presenta una vez en la vida. La familia entera se beneficiaría de ello. Prestigio, fortuna y la experiencia de tratar nuevas enfermedades. Cuando

vuelva, podré trabajar en las mejores instituciones médicas. Tal vez me reclamen en Madrid. La capital, Ana, la capital. Siempre tuve la sensación de que algún día podría aportar algo a la ciencia. Es la oportunidad que llevo esperando toda mi vida.

—Desconocía que tuvieras esas aspiraciones, marido mío.

—Estoy harto de recibir palomos y conejos muertos a cambio de mi trabajo. Es el momento de prosperar.

—Entonces, ¿ya lo has decidido? ¿No vas a meditarlo? Esto afecta a toda la familia...

El silencio que recorrió la mesa bastó para validar los deseos de Justino Altamira. Los ojos de Mar no podían apartarse de los de su padre, esperando una confirmación oficial. Doña Ana, por el contrario, tenía el rostro descompuesto.

—Sabes que, si nos vamos a esa hacienda, nuestra hija nunca volverá. Don Pedro y Frisia querrán casarla con uno de sus hombres.

—Mar puede elegir quedarse. Estoy seguro de que sus hermanos la recibirían muy bien.

—Yo voy a donde ustedes vayan —se apresuró a decir Mar.

Basi, que acababa de entrar en la sala para retirar los platos hondos de la sopa, desvió la mirada hacia doña Ana.

—¿Se van a marchar a la hacienda de don Pedro? —preguntó desconcertada y encogida, con los platos en las manos.

Doña Ana se levantó de la mesa, recogió la sopera y se dirigió a la cocina con Basi a la zaga. Allí dejó la sopera sobre la encimera de mármol.

Doña Ana la miró con cariño. Basi tenía cuarenta años, había ganado bastantes kilos y sus mejillas tenían el aspecto saludable de las personas que procedían de las montañas. Todo ello a pesar de sus continuos achaques. Apocada y asustadiza, no hablaba mucho por no molestar. La sola mención de la hacienda cubana parecía encogerla como si fuera un animalillo herido. Todo el mundo conocía su historia.

—Sabes que no eres la única, ¿verdad? —le dijo Ana—. Ellos se van y se olvidan de la familia que dejan aquí. Los muy sinvergüenzas ponen en peligro su alma faltando al sagrado sacramento del matrimonio y uniéndose a otras mujeres en aquellas tierras. Es lo más indecente que puede haber.

Basi agachó la cabeza y no respondió. Tomó una bandeja de un

estante de madera y fue colocando en ella los palomos que había desplumado esa misma mañana y que después había guisado. Doña Ana suspiró al ver los pequeños muslos de las aves.

—Me gustaría que, por una vez, le pagaran a Justino con truchas. Si seguimos comiendo palomos nos saldrán plumas.

Con la bandeja llena en las manos, Basi dijo:

—¿Y qué haré yo?

Doña Ana suspiró pensando que, para estar tan lejos, aquella isla en medio del Caribe tenía demasiadas cuentas pendientes con la villa.

—No te preocupes —le dijo—, te encontraremos otro empleo. No te dejaremos a tu suerte. Y ahora vamos a llevar estos palomos a la mesa antes de que se enfríen.

CAPÍTULO 9

Colombres, marzo de 1895

Doña Ana se detuvo frente a la verja para contemplar su hogar una vez más antes de partir. Las imágenes de la última cena que había compartido con la familia al completo le arrancaron una exclamación sorda que rozó la desesperación. Recordó la insistencia de Román y Ginés, sus hijos mayores, para que su padre desistiera en su intención de emigrar. Pero Justino solo necesitó mencionar la compensación económica que le había prometido Frisia para que los hermanos cambiaran de opinión.

—Sería suficiente para que pudierais abrir vuestra propia clínica en Gijón —les había dicho—. Clínica Altamira, lo llevo imaginando desde que Frisia vino a verme. Vosotros os dedicaríais a lo vuestro y yo volvería de Cuba con tanta experiencia en enfermedades tropicales que sería un referente en todo el país.

A doña Ana no le inquietaban los criollos, ni las enfermedades tropicales ni la travesía en barco, pero le atormentaba el hecho de saber que, a su regreso, alguno de sus nietos ni siquiera la reconocería. Cinco años era demasiado tiempo. En aquella casa que se disponía a abandonar habían nacido todos sus hijos y allí esperaba morir algún día, rodeada de nietos y biznietos, arropada por el calor de su familia. Quería que la enterrasen junto a su esposo, si él se anticipaba en la muerte. En caso contrario, allí lo esperaría, junto a la tumba de sus padres y de su hijo muerto. Alejarse de todo ello era como alejarse de su destino más sagrado, el que ella misma había planificado para el final de sus días y con el que se sentía en paz.

«En los mejores momentos de la vida, asoma el diablo.» Eran palabras que le había oído decir doña Ana a su madre y que, desde hacía unos días, no se le iban de la cabeza.

Llegaron a la plaza donde esperaba la diligencia. Allí se encontraron con Frisia, con el cura de la hacienda que la había

acompañado y con una muchedumbre alrededor.

Frisia estaba contenta. No solo llevaba a la futura esposa del maestro de azúcar, sino que también había encontrado una esposa para el mayoral del batey. Se llamaba Rosalía, era de buena familia y agradable a la vista, aunque altanera y orgullosa.

Desvió la mirada y vio a la muchacha que el cura había escogido para el maestro. Víctor Grimani era soberbio, antojadizo y sospechoso de tramar algo. Frisia recelaba de él porque pasaba mucho tiempo con los negros, sus ideas eran liberales y siempre estaba a un paso de la traición, pero se lo consentía porque era el mejor en su trabajo. Sonrió al observar a su futura esposa. Tenía planes para esa joven campesina y esperaba que no la defraudara.

Paulina ni siquiera se percató de la mirada aviesa de Frisia. Estaba feliz desde el día que supo que los Altamira viajarían con ella a la hacienda cubana. Ya no se sentiría sola y desprotegida. Los tendría a ellos cerca para afrontar su nueva vida con ilusión. Todo parecía estar saliendo tan bien que le dio miedo. Solo había una cosa que le pesaba en el alma: Nana. Le ocasionaba más dolor separarse de ella que de su familia, Dios la perdonara.

La villa al completo acudió a despedir a su médico y a la esposa de su mayor benefactor. En medio de la comitiva destacaban las alas del sombrero de teja del cura y las buenas ropas del alcalde. Don Galo bendijo la diligencia tirada por caballos y rezó una oración para que culminaran el largo viaje sin contratiempos. Los cocheros acomodaron los baúles de lata y las maletas en el portaequipajes de la diligencia, sobre el techo. Doña Ana suspiró, miró a sus vecinos, echó un último vistazo alrededor y se dispuso a subir al carruaje.

Pero entonces apareció Basi cubierta con una manta, portando al hombro un viejo saco y resollando.

—¿Adónde vas tú? —le preguntó Frisia cuando llegó junto a ellos con las mejillas coloradas y soltando vaho por la boca.

—A su hacienda.

Frisia sonrió mientras observaba a la mujer, cuya utilidad desechó al momento. Por vieja y porque su marido la había abandonado. Conocía de sobra la historia de Diego Camblor, su mejor mayoral. Recientemente se había amancebado con una mulata de veinte años después de desechar a la anterior. Frisia no comulgaba con el estilo de vida de Camblor, pero mientras cumpliera en el trabajo

podía hacer con su tiempo libre lo que le viniera en gana. La presencia de su legítima esposa solo podría crear conflictos en la hacienda.

—Desde luego que no vienes —resolvió tajante.

Basi agachó la cabeza.

El padre Galo, que había observado la escena, se acercó al grupo.

—Hija, aquel no es lugar para una mujer frágil como tú.

A Basi comenzaron a brillarle los ojos.

—No soy frágil —se defendió, desviando la mirada hacia el doctor Altamira, que sacudía la cabeza.

—Te digo que no debes ir —insistió el padre Galo, intuyendo el propósito del arrebato de la mujer, que no era otro que ir a pedirle cuentas a su esposo, a ojos del cura un desalmado que ardería en el infierno por bígamo y pecador.

Doña Ana cogió a Basi de un brazo y la llevó bajo la intimidad de un viejo roble sin hojas que había en la plaza. Una vez allí, miró a la mujer a los ojos. Habían compartido tantas cosas a lo largo de los años que su relación de señora y doncella se había convertido en una buena amistad.

—Sabes que nada me gustaría más que tenerte conmigo en este trance, pero no creo que sea bueno para ti. Cuando lo veas, ¿qué vas a decirle?

Basi se echó a llorar.

—Ustedes son lo único que tengo —dijo tapándose la cara con las manos—. Y ya no me quedan fuerzas para emplearme en ningún otro sitio. Nadie aguantará mis males. —Sacó un pañuelo y se sonó la nariz con un graznido—. ¿Qué haré cuando no pueda más? Usted siempre me deja tiempo para reponerme. Es tan buena, siempre pidiéndole al doctor que me cuide... Sin ustedes me habría muerto hace muchos años.

—No digas eso, mujer.

—No sé lo que haré cuando vea a Diego.

—Tiene otra mujer, tal vez hijos... Sufrirás mucho.

Basi bajó la mirada.

—Solo pido estar donde ustedes estén. Pero si no quieren...

—No es eso. Sabes que te queremos, pero no sé si es lo mejor para ti.

La mujer la miró.

—Déjeme decidir eso a mí, señora.

Doña Ana suspiró y calibró sus posibilidades, consciente de que Frisia se resistiría a llevarla. Apretó los labios para armarse de coraje y, con Basi detrás, volvió caminando a grandes pasos que sacudieron sus faldas. Cuando llegó junto a la comitiva, declaró a viva voz:

—¡Basilia se viene!

—¡No, señor, no se viene! —objetó Frisia elevando el tono por encima de la otra.

—Quédate, hija —insistió el padre Galo—. Que allí solo encontrarás más dolor.

Basi rehuyó su mirada.

—Ella se viene o me quedo yo —sentenció doña Ana—, y conmigo se queda mi esposo. Usted decide, Frisia.

El doctor Justino evitó intervenir, pues, achaques de la criada aparte, Ana parecía tener una conexión personal con ella. Le vendría bien tenerla cerca en un lugar tan inhóspito. Por otro lado, conocía bien a su esposa, su fuerza y su tesón, y no lo necesitaba a él para imponer su criterio.

Frisia miró a Justino, solicitando ayuda.

—¿No va a decir nada?

—Tengo dinero para el pasaje —dijo Basi, cohibida.

Frisia ni siquiera la miró, solo cuando vio que el doctor no pensaba intervenir se volvió hacia la mujer con una mueca de desagrado en la cara.

—A la hacienda se va a trabajar. Y yo no tengo dónde colocarte. No recibirás un peso nuestro.

—Nosotros nos ocuparemos —dijo doña Ana.

Frisia dio un paso hacia Basi y le habló muy cerca.

—Tu esposo es un buen mayoral. No quiero escandalera.

—Descuide, señora, sé muy bien dónde está mi sitio.

Frisia tomó aire profundamente, maldiciendo hacia sus adentros. Se ajustó el sombrero y subió a la diligencia para sentarse en la parte delantera, junto al padre Miguel.

El cochero y un mozo, que también hacía las funciones de postillón, guardaron el saco de Basi. Esta, sin perder un instante, saltó rauda como un gato al interior de la diligencia, apretándose contra las otras personas que ya venían en ella.

El doctor y doña Ana compartían el mismo asiento; él muy elegante, con su bombín en la cabeza y su abrigo largo con cuello de

piel; ella había escogido su mejor sombrero para el trayecto. Su boca aún despedía sin cesar volutas de vaho debido a la tensión del primer enfrentamiento con Frisia, temiendo que no sería el último. Repartió mantas para que Basi y Mar se las colocaran en el regazo y después se aferró al brazo de su esposo. Justino le cogió la mano, se la apretó y le dio suaves golpecitos para reconfortarla en la despedida.

—Vamos, Ana, cuando te quieras dar cuenta estaremos de vuelta. El tiempo pasa rápido, esposa mía, ¿no es eso lo que dices siempre? Cuando vuelvas echarás de menos el sol de aquella tierra, recuerda lo que te digo.

Los cocheros arrearon los caballos. Basi dejó salir los nervios con un sollozo ahogado. Mar y Paulina volvieron la vista atrás para ver algunas manos alzadas en un último adiós.

De pronto, un pequeño perro salió de algún lugar del camino y corrió tras la diligencia, como si en ella se fuera lo más preciado que tenía. Era Nana, cuyas pequeñas patas nunca se habían esforzado tanto. Al verla, Paulina ahogó un quejido y sintió un dolor tan grande que creyó que algo se le había clavado en el corazón. Nana corría y corría y durante unos minutos logró perseguir el trote ligero de los caballos, hasta que el animal, extenuado, los dejó marchar.

Paulina la vio sentarse en el camino polvoriento, rendida y abandonada por segunda vez en la vida. Mar trató de animarla, pero Paulina fue sollozando por los caminos irregulares, los abrevaderos y durante los primeros relevos de los caballos.

CAPÍTULO 10

El buque zarpó en medio de un griterío de gente que sacudía pañuelos blancos como alas de gaviotas a los pies del muelle. La sensación de bienestar desapareció tan pronto como apareció el mareo, y todos, excepto el doctor y Basi, vomitaron el alma en cubos de latón.

Contra todo pronóstico, Basi no acusó el vaivén que producía el oleaje, e iba de un camarote a otro con eficacia de marinero, cubo en mano, sujetándoles la frente cuando eran incapaces de contener las arcadas. Después, lanzaba los residuos al mar y volvía con el cubo limpio para atender el siguiente mareo.

El doctor, que también notaba la inestabilidad del buque en sus propias tripas, la observaba con las cejas enarcadas, haciendo cábalas para sus adentros, tratando de establecer la fecha aproximada en la que Basi se rompería.

Fue un alivio para todos que el mar se apaciguara al cabo de una semana. Entonces, la vida a bordo se volvió ordenada. Comenzaron a cumplir los turnos establecidos en el comedor, dieron paseos por la toldilla, conversaron con otros pasajeros y, durante todo ese tiempo, nada supieron de Frisia o del padre Miguel.

Rosalía y Paulina mataban las horas compartiendo sus inquietudes. Se intercambiaban los retratos de sus inminentes esposos y comparaban rasgos de su personalidad. El mayoral se llamaba Guillermo, tenía treinta y dos años y era natural de una villa cercana a Colombres.

—Vino a Cuba de soldado —explicó Rosalía—. Era sargento del Ejército, pero, cuando se enteró de lo que cobraban los mayorales de las haciendas, buscó la plantación de don Pedro para ofrecerle sus servicios.

—¿A ti no te importa la diferencia de edad? —le preguntó Paulina.

—Al contrario. ¿Quién quiere a un muchacho por marido? Yo prefiero un hombre que sepa desenvolverse en la vida. Una nunca

sabe a lo que tendrá que hacer frente, y los chicos tardan más en madurar que nosotras.

Tumbada en su litera, Basi escuchaba a las muchachas desgranar su futuro sin intervenir. ¿Qué podía decirles ella? ¿Qué consejo podía ofrecer una mujer cuando fracasaba en lo único para lo que había sido educada? Basi prefería dormir, porque mientras dormía la traición no le dolía, ni la angustia ni el abandono. Por el día paseaba por la cubierta junto al doctor y doña Ana. Por las noches escuchaba a las muchachas hasta que se dormía. Y así un día tras otro, deslizándose por las horas como si no quisiera pisarlas, flotando sobre ellas hasta llegar a la mañana siguiente sin hacer ruido. Porque el ruido despertaba las emociones y ella debía mantenerlas a raya para poder enfrentarse a lo que le deparase el futuro.

Con la llegada del buen tiempo, los emigrantes salieron de las entrañas del barco como lagartijas hartas de frío y humedad. En la cubierta principal comenzaron a sonar gaitas, guitarras y batir de palmas. Doña Ana les dio permiso a las muchachas para que se unieran un rato a la fiesta. Al principio, el doctor se negó.

—Vamos, cariño —le dijo ella—, serán solo unos minutos. Hace un día maravilloso. Esos pobres hombres y mujeres podrían ser nuestros vecinos, es gente humilde, pero buena.

Le bastó un leve gesto de cabeza al doctor para que Paulina y Rosalía salieran corriendo hacia la cubierta principal. Mar prefirió quedarse, porque nunca le habían gustado los bailes ni los espacios concurridos.

El doctor observó desde su posición a la masa de personas que bailaban al son de la música. Los emigrantes estaban sucios, con un penoso aspecto de enfermos después de tantos días de hacinamiento, pálidos como difuntos, oprimidos a toda suerte por su condición miserable. En sus rostros macilentos, las sonrisas parecían muecas deshuesadas, como si la dureza del viaje les estuviera robando la humanidad.

En el aire pesaban añoranzas y anhelos idénticos.

Un olor a sudor rancio, a humedad y a vómito ascendió hasta la cubierta de la toldilla, donde el doctor y doña Ana contemplaban el ambiente festivo. Él pensó que, en esas circunstancias, sería un

milagro si no aparecía un brote de enfermedad a bordo.

CAPÍTULO 11

Cuatro días después del festejo, Rosalía empezó a sentirse mal tras el almuerzo. Tenía fiebre y le dolía la garganta. El doctor le aconsejó acostarse. Un primer examen no arrojó un diagnóstico claro. Dos días más tarde, Paulina y doña Ana también desarrollaron síntomas. Fue entonces cuando Justino comenzó a preocuparse. Les tomó la temperatura, buscó en su piel la presencia de sarpullidos, les palpó el cuello y auscultó su corazón. No fue hasta que vio emerger unas placas grisáceas en la garganta de Ana cuando supo a lo que se enfrentaban.

—Difteria —le comunicó a Mar.

Ella se estremeció al conocer el origen de la fiebre. El último caso de difteria al que se habían enfrentado había sido el de un niño de cinco años muchos meses atrás. Los padres habían atribuido su tos fuerte a un proceso catarral. Para cuando los llamaron, ya se le habían formado en la garganta y en las fosas nasales las membranas características que dificultaban la respiración. No en vano se conocía a esa enfermedad con el nombre popular de garrotillo, porque la muerte se asemejaba a la ejecución de los condenados a morir en el garrote vil.

Muerte por asfixia.

Mar recordó a su padre practicándole una traqueotomía al niño para que pudiera respirar, y también lo desesperado que se había sentido cuando todos los remedios que le aplicaba iban fracasando, pues, aunque el problema de la asfixia se solucionaba, no así las condiciones generales del paciente. Desde no hacía mucho se utilizaba un suero antidiftérico que había que diluir en agua hervida, pero que no estaba exento de riesgos, ya que la inyección repetida de ese suero producía efectos indeseables graves. Por otro lado, la enfermedad podía afectar a órganos vitales del cuerpo como el corazón, los riñones o el hígado, y ante esas complicaciones poco era lo que podía hacerse.

Una sensación de derrota invadió a Mar en esos primeros

instantes. Si su madre y Paulina se habían contagiado, eso quería decir que debía de haber muchos enfermos a bordo.

En la frente de Mar comenzaron a brotar minúsculas gotas de sudor. Nunca había vivido una situación como aquella, la de luchar contra una enfermedad contagiosa en un barco con más de mil pasajeros a bordo. Las condiciones higiénicas y de prevención resultaban ineficaces en un espacio sin barreras físicas. Aquello podía ser una tragedia, y Mar asumió que habría muertos, pues la tasa de mortalidad de los enfermos de difteria alcanzaba el cincuenta por ciento.

El médico del barco puso al corriente a Justino de lo que estaba sucediendo.

—Solo la primera clase está libre de contagios. Los marineros que vuelven de los entrepuentes dicen que aquello parece un muladar lleno de vómitos, restos de comida y humedades que atraen a las ratas. Los piojos y las chinches son una plaga. Que Dios nos asista para que no se desencadene a bordo una epidemia de tifus, pues las condiciones son del todo propicias. He ordenado pulverizar la cubierta con sustancias antisépticas, instalar platos anchos con disoluciones de ácido fénico y lavar las cubiertas y las literas con lechadas de cal. Si se le ocurre algo más que podamos hacer, será bien recibido.

Justino se pasó una mano por la nuca. Él habría ordenado retirar todos los colchones y quemar la ropa de los emigrantes, pero no podía obviar que en las entrañas del barco viajaban seiscientas personas y que la tripulación apenas llegaba a ochenta hombres. Era una solución inviable. La enfermedad camparía a sus anchas, recorrería el barco de proa a popa y no se detendría hasta que no hubiera hecho su trabajo.

Como era una enfermedad de rápida incubación, tres días más tarde había tantos pacientes que tuvieron que habilitar el comedor de segunda clase para poder atenderlos. Los marineros retiraron las mesas y las sillas, y colocaron en el suelo lechos improvisados donde instalar a los enfermos. El médico de a bordo y su enfermero se encargaron de los pacientes en la enfermería; Justino y Mar lo hicieron en el comedor.

La metodología pasaba por aplicarles una primera inyección de suero antidiftérico y esperar a ver cómo evolucionaban, tratando de que la fiebre no les subiera demasiado. Paulina y Rosalía reaccionaron satisfactoriamente al suero, pero la situación de doña Ana fue

derivando con los días hacia una peligrosa fiebre. También se le formaron unas placas que comenzaron a obstruirle las vías respiratorias. Justino probó todo lo que tuvo a su alcance: el uso de calomelanos, bromuro de potasio, alumbre en polvo, ácido clorhídrico concentrado... Pero nada parecía dar resultado.

El doctor no quería separarse de ella, necesitaba estar atento al más ligero cambio para poder reaccionar, pero había tantos pacientes de todas las edades que encomendó a Mar no moverse de su lado.

Cada minuto que Justino pasaba separado de Ana le provocaba una úlcera en las tripas. Así lo percibía él. A su mente científica asomaba la posibilidad de que su esposa no superase la enfermedad, de que sufriese la terrible asfixia. Entonces la angustia lo hacía volver corriendo a su lado, con los ojos inyectados del sufrimiento que le provocaban las conjeturas. Encontraba a Mar junto a ella, cogiéndole la mano, tratando de bajarle la fiebre con un trapo húmedo de algodón. Justino hacía el enorme esfuerzo de volver a su labor porque no quería que Mar viera el terror que lo embargaba, no podía permitir que leyera en sus ojos la verdad a la que se enfrentaban, la posibilidad de perderla. Recordó la vida cómoda que habían dejado atrás y le asaltó un sentimiento de felicidad perdida. Justino fue plenamente consciente, y tal vez demasiado pronto, de que se había equivocado, de que ninguna esperanza de progreso podía justificar correr tantos riesgos. No había estado atento a las noticias que cada semana publicaban los diarios sobre los peligros que entrañaban aquellos viajes transoceánicos en barcos con exceso de pasaje donde las enfermedades, en ocasiones, causaban estragos. Creyó que su posición les protegería de sufrir un destino fatal como el que sufrían a menudo los emigrantes, que malvivían en las bodegas del buque. Había ignorado que un barco en mitad de un océano era un espacio demasiado pequeño para mantenerse a salvo.

Mientras la enfermedad iba tomando posiciones en el barco, mientras el miedo al contagio recorría las cubiertas, y el olor a desinfectante iba dejando su rastro en cada rincón, Basi rondaba las puertas del comedor, embozada en una gruesa manta de lana, muerta de preocupación por doña Ana. En contradicción con su aparente fragilidad, Basi se sentía extrañamente fuerte. A decir verdad, nunca se había sentido tan viva y capaz de todo. Mucho tiempo atrás, hallándose enferma en la cama, doña Ana le había dicho: «El día que

saques la rabia que llevas dentro, empezarás a sentirte mejor, porque las frustraciones debilitan el cuerpo. Deberías gritar, golpear con los puños sobre la cama, deberías decirle a la pared todo lo que te gustaría decirle a tu esposo. Esa contención tuya te está matando». Qué razón tenía, pensaba Basi, porque la mera posibilidad de encontrarse con Diego y de ajustar cuentas con su pasado la estaba dotando de una fortaleza extraordinaria.

Jamás se había detenido a reflexionar sobre las personas que fallecían en alta mar porque nunca había entrado en sus planes subirse a un barco. Ella imaginaba que los envolvían en sudarios y los instalaban en algún lugar a la espera de darles cristiana sepultura al llegar a tierra. Por eso le horrorizó descubrir que a los muertos los arrojaban al océano tras un pequeño responso del capellán y unas pocas gotas de agua santa salpicadas sobre sus mortajas.

En alguna ocasión había oído a doña Ana hablar del panteón de piedra que la familia tenía en propiedad en el cementerio de la villa. Lucía en lo más alto de su cúpula una hermosa escultura tallada en mármol blanco: el arcángel Gabriel, mensajero de Dios, el encargado de hacer sonar su trompeta en el juicio final. En ese panteón reposaban todos sus seres queridos —sus padres y su pequeño hijo muerto poco después de nacer—, y a ellos quería unirse al final de sus días.

«La familia junta para toda la eternidad, Basi. Así debe ser.»

Esas palabras impulsaron a Basi a no alejarse de la entrada del comedor y esperar la oportunidad de meterse dentro. El olor a desinfectante llegaba hasta ella en pequeñas oleadas cada vez que algún marinero franqueaba la puerta. Solo tuvo que esperar un descuido de la tripulación para colarse. Encontró multitud de catres diseminados por el suelo. La mayoría de ellos estaban ocupados por enfermos. Se enfrentó a las toses, los quejidos y las llamadas al doctor y al cura. La sotana del padre Miguel se inclinaba en esos momentos hacia un hombre para que besase el crucifijo de madera que llevaba en la mano.

Las piernas de Basi comenzaron a temblar, como era habitual en ella cuando creía estar cerca de la muerte. Reconoció el miedo naciendo en el centro de su vientre, un murmullo de angustia que le aplastaba el pecho y se estiraba hasta su garganta, como garras de animal que la oprimían y le robaban el aliento.

Buscó a su señora por la sala hasta dar con ella en la segunda fila de enfermos, cerca de la entrada. Vio a Mar atendiendo a un niño que había en el catre contiguo. Arrodillada en el suelo, le refrescaba el rostro con un trapo que enjuagaba en una palangana con agua. También vio a Paulina y Rosalía, que estaban sentadas en sus jergones, en mejor estado que todos los demás.

Al llegar junto a su doña, la encontró sudorosa, jadeante y despierta. La angustia se le aglutinó en la garganta, pero se esforzó en mostrarle una sonrisa.

—Basi... —murmuró la enferma con voz ronca.

La mujer se apresuró a tomarle la mano.

A Mar le llegó el sonido de la voz de su madre y se giró en el mismo suelo. Al ver a Basi, no pudo evitar dar un salto para volverse del todo hacia ella.

—Por Dios, ¿qué haces aquí?

—No me haga salir, señorita, que ya no aguanto más ahí fuera sin hacer nada.

—Pero puedes enfermar...

—Ya lo sé, pero uno se cansa hasta de tenerle miedo a la muerte. Y yo me vi morir demasiadas veces, bien lo sabe su padre. Si aún estoy aquí es porque el Señor tiene otros planes para mí. Quiero quedarme..., ayudar en lo que sea. Haré lo que usted y el doctor me digan, no me moveré de mi sitio, pero no voy a marcharme. En esta sala hay muchos enfermos que los necesitan a ustedes dos, así que yo me quedaré junto a su madre.

Alzó la vista y vio al doctor con los brazos en jarra, de pie, mirándola, sacudiendo la cabeza en un gesto reprobatorio como hacía siempre. Pero ella estaba decidida y no pensaba ir a ningún sitio.

Basi se instaló en la cubierta del comedor sobre una manta, junto a su señora. Doña Ana quería hablarle, pero le dolía mucho la garganta, y el doctor, que se acercaba cuando podía, le decía que debía ahorrar fuerzas y descansar.

Dos marineros renovaban el agua de las palanganas, cambiaban la ropa de los catres y ponían platos con desinfectante por la sala. Mar salía a respirar bocanadas de aire limpio cuando no soportaba más aquella atmósfera corrompida que le oprimía el pecho. Entonces contemplaba la cubierta principal abarrotada de gente tumbada sobre las tablillas de madera del barco, tapados con mantas para soportar la

brisa que barría los espacios abiertos. Los emigrantes habían abandonado el hacinamiento en los sollados para permanecer al aire libre por miedo a enfermar.

Esa noche, su padre le dijo que, si la obstrucción de las vías respiratorias de su madre seguía aumentando, le practicaría una traqueotomía a primera hora de la mañana. Mar lo encontró desfigurado, como si alguien le hubiera dado un susto de muerte y la expresión de terror se le hubiese quedado petrificada en el rostro.

De madrugada, agotada tras varios días sin apenas dormir, Basi se recostó en el suelo sobre la manta, aprovechando que doña Ana parecía descansar sin sufrir ningún acceso de tos. Su cansancio no atendió a los quejidos de los enfermos ni a los ruidos del trajín del doctor, de Mar o de los marineros, que acarreaban en sus calderos todo tipo de residuos humanos. Fue en esos momentos cuando doña Ana, febril y con la respiración comprometida, abrió los ojos y la vio descansando. Pese a lo enferma que se encontraba, en su mente se había instalado una extraña lucidez. Estiró una mano y cubrió amorosamente el cuerpo de Basi con la manta que se le había resbalado hacia el suelo. Después giró la cabeza hacia el niño que estaba a su lado. Lo vio con los ojos abiertos, aterrado y tiritando. Le calculó ocho o diez años y recordó que había oído a Mar llamarlo Pablo. Tenía la piel húmeda de sudor, el pelo castaño pegado a la frente y las mejillas en llamas.

Doña Ana pensó en los padres del chiquillo y sintió una honda compasión hacia ellos, porque no había mayor agonía que la preocupación por la salud de los hijos. Las prendas del niño, desgastadas y sucias, evidenciaban su origen humilde, y era probable que no se hubiera cambiado de ropa desde que habían partido.

—Quiero ir con mi madre —musitó el chiquillo con un hilo de voz, comenzando a sollozar.

Doña Ana lo vio tan desvalido que estiró el brazo y le cogió la mano. Pensó que tal vez él la retiraría, pero no lo hizo; al contrario, ella notó la presión de sus pequeños dedos en la mano.

—¿Va a soltarme cuando me duerma? —le preguntó.

Doña Ana tuvo que aspirar durante unos segundos para acumular un poco de aire en sus pulmones.

—Por nada del mundo.

Él la creyó, y eso fue suficiente para que cerrase los ojos,

imaginando que sujetaba la mano de su madre. Y así, de esa forma, se dejó llevar a donde fuera que quisiera arrastrarlo aquella zozobra en la que se hundía su conciencia. En su mente infantil y confusa, la imagen de su madre fue tan nítida y poderosa que por fin se sintió en paz. Estaba tan cansado que notó en todo el cuerpo una sensación de bienestar cuando dejó de luchar.

Algo más tarde, doña Ana lo supo al notar que los dedos del pequeño habían aflojado la presión en su mano. Abrió los ojos, lo miró y se dio cuenta de que el niño ya estaba ante la presencia del Señor, junto a un puñado de ángeles, y que a su vera no volvería a sentir hambre, miedo o frío. Doña Ana había tenido sus más y sus menos con las cuestiones de fe. Pero en ese momento la necesitaba más que nunca. La necesitaba por el pequeño Pablo. Por eso no soltó su mano, ni aun cuando cerró los ojos para abandonarse a su vez, tal como había hecho él.

Cuando Basi despertó y los vio así, cogidos de la mano y en silencio, dejó salir un grito que sonó a tragedia. Justino apareció al instante, con la expresión más desgarrada que ella le había visto jamás. El doctor auscultó el corazón de doña Ana y utilizó todo tipo de tonificantes para vigorizar sus latidos.

—Ana, no... Amor mío, no...

Mar, junto a ellos, no pudo contener el llanto y se mordió los puños para no gritar.

El corazón de doña Ana había sucumbido, pese a los esfuerzos por salvarla.

Justino siguió intentando reanimarla durante una hora, ignorando los dictámenes de su propio conocimiento científico y las exhortaciones del padre Miguel. Solo la presencia del médico del barco, a quien habían alertado de lo ocurrido, logró que acabara rindiéndose.

Mar se abrazó a su padre mientras el médico confirmaba el fallecimiento. Basi lloraba, incapaz de asimilar lo que acababa de pasar.

La voz del padre Miguel los alertó a todos de nuevo.

—El niño, doctor...

El médico del barco se acercó a él y le auscultó el corazón. Al cabo de un momento, los miró con gesto pesaroso y negó con la cabeza. Mientras el padre Miguel se inclinaba junto al chiquillo, el

médico se acercó a su colega.

—Doctor, lo lamento profundamente —dijo agachándose a su lado y poniéndole una mano en el hombro—, pero tenemos a muchas madres, a muchos padres y a demasiados hijos que necesitan nuestra ayuda. Tendrá que llorar usted más tarde.

Justino alzó una mano frente a su colega para que no dijera una palabra más. Quería que lo dejase en paz, quería que se marchara y poder hundirse en su dolor, pero se limpió las lágrimas y se puso de pie ante la mirada acongojada de Mar.

—Vamos, hija —le dijo, tendiéndole la mano.

«Hay que sufrir para sufrir menos», le había dicho a Mar su madre hacía tiempo.

Y no fue hasta el día de su muerte cuando lo comprendió.

Esa tarde, se ató al brazo una banda negra en señal de luto, del mismo modo que hizo su padre, y juntos acompañaron al capellán en procesión hacia un costado del barco. Basi los siguió en silencio, terriblemente triste y alicaída. La escena de la tarde anterior se repitió bajo un cielo de plomo, con la brisa gélida aullando entre los manguerotes de la cubierta y el crepitar del agua bajo la quilla del transatlántico. A su lado, destrozado de dolor, Justino parecía diez años más viejo. Los padres de Pablo, sin embargo, rodeados de otros tres niños pequeños, soportaron sin derrumbarse el responso del capellán, hasta que su hijo, unido a doña Ana en la misma mortaja, fue arrojado a su tumba en las profundidades del mar.

CAPÍTULO 12

La vida en primera clase no se vio afectada por la enfermedad. Continuaba con su agradable ritmo de sesiones de piano y tardes de té mientras, en las otras cubiertas, los pasajeros luchaban para salvar sus vidas. El fallecimiento de doña Ana no le produjo a Frisia el menor escalofrío, solo temió que el doctor se viera tan perjudicado por el suceso que no fuera capaz de ejercer su profesión en la hacienda. Asomada a la popa del barco, estaba más preocupada de mantener el blancor de sus guantes que de los acontecimientos en las cubiertas inferiores. No sentía compasión.

¿Por qué habría de hacerlo? La misericordia era la antesala de la debilidad, y si había algo que aterraba a Frisia era sentirse débil. No habría sobrevivido a la dureza de la infancia de haberse prodigado en lástimas y compasiones. Para Frisia, los escrúpulos eran lastres de los que había que desprenderse para poder prosperar.

El primer conflicto al que se había enfrentado en la vida la sorprendió en el hospicio a la edad de ocho años. En aquella época, Frisia admiraba a su hermana Ada; imitaba su forma de caminar, su manía de fruncir los labios cuando se quedaba reflexionando. Se sentía menos huérfana por tenerla. La cogía de la mano y se exhibía delante de las demás niñas para darles a entender que ella no estaba sola en el mundo.

Ese afán por mostrar su suerte levantó envidias y resentimientos, y en varias ocasiones Frisia terminó encerrada en la oscura carbonera del sótano, donde la luz no penetraba jamás, un territorio colonizado por ratas grandes como conejos.

Ada nunca hizo nada para defenderla de aquella cárcel de monstruos y carbón, y el sentimiento de abandono fue para Frisia peor que notar en la piel el roce de las alimañas. Comprendió entonces que tener familia no implicaba sentirse protegida por ella. Ni tampoco amada.

Pocos años después, las dos abandonaron el hospicio para ir a

servir a casa de un señor que disecaba animales por la mañana y maltrataba a su esposa por la tarde. Entre aquellas sólidas paredes, Frisia aprendió su segunda lección de vida: en una escala de poder, ellas ocupaban el mismo lugar que los perros. Sus días se llenaron entonces de gritos, patadas y azotes con varas de avellano. Frisia nunca imaginó que su vida pudiera volverse aún más miserable, pero se equivocaba. A pesar de ser dos años más joven que Ada, estaba más desarrollada que ella. Tal vez por eso, el señor que coleccionaba animales muertos escogió meterse en su lecho.

Si hubiera sucedido al contrario, Frisia se habría arrojado sobre él como un halcón, le habría arañado la cara y sacado los ojos para que dejara en paz a su hermana. Pero, una vez más, Ada no la defendió.

«Si me quieres de verdad, tienes que procurar que todo siga igual, porque no podría soportar que se metiera en mi cama. Me moriré si pasa, Frisia, ¿lo entiendes? Me moriré, y entonces te quedarás sola en el mundo.»

La insólita respuesta de Ada la había perturbado tanto que, una mañana, Frisia entró en el dormitorio de la señora para robarle un abrecartas afilado con empuñadura de marfil. Después solo tuvo que esperar a que el hombre volviera a meterse en su cama. Aquella noche, temblando de miedo y de asco, Frisia le clavó la punta del abrecartas en la espalda.

El miedo al escándalo evitó que las denunciaran, pero no las libró de regresar al hospicio. Allí se quedaron hasta que Ada cumplió dieciocho años. Entonces, las monjas le buscaron un empleo y se aseguraron de que Frisia se marchara con ella, pues corrían rumores en la institución acerca de un abrecartas que solía utilizar la muchacha para amenazar a las niñas que no obedecían sus órdenes, aunque las monjas nunca pudieron probarlo.

Fue así como terminaron trabajando de doncellas en la espectacular quinta de los Villar en Colombres.

Cuando conoció a Pedro, el hijo menor del matrimonio, en el corazón de Frisia comenzó a brillar una tibia luz. Nunca había conocido a nadie como él, un chico que les llevaba leche y galletas a la cama cuando todos dormían y que se quedaba sentado en una esquina del cuarto leyéndoles las misivas de su hermano Agustín, enviadas desde la hacienda cubana y en las que hablaba de un mundo donde existían amos y esclavos, donde se arrancaba a las personas de

su tierra natal para meterlas en barcos, encadenadas con grilletes, con destino a las plantaciones, y donde una palabra del patrón marcaba la diferencia entre la vida o la muerte.

Frisia entendió entonces que había personas con vidas más miserables que la suya, y durante días le dio vueltas a ese asunto, aterrada, pensando que a ella pudiera sucederle lo mismo.

Un día se atrevió a compartir sus temores con Pedro.

—No te preocupes, Frisia, a ti nunca te pasará eso.

Se lo dijo cogiéndole la mano y mirándola a los ojos con tanta dulzura que Frisia descubrió por vez primera la belleza de estar viva.

En ella prendió la llama de la bondad, la necesidad de convertirse en una buena persona como Pedro. Quería ser como él. Quería hacer cosas por él. Durante un tiempo, incluso se esforzó en amar a su hermana. Lo intentó de veras. Y a punto estuvo de lograrlo. Amaba a Pedro, y estaba segura de que él le correspondía.

Por eso no comprendió nada cuando Ada se acercó una noche a su cama y le contó entre lágrimas de felicidad, cogiéndole las manos, que Pedro le había propuesto matrimonio.

La confesión dejó a Frisia sin palabras, incapaz de reaccionar. Cuando el impacto de la revelación se lo permitió, le dijo que debía de tratarse de un error, que lo había interpretado mal. Tuvo que ser el mismo Pedro quien le abriera los ojos a la realidad de sus sentimientos. Se lo dijo con la emoción desbordando todo su ser. «¿No estás contenta, Frisia? Ahora seremos hermanos de verdad.»

Fue un golpe demasiado duro que la aturdió durante semanas.

A partir de ese momento, Frisia comenzó a meditar durante horas sobre la justicia de Dios. Rezaba cada noche al Altísimo para rogarle que, si era un Dios justo, si de verdad era el Dios de los agraviados, no debía ser Ada quien se casase con Pedro, sino ella.

«Señor, he sufrido tanto... ¿No crees que merezco un poco de bondad? A mi hermana ningún mal la ha herido en la vida salvo la misma desgracia de haber sido abandonadas. ¿Por qué la recompensas a ella y no a mí? ¿Por qué depositas en mi corazón tantas injusticias mientras el suyo late sin una sola carga?»

Frisia quería gritarles a todos que se estaban equivocando, que Ada era cobarde, egoísta y una mala hermana, y que su rostro dulce y sus modales suaves no decían la verdad de su corazón, negro como las alas de los cuervos, turbio como los remolinos del arroyo, oscuro

como el cielo antes de quebrarse en mil relámpagos.

«Las injusticias corrompen más corazones que las más grandes desgracias.»

Se lo había oído decir a un cura.

Y eso fue, exactamente, lo que acabó volviendo negra su alma.

CAPÍTULO 13

En cuanto la epidemia estuvo controlada, Justino se encerró en su camarote. No quería ver a nadie y se pasaba el día durmiendo. Mar encontró junto a su cama un frasco de diacetilmorfina, comercializada con el nombre de heroína, el jarabe *heroico* que prometía acabar con la tos. Hacía tiempo que su padre ya no lo recetaba a nadie. Los niños que lo habían tomado se habían acostumbrado tanto a sus efectos que después eran capaces de permanecer una hora bajo la lluvia para enfermar y conseguir que sus madres volvieran a dárselo. Ejercía una influencia extraña en los pacientes, quienes, a dosis altas, entraban en una somnolencia a veces tan profunda que incluso podían olvidarse de respirar. Una peligrosa desconexión de la realidad.

—¿Qué es lo que pretende, padre?

Sentado al borde de la cama, Justino mantenía la mirada clavada en sus pies desnudos.

—Es mejor que vuelvas a tu camarote.

—¡No! —exclamó Mar—. A menos que me prometa no volver a tomar ese jarabe.

—No voy a prometerte nada, hija. Y soy muy mayor para que me des órdenes.

—Pero, padre, sabe que es peligroso, que ese estado de sueño profundo puede costarle la vida. Lo he leído en sus revistas médicas. Ha visto lo que hace ese jarabe con los niños. ¡Los vuelve dependientes! Fue usted quien decidió no volver a utilizarlo hasta que hubiera nuevas investigaciones.

—Cada uno alivia su dolor como puede. Soy médico. Es mi privilegio. Necesito descansar y olvidarme de... —A Justino se le quebró la voz—. Olvidarme de que tu madre ya no está con nosotros.

—¿Cree que yo no estoy destrozada? ¿Cree que a mí no me duele haberla perdido? ¿No tener siquiera una tumba donde ir a verla?

—Calla...

—¡Pues me duele! ¡Y a veces pienso que no podré soportarlo!

—Cállate, por favor... —Su padre se llevó las manos a la cabeza, como si le fuera a estallar.

—¡No me callaré! ¡No quiero quedarme también sin usted!

—¡Basta! —gritó Justino—. Por Dios, mírate. Estás aterrada como una niña. Llevas desde que naciste pegada a tu madre y a mí. ¿Qué has hecho con tu vida, hija? ¿Qué va a ser de ti cuando yo tampoco esté? A ver cuándo te das cuenta de que no eres un hombre. Debiste aprovechar los primeros años de tu juventud para encontrar un esposo y crear una familia. Pero en vez de eso aprendiste a poner inyecciones.

Mar lo miró con horror, porque su padre jamás le había hablado de esa forma. Él siempre le había dejado libertad para encontrar su lugar, y no entendía a qué venía aquello.

—Pero padre...

—Se lo dije muchas veces a tu madre, le dije que estábamos siendo cómplices de tu soledad. Porque eso es lo que te espera a la vuelta de los años. Soledad o mendigar a tus hermanos que te recojan en su casa. Nunca debí permitir que te involucraras tanto en mi profesión.

—Pensé que usted me entendía, que era capaz de ver que amo lo que hace. Ser capaz de sanar, quitar el dolor a los que sufren... Es a lo que me he querido dedicar toda la vida. Pero no tuve las mismas oportunidades que mis hermanos porque soy una mujer. Y es demasiado injusto.

—El mundo está hecho así...

Mar se limpió una lágrima con la mano y aspiró por la nariz.

—No me eche de su lado, padre. Déjeme seguir ayudándolo. Y si cuando sea vieja me encuentro sola, le juro que jamás pensaré que ustedes fueron responsables.

Justino se llevó una mano a los ojos y comenzó a llorar amargamente. Mar corrió a su lado, se abrazó a su cintura y recostó la cabeza en su pecho.

—Padre..., no llore, que no puedo soportarlo.

—Lo siento, hija, es que tengo el alma rota, y no dejo de pensar que podría haber hecho más por ella. No dejo de preguntarme dónde fallé, qué hice mal... No debí separarme de su lado...

—No tuvo elección, y no habría cambiado nada.

—No lo sé. No lo sabré nunca...

A medida que se aproximaban al litoral cubano, el aire fue volviéndose tibio. Poco después, contemplaron las formas onduladas del relieve costero, que se cubría de vegetación en las colinas. El buque avanzaba lentamente, con cierta melancolía, como el guerrero que regresa a casa agotado tras una dura batalla. Herido de muerte.

Paulina, recuperada totalmente de la enfermedad, pasaba las horas apoyada en la barandilla de popa, transitando en un desequilibrio de ánimo que la llevaba de la lágrima por los tristes sucesos a la esperanza en el futuro. Acostumbrada a la lluvia, la niebla y la humedad de Colombres, aquella temperatura cálida y aquellos cielos azules exacerbaban sus sentimientos. Pensaba en Santiago, pensaba en Víctor, y sentía una doble emoción en el pecho. Aquella tierra sería su nuevo hogar. Y, si Dios le daba salud, allí nacerían sus hijos y los vería crecer. Con un suspiro al aire, siguió caminando por sus sueños mientras el buque se iba adentrando en la bahía de La Habana, cargado de cansancios y más ligero de pasaje, pues la difteria se había cobrado catorce almas.

La isla y el mar frente a frente.

—Fijaos bien en lo que os digo, hijas mías —comentó el padre Miguel frente a la costa—. Dentro de muchos años echaréis la vista atrás y os acordaréis de este día.

El barco fondeó en la bahía a última hora de la tarde. Un par de barquichuelas se acercó al transatlántico. Eran los agentes de la Junta de Sanidad y los empleados de la aduana, que se dirigían a inspeccionarlo. Durante la última noche que pasaron a bordo, Basi ayudó al doctor a guardar en un baúl las pertenencias de doña Ana bajo la mirada desolada de Mar. Mientras eso ocurría, Paulina y Rosalía se reunieron en la cubierta para ver las luces de la ciudad al fondo, bajo las estrellas que titilaban en la noche azulada, cada una pensando en sus propios asuntos, más en silencio que conversando. El relente nocturno olía a sal, a café y a frutas desconocidas, y la temperatura era agradable.

Al día siguiente, multitud de pequeñas embarcaciones se encargaron de llevarlos a tierra. Allí los esperaba Frisia, que había desembarcado primero y que se apresuró a darle el pésame a Justino con sobreactuada consternación. Mar la interrumpió.

—No es necesario que diga nada más, Frisia.

La mujer lo agradeció, porque un exceso de palabras solo conseguiría acrecentar la incomodidad de la situación.

La actividad en los muelles los engulló. Carromatos tirados por mulas que iban y venían transportando carga, mozos ofreciendo sus servicios para llevarles el equipaje, vendedores ambulantes, filas de quitrines y volantas, vías de ferrocarril, pasajeros llegados de todas partes, toneladas de mercancías a la espera de ser izadas por las plumas de los barcos, sacos de azúcar, olor a ron, a cigarro cubano, a vainilla y a caballo.

Durante el trayecto que realizaron en carruaje en dirección a la estación de ferrocarril, Paulina advirtió que había más personas de color de las que había imaginado. Los vestidos de las mujeres negras llamaron su atención; eran blancos con topos verdes y dejaban a la vista de todos los hombros y parte de los senos. Las mujeres blancas, sin embargo, vestían con más decoro, subidas a sus carruajes, pues no se las veía a pie, y llevaban faldas claras y blusas cerradas al cuello. Mientras que las primeras usaban en la cabeza pañuelos de colores, las segundas utilizaban sombreros con adornos florales y sombrillas para protegerse del sol. Había color por todas partes y el bullicio de las voces se unía al festín de los campanarios de las iglesias.

Todo era movimiento, todo negocio, todo vida.

Paulina también reparó en un grupo de soldados con el uniforme de ultramar. Aquella imagen le cortó el aliento. Los miró como si fueran algo suyo, íntimo y querido, porque en cada uno de ellos vio reflejada la imagen de Santiago.

—Nada se echa aquí de menos —les dijo en ese momento el padre Miguel—, por muy extranjero que se sea. Hay teatros, espectáculos de fieras, bailes y alamedas para pasear. Ya no se ve la suciedad de antaño, ni se dejan pudrir al sol los desperdicios, que muchas enfermedades ha traído eso. Ahora hay otra conciencia, gracias a Dios. Pero no todo son bondades. Se diría que Cuba ha heredado las imperfecciones de la cultura europea después de cuatrocientos años de mestizaje. ¿Qué otra cosa puede esperarse de una sociedad de africanos, asiáticos, mestizos y europeos sin familia, todos ellos desmoralizados por la pobreza y la ignorancia? La sociedad está corrompida. Los negros no acostumbran a casarse, los asiáticos tampoco tienen mujeres de su raza y los blancos solo quieren hacer fortuna lo antes posible para marcharse. Su único pasatiempo está en

la cantina o en el lupanar, Dios los perdone.

Mientras el padre Miguel insistía en resaltar las bondades y miserias de la ciudad, el doctor Justino dormitaba en su asiento; incluso Frisia se había dado cuenta de su estado.

—Solo necesita descansar —dijo Mar por toda explicación.

El ferrocarril empleó día y medio en llegar a la ciudad de Cárdenas. Allí, un puñado de hombres armados los estaban esperando. Eran trabajadores de la hacienda. Ellos fueron los encargados de comunicarles que se había producido un alzamiento al este de la isla a finales de febrero, un domingo de festejos y riñas de gallos.

—Ya empezaron a enviar tropas desde la península, patrona —dijo el hombre que parecía estar al mando—. Quieren acabar con la rebelión antes de que lleguen las lluvias. Ante todo proteger la zafra y las haciendas. Parece que los rebeldes no consiguieron tomar ninguna población, no tienen jefes de prestigio ni armas. Todo apunta a otra chapuza bandolera.

Aunque la noticia era alarmante, no produjo en Frisia ninguna inquietud, y su tranquilidad mantuvo a los demás en el mismo estado de calma.

Un jinete se acomodó en su montura y salió al galope hacia la hacienda para alertar de la inminente llegada de los viajeros. Los demás se subieron a la carreta y soportaron como pudieron el traqueteo y el sofocante calor bajo una sencilla lona. Llevaban dos horas de marcha cuando se detuvieron en un altozano.

Entonces vieron la hacienda.

CAPÍTULO 14

—Construimos el dispensario detrás de los jardines de la casa grande —les fue contando el padre Miguel mientras recorrían el último trayecto del camino—. Tenemos dos pozos de manantial, con bombas y cañerías que distribuyen el agua a donde haga falta. Cerca de la hacienda pasa un pequeño arroyo. Allí van los negros a lavarse cada domingo. A la entrada está la torre de vigilancia. Tendrán que acostumbrarse al sonido de la campana. Toca nueve veces al amanecer, para el rezo del ave maría, nueve veces al mediodía y otras nueve al atardecer, para la oración y el silencio. Nuestra obra más reciente es el gasómetro con capacidad para doscientas luces, que iluminan las construcciones de la hacienda; el batey, como nosotros lo llamamos, es como un pueblo pequeño en torno a los edificios de la industria. De la enfermería de los negros se ocupa Mansa Mandinga, el curandero.

—Cimarrón y apalencado —especificó Frisia con desprecio.

—Eso fue durante la guerra, mujer. Ahora cumple una buena labor en la enfermería.

—Por eso está donde está y no colgado de una ceiba.

El padre Miguel terminó de ofrecerles la explicación.

—Mansa es un viejo de nación. Los nacidos en África son los más respetados, junto con los cimarrones que combatieron en las pasadas guerras. Tienen sus propios medios para sanar y nosotros no debemos inmiscuirnos. Lo arreglan todo con brujerías a base de mocho de tabaco y corazón de sunsún. No traten de comprenderlos. Dios sabe que yo intento llevarlos por el camino de la fe, incluso celebro matrimonios entre ellos, pero solo lo hacen para complacernos y conseguir privilegios. En cuanto vuelven al barracón, se juntan los unos con las otras. Creen que los celos y el adulterio son cosas de blancos. Ejercen sus tradiciones africanas, con sus rituales para adorar a sus dioses de madera, que tienen la cabeza muy grande y son menos adornados que los nuestros. Hay negros de muchas naciones, y no se

deben mezclar como si fueran del mismo origen. Los lucumís y los congos, por ejemplo, no se pueden ni ver. Pero eso ya lo irán aprendiendo. Tenemos trescientos veintiséis negros mayores de siete años y sesenta y tres chinos.

—Sesenta y dos en el último recuento —lo corrigió Frisia.

—Yo nunca he visto un chino —señaló Rosalía.

—Esos chinos... —murmuró el padre Miguel—. Ni siquiera notarán que existen. Nunca se enferman. Pasan de vivos a muertos sin interludios. Un día, simplemente, cuentas uno menos. —Tomó aire y prosiguió—: Al lado de la enfermería de los negros está la casa de los criollitos, donde paren las negras. La Mamá criollera se ocupa de los partos y de cuidar de los niños mientras sus madres trabajan. Estamos en plena zafra. Es tiempo de recolección. De aquí a principios de verano todavía queda mucho trabajo. Luego viene el tiempo muerto y todo cobra otro ritmo.

Minutos más tarde, aprovechando que Frisia se había quedado amodorrada, el padre Miguel les dijo en voz baja:

—Debo advertirles que don Pedro está un poco perjudicado de la cabeza. Tiene unas fantasías... Frisia no les ha dicho nada, pero yo creo que es justo que lo sepan. Le oirán decir cosas extrañas...

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Mar.

—Cosas... sin sentido. Antes de marcharnos a España decía que se le habían presentado tres guajiros para cantarle unas décimas y que una noche pudo tocar la luna estirando la mano. También tiene obsesión con los pájaros. Está pasadito de rosca, el pobre, aunque a veces tiene momentos buenos. En fin, ya lo saben. Sobre todo, síganle la corriente, no queremos que se le alteren los humores más de lo necesario.

Los cánticos de los braceros los fueron recibiendo a medida que iban adentrándose en los cañaverales. Vieron a los trabajadores faenando con el machete en la mano; hombres, mujeres y niños. Unos cortaban la caña y la troceaban para que otros la recogieran del suelo y la arrojaran a los carromatos uncidos con bueyes. Los niños corrían de un lado a otro con los brazos llenos, esquivando los machetes y las ruedas de los carros. Ellos vestían ropas claras y sombreros de paja. Ellas, faldones, blusas roñosas y pañuelos en la cabeza.

Las figuras vigilantes de los jinetes desplazándose entre las guardarrayas eran una presencia constante, lo mismo que sus voces

dirigiendo el trabajo, ordenando y procurando que nadie se tomase un descanso a destiempo. Todos eran blancos, aunque tenían la cara tan fogueada por el sol que nadie lo hubiera dicho. Se trataba de los jefes de cuadrilla y sus ayudantes. Circulando hacia el batey iba la locomotora soltando humo gris y vapor blanco, con sus vagones cargados de caña recién tronzada.

—A los trabajadores que demuestran mejores actitudes los ponemos a trabajar de domésticos —explicó el padre Miguel—. Para ello tienen que ir regularmente a la iglesia, saberse las principales oraciones y, por supuesto, hablar nuestro idioma de modo que se les entienda. Todavía son muchos los que se niegan a hablar otra cosa que no sea su propia lengua, sobre todo los viejos de nación. Pero a la mayoría les gusta ser domésticos, porque es como ascender en la escala social.

—Y ahí nacen muchos de los problemas —intervino Frisia, que ya se había espabilado—. Esos negros se pueden prestar las mujeres, y ellas pueden prestarse a sus hombres, pero, cuando hay ascenso, se berrean. Los domésticos comen mejor, visten mejor y viven más años, eso es así. En tiempos de esclavitud teníamos tantos trabajadores como podíamos comprar. Y el número aumentaba si poníamos a las negras a parir un criollo tras otro.

—Habla usted como si hubiera tenido una granja de niños —dijo Mar sin inflexión en la voz.

Frisia la miró muy seria.

—Así eran las cosas. Comprábamos esclavos, los vendíamos. Si traían una cría costaban más, como es natural. Tal vez era inhumano, pero resultaba productivo. Desde la abolición, la industria va a menos.

Mar se abstuvo de decir nada, no tenía ni las fuerzas ni las ganas para entablar un debate con ella. Desconocía el sistema social y jerárquico que regía las haciendas cubanas y solo sabía lo que había leído en los periódicos. Sin embargo, el concepto de que hubiera seres humanos esclavizados, vendidos, intercambiados o separados de sus hijos le parecía repugnante.

Cruzaron el puente sobre una represa, donde un grupo de patos flotaba mansamente sobre las aguas y cañas bravas. Varias mujeres lavaban la ropa, arrodilladas en el suelo, y tres chiquillos estaban metidos en el agua hasta la cintura, jugando a salpicarse y chapotear. Ellas dejaron de frotar la ropa y levantaron la cabeza para contemplar

el paso de los jinetes y la carreta.

Se adentraron en el batey con el trote ligero de los caballos. Un puñado de niños negros, medio desnudos, salió corriendo tras ellos cuando pasaron junto a los barracones, hasta que un jinete les cortó el paso y zanjó la diversión. Dejaron atrás los edificios de chimeneas humeantes y el repiqueteo de sus máquinas a pleno rendimiento, se dirigieron al fondo del batey por una amplia calle de tierra apisonada flanqueada de palmeras, y llegaron frente a los jardines delanteros de la casa grande. Desde allí, vieron las anchas columnas de la fachada principal, donde una comitiva de criados ya los estaba esperando. Delante de ellos, cuatro hombres bien vestidos y un niño.

CAPÍTULO 15

El séquito de sirvientes uniformados constituía una hilera detrás del patrón de la hacienda. Frisia fue la primera en bajarse de la carreta para saludar a su esposo, al que dio dos tibios besos en las mejillas. A su hijo Pedrito lo obsequió con un beso en el moflete, cuya huella se limpió después el chico con la palma de la mano.

—¡Cuántos invitados! —dijo don Pedro mientras se acercaban los demás—. Si nos lo permiten los pájaros, daremos una fiesta, ¿verdad, Frisia?

—Por supuesto, querido, pero será más adelante. Ahora quiero presentarte a Justino Altamira, nuestro doctor.

Don Pedro, de cabello gris y barba blanca, estiró las dos manos para tomar la de Justino y sacudirla con energía.

—Bienvenido, doctor, llevamos mucho tiempo esperándolo, pero tenga cuidado con los pájaros, le asaltan a uno cuando menos lo espera.

Frisia les presentó a los otros tres hombres.

—Este es Pascual, nuestro administrador —dijo señalando al hombre de edad similar a la de don Pedro—. Y estos son Víctor Grimani, nuestro maestro de azúcar, y Guillermo, el mayoral del batey.

El padre Miguel los puso al corriente de la tragedia que habían vivido a bordo. Sobrevino entonces un tenso silencio, seguido de murmullos de pesar y condolencias. Justino sintió un vacío hiriente en el pecho. Durante las últimas horas no había tomado su jarabe de heroína y comenzaba a sufrir la necesidad de medicarse con él. Notaba escalofríos, el sudor se le quedaba congelado en la nuca y lo único que deseaba en esos momentos era encerrarse a solas y dormir para olvidarse de todo.

Paulina y Rosalía no podían dejar de observar a sus hombres. El maestro de azúcar vestía un traje de lino impecable, con chaleco en el mismo tono claro. Se había quitado el sombrero y lo sostenía en las

manos. Al encontrarse con su mirada, Paulina deseó haber tenido tiempo para asearse y quitarse de encima el polvo del camino. Encontró en sus ojos la misma curiosidad que la embargaba a ella. Tenía el pelo más largo que en el retrato, sin resultar excesivo, de color castaño. Un mechón rebelde y ondulado le caía sobre la amplia frente. Estaba bien afeitado, sin bigote, y sus ojos, lo poco que se había atrevido a mirarlos, despedían destellos dorados.

A su lado, Rosalía miraba al hombre a la otra vera de don Pedro con abierto descaro, como si estuviera analizando científicamente cada uno de sus rasgos. Guillermo usaba las mismas prendas toscas que los jinetes. En su frente se apreciaba la marca blanca que le había dejado el sombrero, en contraste con el resto de la cara, en exceso tostada. Sonreía a Rosalía. Ella permanecía seria. No le había gustado. En el retrato había salido muy favorecido y la realidad ponía de manifiesto detalles que no se apreciaban en la imagen congelada, como su postura ordinaria y su mirada nerviosa.

Paulina se dio cuenta de que el maestro observaba a Mar con interés. Deseó que no la estuviera comparando con ella. Empezaba a lamentar haberle confesado en sus cartas que la hija del doctor había sido la primera opción para él. De haber sabido que Mar viajaría a la hacienda con ellos, jamás se habría atrevido a hacerlo. Pero ya no había remedio.

Aprovechó el momento de distracción para contemplar al maestro con detalle. Su atractivo salía ganando en comparación con el mayoral del batey, aunque no lo encontró tan apuesto como recordaba a Santi. Su esposo era joven y alegre, inexperto como ella, mientras que el maestro era un hombre que parecía haber vivido cien vidas del tamaño de la suya.

A la cabeza se le asomaron multitud de interrogantes: ¿sería feliz con ese hombre? ¿Terminaría amándolo? ¿Envejecería a su lado? ¿Sería paciente con ella si al principio rechazaba el contacto íntimo? ¿O ejercería su derecho conyugal a toda costa? La incertidumbre de las respuestas le provocó latidos desacompasados en el pecho, y se parapetó detrás de Mar para que nadie lo notara.

Tuvo que ser el padre Miguel quien pusiera un poco de orden al caos de miradas confusas que imperó en aquellos primeros momentos. Tomó a Paulina del brazo y la puso frente a Víctor Grimani.

—Aquí está su joven prometida, maestro —le dijo.

A Paulina se le cortó el aliento mientras él le ofrecía la mano en un saludo. Ella se la estrechó, pero, cuando el maestro se la llevó a los labios para besarla, Paulina la retiró horrorizada.

—Está sucia —dijo.

Tras un momento con la mano suspendida en el aire, Víctor comentó:

—No pensaba comérmela.

Insistió en tomársela y en llevársela a los labios para depositar en el dorso un suave beso.

—Me alegra que por fin ya esté aquí tras un viaje tan terrible.

Con el rabillo del ojo, ella vio a Guillermo saludando a Rosalía de igual modo. Entonces se dio cuenta de que algo parecía estar mal colocado entre ellos cuatro, era como contemplar a dos parejas de perros y gatos tratando de encontrar la mejor forma de encajar.

Cuando Mar estrechó la mano de Víctor Grimani tuvo la sensación de que saludaba a un viejo amigo. Sabía demasiadas cosas de ese hombre, de modo que no pudo evitar traerlas a la mente ahora que lo tenía delante. Su aspecto concordaba con su retrato, aunque el pelo no era tan negro ni su mirada tan oscura. Tenía ojos atentos y penetrantes, la expresión inteligente de los que no pasan nada por alto.

Mar ignoraba que la mirada perspicaz y curiosa del maestro obedecía a la misma causa. Porque las descripciones que Paulina le había hecho de ella habían generado en Víctor una íntima curiosidad y cierto grado de admiración, aunque nunca imaginó que llegaría a conocerla. Paulina no se había equivocado: Mar Altamira no era una mujer hermosa, pero emitía un destello que nada tenía que ver con la mundana belleza. Encontraba algo espiritual en sus facciones que sentaba precedente, un antes y un después de haberla mirado a los ojos. Paulina, por el contrario, era tal cual aparecía en su retrato, más bella aún si la observaba detenidamente. Solo debía descubrir si su personalidad era tan conservadora y tímida como aparentaba en sus cartas. La joven había evitado hablar de sí misma. Todo el ímpetu de sus palabras, dibujadas con torpe caligrafía, lo había dedicado a describir a su perra, a la hija del doctor y a su fallecido esposo, al que la joven llevaba aún en sus más íntimos pensamientos. Y si algo le parecía inútil al maestro era luchar contra los muertos, porque no había nada como la muerte para ensalzar virtudes y aminorar

defectos.

—Este es nuestro hijo Pedrito —dijo Frisia—. Tiene doce años, pero está muy alto para su edad, ¿verdad? —Lo miró imperiosamente, esperando a que el niño dijera algo. Pero, como Pedrito se quedó callado, lo espoleó con un gesto—. Vamos, hijo, saluda a los recién llegados.

—Bienvenidos a la hacienda —les dijo el crío con desgana, como si hubiera memorizado el saludo.

Estaban todos tan agotados que, primero el doctor y después el resto, expresaron su deseo de ir a descansar.

Frisia dio dos palmadas al aire y del grupo de criados salieron un hombre y una mujer.

—Estos serán sus domésticos, doctor —dijo—. Mamita se encargará de las cosas del hogar, y Ariel, su esposo, del jardín, de la huerta y de procurarles una montura o un carruaje para moverse por la hacienda. Viven en el bohío que hay al otro lado de la huerta, detrás de su casa. Si necesitan más personal de servicio no tienen más que pedirlo.

Frisia ordenó que llevaran las cosas del doctor y las de su hija a su nueva casa. Basi se apuró a tomar ella misma el saco con las cuatro cosas que portaba dentro y siguió a los demás.

Frisia se volvió hacia Paulina y Rosalía.

—Vosotras os quedáis en la casa grande hasta la boda. Vamos, seguidme.

Las dos muchachas subieron los peldaños, volviendo la mirada para echar un último vistazo a sus pretendientes. Después atravesaron las dos columnas de piedra que custodiaban la entrada. En ambas estaba tallado el escudo de la familia Villar. El lujo de la vivienda les saltó a la vista nada más cruzar la puerta. Apenas dejaron las pertenencias en sus alcobas, Frisia ordenó a las criadas que les preparasen el baño. Dos mujeres se llevaron a Rosalía. Otras dos se quedaron con Paulina en el aseo de su dormitorio. Frisia también se quedó con ella, observando cómo las mujeres la despojaban de su ropa. Paulina, desconcertada por el atrevimiento, solo pudo taparse los senos con las manos y apretar las piernas cuando se encontró desnuda frente a ellas. La metieron en la tina, le enjabonaron cuerpo y cabello, y remataron la faena con un cubo de agua fría que le cortó a la joven la respiración.

Pese al cansancio, que también hacía mella en ella, Frisia disfrutaba.

Había pensado que utilizaría el tiempo que la muchacha estuviera cerca para descubrir los límites de su paciencia y de su orgullo, pero descubrió demasiado pronto que la joven poseía exceso de lo primero y total carencia de lo segundo. Solo parecía estar aquejada de vergüenza, sonrojada todo el tiempo, obediente y sumisa. Qué poco placer le proporcionaba violentar a una persona así, que ni siquiera sentía el ímpetu de una pequeña rebeldía en su corazón, del todo ajena a su belleza y al poder que ello le otorgaba. Si ella hubiera nacido con su mismo don, habría llegado a ser una dama de la corte.

«Errores de Dios», pensó.

Cuando la joven salió de la tina, una doméstica le envolvió el cuerpo con una toalla. Entonces Frisia ordenó a las mujeres que se fueran. A Paulina la atenazó una náusea cuando se quedó a solas con ella. Frisia la miraba como si quisiera hacerle daño. Estaba segura de que quería hacérselo, aunque ignoraba por qué, si solo la despreciaba por ser una aldeana o si había algo más que se escapaba a su conocimiento.

—¿Qué te ha parecido tu prometido?

Paulina comenzó a tiritar.

—Bien, supongo.

—Ahora que estás aquí, te diré una cosa. Víctor Grimani no siente afecto por nadie. La única persona con la que se airea es con Mansa Mandinga. Ese negro cimarrón controla bien los barracones y la enfermería, pero yo nunca me he fiado de él. Y mis motivos tengo. Huyó a los palenques en el setenta y nueve, durante esa escaramuza que llaman ahora Guerra Chiquita. Se pasó un año persiguiendo a nuestros soldados a caballo, con el machete en la mano, gritando libertad o muerte. —Frisia estuvo a punto de soltar una carcajada que quedó en un amago—. Necios. Fueron los criollos los que les metieron esas ideas en la cabeza, prometiéndoles que serían libres en cuanto nos fuéramos los españoles. Me pregunto a cuántos de nuestros soldados cortó la cabeza Mansa, muchachos que estaban en pueblos y villas como la nuestra y que días después tenían que vérselas con la fiereza de mandingas, carabalíes y congos, arrojados a la manigua y a los palenques por las arengas de los blancos cubanos. Tú sabes bien de lo que hablo. Tu esposo murió aquí.

—Pero él murió de unas fiebres, ni siquiera le dio tiempo a luchar —murmuró Paulina.

—Solo quiero que sepas qué clase de hombre es el maestro, uno que se relaciona más con los negros que con los de su propia raza. Tengo la sospecha de que Víctor y Mansa están conspirando. Antes de la Guerra Chiquita hubo una larga contienda que duró diez años, se incendiaron docenas de ingenios, los esclavos se tomaron la justicia por su mano. ¿Te imaginas lo que podrían hacer cuatrocientos hombres y mujeres con machetes? Nosotros los tenemos aquí, cortando caña, haciendo reverencias a nuestro paso. Todavía no han aprendido a vivir en libertad y por eso prefieren quedarse en las haciendas a cambio de un salario y un conuco. Pero basta una voz que se alce por encima de las otras para que todo vuelva a empezar.

—Pero si ya no hay esclavitud —dijo Paulina—. ¿Por qué iban a hacer eso?

—Pregúntaselo al maestro. Seguro que tiene una respuesta. —Frisia se detuvo, le puso una mano en el hombro y habló con voz maternal—. Si intuyes algo peligroso o extraño, ven a decírmelo. Porque no querrás ser cómplice de una nueva matanza, ¿verdad?

—No, señora. Pero si piensa así de Víctor no entiendo por qué quiere que me case con él.

Frisia suspiró y elevó los ojos al techo para armarse de paciencia.

—Fue él quien solicitó una esposa. Es nuestra labor mantener contento al maestro de azúcar. Es bueno en lo suyo y si no satisfacemos sus necesidades nos puede arruinar la cosecha y marcharse a otra hacienda. Quiero que me ayudes. Solo por precaución. Si descubres algo malo antes de la boda, puedes retractarte, no hay nada firmado. Te lo prometo. No permitiré que te cases con él si no lo deseas. Tengo una docena de hombres dispuestos a desposarte. Alguno encontraremos de tu agrado. Y si no descubres nada, en ese caso, mejor para todos, nos olvidamos del asunto y te casas con él. Víctor es un hombre de mundo, tiene ideas liberales que chocan con nuestro modo de vida. Solo sigue con nosotros porque ama su trabajo y porque le pagamos bien. Hazle preguntas, averigua cuáles son sus verdaderas intenciones. Porque si algo ocurriera y no hubieras hecho nada para evitarlo, no podrías vivir con ello. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, señora. Pero... ¿de verdad cree usted...?

—No solo lo creo. Estoy absolutamente segura. Dentro de un

tiempo, cuando nuestro acuerdo comience a dar sus frutos, hablaremos de ese pago por la redención de tu primo.

—¿Cómo sabe eso?

Frisia sacudió una mano, restándole importancia.

—Ah, el padre Galo me lo contó. Sé que tus tíos llevan ahorrando mucho tiempo y que aun así no son capaces de reunir el dinero. No es necesario que se lo pidas a nadie, yo le enviaré un giro al padre Galo con el importe para que se lo entregue a tus tíos. Dos mil pesetas, por si a tu primo le toca servicio en ultramar. ¿Qué te parece?

—Pero, señora..., es tanto dinero...

Frisia le dio la espalda, porque al fin supo que la joven pueblerina haría lo que fuera necesario para ayudar a su familia. Caminó hacia la puerta y, al llegar a ella, se volvió para mirarla.

—¿Qué son dos mil pesetas a cambio de impedir una revolución?

CAPÍTULO 16

Mar ya estaba despierta cuando la campana sonó nueve veces antes de amanecer. La tarde anterior, tras ayudar a su padre a acostarse, ella y Basi habían inspeccionado la casa. La vivienda, de reciente construcción, era toda de mampostería. Las paredes estaban decoradas con fino papel pintado y los muebles eran distinguidos. En la sala de estar había estanterías llenas de libros que despertaron de inmediato su interés, y la cocina disponía de una despensa en la que no faltaba nada. Tres dormitorios con camas de regia madera con dosel, un cuarto para el aseo con una tina grande, grifos con agua corriente y modernas lámparas de gas colgadas del techo. Fuera, un porche amplio con varias sillas de mimbre para sentarse a ver el atardecer, frente al coqueto jardín que habían proyectado delante de la vivienda. Mar se dijo que a su madre le habría gustado. Fue el único pensamiento que se permitió entonces; de otro modo, si se dejaba llevar por la tristeza, acabaría sufriendo el mismo abatimiento que su padre.

Detrás de la casa había una huerta y, al fondo de esta, una cabaña de madera y tejado de guano donde vivían los criados, cuyos nombres Mar no recordaba.

A la luz del amanecer, el dormitorio le pareció acogedor, incluso tenía una chimenea de mármol que parecía que nunca había conocido el fuego.

Llevaba un buen rato despierta, sintiendo una terrible desgana para enfrentarse a su nueva vida, cuando oyó unas voces airadas que provenían del interior de la vivienda. Saltó de la cama, se puso su bata de fino algodón verde y salió del dormitorio.

La discusión provenía de la cocina. Cuando llegó allí se encontró a Basi peleando con la doméstica que le había enviado Frisia. La primera forcejeaba con la segunda y trataba de arrebatarle una olla de cobre de las manos.

—¿Qué pasa aquí?

Las dos dejaron de pelear. Basi soltó la olla.

—Esta mujer, señorita Mar, que lo quiere hacer todo.

—¿Y cuál es el problema?

Basi se acercó a Mar para hablarle en modo confidencial.

—Que la criada soy yo.

La otra mujer dejó la olla sobre la encimera y se acercó a ella con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba a la vista una dentadura muy blanca en contraste con el rostro oscuro.

—Buen día, niña Mar —saludó, con voz melosa.

—Buenos días... Lo siento, sé que ayer nos dijo su nombre, pero no lo recuerdo.

—Cómo lo va a recordar —soltó Basi—. Si lo empezó a decir ayer y aún hoy no ha terminado.

—Me llamo Francisca Purísima Concepción Echeverría, niña. Pero *pue usté* decirme Mamita. Estoy aquí *pa serví* a *usté*, a *Dio* y al *doctó*.

—Señorita, dígale a esta mujer que quien cuida del doctor y de usted soy yo.

—Frisia se lo ordenó, Basi. No va a marcharse.

—Pero, entonces, ¿qué haré yo? —se quejó Basi—. Frisia me echará de la hacienda. Me arrojará a la manigua esa, que yo no sé lo que es.

—Manigua es lo que hay *pa* fuera la hacienda —dijo Mamita.

A Basi siguió sin quedarle claro, pero no insistió. Mar se llevó una mano a la frente.

—Vais a tener que trabajar juntas, así que cálmate, Basi. Tu salario no depende de Frisia, de modo que no tiene nada que decir al respecto. Tú trabajas para nosotros, y nadie te arrojará a ningún sitio, no exageres.

—Y yo le digo que, si fuese por Frisia, me comían los leones ahí fuera.

—No digas bobadas, mujer. En Cuba no hay leones.

—¿Está usted segura, señorita?

—Absolutamente.

—A lo mejor sí hay leones *po* ahí fuera, niña Mar, yo creo que vinieron con nosotros de África, en los *balcos*.

—¿Lo ve, señorita?

—Ay, Basi, que me duele la cabeza. Creo que he dormido

demasiado.

—Yo preparo *cafesito* del *güeno pa usté* y *pa* su papá.

—Gracias, Mamita.

—¿Y yo qué hago? —protestó Basi.

—*Usté pue hasé* jugo de banana —dijo Mamita sofocando una risilla maliciosa, y se dio la vuelta antes de que Basi reaccionara.

Mar resopló y se dirigió al dormitorio de su padre. Llamó antes de entrar, pero, como no obtuvo respuesta, empujó la puerta y se adentró en la alcoba hasta llegar junto a la cama. Lo encontró dormido. Aprovechó, entonces, para registrar su ropa hasta que dio con el jarabe de heroína. Lo cogió, lo miró un segundo y después se lo llevó a su dormitorio.

Antes de desayunar, Mar se aseó y se vistió con una blusa blanca de suave gasa y encaje y con una falda de color vainilla. Mientras se abrochaba el cinturón, entró Basi corriendo al dormitorio.

—El doctor se ha despertado, señorita, y quiere verla.

—Dile que voy ahora.

—Es que parece muy enfadado.

Mar salió del dormitorio abrochándose el último botón de la blusa y se dirigió al cuarto de su padre. Cuando entró, lo encontró rebuscando por toda la habitación.

—¿Dónde está? —le preguntó nada más verla.

Ella trató de disimular.

—¿Dónde está el qué?

—Lo sabes bien. Lo tenía en el bolsillo de la chaqueta y ha desaparecido.

—Lo habrá perdido usted.

Su padre la miró con el rostro desencajado.

—¡No! —Respiró varias veces para calmarse, aunque todo su cuerpo temblaba—. Devuélvemelo, Mar.

—¿No ve que le está perjudicando?

Justino se situó frente a ella.

—Hija, tengo en mi maletín opio y morfina para dormir a todo un pueblo. Solo... solo necesito un poco de tiempo.

—Está haciendo con usted lo mismo que con aquellos niños. Eran capaces de herirse a propósito o de pegar a sus madres para conseguir que se lo suministraran. ¿Es que ya no se acuerda? Lo vimos con nuestros propios ojos. Yo pensé... pensé que se había usted deshecho

de él.

—Es el único frasco que tengo. Cuando lo termine, se acabó, te doy mi palabra, pero ahora lo necesito.

—No, padre...

—¡Que me lo des!

La agresividad en el tono de su voz la sobresaltó. Nunca lo había visto así. Apretó los labios y fue a buscar el jarabe. Cuando se lo entregó, Justino lo abrió y le dio un trago. Después se tumbó de nuevo en la cama.

—Debería comer algo —le dijo Mar al verlo cerrar los ojos—. No puede seguir envuelto en esa inconsciencia sin llevarse algo al estómago.

—Sal de aquí, por favor...

Mar se detuvo un momento, indecisa, buscando argumentos más contundentes que poder arrojarle. Pero, al final, obedeció. Tras cerrar la puerta, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Basi y Mamita se acercaron a ella corriendo. Basi llegó primero, porque estaba menos gruesa y era más ágil que Mamita.

—No llore, que ya verá como su padre se pone bueno pronto.

—No sé, Basi, parece que ha perdido el juicio.

—Es que ha sido un golpe muy duro y necesita tiempo para aceptarlo.

—Yo siento pena *mu* grande *pol* su mamá —dijo Mamita con voz apocada—. La mucama de la patrona me contó eso. Yo *resé* anoche oración al niño *Dio* por ella.

—Gracias, Mamita.

Llamaron a la puerta. Basi y Mamita quisieron ir a abrir, pero tropezaron la una con la otra, de modo que fue Mar quien llegó primero. Ellas se quedaron en la cocina, desafiándose con la mirada, atentas a quién pudiera ser tan temprano.

Al abrir la puerta, Mar se sobresaltó al encontrar frente a ella a un hombre alto de raza negra que lucía una argolla de plata en la oreja izquierda.

—Soy yo, niña Mar. Ariel... —se apuró a decir el hombre al ver su cara.

Mar se frotó la frente y dejó salir el aire que se había tragado de golpe. No había reconocido al esposo de Mamita.

—Buenos días, Ariel, ¿qué ocurre?

—Vine a decirle que Diego, el *mayorá*, quiere hablar con *usté*.

La sola mención de ese hombre puso a Mar a la defensiva.

—¿Y dónde está?

—Aquí, señorita —dijo Diego dando unos pasos hasta llegar a la puerta.

De modo que allí estaba Diego Camblor, el marido ausente de Basi. Había tardado muy poco en enterarse de que su mujer había llegado a la hacienda.

—Está bien, Ariel, puedes volver a tus cosas.

Cuando se quedaron a solas, Diego se quitó el sombrero y lo sujetó en las manos.

—Buenos días y bienvenida a la hacienda —comenzó—. Espero que su padre y usted se encuentren a gusto. Le doy mi más sincero pésame por la pérdida de su madre. Yo... he visto que había luz y he supuesto que ya estarían levantados. Solo... solo quería saber...

Ante el silencio del hombre, Mar lo acució.

—¿Qué quería saber?

—Si es verdad que Basilia está aquí con ustedes. Soy Diego Camblor, su marido.

Bajo la luz del farolillo del porche, Mar se fijó en él. Diego se había marchado de Colombres hacía tantos años que apenas le quedaba una vaga idea de su aspecto. Recordaba que era pelirrojo y que sus mejillas siempre estaban encarnadas. Frente a ella, el tono anaranjado de su cabello se hacía más evidente en la barba, y las rojeces del rostro quedaban a salvo bajo el bronceado de su piel.

Cerca de la puerta, las dos sirvientas escuchaban. A Basi le costó reconocer la voz de su esposo. La recordaba suave y gentil, no como la voz que acababa de oír, que era ruda y arenosa. Se armó de valor y asomó la cabeza por el umbral de la cocina. Cuando lo vio, pensó que iba a desmayarse allí mismo. Sin embargo, y por la gracia de Dios, resistió, aunque su corazón amenazaba con matarla a golpes. Durante la travesía en barco, Basi había pasado días completos aterrorizada pensando en ese momento, sufriendo una agonía en silencio y rompiéndose la sesera para escoger las palabras que pudiera decirle si se presentaba la ocasión. Y la ocasión la tenía delante.

Ante la mirada contrariada de Mamita, Basi respiró hondo y se acercó a la puerta principal. Caminó con el cuerpo encogido, notando un temblor incontrolable en las piernas. Se detuvo unos pasos por

detrás de Mar, sin atreverse a llegar frente a él.

—Es verdad, Diego. Aquí estoy.

El mayoral parecía que iba a romper el sombrero de tanto estrujarlo con las manos. Ella lo miró con íntimo interés. Ya no era el joven apuesto que había conocido años atrás, pues lucía panzudo y sudoroso. También tenía el rostro muy quemado por el sol.

Diego se quedó rígido al verla. Cuando se recuperó de la impresión, dio un paso al interior de la vivienda. A Mar no le quedó más remedio que apartarse para dejarlo entrar. Durante todo un minuto, él observó a Basi de la cabeza a los pies, como si no acabara de reconocerla o sus recuerdos tampoco coincidieran con la imagen que tenía delante.

—Estás distinta... Has ganado peso.

Basi guardó silencio, las palabras no llegaban a articularse en su boca y no se atrevía a mirarlo a los ojos porque temía echarse a llorar. También sentía la pulsión de golpearlo, de descargar sobre él a base de patadas y puñetazos todo el daño que le había hecho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Diego.

Ella tuvo que respirar hondo antes de contestar.

—Lo mismo que tú. Trabajar.

—Frisia dice que eres la criada del doctor. ¿Es eso cierto?

—Lo soy.

La expresión del mayoral se endureció, pero no atinó a decir nada más. Mar intervino, entonces, limpiándose primero la humedad que todavía tenía en los ojos.

—Sé que tendréis muchas cosas que deciros, pero no es un buen momento.

—No, señorita Mar —objetó Basi—. Este hombre y yo no tenemos nada de que hablar. Hace mucho tiempo que dijo todo lo que tenía que decir y para mí está muerto. Dos años vestida de negro pasé en su honor. Y eso es más de lo que merecía. Por mí puede seguir con su vida, que yo seguiré con la mía.

—Pero...

—Creo que está todo dicho, Diego —sentenció Mar—. Y ahora, si nos disculpa, tenemos cosas que hacer.

Mar lo invitó a salir con un gesto. Él se retiró con movimientos lentos, como si se hubiera quedado con ganas de hacer más preguntas. Pero Mar no le dio la oportunidad. En cuanto salió al porche, cerró la

puerta tras él. Entonces a Basi le fallaron las piernas. Mar la cogió por un brazo y Mamita por el otro.

—Ay, niña, que a su mucama le dio un *terequeté*.

La llevaron en volandas a una poltrona de la sala de estar. Basi se derrumbó sobre ella, respirando con tanta dificultad que Mar pensó que le iba a dar un síncope.

—Tranquilízate, por Dios.

—¿Puede traerme un vaso de agua, señorita?

A una mirada de Mar, Mamita salió corriendo hacia la cocina. Volvió pronto con un vaso de agua que Basi se bebió de un trago. Mamita la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué *usté* se trae con el *mayorá*?

—Es mi esposo.

Mamita abrió mucho los ojos.

—Ah, no, su esposo no *pue se*. *Poqque* su *mujé* es una parda caderuda que vino del ingenio Santa Fe y que lo *tie* bien contento.

A Basi todo le daba vueltas y a duras penas podía respirar. Mar comenzó a abanicarla con el trapo que le colgaba a Mamita del hombro.

—Ante Dios y ante la ley es mi esposo, y lo será hasta que se muera él o me muera yo —dijo Basi entre vahídos y sofocos—. Y yo todavía respiro. Ese canalla se vino a Cuba y se olvidó de mí.

Mamita puso los brazos en jarra y miró a Mar.

—Tremendo *barretín* se va a *fommá*, niña. *Poqque* a ese *mayorá*, que es el ojito derecho de la patrona, le gustan *ma* las hembras que a un chucho un hueso de *pueco*. Que yo lo *vide*.

—¿Lo vio? ¿Qué vio? —preguntó Basi.

Mamita se quedó callada unos momentos. Al final dijo:

—Yo no *vide na*. La patrona dice: Mamita, tú *ve*, *oí* y *callá*. *Poqque* si tú *ve* mucho, oye mucho y no calla *na*, te barro de doméstica rapidito. Y a mí me gusta *se* doméstica.

—Pero ¿qué viste? —insistió Mar.

Mamita apretó los labios con fuerza y dejó de respirar. Mar la acució.

—Vamos, mujer, dinos qué viste. No se lo diremos a Frisia. Será nuestro secreto.

Mamita soltó el aire de golpe y jadeó un momento. Después habló:

—Yo *vide* al *mayorá gosando* en los *tumbaeros* con las morenas. Pero *dende* que vino la prieta esa, está *ma* manso que un conejo *atropellao*.

Basi se tapó la cara con las manos y sollozó.

—¿Qué son los tumbaderos? —preguntó Mar.

—*Onde* están los troncos *tumbaos*, niña, atrás del batey. Pero no se *procupe usté*, *poqque* al *tumbaero* van *toditicos*, hembras y varones. Los chinos no. Así que lo que *tie usté* que *hasé* —dijo señalando a Basi con un dedo— es *bucarse* un querindango prieto *pa* ir al *tumbaero* y *poné* a su hombre *seloso*. —Se cruzó de brazos y aspiró de forma ruidosa—. Qué rara está la cosa, que hasta los *mayorale* tienen *eposas* mucamas.

A Mamita le pareció que Basi estaba tan desesperada que sacó un cigarro enorme del bolsillo de su saya blanca y se lo puso en la boca.

—Tome, *mujé*, fume *pa olvidá*. —Extrajo una yesca de alguna parte de su atuendo y chiscó y sopló hasta que la yesca prendió. Después la acercó a la punta del cigarro, que todavía pendía de la boca de Basi—. *Vamo*, chupe, *mujé*, chupe, que *ta güeno*.

Basi obedeció y chupó el cigarro. Después comenzó a toser. Mar se lo quitó de la boca y se lo devolvió a su dueña, que se lo llevó a los labios.

—No fume aquí, Mamita.

La mujer sujetó el cigarro con los dedos.

—Mamita no fuma si *usté* no *quie*, niña.

Echó un vistazo a ver dónde podía apagarlo y, como no encontró nada cerca, lo apagó con la lengua.

CAPÍTULO 17

Desayunaron café, pan recién hecho con melaza y el jugo de una fruta desconocida que sorprendió a Mar por su sabor dulce y refrescante. Después le encargó a Basi que le llevara el desayuno a su padre. Tras ello, Mar salió de casa para dirigirse al dispensario.

En un peldaño de la escalera del porche encontró a una niña sentada, de espaldas a ella. Tenía la cabeza cubierta por ríos de pequeñas trenzas que apenas le llegaban a las orejas y llevaba una tela descolorida y roñosa a modo de vestido. Le vio moretones recientes en los brazos del tamaño de monedas de real.

En cuanto la niña oyó la puerta, se volvió hacia Mar y le sonrió, mostrando unos dientes blancos con una graciosa separación entre los dos paletos. Luego se puso de pie.

—Buen día, niña Mar —le dijo.

—¿Y tú quién eres?

—María Soledad Dos Hermanos Villar —respondió la niña con buena pronunciación.

—Vaya, pues sí que tienes un nombre largo. ¿Qué te ha pasado en los brazos? ¿Te has caído de un árbol?

La niña afirmó con un gesto. Mar intuyó que, de haberle preguntado si se había caído de un globo aerostático, habría asentido de igual forma.

—¿Cuántos años tienes?

—*Po* lo menos diez.

Mar entornó los ojos. En el cielo brillaba un sol potente que prometía sudores y acaloramientos. Tendría que haber sacado el sombrero de la maleta, pero ya no pensaba entrar de nuevo para buscarlo.

—No te quedes mucho tiempo ahí sentada o te dará una insolación.

La niña no le respondió. Mar la dejó allí y se dirigió al jardín que había frente a la casa, donde Ariel cortaba las ramas insubordinadas

de un arbusto.

—Buen día, niña Mar —le dijo el hombre sacándose el sombrero y sujetándolo con las dos manos—. ¿Quiere que le traiga una volanta? Yo la llevo donde *usté* quiera.

—No se moleste, Ariel, prefiero ver la hacienda caminando.

—¿Caminando? —replicó el hombre, extrañado, aunque sin atreverse a contradecirla. Entonces miró las matas de flores—. ¿Le gustan blancas o *colorá*?

—¿Cuáles le gustan más a usted?

—A mí las *colorá*, niña.

—Pues a mí también.

El hombre le sonrió abiertamente, y su dentadura relució en el rostro oscuro.

—Ya yo le preparo unos floreros relindos *pa* la casa.

Mar se despidió de Ariel, dejó atrás el jardín y se dirigió a la casa grande. Recordaba que, tras ella, oculto entre las palmeras, se hallaba el dispensario. Al salir a cielo abierto, avanzó entre carretas, mulas, jinetes y trabajadores que acarreaban fardos de leña al hombro o que retiraban de la vía las boñigas de los animales.

No tardó mucho en llegar frente al espléndido jardín de la casa grande. Más que una casa, la vivienda de los patrones se asemejaba a un palacio, con arcos de cantería sobre columnas majestuosas de color rosado, todo ello rodeado de un hermoso jardín donde se alzaban naranjos y limoneros, camelias y magnolias. Un hombre negro recortaba los arbustos. Otro recogía del suelo los restos de vegetación. Entonces vio salir de las inmediaciones del jardín a Diego Camblor. Caminaba apurado hacia un caballo que esperaba amarrado al tronco de un árbol. Lo distinguió por el tono rojizo de su barba, pues, por lo demás, todos los jinetes que se había encontrado le parecían iguales. Cuando Diego reparó en ella, hizo amago de acercarse para hablarle, pero, finalmente, cambió de opinión y se marchó trotando.

—Canalla.

Con el rabillo del ojo, Mar se dio cuenta de que la niña la estaba siguiendo. Se detuvo y le hizo señas para que se acercase. La chiquilla llegó hasta ella de una carrera.

—¿Por qué me sigues?

—*Pa* que no se *pielda*, niña.

A Mar comenzaba a cansarle que la llamaran «niña», le parecía

ridículo y fuera de lugar a su edad. Se agachó frente a María Soledad para quedar a su altura, y le dijo:

—¿Te parezco una niña?

La chiquilla asintió con la cabeza, pero después reflexionó un momento y acabó negando con un gesto.

—Tú eres una niña. Yo soy una mujer.

—Pero si no está *casá*.

—Eso no importa. —Mar notó que empezaba a sudar y, cogiendo a María Soledad del brazo, la llevó bajo la sombra de una palmera cercana—. ¿Puedes llevarme al dispensario?

La chiquilla asintió y comenzó a caminar apresuradamente, bordeando el jardín de la casa grande, sin entrar en él. Dejaron a un lado la iglesia y avanzaron por un sendero entre árboles hasta que Mar vio asomar, detrás de unas palmeras, un largo edificio de color desvaído, como de tierra blanquecina, de una sola planta, con porche, columnas y arcos, a juego con la arquitectura de la casa grande. La niña lo señaló con un dedo.

—Muchas gracias, Soledad, eres muy eficiente.

—María Soledad...

—Sí, ya sé que tienes unos nombres preciosos —la cortó Mar inclinándose hacia ella—, pero ¿no puedo llamarte Soledad a secas?

La niña negó con un gesto.

—¿Y María? ¿Te gusta más?

Ella negó de nuevo.

Mar se encogió de hombros y se irguió. Entonces vio aparecer a Frisia entre unos arbustos atestados de flores exóticas. Llevaba una sombrilla para protegerse del sol e iba acompañada de Paulina, de Rosalía y de un doméstico muy alto que caminaba a pocos pasos tras ellas y que lucía un amenazador machete ceñido al cinto.

—Veo que ya conoces a Solita, tu muleca —le dijo Frisia al llegar junto a ella.

Mar miró de reojo a la niña.

—Así que Solita...

La chiquilla apartó la mirada.

—Antes eran los muleques los que se convertían en la sombra de las muchachas solteras —dijo Frisia—. Bueno, tú la tienes a ella. Y no les hagas caso con eso de los nombres. En la época de la esclavitud se les ponía un nombre cualquiera, y el apellido era siempre su país de

procedencia. Nosotros tuvimos un doméstico excepcional que se llamaba José Congo. Murió de las fiebres del país años ha. Antes los nombres largos eran solo cosa de blancos, pero, desde la abolición, eso ya cambió, y ahora se les permite adoptar como apellido el nombre del ingenio en el que nacieron y el apellido del patrón de la hacienda, por eso les gusta que los nombremos todos, aunque es ciertamente un engorro. —Se calló y miró de soslayo hacia atrás—. Este es Orígenes, mi doméstico particular. Mandinga, como evidencia su estatura. Los congos son bajitos y trabados, como ella.

Solita, al verse señalada, se cruzó de brazos y frunció el ceño. El tal Orígenes permanecía detrás de las mujeres, cuyas cabezas apenas le llegaban a los hombros. Sobresalía como un tronco robusto en una marisma de juncos. Llevaba argollas de oro en las orejas, gruesos anillos en los dedos y sombrero jipijapa. Había algo peligroso en su forma de mirar, una advertencia o una amenaza. Al examinarlo detenidamente, Mar se percató de que tenía los lóbulos de las orejas en carne viva.

—¿No tienes nada más fresco que ponerte? —le preguntó Frisia —. ¿Y por qué no llevas sombrero?

—Todavía no he deshecho la maleta y quería ver el dispensario.

—Te acompañamos entonces, ¿verdad, muchachas? Veréis que nuestro centro médico es un oasis de paz. Por cierto, espero que tu padre se reponga pronto de su desgracia. Un centro como el nuestro sin su médico no vale nada.

Paulina fue a agarrarse del brazo de Mar y la protegió del sol bajo la sombrilla que le había prestado Frisia. En sus ojos, Mar vio el deseo de hablar con ella.

Muy pronto se encontraron frente a la fachada del dispensario, con su porche cerrado por columnas y arcos. Accedieron a él por una escalera amplia y se encontraron con una mujer que estaba baldeando el suelo para refrescarlo. El agua que acababa de verter salpicó los botines de Frisia, que iba a la cabeza del grupo. La patrona dio un pequeño salto hacia atrás, aunque fue demasiado tarde.

La mujer, al ver lo que había ocurrido, cogió el cubo vacío y desapareció de allí a toda prisa.

—Negra del demonio... —gruñó Frisia.

Rosalía soltó una risita que sofocó con la mano.

Apoyados contra las paredes, bancos de madera y forja ofrecían

un buen lugar a la sombra para descansar y contemplar las vistas. Frente al edificio había un pequeño palmeral que ocultaba las chimeneas de las fábricas, cuyos humos grises y vapores blancos dejaban borrones densos en el cielo azul.

Orígenes se quedó fuera, en el porche, como un centinela apostado en la torre de un castillo. Solita, sin embargo, las siguió dentro, hasta el dilatado *hall*.

Frisia reparó en ella.

—Tú espera fuera.

La niña miró a Mar, que no pudo hacer nada para evitar que tuviera que salir, salvo seguirla con la mirada y verla encogerse de aprensión al pasar junto a Orígenes.

Frisia se asomó a una de las salas para llamar al enfermero. Un hombre delgado y alto, más próximo a los cincuenta años que a los cuarenta, llegó hasta ellas un momento después, ataviado con una bata blanca. Usaba lentes redondos y lucía un pulcro aspecto aseado.

—Este es Rafael —dijo Frisia—. Fue soldado durante la Guerra Chiquita y colaboró con los médicos en un hospital de campaña. Él se ocupará de los pacientes hasta que tu padre pueda hacerse cargo de ellos.

A izquierda y derecha del amplio recibidor había puertas de doble hoja que separaban las salas por sexos. Frisia les enseñó primero la sala de las mujeres, aunque allí solo había dos sirvientas limpiando y camas vacías. En la sala de los hombres había dos camas ocupadas.

—¿Qué les pasa? —quiso saber Mar.

—Una caída de caballo y un problema de calentura intermitente —le informó Rafael—. Pero ninguno reviste gravedad.

—He visto que la sala de mujeres está vacía.

—Ya sabe que no hay muchas mujeres en la hacienda, y las que hay no suelen enfermar como los hombres, no se caen de los caballos, principalmente porque no los montan, ni tampoco se hacen cortes ni sufren las picaduras de las niguas. Sus problemas vienen dados de los embarazos, de los partos y de las fiebres del país cuando se presentan.

Ambas salas recibían luz natural a través de grandes ventanales, muy eficaces para llevarse el mal aire que hubiese dentro. La botica estaba tan bien equipada que Mar se entretuvo durante un buen rato leyendo las prescripciones escritas en cada estantería. En la sala destinada a operar, había un par de vaporizadores Lister de los que se

utilizaban para la esterilización a base de soluciones de ácido fénico. Mar solo los había visto en las revistas de su padre. Esos pequeños aparatos habían revolucionado la cirugía y habían conseguido reducir significativamente la mortalidad en las intervenciones.

—¿Los ha utilizado alguna vez?

—Solo una, para coser la herida abierta de un niño atropellado por un carro. Y no es agradable. El fenol tiene un olor repugnante, demasiado dulce y alquitranado. Y es muy inflamable. Hay que manejarlo con sumo cuidado.

Las cuatro mujeres dejaron que Rafael volviera a su trabajo y salieron al porche, donde esperaba Orígenes en la misma postura, cruzado de brazos.

Mar buscó a Solita con la mirada y la encontró sentada en el suelo, bajo la sombra de un árbol.

—Mañana tras el almuerzo tomaremos café y bizcochos junto al estanque —le dijo Frisia—. Puedes unirte a nosotros si lo deseas, así te distraerás.

—Lo pensaré.

—A mí me encantaría que vinieras —dijo Paulina.

Mar la miró y vio en sus ojos la necesidad de tenerla cerca.

—Está bien.

—Perfecto —dijo Frisia, mostrando entusiasmo.

Cuando Mar se marchó seguida de la niña, Frisia las observó durante un momento, torciendo el gesto, moviendo la cabeza de un lado a otro, reprobando.

—Qué lástima de mujer —les dijo a las demás.

Paulina sintió deseos de salir en defensa de su amiga, pero Frisia la intimidaba demasiado, de modo que no dijo nada.

Bajo el sol abrasador, Solita permanecía unos pasos por detrás de Mar, como si no se atreviera o no se le permitiera caminar a su lado.

—Prefiero que vayamos a la par —le dijo Mar—. Agárrate a mi falda si es preciso.

—Remedios dice: «Tú siempre *detrá*, Solita, por si a la niña se le cae algo».

—¿Quién es Remedios?

—Es la *mejó* cocinera del batey, niña. Yo la ayudaba a *cociná* en la casa grande, pero Pedrito...

La chiquilla se calló de golpe, se llevó un dedo a la boca y no

habló más.

—¿Pedrito qué?

—*Na*, niña.

—Bien, pero ya ves que no hay nada que se me pueda caer, así que camina a mi lado, ¿entendido?

Solita echó el cuello hacia atrás para mirarla y sonreírle ampliamente, pues, si su niña le permitía caminar a su vera, todos verían que apreciaba su compañía.

—Y ahora, ¿dónde *vamo*?

—A la enfermería de los barracones.

La sonrisa de Solita se desvaneció.

—Los blancos no van allá.

—Ya lo imagino, pero yo quiero ir.

—No, niña Mar. A Mansa Mandinga no le gusta.

—¿Me llevas o no?

—Mansa *tie* la sangre *mu pesá*, niña. Y a mí me da *mieo*.

—Pero estás conmigo, y no va a pasarte nada, porque yo cuido de ti.

La chiquilla lo meditó un momento.

—Ahora que soy su muleca, ¿me compra un *vestío güeno*?

—¿Dónde se compran aquí las cosas?

—En el *colmao*.

—Está bien, entonces iremos al colmado a comprarte un vestido.

Alegre como un coro de campanillas, Solita le soltó la falda a Mar y comenzó a caminar delante de ella, dando saltitos, para guiarla por el batey, buscándole las mejores sombras y evitando los terrenos polvorientos. A medida que se acercaban a la casa de calderas, el rumor de sus máquinas fue en aumento. Mar se fijó en las altas chimeneas que soltaban humo denso y gris al cielo azul. Las construcciones sólidas del edificio eran de proporciones gigantes y estaban bien ventiladas por huecos entre las paredes y el tejado. Por esos espacios se escapaban nubes de vapor y un agradable aroma a melaza que se mezclaba con la peste que dejaba en el aire la combustión, el hollín y las cenizas. Frente a la entrada de la casa de calderas había un elegante quitrín cuyo calesero esperaba apoyado contra la pared del edificio, a la sombra. Mar lo saludó y el hombre se sacó de la boca el trozo de caña que estaba mascando, se irguió y se alzó el sombrero.

—Buen día, señorita.

No conforme con ver el exterior del edificio, la curiosidad acució a Mar a echar un vistazo por el hueco más próximo. Tuvo la sensación de que por dentro la fábrica aún era más grande. Alrededor de su nariz se aglutinó el aroma penetrante de la melaza, y el ruido de las máquinas le resultó molesto. El intrincado sistema de ruedas engrasadas, pistones, bielas y bocas de fuego era en sí una buena representación de la modernización industrial. Mar pensó, no sin razón, que la inversión de capital para desarrollar aquel entramado productivo debía de haber sido muy elevada. Todo era grande, mecanizado y eficiente.

Un puñado de trabajadores negros, con los torsos desnudos y brillantes de sudor, cargaba a paladas las bocas de las calderas a base de leña y despojo de caña. Los operarios blancos iban de un lado a otro a lo largo de la maquinaria, aceitando, observando, azuzando a viva voz a los paleadores, ordenando parar o cargar combustible a la mayor velocidad posible para subir o bajar la presión de las máquinas.

Mar podría haberse pasado la mañana observando el funcionamiento de las calderas, porque en cada lugar que posaba la vista descubría algo interesante. Al fondo, sobrevolando sus cabezas, la cinta transportadora enviaba la caña a los molinos. A continuación, los depósitos, de proporciones colosales, soplaban vapor. Buscó con la mirada al maestro. No fue fácil dar con él, ya que se encontraba al otro extremo, donde se apilaban los barriles de azúcar. Estaba enfrascado en una conversación con un operario que llevaba en la mano una espumadera desproporcionada, pero el ruido le impidió oír tan siquiera sus voces. Junto a Víctor también se hallaban don Pedro y el administrador de la hacienda. Como si hubiera intuido su presencia, Víctor desvió la mirada hacia la entrada y descubrió a Mar curioseando.

CAPÍTULO 18

Víctor Grimani salió al encuentro de Mar. Para entonces, el olor del dulce concentrado ya le resultaba a ella demasiado intenso para considerarlo agradable.

—No debería pasear sin sombrilla —le dijo él cuando llegó a su lado—, sobre todo si no está acostumbrada a este calor.

—Buenos días, señor Grimani. Le parecerá extraño, pero no tengo sombrilla. En Colombres es más útil el paraguas.

—Podría usar un carruaje.

—Tenía prisa por conocer la hacienda, y me viene bien caminar después de tantos días en el barco.

Don Pedro salió acompañado del administrador. Mar se fijó en el esposo de Frisia, que llevaba un traje claro de fresco lino con chaleco a juego. En una mano sujetaba un sombrero de yarey adornado con una cinta gruesa de gorgorán; en la otra, un bastón con empuñadura de marfil. Del bolsillo de su chaleco colgaba una leontina dorada.

—¿Se ha perdido usted? —le preguntó.

A Mar no le dio tiempo a contestar.

—No debería andar sola por el batey como si fuera la plaza de España, señorita —le aconsejó Pascual, el administrador—. Podría arrollarla un jinete o un carro de bueyes.

Mar pensó que un jinete tal vez podría atropellarla, pero los carros de bueyes eran demasiado lentos. Tendría que tumbarse delante de sus patas y, aun así, le daría tiempo a esquivarlo.

—Tendré cuidado —respondió con amabilidad—, aunque Solita me guía muy bien.

La niña sonrió con orgullo.

—¿Ha visto ya los pájaros? —le preguntó don Pedro.

Mar reparó en que Víctor le hacía un gesto exiguo para que le siguiera la corriente.

—Eh, aún no.

—Hoy no andan cerca, por eso es un buen día para pasear.

—Vamos, patrón —se apresuró a intervenir el administrador—, volvamos a casa, que Frisia lo espera para tomar su tisana de amapola.

Don Pedro se volvió hacia Mar y le dijo a media voz:

—Odio esa tisana. Es muy picante y amarga, y solo consigo tragarla si le pongo mucho azúcar. Por suerte, a nosotros nos sobra el azúcar, ¿verdad, joven? —Bajó un poco más la voz y añadió con una sonrisa—: Aunque a veces tiro ese brebaje al suelo del jardín cuando Frisia no me ve. Pero guárdeme el secreto.

Don Pedro le guiñó un ojo a Mar para sellar su confidencia. Pascual le colocó el sombrero al patrón en la cabeza, como haría con un niño, y se lo llevó hacia el quitrín. El calesero corrió para ponerle un banco a los pies y que pudiera subir fácilmente. Pascual se acomodó a su lado y el hombre montó en el caballo.

—¿Cuánto hace que don Pedro está así? —le preguntó Mar a Víctor mientras los veían marcharse.

—Desde la anterior zafra. Un día comenzó a decir cosas incoherentes y ya no volvió a ser el mismo, aunque tiene periodos de lucidez que asombran a todos. Hoy es uno de esos días. Si le soy franco, creo que yo también vería pájaros malvados si tuviera a Frisia por esposa.

A Mar le sorprendió que se permitiera tal arranque de sinceridad con ella. Y decidió hablarle en los mismos términos.

—Veo que Frisia no es santa de su devoción. Pero si tanto le disgusta, ¿por qué trabaja en esta hacienda?

—Porque tiene una fábrica excelente, con todo lo necesario para producir el mejor grano de azúcar de la isla. Y esa es mi tarea, aprovechar la nueva industria para alcanzar la perfección.

—¿Y lo consigue?

—¿Usted qué opina? ¿Ya ha probado nuestro azúcar?

—Un terrón en el café. Le dio un sabor agradable. El café de aquí es demasiado amargo.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera lo admiró un momento antes de arrojarlo al fondo oscuro y turbio de su café?

Mar se fijó en las cejas fruncidas de Víctor y en el reproche cómico que asomaba a sus ojos. Entonces notó un calor repentino en el pecho que fue en ascenso hasta estallar en sus mejillas. ¡Se había sonrojado! ¿Cómo era posible? Jamás le había ocurrido tal cosa y disimuló como pudo su azoramiento, que juzgó ridículo y

desproporcionado.

—No, lo siento —admitió—. Lo lancé al abismo sin compasión.

Víctor sonrió un poco, se llevó una mano al pecho y cerró los ojos, como si le doliera el corazón. Después volvió a ponerse serio.

—La próxima vez, hágalo. El grano nace en el campo. La caña llega a los molinos impregnada de sudor. En muchas ocasiones también de sangre. Cada terrón de azúcar es fruto de un gran esfuerzo, señorita Mar. Nunca lo trate con indiferencia.

Con la mirada atrapada en sus ojos, Mar asintió, y Víctor volvió a relajar el gesto. Luego la tomó del brazo para llevarla donde el ruido era menos intenso. Solita los siguió, arrastrada por las faldas de Mar. Mientras esperaba a que los adultos terminasen de hablar, ella soñaba con el vestido que le iba a comprar su niña.

La mirada de Víctor se ensombreció antes de volver a hablar.

—Lamento profundamente lo de su madre —le dijo—. Imagino por lo que estarán pasando.

—Mi padre aún no ha aceptado que no volverá a verla.

Al decir esto, ella misma se emocionó. Apenas se notaba, pero le temblaban los labios mientras pensaba que su único deseo era estar ocupada, llegar exhausta a la noche y evitar hundirse en la misma desesperación que asolaba a su padre.

—Siento habérselo recordado —añadió Víctor—, solo quería que supiera que lo lamento mucho. Seguro que era una mujer extraordinaria.

Mar lo miró fijamente, con el azul de sus ojos inundados de tristeza.

—Lo era.

—Sé por experiencia que esas travesías pueden llegar a ser un infierno.

—¿Ha viajado usted mucho?

—¿De verdad quiere que le conteste a eso?

La cara de asombro de Mar hizo sonreír al maestro, que se apresuró a añadir:

—Estoy al corriente de que mi prometida le ha contado muchas cosas de mí. Ella misma me dijo que leía en su presencia todas mis cartas. Es una joven ingenua, con una inocencia difícil de encontrar hoy en día.

—¿Le molesta que lo haya hecho?

—En absoluto. Sería incongruente por mi parte molestarme por algo tan insignificante, sobre todo cuando ella no ha dejado de mencionarla a usted en todas sus cartas.

Mar alzó las cejas y su boca exhaló un suspiro. Víctor Grimani no había nacido para guardar las apariencias.

—¿Sabe usted que...? ¿Está al tanto de que yo...?

—¿De su rechazo? —Víctor sonrió abiertamente—. Por supuesto.

—Lo siento, no fue nada personal. Ni siquiera miré su retrato.

—¿Hubiera cambiado algo ese detalle?

—No lo creo.

—Le agradezco la sinceridad.

Un hombre salió de la casa de calderas solicitando la presencia del maestro.

Víctor la miró un instante más, con el castaño dorado de sus ojos centelleando por el reflejo del sol. Adelantó ligeramente el cuerpo hacia ella y murmuró:

—Solo se lo diré una vez, y no volveré a mencionarlo, pero creo que habríamos hecho una buena pareja. A veces solo es necesario mirar a alguien para darse cuenta de ello, aunque yo siento que la conozco más allá de eso. Podría decirle lo que está pensando, y lo haría con tanto conocimiento que se sorprendería. En sus cartas, su joven discípula me relató hasta ese punto su apasionada personalidad, su ímpetu obsesivo por las cosas que ama. Y todo ello me fascina.

En el descaro de aquellas palabras, en su fuerza y en su franqueza, Mar reconoció al Víctor Grimani de las cartas, que no adolecía de falsos complejos ni de reparos a la hora de expresarse. Mientras él esperaba una respuesta, Mar tuvo tiempo de notar el corazón latiendo a golpes bajo las costillas y el sol en la cabeza comenzando a molestarle. Solita permanecía acuclillada a sus pies, observando una hilera de hormigas, completamente ajena a la conversación.

—La pasión es la clave de los desequilibrios del mundo —se atrevió a decirle.

—Pero una persona sin pasiones vive rozando la estupidez.

Se miraron en silencio. Por una vez en la vida, Mar se quedó sin palabras ante la respuesta de un hombre. Víctor Grimani la desconcertaba.

—Póngase un sombrero —le dijo antes de dar media vuelta para

volver al interior de la casa de calderas, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando al suelo, como si hubiera perdido algo. En la entrada lo esperaba un operario.

Mar lo observó hasta que desapareció de su vista. Entonces, cogió a Solita de la mano y prosiguieron su camino. La niña miró hacia atrás para ver qué dirección tomaban las hormigas, pero el paso largo de Mar enseguida la hizo corretear.

Un poco más adelante, justo donde terminaba el edificio de la fábrica, Mar se quedó mirando a un puñado de chiquillos que surtían de caña a los dos elevadores que la transportaban hacia los molinos. Bajo la supervisión de un jinete que bostezaba de aburrimiento, los pequeños, que no debían de tener más de doce años, imitaban con sus voces los cantos de sus mayores.

Por el camino se cruzaron con dos carros de bueyes cargados de caña recién cortada. Los animales saturaban la vía de orines y excrementos que apestaban bajo el sol. Dejaron atrás el surtidor de gas y la casa de bagazo, donde se guardaban los despojos de caña después de molerla y que servía de combustible, y enseguida oyeron los gruñidos de los cerdos en las pocilgas anexas, instaladas allí de forma estratégica para evitar tentaciones incendiarias. Si el surtidor de gas y el bagazo saltaban por los aires, también saltaban los cerdos de los braceros. Todo eso se lo fue explicando Solita a Mar con su particular forma de expresarse.

Al llegar a los barracones, todo cambió.

Lo primero que detectó Mar fue un potente olor a sangre. Los niños pequeños corrían de un lado a otro, desnudos y descalzos. Jugaban a perseguir gallinas o cualquier cosa que se arrastrara, volara o huyera en su presencia, y todos sujetaban entre los dientes un trozo de caña. Cuando Mar no supo hacia dónde dirigirse, Solita tiró de su falda y la guio a través de los barracones, divididos en viviendas individuales para cada familia. Eran chozas rudimentarias, mal ventiladas y oscuras, y los desperdicios se acumulaban alrededor. Perros y gatos olisqueaban entre los residuos sanguinolentos que concentraban enjambres de moscas y mosquitos.

—¿Quién vive en ese barracón? —preguntó Mar señalando una cabaña grande separada del resto que representaba un oasis de pulcritud en medio de aquella atmósfera densa.

—Los chinitos, niña.

Mar buscó algún asiático, fáciles de distinguir en la distancia por sus sombreros en forma de cono. Había visto a varios de ellos el día anterior, cuando cruzaron los cañaverales, pero en ese momento no encontró ninguno. Tampoco vio residuos ni moscas en torno al edificio. Lo poco que sabía sobre la cultura china incluía su afán por reparar todo lo que se rompía y por limpiar todo lo que se ensuciaba. Y allí saltaban a la vista esas costumbres.

Pronto comenzó a llamar la atención, porque Mar no pasaba desapercibida. Era alta y rubia, y mostraba una conducta decidida. Tanto era así que los hombres se descubrieron la cabeza al verla pasar y las mujeres, que desplumaban gallinas o enjuagaban cuerpos anónimos en bateas frente a los barracones, se la quedaron mirando, dejando claro que no era bienvenida en aquella parte de la hacienda. Alrededor de las chozas apenas había árboles, tampoco plantas, solo espacios vacíos, polvorientos y sucios.

El edificio de la enfermería era una estructura de madera con techumbre vegetal. Tenía un porche donde tres convalecientes se balanceaban en sendas mecedoras. Las miradas cayeron sobre ella en cuanto advirtieron su presencia. Aun así, Mar subió los peldaños hasta el porche y dio los buenos días a los hombres. Dos de ellos se pusieron en pie y se levantaron el sombrero, luego trataron de ayudar al tercero, cuya pierna derecha reposaba herida sobre un rudimentario taburete de madera.

—Déjenlo sentado —les dijo ella, observando la herida, que no tenía vendaje—. ¿Machete? —preguntó al ver el corte limpio por debajo de la rodilla.

Antes de responder, el hombre miró a los otros dos, sin saber muy bien qué hacer. Al final asintió con un gesto.

—Mantenga a las moscas lejos de la herida.

Los tres hombres sacudieron la cabeza con las bocas abiertas. Jamás habían visto a una mujer blanca pisar aquel territorio. Jamás una mujer blanca les había dirigido la palabra. Los tres habían nacido en la hacienda y nunca habían salido de sus lindes, ni siquiera para pisar las tierras anexas de los colonos. Pasmados y con el sombrero en las manos, observaron a Mar mientras se asomaba al hueco abierto que había por ventana y que filtraba al exterior el olor a podrido que se generaba dentro. Ella acertó a contar una veintena de catres diseminados por el suelo. Todos ocupados.

—*Usté* no debe *ettá* aquí, señora.

Mar se volvió hacia la voz, que había surgido de la puerta abierta. Vio a un anciano alto y flaco, de rasgos marcados y barba gris. Supo que se trataba de Mansa Mandinga.

Se acercó a él y estiró la mano para saludarlo. El hombre la miró con una expresión tan desconcertada que Mar supo que era la primera mujer blanca que le ofrecía la mano.

—Soy Mar Altamira, la hija del nuevo doctor, y también soy enfermera. Usted debe de ser Mansa.

El hombre no le estrechó la mano. Mar la retiró.

—Llegamos ayer, y quería saber si ustedes... Bueno, sé que en época de zafra tienen muchos pacientes en la enfermería.

—¿Pacientes? —repitió el hombre con extrañeza—. Aquí solo hay tullidos y *enfelmos*.

—Solo quería ofrecerles mi ayuda.

—Los *brancos* no vienen a *saná* a los negros. Los negros sanan a los negros.

—Pero seguro que hay algo que pueda hacer, si acaso con las mujeres.

Mar se negaba a marcharse. Solita la apuraba tirándole de la falda.

—*Vamo*, niña.

—Les vendría bien algo de colaboración, y yo puedo echarles una mano. Estudié los libros de medicina, sé que puedo ser de utilidad...

—Aquí hacemos las cosas de otra *fomma*.

El padre Miguel les había dicho que Mansa era un viejo de nación, nacido en África, y que estos eran los que peor hablaban el idioma. Sin embargo, el curandero se expresaba con mucha claridad.

Solita volvió a tirarle de la falda y decidió hacerle caso. Ya lo intentaría otro día; al menos, había establecido el primer contacto.

Trescientos veinte pasos distaba el barracón de su nueva casa. Mar los contó. Trescientos veinte pasos, tierra de nadie, camino de bueyes, carretas y jinetes, que separaban dos mundos diametralmente opuestos. Mar llegó a casa con la boca seca y los ojos oscuros. No podía quitarse de la cabeza a las mujeres que había visto en los barracones. ¿Qué habrían pensado al verla? Inmersas en un sistema que rozaba la esclavitud, sus miradas le habían parecido poderosas. La actitud adulterada, adiestrada en la mansedumbre por los amos, era

manifiesta, pero aquellas miradas revelaban una naturaleza libre y altiva, agazapada a la espera de algo. Le habría gustado sentarse junto a ellas para conocer sus vidas, ayudarlas dentro de sus posibilidades. Porque la esclavitud de las mujeres era más primitiva que la de los hombres y seguía estando presente en todas partes. La sujeción de la mujer al padre, al hermano, al tío, al esposo. Los disfraces de progreso. La falta de oportunidades. La sumisión política y social. El estigma de nacimiento que decretaba que una mujer, en toda su vida, nunca podría alcanzar ciertas metas. Ante aquellas condiciones de vida, Mar no se sentía con derecho a lamentarse, pero no dejaba de pensar que el mundo nada sabía sobre las aptitudes de las mujeres, sobre su carácter y sus más íntimas aspiraciones.

Al bajar la mirada vio a Solita aún agarrada a su falda, observándola con sus grandes ojos negros. Mar le rozó la mejilla con el dorso de la mano, ignorando que aquella era la primera caricia que la pequeña recibía en la vida. Solita sintió una inmediata sensación de bienestar que la hizo sonreír de oreja a oreja. Estaban frente a la casa. Mientras subían los peldaños para acceder al porche sonaron las nueve campanadas que marcaban el mediodía.

Cuando cruzaron la puerta encontraron a Basi llorando.

CAPÍTULO 19

Entre hipidos y palabras desconsoladas, Basi explicó que Diego había ido a verla de nuevo, y que había manifestado su repulsa a que su mujer fuese una fregatriz de manos rasposas, que todos le harían burlas, que era un mayoral de la hacienda, que tenía una posición que mantener y que nadie lo respetaría cuando supieran que su esposa era la sirvienta del doctor.

—Dijo que me llevaría con él por las buenas o por las malas —soltó Basi llorando—. Y yo no quiero ir con él, señorita, ni por unas ni por otras. No quiero. Ese hombre dejó de ser mi esposo hace mucho tiempo. ¡Muerto! ¡Para mí está muerto! ¡Que se quede con su prieta que lo tiene tan contento!

—Iré a hablar con el padre Miguel —propuso Mar.

—No se moleste. El cura vino con él. Diego lo trajo para convencerme, el muy canalla. Me dijo que recapacitara, que Diego era mi esposo ante Dios y ante los hombres, y que las leyes divinas y humanas están de su parte.

—Pero ¿y esa mujer con la que vive? —preguntó Mar mirando a Mamita.

—Yo no sé *na*, niña.

—Dijo que eso se había acabado —explicó Basi—, que únicamente estaba con esas mujeres porque se sentía solo, pero que todavía me quiere. Y yo no sé qué creer. A Diego siempre se le dio bien hablar. Si doña Ana hubiera estado aquí, lo hubiese echado a patadas.

Mar estuvo de acuerdo con ella, su madre lo habría echado sin contemplaciones; por desleal, por infiel, por canalla y por promiscuo. Mar sintió que el coraje la dominaba. Tal vez su madre ya no estuviera con ellos para enfrentarse a quien hiciera falta, incluso a la misma Frisia Noriega, pero ella tampoco iba a dejar a Basi en manos de un hombre como Diego.

—Mamita, por favor, tráeme un vaso de agua, que estoy sedienta.

Cuando se lo puso en la mano, Mar lo apuró de un trago. Su sabor le dejó en la boca un regusto amargo. Después preguntó a Basi cómo estaba su padre. La respuesta la inquietó. No había desayunado e insistía en seguir encerrado en su cuarto.

Debía hacerlo reaccionar, pero no sabía cómo.

Se acercó al dormitorio y abrió la puerta. La estancia permanecía a oscuras, tan solo iluminada por la luz que se filtraba a través de las rendijas de los postigos. Dio unos pasos y llegó hasta la cama. Su padre estaba dormido, tal vez inconsciente, era difícil saberlo. Unas gotas de sudor le brillaban en el rostro debido a la temperatura sofocante del dormitorio, aunque también podía ser debido a la batalla interna que libraba contra el dolor. Le limpió el sudor con un pañuelo que había sobre la mesita y le acarició el pelo, deseando que no tardara en recobrar el dominio de sí mismo.

Un rato después, salió de allí muy desanimada.

—No lo despertéis —les dijo a las mujeres—. Tal vez solo necesite descansar.

Durante el almuerzo, Mar trató inútilmente de descifrar el contenido de su plato. Cuando le preguntó a Basi, esta se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, señorita, pero la he probado y parece inofensiva.

Fue Mamita quien enumeró los ingredientes, la mitad de ellos no los habían oído nombrar nunca, como la malanga. Por lo demás, aquel potaje llevaba carne de cerdo, espigas de maíz, plátanos verdes y calabaza.

—Está bueno —le dijo a Mamita, que parecía esperar su veredicto.

De postre, tomó unos trozos de piña fresca.

A primera hora de la tarde, Mar volvió a salir con Solita pegada a sus faldas. Debía intervenir en el asunto de Basi y debía hacerlo cuanto antes. Había sacado el sombrero de su maleta y lo llevaba puesto, aunque enseguida se lo colocó a Solita. Por su expresión, Mar se dio cuenta de que nunca se había puesto un sombrero, sonreía y caminaba sujetando las anchas alas con ambas manos para que la copa, demasiado profunda para ella, no engullera su nariz.

Al llegar a la iglesia, un grupo de chiquillos gritones salió corriendo detrás del edificio con cuadernos en las manos, como una estampida de reses. Si ellas no se hubieran arrimado a los muros del templo, las habrían arrollado. Iban vestidos con camisa blanca y pantalones bombachos. Apenas pasaron a su lado, ellas continuaron caminando. Pero, entonces, uno de los chicos se dio la vuelta y se acercó a la niña para darle un manotazo al sombrero, que salió despedido por los aires. Mientras Solita levantaba los brazos para recogerlo antes de que cayera al suelo, el chico le alzó la falda hasta cubrirle la cabeza con ella. A Mar no le dio tiempo a reaccionar.

La niña gritó.

Bajo el vestido, Solita no llevaba ninguna otra prenda. Cuando Mar quiso reprender al crío, este ya había salido corriendo entre risas, coreado por los otros chiquillos, que lo estaban esperando.

Lo había reconocido. Era Pedrito, el hijo de Frisia y don Pedro.

—¡Desvergonzado! —le gritó, bajándole el vestido a Solita lo más rápido que pudo.

A Mar le extrañó que la pequeña, a la que habían dejado prácticamente desnuda, ni siquiera se hubiera rebelado. Y eso la llenó aún más de rabia.

Se agachó a su lado, bajo el sol inclemente de las primeras horas de la tarde, y la sujetó de los brazos.

—Al próximo que te lo haga, le pegas bien fuerte.

La niña negó con la cabeza. Mar insistió y la sacudió un poco.

—¿Me oyes?

—No se me cayó el sombrero al suelo, niña, lo *garré po* los aires, ¿lo vio *usté*?

Mar le sonrió.

—Lo vi. Fuiste muy rápida, pero no debes dejar que los niños te hagan eso.

—No insista —dijo el padre Miguel acercándose a ellas—. Sabe que si se revuelve nunca podrá ser doméstica. Aunque no se inquiete demasiado. Esos chiquillos son traviesos, pero no son malos.

—¿Que no son malos? Fue el hijo de don Pedro. Alguien tendría que educarlo para que no se convierta en un tirano.

El padre Miguel respiró hondo.

—Está un poco consentido, no voy a negarlo, pero tiene una edad que...

—No hay edad que valga, su comportamiento es inaceptable.

—Estoy de acuerdo, pero imagino que no viene a hablarme de Pedrito.

Mar hizo una pausa para respirar hondo.

—No, padre, vengo a hablarle de Basilia.

—Ya lo imaginaba, y si le soy sincero, la estaba esperando. Venga, entremos en el templo, estaremos más frescos y tranquilos.

Caminaron hasta la puerta de la iglesia. El padre Miguel le indicó a Solita que esperase fuera, porque aquellos no eran temas que debieran escuchar los niños. La chiquilla se acercó a una palmera que había a un costado de la iglesia y se sentó a la sombra con el sombrero puesto.

La temperatura en el interior del templo era fresca y agradable, olía a incienso y a cera. Instintivamente, Mar sacó del bolsillo de su falda un pañuelo blanco y se lo puso sobre la cabeza. Mojó dos dedos en la pila de agua bendita que había a la entrada y se persignó. El padre Miguel la invitó con la mano a sentarse en el único banco corrido que había frente al altar, donde solían acomodarse los enfermos o los tullidos para oír misa. El cura hizo una genuflexión cuando se encontró ante el Señor y después tomó asiento. Mar lo imitó.

—Padre —comenzó Mar—, vengo a decirle que me opongo a que Diego Camblor quiera llevarse a Basi. Usted conoce la vida disoluta y promiscua que ha llevado ese hombre desde que llegó a la hacienda. Ignoro lo que le habrá contado, pero abandonó a su esposa, y ahora quiere recuperarla porque le avergüenza que sea nuestra criada.

—Lo sé, hija. Y no creas que no comprendo lo que dices, pero, nos guste o no, Diego es su esposo y tiene derechos.

—Los derechos los perdió cuando decidió abandonarla. Los derechos los perdió cuando la condenó a tener que servir para no morirse de hambre. No sé de qué derechos me habla.

—Los derechos que otorga Dios al vínculo sagrado del matrimonio y que el hombre no puede romper. Me consta que Diego no se ha portado como un marido leal, y que tiene muchos defectos, pero en las pruebas difíciles es donde más valor se da al perdón.

—Ese hombre no quiere ningún perdón, lo único que le importa es que Basi no lo humille. ¿Es que no lo ve? Solo le importan las burlas de los demás, se avergüenza de la situación de su esposa,

aunque fue él mismo el que la creó. ¿Sabe cuántos sapos tuvo que tragarse ella durante todos estos años? La abandonada, la del muerto muy vivo, la cornuda, la estéril. Y ahora tiene que preocuparse de que su marido no sufra los efectos de su propio egoísmo. Perdone, padre, pero es demasiado injusto.

—Hija, Basilia sabía dónde se metía cuando decidió venir con ustedes, bien se lo advirtió el padre Galo. Yo, como párroco de esta hacienda, haré cuanto esté en mi mano para unir de nuevo ese matrimonio.

Mar reflexionó un momento.

—¿Sabe si Diego tiene hijos?

—No, y no es porque no lo haya intentado, el muy mulatero. Era lo que más deseaba en el mundo, aunque creo que ahora ya se le pasó la fiebre. Es evidente que el Señor no ha querido recompensarlo con la bendición de los hijos. Yo me alegro de ello, de otro modo nos habría llenado la hacienda de ochavones.

—Padre, Basi ha llorado mucho por no haber podido darle ese hijo que Diego tanto deseaba. Todos estos años se ha sentido mal pensando que era culpa suya, que no era una mujer completa, que su cuerpo era defectuoso. Y ahora usted mismo reconoce que él era el responsable.

—A estas alturas, seguro que él también lo sabe.

—Y, aun así, no la busca para suplicarle perdón, sino para exigirle que deje de avergonzarlo. Es cruel y humillante, y le juro que, mientras ella no lo desee, no se irá con ese hombre.

—No jures en vano en presencia del Altísimo, hija. Pero comprende que es mi deber hacer que se cumplan los votos que un día se tomaron ante Dios. Lo contrario incurre en pecado. Esa mujer va a tener que ceder, y tú no debes interferir en un matrimonio bendecido por Dios. Diego es su familia. Sus caminos se separaron un día, pero ahora vuelven a encontrarse.

—Nadie la sacará a la fuerza de nuestra casa.

El padre Miguel la miró a los ojos y sonrió de una forma que puso a la defensiva a Mar.

—En la hacienda todos decimos que Dios propone y Frisia dispone.

Mar se quedó en silencio, con los labios apretados en una mueca. El cura añadió:

—Las cosas aquí funcionan distinto. Todas las leyes, las divinas y las humanas, pasan por las manos de la patrona. Es el dinero de su esposo el que mantiene esta hacienda, desde el más pequeño clavo de los barracones hasta la locomotora que transporta la caña. No lo olvides. Y ahora que don Pedro anda mal de la cabeza... no hay más autoridad que la suya.

Mar se puso en pie. Se persignó delante del crucifijo y se dispuso a marcharse. Antes de que se fuera, el padre Miguel dijo:

—He pensado que podíamos ofrecerle la misa del domingo a tu madre, si te parece bien.

Mar asintió. Luego paseó la mirada por el sencillo altar. Vio la pila bautismal a la izquierda, el retablo de madera con el sagrario en el centro y la enorme cruz con el Cristo crucificado.

Agachó la cabeza y se marchó.

CAPÍTULO 20

La reunión tras el almuerzo se había organizado junto al estanque, donde el aire era más fresco y el sonido de una pequeña cascada artificial llegaba hasta ellos. Los criados sirvieron bizcochos, pastas y café. Los hombres fumaban puros, excepto Víctor y el padre Miguel. Las mujeres se abanicaban los torsos comprimidos en los corsés. Pedrito permanecía engullido en su sillón, con gesto hastiado, mirando a las musarañas. Cada vez que Frisia veía que el niño no hacía caso a la conversación de los hombres, le daba un puntapié, y entonces él volvía a mostrarse atento, o, al menos, a simularlo.

En cada extremo de la mesa había un chiquillo de rostro angelical y cuerpo esbelto que sujetaba un gran abanico de yarey, cuya tarea consistía en espantar las moscas que osaban acercarse. Orígenes permanecía detrás de su patrona, con su eterna postura hierática y amenazadora.

—Dígame usted alguna república de la América independiente de España donde se respete la legislación —le decía en esos momentos Guillermo, el mayoral del batey, a Pascual, el administrador—, donde se practique esa aclamada libertad que tanto argumentaron para desprenderse de la Madre Patria. Si usted me dice al menos una, empezaré a tener en cuenta a los que quieren eso mismo para Cuba. El progreso es una cuestión de orden, amigo mío, no de fe, ni siquiera de ideales, y cuando el orden se convierte en un quítate tú para ponerme yo, todo se va al carajo. ¿Quiere usted eso para nuestra hermosa isla?

Pascual estaba sentado junto a su esposa Úrsula, una mujer menuda y delicada, de unos cincuenta años, que permanecía atenta a la conversación y se abanicaba con suavidad. Antes de responder a Guillermo, Pascual miró el habano humeante que sujetaba entre los dedos, tomó un poco de licor y descargó la ceniza del puro en la taza vacía de café. Después señaló a Guillermo con el cigarro.

—Yo solo digo que España debería atender más al descontento de los que quieren progresar. Porque todo son estorbos, usted bien lo

sabe, impuestos y reglamentos que asfixian al hacendado. Si leyera el *Patria* estaría al tanto de las fábulas revolucionarias de José Martí. Ahí lo cuenta todo. ¡Ya no se esconden! Hace meses que en La Habana se conspira al aire libre. El que no quiera entender que algo está pasando que luego no se lamente.

—No seré yo quien lea periódicos revolucionarios, Pascual. Pero le diré que Martí es más español que un chotis.

Frisia intervino en el debate.

—Mi Pedrito, que tiene doce años, ha pasado más tiempo en Cuba que ese hombre. Si uno ama su tierra se queda en ella para entregar hasta el alma si es necesario a su causa. Martí quiere la independencia de una tierra que apenas ha pisado. ¿Independencia de quién? ¿De sí mismo?

—Las guerras causan muchas desgracias en todas partes —dijo el padre Miguel—. Todavía se está pagando la deuda contraída en la anterior contienda. Desde entonces no se inauguran nuevas líneas de ferrocarril, no se arreglan los caminos, no se construyen escuelas. Pero algunos aún piensan que destruir el poder económico de la isla beneficiaría a la revolución porque acabaría con la diferencia de clases.

—Por supuesto que acabaría con la diferencia de clases —dijo Frisia—. Nos convertiría a todos en campesinos. ¿Es eso lo que quieren para su república? ¿Un país de campesinos?

—Lo que realmente debe importarnos —prosiguió el administrador— es ser competitivos. En Europa, ninguno de los productores de remolacha baja sus índices de rendimiento del diez por ciento. ¡Ninguno! ¿Y cuáles son los índices de la isla?

—Ocho por ciento —apuntó Frisia.

—Querida patrona —dijo Pascual—. Usted sabe que los maestros de azúcar muchas veces son forzados a engordar esas cifras para engañar al mercado.

—¿Hace usted eso, Víctor? —preguntó Frisia dirigiendo la mirada hacia su maestro—. ¿Engorda las cifras?

Todas las miradas recayeron en el aludido, que atendía en silencio a la conversación.

—No —respondió Víctor escuetamente.

—Claro que no —refunfuñó Frisia—. No lo haría, aunque se lo pidiera de rodillas.

Algunos rieron, pero Frisia, con los ojos llenos de resentimiento, mantuvo la mirada sobre él.

—Puede que nuestros datos sean mejores que los de otras haciendas —añadió Pascual—, pero es debido a la inversión de maquinaria que llevó a cabo don Pedro.

—Medio millón de pesos, nada más y nada menos —señaló Frisia con un golpe de abanico.

—Pero la triste realidad —continuó el administrador—, y así lo afirma la prensa económica, es que, de forma global, no somos competitivos. La mayoría de las haciendas se quedan en un rendimiento de entre el cinco y el seis por ciento. Esa política de proteccionismo arancelario de Estados Unidos nos está matando.

—Pero ¿de dónde van a importar esos yanquis un azúcar más bueno y más barato? —comentó Guillermo, y Rosalía, que estaba sentada a su lado, asintió con movimientos de cabeza—. ¡Nos necesitan!

—Y en Europa no tienen que pagar esos seguros de huracanes con los que nos sangran todos los años —apuntó Frisia abanicándose con desgana—. Allí les basta con el seguro de incendios, y ni siquiera tienen hordas de negros que puedan quemar sus cultivos. Se mire por donde se mire, nosotros tenemos más gastos. Cada zafra siempre corre el riesgo de ser la última.

Paulina atendía al cruce de opiniones con tanta indiferencia como Pedrito, un niño al que había empezado a aborrecer porque aprovechaba cualquier situación para espiarla, incluso lo había descubierto la tarde anterior, a la hora de la siesta, bajo su cama en compañía de un amigo, a la espera de que ella entrara y se quitara la ropa. Sus risas irrefrenables los habían delatado. Ambos habían salido corriendo al verse sorprendidos, riendo como pilluelos con escaso discernimiento. Ignoraba si a Rosalía le hacían lo mismo. Si era el caso, no había dicho nada. Durante toda la sobremesa, Paulina había permanecido quieta en su sitio, más interesada en admirar la preciosa taza de porcelana bávara que en la conversación de los hombres. Ella no entendía de política, ni sabía de las quejas de los cubanos ni del orden legislativo, y lo único que la hacía removerse en su sillón era la cercanía de Víctor. A todo ello se sumaba el cúmulo de sospechas que Frisia había vertido sobre el maestro, tan inquietantes que habían puesto patas arriba sus pensamientos acerca de él. Ya no sabía quién

era Víctor Grimani, y eso la angustiaba y la mantenía a la defensiva, llevándola a analizar cada palabra que pronunciaba, cada gesto que hacía y la dirección e intensidad de sus miradas. Por todo ello, le resultaba muy difícil mostrar el más mínimo entusiasmo.

Rosalía estaba sentada junto a Guillermo, enteramente vestida de blanco. Su camisa de encaje y bordados le pareció a Paulina de lo más refinada, y el camafeo en su cuello, sujeto con una cinta de terciopelo carmesí, le confería un aire gentil. Mostraba hacia su prometido una actitud más receptiva que el día anterior. Lo escuchaba atentamente y asentía a su discurso, un gesto que lo alentaba a él a alzar la voz cada vez con más pasión. Esa mañana, Rosalía le había confesado a Paulina que, a primera vista, se había llevado una enorme decepción con Guillermo. Pero había descubierto que tenía la intención de independizarse en los próximos años para convertirse en dueño de su propia hacienda en Guanabacoa, muy cerca de la capital. Frisia se lo había dicho. Y ello obró la reconducción instantánea de su pensamiento. Rosalía ya no lo encontraba zafio ni tosco, sino impetuoso y varonil, como debía ser, en su opinión, un hombre que se viste por los pies. Y si caminaba como un simio, arqueando las piernas y abriendo los brazos, era solo debido a su aplastante seguridad ante la vida. Un mundo de posibilidades se abría frente a ella. Pronto se convertiría en la patrona de una hacienda, y eso era mejor que lo que había imaginado.

Paulina la había observado durante toda la mañana. Rosalía no había perdido de vista a Frisia mientras esta repartía órdenes por toda la casa, o mientras resolvía y zanjaba cuestiones, como si, mentalmente, ya se viera en su lugar. Paulina no sabía si alegrarse o no por ella, porque le había visto malos gestos hacia los criados. Se burlaba de su aspecto y de su forma de hablar, incluso se atrevía a corregirlos: «Aguola mimmo no —les decía—. A-ho-ra misssss-mo».

Don Pedro no estaba sentado a la mesa, paseaba por los jardines, flanqueado por dos domésticos que no le quitaban la vista de encima. En alguna ocasión, el patrón había blandido su bastón en el aire, por encima de los arbustos, como si quisiera espantar a una bandada de cuervos que lo estuviera atacando. Nadie reparaba en él, nadie lo tenía en cuenta, y todo se consultaba con Frisia.

El administrador se sacó el cigarro de la boca, lo sujetó entre los dedos y señaló a Guillermo.

—Martí quiere una Cuba libre de españoles, pero también de norteamericanos. Ese es su mayor temor, que se vayan unos y que vengan otros. Tal vez Cuba se libre algún día de los peninsulares, pero de los norteamericanos no se librará. Miren lo que le pasó a México treinta años después de su independencia, los yanquis les quitaron la mitad de su territorio a punta de pistola. Dudo mucho que Martí sea tan ingenuo para creer que no van a meter las narices. ¿Acaso olvida que han intentado comprar la isla dos veces? ¡Dos! Años ha que vienen pregonando que Cuba se ha convertido en objeto de suma importancia para sus intereses políticos y económicos. Más aún, no tienen reparos en clamar que es imprescindible para la integridad de la Unión. Así de claro, señores. El día que el Gobierno de España salga por la puerta de Cuba, el águila calva de los yanquis le clavará sus garras, bien lo sabe Dios.

—Caramba, Pascual —replicó Guillermo—, ni por lo más remoto se me había pasado por la cabeza semejante disparate. Los yanquis en Cuba. ¿Y usted qué opina, Víctor?

Los murmullos en la mesa cesaron para escuchar lo que tenía que decir el maestro, quien, hasta entonces, había asistido a la charla con insidiosa indiferencia. Escuchaba y jugaba a darle vueltas con los dedos al pequeño vaso de licor que tenía delante.

—Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato —dijo al fin.

Hubo miradas cruzadas que trataban de comprender el significado de sus palabras.

—Eso es como no decir nada —objetó Guillermo—. Vamos, hombre, que se hace usted mucho de rogar.

Rosalía le dirigió una mirada altiva a Paulina, como si en cuestiones de esa índole su mayoral estuviera muy por encima del maestro. Parecía querer decirle que, tal vez, el maestro fuera más apuesto, pero que un hombre sin opinión no valía nada.

Víctor añadió:

—Hay demasiados interesados en obtener el control de la isla. Donde hay tres de distinto tamaño que pelean, ya se sabe de antemano quién será el vencedor.

—¿Quién? —preguntó Úrsula muy interesada.

En el silencio que vino a continuación, se oyó el canto de un tocororo. Paulina lo identificó porque una criada se lo había enseñado esa mañana entre los árboles, y se interesó más por ver de nuevo su

plumaje colorido que en atender a la respuesta de su prometido.

—El más fuerte —sentenció Víctor.

—Sea como sea —dijo el administrador—, esta vez se está cociendo algo serio. Nadie cree que ese alzamiento al este vaya a prosperar, pero, entonces, ¿por qué Martínez Campos ha llegado de la península con siete mil soldados? Tal vez convendría aumentar el número de guardias candela, patrona, no sea que tengamos un disgusto.

—¿Y qué se dice en la península al respecto? —preguntó Guillermo.

Frisia levantó su taza y un criado se apresuró a servirle más café.

—Allí solo hablan de las fiebres de la Reina Regente y de las lluvias torrenciales que inundaron Madrid.

—¿Ninguna mención a Cuba? —se extrañó el administrador.

—Nada en absoluto.

—Es natural —señaló Guillermo—. Desde la chapuza de la Guerra Chiquita, aquí no se mueve nada. Así que no sea usted cenizo, Pascual.

—No sé para qué quieren la independencia —replicó Frisia—. ¿Cuánto ha pasado desde que se abolió la esclavitud? ¿Quince años? Y lo único que han hecho los negros es replegarse en sus costumbres africanas. Antes nuestros médicos velaban por su salud, pero ahora que son libres ya no es obligación nuestra. Además, prefieren a sus brujos. Los periódicos de La Habana se sorprenden de que mueran tantos trabajadores en las haciendas. La libertad, amigos míos, es muy exigente, requiere sacrificio, esfuerzo, buscarse las habichuelas... Por eso les da tanto miedo.

—Pero, Frisia —dijo el administrador—, no son los negros los que quieren independizarse de España. Ojalá lo fueran. Son los que visten y calzan como nosotros y tienen nuestro mismo color de piel. ¡Son los criollos blancos! ¿O acaso José Martí es negro? Es tan hijo de españoles como yo. Pero les prometen tierras y les envenenan la cabeza. Se creen que con ellos estarán mejor.

Frisia golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Pues no lo entiendo! Les pagamos cada jornada de trabajo, les damos sus bohíos para que puedan vivir en ellos, les dejamos que siembren sus conucos y que críen a sus animales. Que se lo pregunten a los que abandonaron las haciendas tras la abolición. Malviven en

chamizos junto a los caminos y se ven obligados a recorrer leguas para encontrar agua. ¿Y qué pasa si se ponen enfermos? Aquí al menos tienen a Mansa. —Frisia tomó aire—. Allá ellos. A nosotros cada uno de sus muertos no nos cuesta ni un real. Ellos le cantan al difunto, con esas voces que parecen venidas del más allá, y después lo entierran. Y añadiré algo más: son tan salvajes que, cuando se dan cuenta de que uno ya boquea, lo meten en un cajón y se lo llevan al cementerio.

—Dicen que uno se les levantó cuando ya lo creían muerto —apuntó Úrsula—, y desde entonces los dejan en el cajón durante días hasta que empiezan a apestar. Si eso no es primitivo, que baje Dios y lo vea.

Nadie contaba ya con la presencia de Mar cuando la vieron acercarse por el ancho paseo entre los jardines. Frisia plegó su abanico con un golpe seco que cortó el aire y la miró con claro desdén.

—Ya no te esperábamos, querida —le dijo cuando llegó a la mesa.

Mar echó un vistazo a los presentes. No vio a Diego Camblor, y eso la tranquilizó. Un criado le buscó un sillón y un sitio donde instalarlo. Mientras lo hacía, Víctor se puso en pie y le ofreció su lugar. Paulina se alegró de que se colocara a su lado. Tenía muchas ganas de hablar con ella a solas y esperaba tener la oportunidad. El criado puso el sillón en la cabecera de la mesa y Víctor se sentó en él con su vaso de licor.

Mar se fijó de nuevo en Orígenes, el gigante negro, que permanecía de pie a escasa distancia de Frisia, con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies bien plantados en el suelo. Lo vio de pronto llevarse una mano llena de anillos al lóbulo de la oreja izquierda para rascárselo.

«Eccema», diagnosticó.

Los ojos de Orígenes apenas pestañeaban. Miraban al frente, tal vez al jardín, o a las chimeneas del batey que apuñalaban el gran celeste en el horizonte, o tal vez mucho más allá, al otro lado del mar. Imposible saber lo que imaginaba alguien como él.

—¿Cómo está su padre? —le preguntó el administrador, y Mar volvió a centrarse en los presentes.

—Conmocionado.

—Pues ojalá pueda ocupar pronto su puesto —dijo Guillermo—, hay muchos hombres aquejados de diversos males esperándole. No se

fían de Rafael, que solo sabe arreglar huesos rotos y coser heridas.

—No se impacienten tanto, señores —dijo el padre Miguel—. Nos hemos arreglado sin médico regular todos estos años, de modo que démosle al doctor el tiempo que necesite para reponerse de su desgracia. Ha sido un golpe muy duro.

—No creo que le haga bien quedarse encerrado en casa —opinó Guillermo—. Un hombre, para tener la cabeza sana, necesita trabajar.

El padre Miguel trató de desviar la conversación y se dirigió a Mar.

—Hablábamos de la revolución. Hay quien dice que el nuevo alzamiento será el definitivo.

Aunque la respuesta de Mar fue difusa y se basó en defender la libertad de los individuos como máxima para el progreso, Paulina la escuchó con la más alta admiración que puede sentir un ser humano por otro. Había en sus ojos una devoción respetuosa y tierna que hacía crecer en ella la necesidad de salir de la ignorancia para instalarse en la verdad del mundo. Sin embargo, esos asuntos políticos le provocaban un profundo aburrimiento, aunque, cuando salían de la boca de Mar, todo adquiría un tono interesante, tal vez debido a que nunca había oído a una mujer expresarse en términos parecidos, y eso la fascinaba.

—Entonces —comenzó Guillermo tras escuchar atentamente a la hija del doctor—, usted cree que la guerra es necesaria y que, si esta isla se convierte en una república, todos sus problemas se solucionarán.

Mar sonrió de una forma tan condescendiente que provocó un gesto altanero en Rosalía.

—No lo comprende usted —refutó Mar, y notó la mirada de Rosalía achicarse hasta que sus ojos se convirtieron en dos ranuras, como si fuera capaz de saltarle a la cara igual que un gato para defender a su inminente esposo, con el que apenas llevaba dos días—. Las revoluciones solo sirven para cambiar a un tirano por otro, así lo refleja la historia. Los pobres seguirán siendo pobres y los ricos seguirán alimentándose de las desigualdades. El concepto de que la libertad genera igualdad entre los hombres es una teoría romántica. Pero, al mismo tiempo, no conozco una sola revolución que no haya dado sus frutos, por pequeños que sean. Una vez que se prende la llama, no hay forma de que se extinga, y en esta isla ese fuego lleva

prendido mucho tiempo. Ni el mejor y más preparado ejército del mundo será capaz de apagarlo. Los intelectuales a ambos lados del océano lo saben. Matarán a los hombres, pero los sueños no habrá forma de destruirlos.

En la mesa se instaló un nuevo silencio. Hasta que Úrsula tomó la palabra.

—Según lo dice, parece que esté usted a favor de los rebeldes, válgame el cielo.

—No deja de ser una opinión de quien desconoce cómo funciona esta isla —soltó Frisia—. Llevan planeando esa guerra desde hace demasiados años, pero ni siquiera en eso son capaces de ponerse de acuerdo. Las revoluciones necesitan líderes, y en Cuba solo hay braceros y campesinos, y una burguesía criolla que vive demasiado bien como para pensar en montarse a caballo para corretear por la manigua.

—¡Eso es! —exclamó Guillermo, y Rosalía lo miró complacida—. Hoy los héroes no están dispuestos a morir por ninguna causa. Por eso no sucederá nada, más allá de las pequeñas chapuzas de siempre.

—La única revolución que me preocupa —apostilló Frisia— es la que pueda darse en esta hacienda. Algunos hablan demasiado y les llenan la cabeza a los negros de engañifas.

Paulina desvió la mirada hacia Víctor, porque, en su opinión, esas palabras iban dirigidas al maestro. Pero él parecía indiferente a las arengas de la patrona. Estaba muy distraído, con el codo apoyado en el reposabrazos del sillón y los dedos sobre los labios, observando a Mar. En los ojos del maestro había una expresión dulce y suave, un aire tan lleno de afecto que le provocó a Paulina angustia. Porque, cuando la miraba a ella, apenas se detenía un instante, y ese era un signo irrefutable de su falta de interés. Le había hablado demasiado de Mar en sus cartas. Era posible que hubiera cometido el error de expresarle a Víctor los sueños de Mar en vez de los suyos. Lo había hecho porque hablar en esos términos de sí misma le daba vergüenza, y porque, cuando buscaba en su corazón, Mar asomaba por todas partes. No hablarle de ella habría significado ocultarle a la única persona a la que admiraba, con la que se sentía viva, al único ser sobre la Tierra que la animaba a superarse, que le había abierto los ojos a un mundo desconocido, lleno de libros y seres mitológicos que en otro tiempo peinaban sus largas melenas en arroyos de aguas vivas.

Le había resultado muy fácil hablarle de Mar, desvelarle las virtudes y los anhelos de una persona querida con quien Víctor no estaba destinado a encontrarse. Sin embargo, la providencia había jugado sus cartas y los había puesto frente a frente. Por ello comenzaba a lamentar haber rellenado hojas y hojas exaltando las virtudes de otra mujer que no era ella. Mientras él observaba a Mar, Paulina sospechaba que, a todas luces, Víctor debía de estar conjugando lo que sabía de ella con la presencia real. Se la había descrito como una mujer que, sin llegar a ser hermosa, resultaba la más bella y distinguida de todas cuantas conocía. Le había dicho que siempre se apreciaba en el aire su dulce olor a jazmín. «Su sonrisa de dientes perfectos y nacarados es lo único que, junto con el calor de Nana, consigue aliviar mi corazón cuando me siento angustiada.»

«Dios mío.»

Sin querer, le había inoculado a Víctor su misma fascinación por ella.

Bajó la mirada hacia la taza vacía de café. Acercó los dedos al asa y un criado enseguida se aproximó con la jarra de porcelana para servirle más. La joven negó con un gesto tan brusco de cabeza que, a su lado, Mar se volvió para mirarla.

Paulina leyó en sus ojos una pregunta: «¿Estás bien?».

Asintió, esforzándose en sonreír, aunque fue incapaz de despegar los labios.

La conversación se hundió en un bache de silencio que nadie se esforzó en rellenar. El sol se colaba por los resquicios entre las ramas de los árboles y caía sobre la mesa. Los niños seguían espantando las moscas y librándolos del calor de las primeras horas de la tarde con sus enormes abanicos. En el aire flotaba el aroma del azúcar tostado y la fragancia de las flores del jardín, haciendo soportable el molesto olor de los cigarros cubanos.

—Veo que has renunciado a guardar el luto de rigor —le dijo Frisia a Mar—. No me parece mal. El luto puede acabar con las esperanzas de cualquier joven casadera. Y a tu edad eso sería terrible. Pero aquí no tendrás que preocuparte de ello. A nosotros no nos escandalizan esas cosas.

—Por si no lo ha visto, Frisia —dijo Víctor—, la señorita lleva en el brazo la señal de duelo.

—La banda solo cuenta para los hombres —replicó la mujer.

Mar iba a responder, pero Víctor fue más rápido.

—Entonces le parece justo que los hombres resolvamos las cuestiones de duelo con una banda en el brazo o un crespón en el sombrero, mientras que las mujeres deben vestir enteramente de negro durante los siguientes... ¿Cuántos? ¿Dos o tres años?

—Buena cuestión —dijo Úrsula.

Frisia miró a la esposa del administrador con despecho por posicionarse tan abiertamente del lado del maestro.

—Yo solo pretendía decirle que aquí nadie se lo tendrá en cuenta.

—Pero tiene razón Víctor, mi querida amiga —dijo Úrsula—. El luto debería ser una cuestión igual para hombres y para mujeres, que tal parece que la muerte solo nos atañe a nosotras. Con la tela de una falda negra de mujer se pueden hacer docenas y docenas de bandas y crespones para los hombres.

Mar intervino, con la mirada perdida en la oscuridad del café.

—Mi madre decía que el luto paraliza la vida de los vivos tanto como la de los muertos.

—Sabias palabras —dijo Úrsula—. Muy sabias. Pero, si he de ser sincera, es la primera vez que veo a una mujer con la banda negra. Y no lo veo inadecuado, no es eso, al contrario, sería un alivio que todas pudiéramos hacer lo mismo llegado el momento.

Frisia cambió de tema; todavía tenía algo que recriminarle a la hija del doctor.

—Me han dicho que te vieron ayer hablando con Mansa.

Mar tomó un sorbo de café antes de responder.

—El dispensario está prácticamente vacío y pensé que podía ser de utilidad en la enfermería.

—¿Y qué te dijo ese negro catedrático? —preguntó Frisia con una sonrisa a punto de estallar en los labios.

Mar sujetaba en las manos su taza de café. Sorbió un poco y después respondió a la pregunta.

—Que los males de los negros los curan los negros.

Todos rieron excepto Víctor y Paulina.

—¿Fue usted sin compañía a hablar con Mansa? —preguntó boquiabierta Úrsula.

—Fui con Solita.

—¿Quién es Solita?

—Es su muleca —aclaró Frisia—. Se la he puesto para que la

acompañe a todas partes. Pero debió advertirle que ese no era sitio para ella.

—Me lo dijo —indicó Mar.

—Naturalmente —repuso Frisia—. Pero no le hiciste caso. Tienes que aprender que aquel es su mundo, y que a ti más te vale quedarte en el nuestro.

—Además —intervino Úrsula—, los negros todo lo arreglan con sus brujerías. Desde luego, es mejor que no vaya a esa parte de la hacienda.

—Tal vez renunciarían a esas tradiciones si se les ofreciera una educación —objetó Mar, y miró al padre Miguel—. Empezando por los niños.

El cura se sobresaltó al notar sobre él los ojos inquisitivos de la joven.

—Pero son demasiados, ¿quiere usted que me ocupe de instruir a cerca de cien niños?

—Si quieren una escuela, que la organicen ellos —soltó Frisia—. Nadie se lo impide. Querían ser libres, y ya lo son. Pero trabajan para nosotros porque no saben qué hacer con su libertad. Cuando juntan cuatro perras solo piensan en comprar ropa para disfrazarse los domingos, que bien parece que vuelve al calendario el carnaval. ¿O acaso no los ven desfilar para ir a misa engalanados hasta las orejas? No, no piensan en construir una escuela, solo en vestirse como bufones. Y al día siguiente vuelven a ponerse sus harapos o a ir medio desnudos por los campos. Pero ¿les quitamos nosotros de hacerlo? No, señor. Si quieren gastarse los reales en paños y sedas, que se los gasten. ¡Menuda revolución iban a hacer esos así vestidos! ¿Se lo imaginan?

Hubo risas generalizadas con las mismas excepciones de la vez anterior.

—Y ahora cambiemos de tema, por el amor de Dios —dijo Frisia, animándose—. Tenemos dos bodas que planear. ¿Cuándo quieren las dos parejitas que las celebremos?

—Cuanto antes mejor —respondió Guillermo, y miró a su izquierda—. Si Rosalía está de acuerdo.

—Lo estoy. —Rosalía sonrió, y bajó la cabeza en un gesto de falso pudor.

—Podría casaros mañana mismo —dijo el padre Miguel—. Pero

tal vez deseéis una gran ceremonia. En ese caso, es mejor posponerlo para el domingo siguiente, porque el servicio dominical de mañana lo dedicaremos al alma de doña Ana.

Aguardaron un instante de silencio, en respeto por la difunta, y después el cura les hizo la misma pregunta a Víctor y Paulina.

Frisia respondió primero.

—Algo me dice que estos dos desean conocerse un poco antes de dar el paso. ¿Me equivoco?

Paulina sonrió nerviosa.

—Creo que es lo más natural. No... no hay prisa.

—Claro que no —convino Frisia—. ¿Qué opina, Víctor?

Al ver que no respondía, Paulina lo miró.

—Será cuando ella esté preparada —dijo al fin el maestro.

—¿Por qué no la lleva a pasear por los naranjos? —sugirió Frisia —. Parece aburrida como una ostra, igual que usted.

Guillermo soltó una carcajada, alegrándose en su fuero interno de que no le hubieran enviado a una joven como esa: hermosa, pero sin sustancia, demasiado apocada para mantener una conversación. Rosalía coreó su carcajada con su propia risa.

Mar se dio cuenta de que los ojos de Víctor centellearon un momento antes de ponerse en pie para acercarse a Paulina. Llegó hasta ellas y apoyó las manos en sus respectivos sillones.

—¿Me acompañan a pasear por los naranjos?

Paulina se puso de pie. Mar permaneció sentada.

—Pero, Víctor —protestó Frisia con fingida amabilidad—, ¿no le basta con una?

—Insisto —dijo él, sujetando el respaldo del sillón de Mar.

Esta se fijó en la mano derecha de Víctor, que estaba muy cerca de su hombro. Era bonita, de dedos largos y piel bronceada. En el dedo anular llevaba un anillo de oro con una piedra oscura que parecía un pequeño trozo de mar. Si era diestro, esa debía de ser la mano que se acercaba al oído para palpar el azúcar. Lo frotaría entre los dedos índice y pulgar, y decidiría de esa forma si estaba listo. Los maestros de azúcar destacaban por su intuición, por su talento para reconocer lo que otros no podían ver ni sentir. Su capacidad en el asunto de los sentidos era superior a la del resto de los mortales. Hombres tocados con un halo sobrenatural, así lo había leído en un libro sobre las plantaciones de azúcar que había adquirido su padre

cuando supo que iban a emigrar.

—Ven, por favor —le pidió Paulina, que aún no quería quedarse a solas con Víctor.

—No me parece apropiado —murmuró Mar.

—Desde luego que no lo es —apuntilló Frisia—. Donde hay dos que rezan está de más el diablo.

CAPÍTULO 21

Un camino de tierra apisonada los condujo a la parte trasera de la casa, donde se extendía el campo de naranjos que abastecía de fruta la hacienda. La temperatura era calurosa y Paulina, poco acostumbrada a usar el abanico, se lo había dejado en la mesa.

A su derecha, Mar parecía incómoda, como si no quisiera estar allí, pero Víctor había porfiado tanto que no había podido negarse. A su izquierda, el maestro caminaba con las manos unidas a la espalda y la mirada oscurecida por el sombrero de yarey. Vestía traje claro y botas altas, lo habitual entre los hombres de más rango en la hacienda. En medio de los dos, Paulina agradecía la cercanía de Mar, aunque le decepcionaba que Víctor hubiera insistido de aquella forma para que los acompañara. Cualquiera diría que no deseaba quedarse a solas con ella.

Un incipiente temor a que su prometido anulara su compromiso le sacudió el corazón. Podía ser que ella no hubiera colmado sus expectativas, aunque cabía otra posibilidad aún más angustiosa: Mar podía haberlo impresionado tanto que había eclipsado su interés por conocerla mejor.

—Oí decir al padre Miguel que usted se ocupó de la escuela en su ausencia —comentó Mar, rompiendo el silencio y adelantando un poco la cabeza para mirarlo al otro lado de Paulina.

Víctor asintió con un gesto y adelantó, a su vez, la cabeza para contestar.

—Solo porque él me lo pidió. No tengo experiencia en esas tareas. Los niños gozan de una posición de superioridad dentro de la hacienda que los convierte en seres embrutecidos y déspotas.

—Seguro que son cosas de chiquillos —dijo Paulina, a fin de no quedarse excluida de la conversación.

Víctor dejó de caminar y la miró con tal severidad que ella se arrepintió de haber hablado.

—Esas cosas de chiquillos son muy serias. Si no inculcamos

sentido de la justicia en los niños, el futuro será un lugar en el que no querrá estar.

Paulina palideció ante la efusividad de la respuesta y decidió que, fuera o no de mala educación, no pensaba volver a intervenir.

—Para los adultos siempre es difícil reconocer la maldad en los niños —dijo Mar—. Pero es tarea de los padres velar por que no cometan excesos.

Víctor echó a caminar de nuevo.

—A veces son los padres los que alientan las malas acciones. Esos chicos se las saben todas. Al menor contratiempo fingen un ataque de alferecía y se salen con la suya. ¿Han visto alguna vez a un niño de nueve años azotar a un hombre de cien kilos hasta despellejarlo vivo?

—¿Eso sucedió aquí? ¿En esta hacienda?

—Hace tres años, frente a los barracones.

—¿Qué fue lo que hizo el hombre para recibir ese castigo?

Víctor revivió la escena en su mente y, al hacerlo, la sangre empezó a circular veloz por su organismo, con cada latido violento de su corazón. Vio a Pedrito empuñando la fusta, al hombre arrodillado de espaldas a él. En la cara de Frisia una expresión salvaje que no admitía compasión.

—Tuvo la osadía de reírse del hijo de la patrona cuando el crío se cayó al salir de la iglesia. Aquel día Frisia lo había vestido como si fuera un infante de España. El chiquillo salió apurado del templo, tropezó y aterrizó de cara sobre una bosta de caballo. Sus vómitos de asco divirtieron a muchos. Yo mismo disfruté del momento con unas carcajadas. Los trabajadores que esperaban para entrar a la segunda misa de la mañana también lo vieron, pero no se atrevieron a reírse, por supuesto. Salvo uno, que no pudo contenerse.

—Y se lo hicieron pagar —dijo Mar, pensativa—. ¿Nadie trató de impedirlo?

—Don Pedro lo intentó, pero Frisia estaba fuera de sí. No pensaba permitir que un negro se burlara del futuro patrón de la hacienda. Le costó cincuenta azotes. Frisia le puso la fusta a su hijo en la mano y ordenó que arrodillaran al hombre frente a él con la espalda desnuda.

—Pero un niño de nueve años no puede tener mucha fuerza.

—Yo también lo creí. Y, en efecto, los primeros azotes apenas llegaron a arañar la piel del hombre. La patrona, que será quizá otra cosa, pero no tonta, se percató de ello y ordenó al mayoral detener la

cuenta y volver a empezar. Pero antes se acercó a su hijo para hablarle al oído. Entonces, el chiquillo se puso a un costado del hombre. El primer azote, lanzado con todas sus fuerzas en esa parte del cuerpo, donde la piel es menos gruesa, le abrió la carne al desdichado, que enseguida comenzó a sangrar. Para cuando llevaba veinte azotes ya tenía la espalda en carne viva. Otros veinte azotes más tarde, Pedrito tuvo que detenerse a vomitar. Tenía en el rostro porciones de piel y gotas de sangre.

—Qué espanto —murmuró Paulina.

Mar y Víctor notaron que se tambaleaba y la sujetaron cada uno de un brazo.

—¿Estás bien? —le preguntó Mar, y ella asintió y se abanicó con la mano.

—Lo siento —se excusó él—. Tal vez he sido demasiado explícito.

—No, no, es el calor —se justificó Paulina.

Cuando recuperó el color en las mejillas, siguieron caminando.

Abstraídos pensando en ese suceso, pronto percibieron el aroma de los naranjos. Al llegar hasta ellos, Víctor se distanció para coger unas piezas de fruta. Paulina aprovechó ese momento para hablar con Mar. Su voz estaba teñida de urgencia.

—Frisia cree que Víctor es un conspirador y que anda tramando algo con los negros. No se fía de él. Si piensa eso, no entiendo por qué me trajo aquí. Quiere que averigüe qué oculta. Si lo hago, enviará a mis tíos el dinero para que mi primo se libre del Ejército. Mar, tienes que ayudarme.

—¿Has oído lo que nos ha contado?

—Bueno, está claro que Frisia no le gusta.

—Y eso dice mucho a su favor. Hasta yo siento ganas de conspirar contra ella.

Con tres naranjas en las manos, Víctor volvió junto a ellas. Le entregó una pieza de fruta a cada una.

—Me van a disculpar —dijo Mar tomando la naranja, que estaba caliente—. Pero creo que ustedes tienen asuntos que tratar. Este campo de naranjos me anima a dar un paseo a solas. En nuestra tierra no suelen ser así de hermosos, porque el frío destruye sus hojas y los seca.

Echó a caminar y se alejó de ellos en dirección a los naranjos. Paulina tuvo la sensación de que él habría preferido irse con Mar en

vez de quedarse a su lado. Inspiró una bocanada de aire caliente y sacó fuerzas para hablarle mientras lo veía zamparse la naranja entera sin pronunciar una palabra, como si la ausencia de Mar lo hubiese dejado sin ganas de seguir conversando.

—Está bien —empezó—. Dejemos las cosas claras. ¿Quiere usted casarse conmigo o no?

Víctor la miró como si fuera un polluelo que hubiera roto el cascarón y hubiese asomado la cabeza. Se sacó un pequeño lienzo del bolsillo de su chaleco para limpiarse las manos y, tras guardarlo de nuevo, inclinó la cabeza hacia ella.

—Debería ser yo quien le hiciera esa pregunta. Me consta que ha estado comparándome con su fallecido esposo desde que me echó la vista encima. ¿Me equivoco?

Paulina no esperaba esa respuesta, y balbuceó sin saber qué decir.

—No se apure —la tranquilizó él—. Sé que no lo ha hecho a propósito, pero en sus cartas solo aparecían tres nombres: Mar Altamira, su perra Nana y su esposo Santiago. Podría hablarle de cualquiera de los tres durante el resto de la tarde, para que vea que he seguido sus misivas con mucho interés. Pero, en realidad, no sé demasiado sobre usted, salvo lo esencial, y eso me resulta frustrante.

Paulina reconocía que le había escrito varias cartas hablándole de Nana y otras tantas desentrañando la personalidad de Mar, pero no tenía la sensación de haberle mencionado tanto a Santi, salvo en una o dos ocasiones. Aunque..., si lo pensaba mejor, tal vez habían sido más. Pero en su descargo debía decir que lo consideraba su obligación, porque había sido una parte muy importante de su vida.

—Siento mucho haber hecho tal cosa, pero se me hace muy difícil hablar de mí sin mentarlo a él, es como... como...

—Como si fueran la misma persona.

Ella alzó la vista, que vagaba por el suelo, para mirarlo a los ojos.

—Sí —susurró, notando que su boca se estiraba en una tímida sonrisa que corrigió en el acto—. Nunca le había puesto palabras a eso, pero así es como lo siento.

Víctor aspiró una bocanada de aire.

—Tengo la impresión de que no está usted preparada para volver a casarse.

—Sí lo estoy —musitó ella, mirando al horizonte, donde vio a

Mar caminando entre la sombra que proyectaban los naranjos.

—¡Dios Santo! Eso ha sonado demasiado triste.

Paulina reaccionó, consciente de la personalidad directa y singular de Víctor Grimani. Estaba casi segura de que la rechazaría si intuía en ella la mínima resistencia. Y, dentro de su abanico de posibilidades, él era el único hombre de los que había visto en la hacienda que no le provocaba un absoluto rechazo. Si no se casaba con él, Frisia la casaría con cualquiera, tal vez con uno de esos hombres que se pasaban el día a caballo gritando, sudando y acuciando a los braceros.

—Lo estoy, de verdad. A lo mejor es usted el que no está preparado. Puede que prefiera casarse con Mar Altamira. Veo cómo la observa, no crea que no me doy cuenta.

Víctor echó a caminar, con las manos en la espalda y la mirada en la tierra del camino.

—No niego que me parece una mujer interesante. Distinta a las demás. La describió usted muy bien.

—¿Se casaría usted con ella? —preguntó Paulina siguiendo sus pasos.

—¿Qué pregunta es esa? A la señorita Altamira no le interesa el matrimonio. Lo sabe usted, y yo lo sé porque usted me lo contó.

—Pero ¿y si estuviera interesada?

—No lo está.

—¿Y si lo estuviera?

—¿Y si su esposo estuviera vivo?

—Eso es imposible.

Una vez más, Víctor se detuvo para mirarla de frente.

—Mire, podemos seguir hundidos en este debate infructuoso hasta que termine la zafra. Pero las suposiciones generan angustia, nos hacen preocuparnos por cosas que, casi con total seguridad, jamás sucederán.

Le cogió la mano, tiernamente, para pasársela por debajo de su antebrazo y siguió caminando con ella a su lado. A Paulina ese íntimo contacto le resultó precipitado y ajeno, pero no hizo nada para soltarse. Si ese hombre iba a ser su esposo, debía empezar a tratarlo como tal.

—Entonces, ¿todavía quiere casarse conmigo?

—Ese fue mi compromiso, y no pienso romperlo. Ha hecho usted

un viaje largo y peligroso para llegar hasta aquí. No me retractaré. Pero es usted libre de decidir por sí misma.

—Yo tampoco quiero retractarme.

Con una larga exhalación, Víctor le palmeó la mano.

—Solucionado, entonces. Y no se preocupe, podemos esperar, conocernos mejor antes de unirnos para toda la vida.

«Para toda vida», eso le sonó a ella demasiado grande, demasiado infinito e indestructible. Le sonó a «por siempre jamás, amén», al tipo de vínculo que solo acaba con la muerte.

—Me parece bien —dijo, no obstante, y aprovechó la franqueza que había surgido entre los dos para hacerle una pregunta de otra índole.

—Dicen que pasa usted mucho tiempo con ese Mansa. ¿Por qué lo hace? No es normal que quiera estar con los negros antes que con los nuestros.

—¿No es normal? —repitió él, deteniéndose para mirarla—. Tal vez esa sea la madre de todos los problemas.

—¿A qué se refiere?

—Mansa es un hombre inteligente. Y también pacífico, siempre y cuando nadie intente ponerlo de rodillas para azotarlo. Hay hombres que no nacen para soportar humillaciones. En África, era el hijo del jefe de su poblado, y solía recibir el respeto de su gente. Tenía catorce años cuando lo arrancaron de su tierra para traerlo aquí. Ha cortado caña en los campos durante dos décadas, ha luchado en dos guerras, se ha tirado al monte para vivir en los palenques con los cimarrones... Preferiría matar o morir antes que soportar determinadas ofensas.

—¿Y usted defiende eso?

—Hubo una época de mi vida en la que me sentí igual que él, un muchacho en una tierra extraña, manejado y manipulado por los nativos. En mi caso ocurrió en varios poblados de una isla del Pacífico. Algunos querían adorarme, porque creyeron que era un ser de luz que no sangraba ni sentía dolor... Imagine lo que ocurrió cuando intentaron averiguarlo.

—¿Qué ocurrió?

—Pues que de mis venas brotó sangre y de mi boca gritos de dolor. Entonces creyeron que era un espíritu maligno a quien debían devolver al mundo de los muertos porque llevaba la desgracia en los ojos. Cuando se experimenta un instante de terror verdadero, créame,

la sensación jamás se olvida. Y nada une más a las personas que haber compartido un sufrimiento parecido. En aquellos momentos habría sido capaz de matar para defenderme. Los viejos de nación de esta isla recuerdan su tierra y la forma en que los arrancaron de ella. Conocieron la libertad. Por eso les resulta tan duro someterse. La esclavitud ha sido una lacra para la humanidad.

—Pero siempre ha existido. La Biblia dice que cada criatura tiene que representar el papel que se le ha designado. En ella aparecen hombres y mujeres libres y esclavos. Si la palabra de Dios lo permite, ¿quiénes somos los hombres para condenarla?

—También se acepta en la Biblia la esclavitud sexual —replicó Víctor alzando la voz—, incluso la conyugal. Si yo quisiera desposarla ahora mismo, en contra de su voluntad, ¿cómo se sentiría?

—No muy contenta, supongo.

—¿Lo aceptaría?

—Bueno, para eso he venido.

—Pero podría echarse atrás si le disgustase como esposo. Si yo le pareciese un ser ruin y detestable, ¿lo haría?

—No lo sé...

—¿No lo sabe?

Paulina empezaba a encontrarse incómoda con el tono del maestro, que la contemplaba como si fuera incapaz de tener una opinión propia.

—¡No depende solo de mí! —estalló—. Frisia no me lo permitiría. Si no me caso con usted, me casará con otro hombre. Y en España dejé a una familia que espera que la ayude.

—De modo que es eso... La obligan a usted a casarse. Se sacrifica por los demás.

—¡Sí! ¡Es por ellos! Pero también por mí. No quiero pasar el resto de mi vida dependiendo de mis tíos. Le dije a Mar que, a menos que fuera usted un tarado, consentiría.

Víctor la miró, sorprendido por el arranque de sinceridad, dudando si alegrarse o disgustarse por lo que estaba oyendo. Finalmente, sonrió.

—Es un alivio saber que no me considera un tarado.

—No se burle. Pero, ya que estamos, le diré que fui la última opción del padre Galo. Debe saberlo. Soy pobre, huérfana y viuda, y su posición es más de lo que nunca habría soñado. No puedo pasarme

la vida llorando por mi esposo muerto, así que esto es una oportunidad. No espere que le ame de la noche a la mañana, pero, si usted me trata bien, tendrá en mí a una mujer cariñosa y fiel. No me asusta trabajar de la mañana a la noche y soy capaz de resolver por mí misma todas las cuestiones de una casa.

Cuando terminó de soltarlo todo, Paulina se percató de que Víctor tenía la vista puesta en un punto detrás de ella. Le pareció de muy mala educación que hiciera eso mientras ella le mostraba sus sentimientos, pero, al girarse, descubrió en el suelo del horizonte un fragor de llamas y una humareda que se retorcía sobre sí misma en el cielo azul.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un incendio?

—Creo que sí.

—¿En la hacienda?

—No estoy seguro. Parece tierra de colonos.

—Qué alivio, entonces.

Los ojos de Víctor volvieron a caerle encima, severos. ¿Qué había dicho ahora?

Por el camino entre los naranjos, vieron a Mar regresando hacia ellos a paso firme, también se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Discúlpeme, Paulina —dijo él con apremio en la voz, poniéndole las manos en los hombros de forma afectuosa—. Le prometo que tendremos tiempo de hablar, pero ahora debo marcharme. Regresen pronto a la casa grande. No es seguro caminar por el campo en este momento. Si el viento cambia de dirección, puede echarles el humo encima.

—Pero Víctor...

—¡Vuelvan a casa!

CAPÍTULO 22

El humo ascendía hacia el cielo en forma de jirones de seda negra y el horizonte vibraba con el exceso de calor. La campana de la torre comenzó a sonar con un repiqueteo frenético que puso en alerta a todo el batey. Paulina y Mar se dieron prisa en llegar a los jardines. Allí presenciaron cómo los hombres se movilizaban. Vieron a Víctor, Pascual y Guillermo marcharse en busca de sus caballos. Las mujeres habían desaparecido y en los jardines solo quedaban los criados recogiendo la mesa.

Mar dejó a Paulina con su plaga de dudas y regresó a casa sorteando jinetes y carretas cargadas de hombres con palas al hombro. Buscó a Ariel y le dijo que le preparase un caballo. Mientras él iba a buscarlo, ella se metió en su dormitorio, abrió un baúl de ropa y sacó todas las prendas hasta que encontró, en el fondo, un pantalón de mahón que había pertenecido a su hermano Ginés y una vieja camisa blanca de su padre. Era la ropa que solía utilizar en Colombres cuando su padre y ella debían desplazarse a caballo para visitar a un paciente alejado del pueblo. Montar a caballo con falda la obligaba a adoptar una postura de lado que la hacía estar inestable sobre la silla, de modo que vestir así era lo más sensato para no arriesgarse a sufrir una caída. Había tenido que soportar rumores y que los vecinos se la quedaran mirando, aunque después de un tiempo ya nadie reparaba en ello. Sin embargo, habían seguido tildándola de poco femenina o de muy masculina. A ella le daba lo mismo, era la hija del doctor del pueblo y ninguno de los lugareños se atrevía a ir más allá por la cuenta que les traía, pues más tarde o más temprano casi todos terminaban pasando por el consultorio.

Con todo ello, debía admitir que había en ella un lado alejado de lo femenino. Era impetuosa y despreciaba la pasividad que se esperaba de una mujer, que debía tener un alma candorosa y contenida. En nombre de esa pasividad, a las mujeres se les había negado la posibilidad de aportar al progreso y a la libertad todo de lo que eran

capaces. Pero había algo más doloroso que el impedimento, que la prohibición y que la pasividad. Era el paternalismo, la creencia de muchos hombres de que las mujeres eran criaturas débiles e incapacitadas para otra cosa que no fuera parir hijos y ocuparse de la familia. Y era curioso que esos prejuicios estuvieran más asentados y aceptados cuanto mayor era la posición social a la que pertenecían las mujeres. A las campesinas no se les concedía la cualidad del candor o la debilidad, y trabajaban como bestias junto a sus hombres, de sol a sol, jóvenes o viejas, con hijos en sus vientres o sin ellos.

Mientras se recogía el pelo frente al espejo con gestos diligentes, se asustó ante la imagen que reflejaba. Algo parecía estar fuera de lugar en su rostro. Se reconocía, pero no era la misma mujer. Desde la muerte de su madre había aflorado a su semblante una expresión de continua indignación. Era la marca de la pérdida que aún no había aceptado del todo. Se sentía en continua lucha para domeñarla, para que no se alzara sobre su propia racionalidad. Pero lo cierto era que, bajo la capa de cordial cortesía, subsistía en ella un poso de rabia que la empujaba a mostrarse más combativa que nunca. Odiaba la violencia, despreciaba la injusticia con toda su alma, y luchar contra todo ello era su forma de paliar la pena por la muerte de su madre.

Así la sentía más cerca. Así la sentía aún viva. Porque hacía lo mismo que ella habría hecho de estar en la misma situación. Su padre necesitaba su jarabe para sobrellevar la desgracia. Ella necesitaba luchar por lo que creía justo.

Cuando salió del dormitorio, Basi la interceptó. La mujer estaba acostumbrada a verla vestida de aquella forma, pero la hacienda no era Colombres. Allí las personas llevaban machetes colgados de la cintura, había jerarquías bien definidas y las mujeres, excepto Frisia, que gobernaba a todas luces el territorio, eran solo esposas, hijas, madres o hermanas de los hombres.

—¿Adónde va, señorita?

—Quiero enterarme de lo que pasa, Basi.

—Es fuego, niña, *na ma* —le dijo Mamita, sorprendida al verla así vestida—. Y está bien lejos. Aquí no va a *llegá*.

Solita sofocó la risa con la mano al verla.

—Va *vestía* como *lo varone*.

El siguiente en sorprenderse fue Ariel, que nunca había visto a una mujer con pantalones. Sin embargo, no dijo nada y se limitó a

buscarle el sombrero más limpio que tenía cuando ella se lo pidió. Luego insistió en acompañarla.

Salieron a toda prisa hacia las columnas de humo, que cada vez eran más altas, uniéndose al tráfico de jinetes y carretas que se dirigían al mismo lugar. A medida que avanzaban, la nube de humo fue haciéndose más densa, hasta que llegó un momento en que tuvieron que cambiar de rumbo. En los cañaverales, los jefes de cuadrilla se cubrían la boca y la nariz con pañuelos y hostigaban a los trabajadores para que permanecieran en sus puestos. Los bueyes mugían uncidos a los yugos, queriendo liberarse para huir de la amenaza, y la única que permanecía inalterable en su puesto era la locomotora, con sus vagones elaborados con listones de madera cargados de caña recién cortada.

Llegaron al galope hasta el punto más cercano que les permitía el incendio. Vieron a lo lejos el fuego devorándolo todo. Se cebaba en las cabañas, en las pilas de madera, en las huertas, en los árboles y en el campo plantado de caña madura. En poco tiempo, el fuego, avivado por la brisa caliente, no dejaría nada.

—Es tierra de colonos —dijo Ariel.

A lomos de su caballo, Mar trataba de que el animal no se alterase por la cercanía del fuego. Viendo sus apuros, Ariel decidió sujetarle las riendas y replegarse hacia atrás, donde estarían más protegidos del calor que producían las llamas.

El personal de Dos Hermanos congregado allí no hacía nada para sofocar el incendio. Los jinetes galopaban de un lado a otro, comprobando los lindes y la eficacia de los cortafuegos que separaban los terrenos de la hacienda de las tierras de los colonos. Como no había amenaza de que el fuego los traspasara, ni siquiera desmontaron de sus caballos, tan solo los trabajadores que habían acudido con palas se dedicaron a ensanchar el trozo de tierra limpia sin sembrar, donde el fuego se extinguiría. Lo único que debían vigilar era que la brisa no levantara vegetación en llamas que pudiera iniciar un foco en la plantación, y en ello se avezaban los jinetes, corriendo por las guardarrayas que los comunicaban entre sí, atentos a cualquier brizna ardiendo que pudiera llevar el viento.

—¿No van a hacer nada para apagarlo? —le preguntó Mar a Ariel.

—Ya lo creo que no, niña.

—¿Por qué?

Ariel agachó la cabeza, como si no quisiera responder.

Mar miró alrededor. Vio grupos de familias —hombres, mujeres, niños— tratando de apagar las llamas más cercanas que aún no habían cobrado fuerza, utilizando ramas verdes, mantas y todo lo que tenían a mano, que era poco e ineficaz. Ningún trabajador de la hacienda hizo el menor esfuerzo por ayudarlos. A ella el corazón comenzó a latirle con fuerza debido a esa inacción, e hizo amago de bajarse del caballo.

Ariel trató de impedirlo.

—No *pue* hacer *na*, niña. No tiene que *bucarse* enemigos. —Ella no parecía dispuesta a dejarse convencer—. Son *óddenes* de Frisia. ¿Lo entiende? Y si *usté* va, yo tengo que ir con *usté*.

—Pero esa pobre gente lo perderá todo.

Ariel asintió.

Los colonos seguían machacando las llamas, corrían, gritaban. Las mujeres se apagaban alguna llama que conseguía trepar por sus faldas. Era un espectáculo desolador, y a Mar le resultaba muy difícil quedarse mirando. Entonces, se percató de que, entre los cuerpos negros, había un hombre blanco.

—¿Es el maestro de azúcar? —le preguntó a Ariel señalando hacia donde se encontraba.

Ariel ni siquiera forzó la mirada para averiguar si, en efecto, se trataba de Víctor Grimani. Lo dio por hecho.

—El maestro siempre *hase* lo que le viene en gana. No le tiene *mieo* a la patrona.

Mar apretó los dientes.

—Yo tampoco —dijo, y se bajó del caballo.

—¡No, niña Mar! *¡Pofavó!* —gimió Ariel—. Sabrán que yo la traje aquí. Eso no gustará a Frisia. *Pofavó*, no vaya.

Mar dudó. Miró hacia el fuego y hacia la pobre gente que luchaba contra las llamas, y después a su criado. Vio una expresión de miedo tan honda en sus ojos que apretó los dientes, maldijo como Ariel nunca había oído maldecir a una mujer y, finalmente, decidió volver a montarse en el caballo. Desde lo alto de su grupa, observó a Víctor Grimani tratando de organizar a los hombres y a las mujeres para poder llegar hasta un depósito de agua que había detrás de una de las cabañas que estaban en llamas. Pero todo esfuerzo resultó inútil. El

fuego se tragó la cabaña y pronto alcanzó el depósito de agua, que no era gran cosa, provocando una nube de vapor blanco que se elevó al cielo.

Mar y Ariel mantuvieron la distancia, como el resto de los operarios de la hacienda, viendo cómo las llamaradas lo devoraban todo a su paso, presenciando la lucha de unos seres humanos que estaban perdiendo en unas pocas horas el trabajo de toda una vida, su medio de subsistencia. Mar tuvo la sensación de haber desembarcado en una tierra hermosa pero hostil con los más vulnerables. A cada paso que daba encontraba una injusticia distinta, y se preguntaba cuánto tardaría en acostumbrarse a esa sinrazón para que no le doliera tanto la suerte de unas personas a las que no conocía de nada.

Mientras regresaban a casa a paso lento de caballo, con la mirada apesadumbrada clavada en la tierra y la cara manchada de ceniza, Mar volvió a interrogar a Ariel.

Pese a sus reticencias, este terminó contándole que los colonos que vivían allí eran, por lo general, antiguos esclavos que tras la abolición habían logrado comprar pequeños terrenos para sembrar caña. También había antiguos dueños de haciendas que no habían soportado los costes que demandaba la inversión de capital para convertir sus ingenios convencionales, que utilizaban la fuerza animal, en centrales azucareras. Las máquinas de vapor eran muy caras y difíciles de amortizar. Esos pequeños hacendados se habían visto en la obligación de dejar de producir azúcar y dedicarse exclusivamente a la plantación de caña. Contaban con la única ventaja de fijar los precios y decidir a quién le vendían su producto, y por ello estaban en permanente conflicto con los dueños de las grandes haciendas. Cuando se producían desastres como ese, lo habitual era que los colonos les vendieran la tierra yerma a las haciendas colindantes, las únicas interesadas en comprar ese terreno, naturalmente al desprecio.

Mar acabó comprendiendo lo que Ariel no se había atrevido a decir abiertamente, pero que iba implícito en cada una de sus palabras.

El fuego había sido provocado.

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, Mar tuvo que poner todo su empeño en convencer a su padre para que la acompañara a misa. El doctor no se encontraba bien, sentía escalofríos y notaba la mente embrollada. Lo único que pretendía era seguir durmiendo, con los postigos cerrados, en completa oscuridad y solo. Pero Mar rogó y suplicó hasta que logró sacarlo de la cama. El pelo y la barba de su padre se habían vuelto más grises, y apenas se apreciaban los pocos mechones rubios que conservaba antes de emprender aquel viaje, como si el dolor le hubiera cubierto el pelo de escarcha. Vestido con su ropa habitual, salvo por la corbata negra y el brazalete de luto, ella lo vio acercarse a la mesita de noche para coger el jarabe de heroína. Lo abrió y le dio un trago ante la presencia descorazonada de Mar, que se lo recriminó con la mirada mientras él enroscaba el tapón.

Justino se volvió hacia su hija con la impotencia constriñendo su rostro.

—A veces pienso que debí arrojarme al océano con ella.

A Mar se le cortó la respiración.

—¿Cómo puede decir eso?

—No seré capaz de regresar a casa sin tu madre. Me moriré en esta isla. No volveré a ver a tus hermanos, ni a los niños. Ni siquiera soporto pensar en escribirles una carta.

—No tiene que hacerlo, padre, yo me ocuparé de eso. Pero, por lo que más quiera, no hable así. Solo piense en poner un pie delante del otro, le aseguro que es la única forma de soportarlo. ¿No entiende que cuando lo veo sufrir de esa manera me rompo por dentro? Me arrastra con usted al lugar oscuro donde se esconde. Necesito que deje de tomar ese jarabe que le nubla la cabeza. Es una forma cobarde de matar el dolor, y usted nunca ha sido cobarde.

Justino se dejó caer sobre el colchón para quedarse sentado, con la barbilla pegada al pecho y las manos inertes en el regazo.

—No lo entiendes. Era el amor de tu madre lo que me hacía

valiente. Junto a ella me sentía capaz de soportar cualquier cosa.

—Padre, he visto cómo les cerraba los ojos a personas que dejaron este mundo aquejados de enfermedades terribles. Está acostumbrado a presenciar el dolor.

—El dolor ajeno se olvida demasiado pronto. Hija, no me asusta la enfermedad, ni tampoco la muerte, pero a la culpa le tengo un miedo atroz. Te mata en vida, y no hay peor cosa que seguir vivo estando muerto.

—Pero usted no es culpable de nada...

Él la miró, con la ira que proyectaba contra sí mismo brillándole en los ojos.

—¡Soy culpable de arrastrarla a este viaje! Tu madre no quería... Se daba cuenta de lo peligroso que era. Lo sabía y decidió seguirme. Debí pensar más en ella. Debí pensar...

Mar se acercó a él, se sentó a su lado sobre el colchón de la cama y lo abrazó. Lo envolvió como si fuera un niño desconsolado que necesita el alivio de una madre.

—No se rinda, padre, por lo que más quiera —le dijo, saboreando una lágrima que se le había metido entre los labios—. A veces el mayor coraje se demuestra apretando los dientes y siguiendo adelante.

Las manos de Justino habían dejado de temblar. El jarabe comenzaba a surtir efecto, el dolor se iba diluyendo hasta hacerlo soportable, convirtiéndolo en un nimbo que flotaba sobre su cabeza.

Se separó un poco de su hija y la besó en la frente. Después se puso en pie y buscó su sombrero. Lo cogió y lo miró, como si dentro se hubiera abierto un abismo. En esa oscuridad se demoró varios minutos.

—Dejaré el jarabe cuando salga de esa iglesia —dijo al fin—. Te lo juro por la memoria de tu madre.

Justino jamás había jurado antes, ni por Dios ni por los santos, por eso ella lo creyó, porque sería capaz de dejarse morir antes que romper el juramento.

Mar se cubrió la cabeza con el velo de encaje negro, sujetó a su padre del brazo y salieron juntos para dirigirse a la iglesia. Ariel los esperaba junto a una volanta al otro lado del jardín. El aire olía a quemado. A lo lejos todavía eran visibles alientos de humo gris. Ariel dijo que el fuego había arrasado las tierras de los colonos y que estos no tardarían en llegar a la hacienda para ofrecérselas a Frisia.

La campana de la iglesia aún repicaba a muerto cuando Ariel detuvo la volanta a la sombra del templo. El padre Miguel los recibió. Junto a él estaban Frisia y don Pedro y, muy cerca, Orígenes vestido de calesero, con librea en forma de chaqueta redonda galoneada, botas altas, un pañuelo de seda al cuello y sombrero jipijapa de alas anchas. Ceñido al cinto, su machete de concha de plata. A su lado, dos sillas acolchadas y una alfombra para que los patrones estuvieran cómodos durante los rezos.

Apostados junto a la puerta de doble hoja, Mar y el doctor fueron recibiendo el pésame de todos los presentes, que desfilaron uno por uno antes de meterse en la iglesia. Cuando le llegó el turno a Diego Camblor, Mar gruñó en su interior y le clavó los ojos. Quería transmitirle con la mirada que no se saldría con la suya, que no se llevaría a Basi con él, que había sido un mal esposo y que se fuera al infierno.

Pero el mayoral ni siquiera la miró y se limitó a soltarle a su padre la consabida frase de condolencias antes de recluirse en el templo, como un conejo huyendo a su madriguera. Mar buscó a Basi entre la gente. La encontró junto a Mamita y Solita, bajo la sombra de una ceiba. Paulina y Rosalía también estaban cerca, con sus negros velos transparentes cubriéndoles el cabello. Cuando el desfile de personas cesó, Mar descubrió al maestro de azúcar acercándose a ellos en la insólita compañía de Mansa Mandinga.

Todos se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Estaban acostumbrados a verlo en trances de esa índole, pues, cuando una persona blanca fallecía en la hacienda, Mansa era el encargado de mostrar sus condolencias en nombre de los trabajadores.

Fue Víctor el primero en darles el pésame. Mar reparó en que la mano que sujetaba el sombrero estaba vendada. Conocía la causa: fuego. Aun así, le preguntó.

—No es nada —respondió él, turbado por hablar de sí mismo en aquella situación de duelo—. Sanará pronto.

El mandinga, vestido de blanco, observó primero a Mar y después al doctor, como si estuviera calibrando quién de los dos estaba más necesitado de consuelo. Justino tuvo que echar el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos. Mansa se dirigió a él.

Mientras hablaba, la congregación enmudeció y las palabras del mandinga en su lengua materna resonaron en el batey como si las

hubiera pronunciado en el interior de una cripta. Cuando terminó su pequeño discurso miró a Mar un instante y después se marchó.

—¿Alguien sabe lo que ha dicho? —preguntó Mar.

Víctor, que seguía a su lado, le respondió:

—Dijo que la muerte es la entrada al ciclo del eterno retorno, y que quien cruza su puerta está llamado a renacer en sus descendientes. Que la muerte no debe afligir más que la vida y que el espíritu nunca se aleja de las personas amadas. Porque el espíritu no tiene ni piel ni carne ni hueso y por ello jamás perece.

—¿Habla usted su idioma?

—Es lo que dicen siempre. Llámelo oración, si quiere.

Al mirar a su padre, Mar intuyó que aquellas palabras, que albergaban de alguna forma la ancestral esencia de los seres humanos, le habían llegado al centro del dolor y habían plantado allí una semilla de sanación. No sabría explicar cómo o por qué, pero supo que así era.

Mamita, Ariel y Solita permanecieron fuera de la iglesia porque la primera misa del domingo era solo para los blancos. Tras la homilía en honor a doña Ana, Frisia invitó a todos a reunirse en la casa grande. Comerían, beberían, fumarían, reirían. Ese era el dolor ajeno al que se refería su padre, el que solo producía daño durante un breve lapso de tiempo en el que se pensaba en la propia muerte, apenas un roce, una leve caricia que no dejaba ningún poso ni huella en el alma.

Se disponían a volver a casa cuando Diego Camblor se acercó a Basi.

—Tú te vienes conmigo —le dijo en tono severo.

Mar, que caminaba agarrada al brazo de su padre, se detuvo para observar la escena. En la plaza de la iglesia solo quedaban ellos y los domésticos que empezaban a congregarse para asistir a misa. Diego no se había atrevido a acercarse cuando el espacio abierto estaba lleno de gente por miedo a sufrir una humillación pública, pero no pensaba renunciar a la oportunidad de convencerla.

Basi no fue capaz de decirle nada a su marido. Bajó la cabeza, miró al suelo y negó con gestos, incapaz de enfrentarse a él.

—Tienes que venir conmigo. —Las palabras de Diego rechinaron entre sus dientes—. Si no lo haces por las buenas, lo harás por las malas.

—Basi —intervino Mar—, acompaña al doctor a casa.

—Usted no se meta —le advirtió el mayoral, con los labios apretados en el centro de su barba pelirroja.

Basi se asió al brazo del doctor, que parecía estar sumido en sus propias tinieblas, ensoñado, ausente, con apenas fuerza en el cuerpo para mantenerse en pie.

De un movimiento brusco, Diego se colocó delante, cortándoles el paso.

—¡Ariel! —exclamó Mar—. No deje que este hombre se acerque a ellos.

Ariel dudó, porque no quería enfrentarse a él. Ningún negro, chino o pardo se enfrentaba al mayoral o a cualquier otro funcionario blanco sin ser castigado o expulsado de la hacienda.

Mar insistió:

—¡Es una orden!

Ariel se plantó frente a Diego con paso indeciso. Le sacaba una cabeza, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Apártate —lo amenazó Diego.

—Se lo ruego, *sumercé*...

—Basi, llévate a mi padre a casa —repitió Mar.

La mujer obedeció y comenzó a caminar sin que Diego pudiera evitarlo, a menos que usara la violencia. Ariel fue detrás de ellos, volviendo la cabeza por si al mayoral se le ocurría seguirlos. Mar desafió a Diego con la mirada.

—No vuelva a acercarse a ella.

Por un momento, pensó que iba a abofetearla.

—Usted no puede hacer nada. Estamos muy lejos de Colombres. Aquí no hay más ley que la nuestra. Pero le diré una cosa, señorita Altamira. Basilia volverá conmigo sin que usted pueda evitarlo. Y no será necesario que la saque de su casa agarrada del pelo, ella misma acudirá a mí, vendrá porque sabe que todavía la quiero, aunque hayamos estado separados tantos años. Le diré aún más: ella también me quiere, porque soy su única familia.

—Hace mucho tiempo que nosotros somos su única familia. La cuidamos cuando estuvo enferma, le dimos cariño y un techo, la consolamos cuando se sentía rota.

—Basilia no es su familia, es su criada, no le meta adornos a la realidad. Y la familia no sirve, colabora.

—Pero ahora quiere que le sirva a usted.

—Si vuelve conmigo tendrá todas las criadas que necesite. Vivirá como una reina y no tendrá que servir a nadie. Aunque no volverá conmigo por eso. Volverá porque lleva mucho tiempo sin las caricias de un hombre. Pero, claro, ¿qué puede saber de eso una *treintañona* soltera?

Diego se marchó, poniéndose el sombrero y dando grandes zancadas en dirección a la casa grande. Mar tuvo que sentarse en el banco rústico que había bajo la ceiba porque las piernas le temblaban. Habían sido demasiadas emociones en muy poco tiempo, se sentía cansada y dolorida debido a la tensión y a la cabalgada del día anterior.

Sentada a la sombra, fue testigo del desfile de trabajadores que acudían a la segunda misa. Recordó las palabras de Frisia sobre la forma en que los negros se vestían para ir a la iglesia. Les había dado poco crédito, pero tuvo que admitir que aquello se asemejaba a un desfile de carnaval. Las mujeres llevaban zapatos de charol, medias de seda, argollas doradas y vestidos de percal. En la cabeza, sombreros llenos de flores, a cuál más grande. Ellos lucían levitas, sombreros de castor y bastones con empuñaduras brillantes. Los niños también iban exageradamente vestidos, y en sus pequeños cuerpos ya no les cabía ni un adorno más.

De esa guisa, con extravagantes colores encima, se dirigieron a la iglesia. Y, para asombro de Mar, el padre Miguel les consintió acceder al templo.

Cuando recuperó un poco las fuerzas, Mar se levantó y se acercó a las puertas de la iglesia, que permanecían abiertas. Vio a Mamita y a Solita de pie, como los demás, dos bultos sobrios entre tanta indumentaria grotesca. Las mujeres a un lado, los hombres al otro, un rebaño de fieles insólito que, con toda probabilidad, acudía a oír misa por obligación más que por devoción.

El padre Miguel estaba encaramado al púlpito. Su sermón adquiría cada minuto que pasaba mayor severidad, hasta que el estallido de su voz cortó el aire como un látigo. El gesto enfadado, el puño en alto. Ni siquiera parecía el mismo sacerdote que acababa de celebrar para ellos una sentida homilía en recuerdo de su madre. El padre Miguel se había transformado en un ángel exterminador. Gritaba a los asistentes que arderían en el infierno si seguían robándose los puercos los unos a los otros, que no importaba que uno

fuera congo, el otro carabalí y el de más allá mandinga, que todos eran hermanos y que debían respetarse. Y que entregarse al coito en los tumbaderos era tan pecado mortal como agarrarse a las mujeres en los campos.

—¡Y cuando el Señor os llame ante su divina presencia responderéis primero ante san Pedro, que custodia las puertas del cielo! ¿Y qué pensáis que os dirá? ¿Acaso no creéis que Dios todo lo ve? ¡Él, que todo lo puede! ¡Él, que está en todas partes! ¡Poneos de rodillas y pedid perdón! ¡Porque mañana solo los libres de culpa cruzarán las puertas del cielo! ¿Y quién custodia las puertas del cielo?

Mar escuchó una pausa, un silencio sepulcral.

—¿San Pedro? —dijo una voz atormentada.

—¡Eso es! —gritó el padre Miguel—. ¡San Pedro! ¿Y qué hará san Pedro con los pecadores?

Se miraron unos a otros sin atreverse a pronunciarse, pues hacerlo sería como admitir algún delito de los que acababa de mencionar el cura.

—¡Cerrarles las puertas en las narices! —sentenció el padre Miguel—. ¡Por ladrones, masturbadores, sodomitas y nefandistas! ¡Porque quien no cruce las puertas doradas del cielo acabará consumido en el fuego del infierno por toda la eternidad! ¡Arrepentíos! ¡Agachad la cabeza y pedid perdón! ¡Y confesaos, hijos míos, que el purgatorio está lleno de indecisos!

Hubo otra pausa. Mar vio al padre Miguel limpiándose el sudor con un pañuelo, apoyado el pecho sobre el borde del púlpito.

—¿Y cuánto tiempito *tie* que *pasá* uno en el *prugatorio pa podé* ir al *sielo*, padre? —preguntó la voz apocada de un hombre.

El padre Miguel pareció meditar la respuesta. Suspiró, y al final voceó:

—¡El que haga falta!

CAPÍTULO 24

Mar arrastraba los pies por el suelo terroso del batey.

A su lado, Solita se agarraba a su falda para no quedarse rezagada y Mamita caminaba dos pasos por detrás. Mar comenzaba a tomar conciencia del lugar en el que se encontraba y no estaba segura de tener suficiente energía para enfrentarse a todo. Llevaba la carga de su dolor y del dolor de su padre, quería proteger a Basi de su pasado, deseaba poder ayudar a los enfermos de Mansa, que eran muchos y carecían de las medicinas que ellos sí tenían en el dispensario. Las injusticias y las desigualdades de aquel sitio brotaban ante sus ojos como malas hierbas en un jardín.

Y ella quería arrancarlas todas.

Su madre le había enseñado a luchar contra el abuso, el atropello o la componenda, pero había olvidado decirle que su lucha, por el mero hecho de haber nacido mujer, sería infinitamente más cruenta. Tal vez porque nunca se lo había advertido, porque nunca le hizo evidente que cargaría con ese lastre, ella lo creyó posible. Sin embargo, tenía que admitir que Diego llevaba razón en una cosa: no estaban en Colombres. En la hacienda ella solo era una mujer sospechosa que no había logrado ganarse el corazón de nadie. Y ese pecado era el mayor que podía cometer una mujer.

«Al diablo con él.»

Estaban llegando a casa cuando lo vieron bajar los peldaños del porche. Diego caminaba a toda prisa, como si temiera ser descubierto. Mar apuró el paso, despotricando para sus adentros. Estaba acalorada y solo deseaba beber un vaso de agua y descansar un rato, pero cuando cruzó la puerta encontró a Basi esperándola, muy nerviosa.

—El doctor está descansando —dijo—. Parece tranquilo.

Mamita se llevó a la niña a la cocina, intuyendo que se avecinaba una discusión.

—He visto a Diego saliendo de aquí —soltó Mar sin demora.

En los ojos de Basi había lágrimas.

—Vino a hablar conmigo.

Mar alzó las manos y las dejó caer con fuerza sobre las faldas. Entonces Basi se retiró a sus aposentos, como si quisiera evitar aquella conversación. Tras beberse un vaso de agua en la cocina, Mar la siguió a su dormitorio. La encontró junto a la cama, guardando su ropa en el viejo saco de rafia con el que había viajado.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy con él, señorita.

—¡No! ¡No tienes que hacerlo! ¿Qué... qué te ha dicho? ¿Ha vuelto a amenazarte? Dime qué clase de artimañas ha utilizado esta vez y podremos arreglarlo.

Basi se detuvo un momento. Se sentó en la cama y unió las manos en el regazo.

—No me amenazó, señorita, me pidió perdón. Se puso de rodillas y todo, y lloró como un chiquillo. Dijo que no lo hizo antes porque no había podido verme a solas. También dijo que me quería y que se arrepentía mucho de lo que había hecho, que las ansias por tener hijos lo habían cegado, pero que ahora entendía que la culpa no era mía, que era de humanos errar...

—Esos no son errores humanos, Basi, son errores de hombres.

Basi bajó la cabeza. No quería decirle a su señorita todo lo que le había contado Diego sobre su vida en la hacienda porque sentía vergüenza de los actos de su marido. Pero no tenía otra opción si deseaba que comprendiera su cambio de actitud.

Diego le había confesado a borbotones y arrodillado a sus pies que, recién llegado a la hacienda, se había unido a una joven mestiza para asegurarse la descendencia. Pero que, como tampoco esta le había dado hijos, la despreció para unirse a otra mujer aún más joven. Tras varios años de intensa entrega al coito, tampoco en ella logró prender la vida. Fue en ese momento cuando Diego empezó a sospechar que el problema no tenía que ver con las mujeres. La incapacidad, por fuerza, debía de estar en él. Probó todos los remedios de la enfermería, pero la medicina moderna no le hizo ningún efecto. Decidió entonces acudir a una vieja de nación que conocía las artes curanderas de sus antepasados africanos. Ma Petronia le dijo que para crear vida debía comer cebollas crudas, aderezar los alimentos con sangre menstrual y frotarse el miembro erecto con hojas de guao. La desesperación de Diego era tan grande que comió las cebollas, aderezó

los alimentos con sangre menstrual y se frotó el miembro con hojas de guao. Las quemaduras que le ocasionaron las hojas en la piel de su órgano viril fueron tan grandes que hubo de llevarlo vendado durante semanas. Diego le confesó a Basi que estaba seguro de que la vieja curandera se había burlado de él, y que le había hecho pagar la costumbre de ir tumbando pardas por el campo para ver si conseguía preñar a alguna. Le dijo también que, si no hubiera temido que se corriera la voz por la hacienda, le habría arrancado a la vieja la piel a latigazos. No obstante, todas esas penurias no fueron suficientes para hacerlo desistir y, lejos de rendirse, Diego decidió recurrir a los chinos, que eran infinitamente más sensatos y menos vengativos que los negros. Sin embargo, estos le dijeron que no tenían remedio para su incapacidad, pero que si quería podía llevarse a Xu Xin de aprendiz de mayoral. Le aseguraron que el niño nunca lo abandonaría, que se quedaría junto a él hasta su muerte y que después se comprometía a llevarle flores a su tumba durante cinco años. Fue en ese momento cuando Diego se rindió y asumió que no tendría descendencia. A partir de aquel día tomó el camino de la gozadera.

Ya solo pensó en gozar con las mujeres.

Pero hasta de eso se había cansado.

—Es de buen cristiano perdonar —le dijo Basi a Mar, levantándose para acabar de meter sus cosas en el saco—. Y me juró que se acabaron las mujeres para él, que ninguna de ellas le había demostrado nunca amor, que lo único que quería era una esposa que le diera cariño y la tranquilidad de un hogar. Y que eso solo podía dárselo yo, que para eso soy su legítima esposa.

—¿Y tú le creíste? ¿Después de todo lo que ha hecho?

Basi amordazó la abertura del saco y se volvió hacia ella.

—Me dio mucha pena, señorita. No puedo soportar ver a un hombre llorando. Y sé que me quiere. —Agachó la cabeza, como si le costara seguir hablando o supiera, en el fondo, que lo estaba haciendo mal—. Pero no quiero irme sin darles las gracias. Se portaron ustedes como ángeles conmigo durante todos estos años. Podría decirse que me salvaron la vida. El doctor tuvo mucha paciencia con mis achaques, y su madre, que Dios la acoja en su presencia, siempre tan pendiente de mí... Pero ella ya no está, y usted ha encontrado quien le sirva.

Mar tenía la sensación desde hacía días de que algo se había

descolocado en el mundo, las piezas no encajaban como debían hacerlo. El cielo, el aire que respiraba, la cadencia del tiempo, era como si todo se hubiese quebrado en algún punto del camino hasta llegar allí. Aquel sitio parecía estar compuesto por los restos maltratados de la civilización, por pedazos de mundos distintos, arrancados de su lugar de origen, sin ninguna esperanza de futuro.

Se sentía cansada, y no tuvo fuerzas para hacer recapacitar a Basi. Lo único que deseaba era asomarse al dormitorio de su padre y comprobar que se encontraba bien. Después de todo, tal vez el padre Miguel estaba en lo cierto y no debía inmiscuirse.

Hizo lo único que podía hacer en esos momentos: se acercó a ella para darle un abrazo.

—Está bien —dijo acongojada—. Está bien, Basi. Te deseo lo mejor.

La mujer la apretó con fuerza.

—Pero quiero que sepas —añadió Mar— que, si las cosas salen mal, siempre puedes volver con nosotros.

—Lo sé, señorita.

Minutos más tarde, Mar la acompañó hasta la puerta. Basi llevaba puesto su mejor traje y un bonito sombrero. Se había esmerado recogiéndose el cabello y olía a jazmín macerado en aceite de almendras. Doña Ana siempre le regalaba un frasco en primavera de la fragancia que ella misma elaboraba.

Por segunda vez, Mar tuvo que admitir que Diego no se equivocaba: ella aún lo quería.

¿Hasta cuándo debían seguir perdonando las mujeres las traiciones de los hombres?

Con un nudo en el estómago, Mar salió al porche para seguirla con la mirada. Mamita y la niña se asomaron detrás. La vieron avanzar con el saco en brazos hacia la casa de Diego Camblor. Tendría un bonito porche con dos columnas y un arco, ventanas con postigos y celosías azules, suelos hidráulicos, muebles preciosos y un puñado de criados. Tendría todo lo que hubiera podido soñar. Pero también tendría a Diego. Y eso era justamente lo que más preocupaba a Mar.

—Al *finá*, se tragó el asunto —dijo Mamita.

Durante los días siguientes, Mar se centró en su padre.

Cumpliendo su palabra, él le entregó el frasco de jarabe para que lo destruyera. Ella así lo hizo, y Justino pronto comenzó a sufrir los síntomas de la abstinencia; tuvo temblores, escalofríos y agotamiento nervioso. Vomitó en varias ocasiones. Pero ni una sola vez le preguntó a su hija por el jarabe. Ella lo atendía lo mejor que podía; le limpiaba el sudor, le sujetaba la frente ante las náuseas y trataba de aliviar los calambres estomacales con infusiones de caléndula. Su carácter también sufrió alteraciones, y a un periodo de calma le seguía otro de irritación.

En el dormitorio, deambulando de un lado a otro para apaciguar el desasosiego, arremetía contra ella.

—Nunca debí consentir que me ayudaras en la consulta. Te obsesionaste con los libros y con aprender, y te olvidaste de vivir, de hacer lo que hacen todas las mujeres. Tienes casi treinta años. Hace tiempo que deberías haber formado una familia.

—No era eso lo que quería.

—¡Pues deberías haberte esforzado en quererlo! Y nosotros también... Me arrepiento de haber fomentado en ti las ganas de conocimiento. Nos equivocamos al dejarte creer que podías ser como tus hermanos, o como esas mujeres que consiguen burlar las normas vistiéndose de hombres. Esto solo puede traerte sinsabores. Pero vi en ti tan altas capacidades..., todo se te daba bien, aprendías sin esfuerzo, por simple interés. —Justino se sentó en el borde de la cama. Se pasó las manos por la cara, como si la notara entumecida, y prosiguió—: Fue un error. Eres como una de esas mariposas de enormes alas, capaz de realizar las acrobacias más increíbles, pero que vive en una urna de cristal en la que jamás podrá demostrar todo lo que vale. Y es... es desolador.

Mar notó el peso de esas palabras aplastándole el ánimo. Sabía que era la abstinencia la que hablaba por él, le decía cosas que en un estado de equilibrio emocional jamás le diría, pero eso no significaba que no lo pensara de verdad.

—Es mi elección, padre —musitó—. No debe mortificarse por eso.

—No lo entiendes. Habrás renunciado a formar tu propia familia a cambio de nada.

—Estando con usted, mientras intento ayudar a la gente, me siento feliz, ¿qué más puedo pedir? Hay mariposas que no vuelan, y

no por eso su existencia carece de sentido.

—Debiste aceptar la proposición del maestro de azúcar. Lo rechazaste porque no querías separarte de nosotros y ahora estás aquí de todos modos. Te has convertido en una fracasada. ¿No lo entiendes? Perdiste la oportunidad.

—Yo no me siento una fracasada, padre. Y hace tiempo que asumí que lo que tenía que perder ya lo he perdido. Eso me ha dado la calma que necesitaba para dedicarme a lo que de verdad me importa. Si rechacé a ese hombre fue porque era un completo desconocido. Y nunca aceptaría casarme de esa forma.

—Para eso eran las cartas, hija, para que lo conocieras.

—¡No era suficiente!

Justino se llevó las manos a la cabeza en un gesto desesperado, como si no pudiera controlar los pensamientos que le brotaban y que le salían por la boca sin ninguna contención.

—Déjame solo, por favor —indicó—. Te estoy haciendo daño...

—Pero padre...

—Vete, hija. No estoy en mi sano juicio ahora mismo y no quiero pagarlo contigo.

Mar respiró hondo, tragándose las ganas de hacer algo más por él, de ayudarle de alguna forma, de paliar el sufrimiento que lo estaba destrozando. Pero sabía que las personas en su condición necesitaban sanarse solas, encontrar la fuerza en su interior, las ganas de seguir viviendo, el empuje que los rescatara de su individual abismo de tinieblas.

Esos días, mientras Justino luchaba contra sí mismo, Mar permanecía cerca. Algunas veces salía al porche al amanecer, cuando las campanas convocaban a hombres, mujeres y niños para ir a los campos de caña. Se sentaba en un sillón de mimbre, con una manta ligera sobre las piernas, hasta que veía llegar a Mamita con las primeras luces del día. Una mañana le pidió que se sentara con ella en el porche y que le hablara de Solita, de la que no sabía nada.

—*¿Pueo fumá?* —preguntó esta, y, sin esperar respuesta, sacó del bolsillo de su saya un puro ya medio fumado—. Así me recuerdo *mejó*.

La mujer le contó que la madre de Solita era una mandinga *mu* alta y *ebelta*, y también *mu batallosa*, que lo mismo se juntaba con

negros, con *brancos* que con *arsiáticos*, y que por eso Solita no sabía quién era su padre.

Arrellanándose en la mecedora, y soltando humo como un ferrocarril, Mamita comenzó a hacer una disertación sobre las razas africanas. Los congos eran pequeños y tochos, los carabalís de talla normal, y los mandingas eran unos gigantes soberbios. Y, como Solita además de pequeña era ancha de constitución, a todas luces su padre debía de ser un congo.

—Así lo pienso yo —aseveró—, porque no tiene los ojos chiquitos de los chinos y tampoco tiene *na* de pellejo *branco*. Y como es tan cortica de *etatura*. Los congos son brujos, niña, y se hacen dueños de la gente. Van corriendo *po* los barracones, brincando *fuette*, y le caen a uno *po detrá*, chillando como un cochino *desollao*, y al día siguiente el susodicho *hase quiquiribú* mandinga.

—¿Que hace qué?

—*Morise*, niña. A mí no me gusta *pensá* en eso, porque se me vira el *estógamo po* la *sircustansia* maléfica. Por eso yo *pefiero viví* fuera los barracones, ser doméstica, *usté* sabe.

—¿Y usted y Ariel a qué grupo pertenecen?

—Nosotros somos carabalí, niña. Dicen que también *somo batalloso*, y que *tol* coraje que les falta a los *lucumí* se encuentra *amontonao* en *nosotro*. Pero yo no lo creo. No, *¿veddá?*

—Entonces, Solita vive con su madre...

—*Na* de eso, niña. Resulta sea que Solita vive como su nombre *prorpio* indica: *mu* solita. La Cachucha, que así se llamaba la *mujé*, se fue *pa* los cafetales de Matanzas con un mulato, paluchero como él solo, y ya más nunca volvió. La niña no *pue acoddase* de su mamá *poqque* era *mu* chiquita cuando se *jue*.

—Y, entonces, ¿con quién vive?

—Vivió en el barracón de los criollitos hasta los siete años, apeñuscada entre los niños. Yo era Mamá criollera en los tiempos de la esclavitud, *usté* sabe, así es que me llaman Mamita. *Dipué* de esa edad, la niña vivió en todas partes y en *niguna*. Por eso empezó a ir a la iglesia y a *resá* a *Dio*, *pa convettise* en doméstica ventajosa. Yo creo que salió ganando de aquel tropel. A Cachucha le gustaba *apropiase* de lo ajeno en contra de la *voluntá* de su dueño. Era más mala que *Júas*, y *mu sanaca*. Solita está *mejó* sin ella.

En otra ocasión, Mar le pidió a Ariel que la llevara a los

barracones con la intención de ver cómo se desarrollaba una jornada de trabajo. El hombre había torcido el gesto, pero pocos minutos después llegó con una volanta. Mar se subió al carruaje y salieron hacia el otro lado del batey para detenerse a escasos metros del patio de los barracones. Eran las seis y media de la mañana, estaba amaneciendo y a esa hora los jefes de cuadrilla hacían formar a los trabajadores en el patio. Uno de ellos, con la supervisión del mayoral, que era el miserable de Diego, distribuía el trabajo que tocaba ese día. Asignó entre los braceros los cuadrantes que aún no habían sido recolectados —y que tenían nombres de santos—, y se pusieron en marcha. Los más afortunados pudieron montarse en los vagones de la locomotora, que no eran más que jaulas de madera, y otros iban subidos a los carromatos de los bueyes, aunque la mayoría se fue a pie, separados por grupos de procedencia, según explicó Ariel: los carabalíes, por un lado; los congos, por otro; los mandingas, todos juntos. En los tiempos de la esclavitud, le dijo, no se les permitía agruparse por etnias.

—*Pa evitá* el cabildeo y la *concencia sublevá*, niña.

Mar reparó en que algunas mujeres transportaban a sus bebés a la espalda, embutidos en telas anudadas sobre los pechos. Imaginó a los niños bajo el insoportable calor del mediodía, sin nada para protegerles la cabeza. Pensó que sus madres tendrían que amamantarlos con frecuencia para mantenerlos hidratados y no estaba segura de que se les permitiera hacerlo. No era extraño que las tasas de mortalidad infantil en las haciendas fueran tan elevadas.

—¿Por qué no dejan a los niños en la casa de criollos? Frisia dijo que los menores de siete años podían quedarse ahí mientras sus madres trabajaban.

Ariel elevó un tanto las cejas.

—Demasiados niños *pa* poquiticas amas.

Las hojas de los machetes brillaron en las manos bajo la luz dorada del amanecer. El cielo desplegaba por el este jirones de rojos y naranjas, y los penachos de las palmeras eran lenguas de fuego recortadas en el horizonte más cercano. Los niños iban corriendo y jugando mientras mascaban trozos de caña. Algunos guiaban a los bueyes, los azuzaban con varas o palmadas en los cuartos traseros.

—Dígame, Ariel, ¿cuántas horas trabajan en el campo?

El hombre, separado del carruaje por unas varas unidas a los

arneses del caballo, se volvió para mirarla.

—Desde las campanas de la mañana hasta las de la tarde, niña. Con un tiempito *pa almorzá*.

—Pero las campanas de la mañana suenan a las cuatro y media. ¿Por qué tan pronto?

—*Pa traé* la leña a la casa de calderas y la maloja de los animales. Cuando el sol asoma, es que ellos van *pa* los campos. —Hizo una pausa para asegurarse de que lo había entendido, porque a veces Ariel tenía la sensación de que a la *niña* le costaba comprender su forma de hablar—. Pero el domingo hay descanso.

—¿Sabes cuál es su salario?

Las explicaciones de Ariel fueron limitadas al respecto, como si le diera miedo ofrecerle demasiados detalles. Mar tuvo que enredarlo con preguntas menos directas para obtener la información que deseaba. Así supo que el ingenio fabricaba sus propias monedas, o *fichas*, como las llamó él. Había fichas por valor de un jornal, de medio jornal, de días e incluso de horas. También disponían de fichas por valor de un peso, de cinco, de diez y de veinte. Pero todas esas fichas solo tenían valor dentro del ingenio. Con ellas podían hacer transacciones, comprar, vender o ir a la taberna o al colmado, pero fuera de la hacienda su valor se reducía al mero precio de una chapa de aluminio.

Los trabajadores estaban condenados a quedarse en la hacienda, trabajando dentro de un sistema cerrado que se retroalimentaba a sí mismo, pero que les cercenaba la posibilidad de reunir el dinero suficiente para comprar un pedazo de tierra lejos de allí. De esa forma, nunca podrían tener una vida plenamente libre.

Al volver se encontraron con Víctor, que iba a lomos de su yegua en dirección a la casa de calderas. Ariel detuvo el carruaje cuando vio al maestro acercarse a ellos.

—Buenos días —les dijo alzándose el sombrero—. Madruga usted mucho, señorita Mar.

—El aire huele a selva a estas horas, y me gusta madrugar.

—¿Viene de los barracones?

—Así es.

Víctor la miró un instante en silencio, sujetando las riendas de Maggie, tratando de descifrar la preocupación que arrugaba su frente.

—No puede solucionar todos los problemas de la hacienda. Lo

sabe, ¿verdad?

—Por el momento, me conformo con echar un vistazo a lo que hay debajo de esa venda.

Víctor bajó la mirada hacia su mano izquierda.

—Ya le dije que no es nada.

—Las quemaduras pueden ser traicioneras.

El maestro se mostró desconcertado.

—¿Cómo sabe que...?

—Yo también estaba allí.

El ceño fruncido de Víctor evidenció su sorpresa.

—Pues tendrá que ser en otro momento —dijo finalmente—. Ahora me esperan en la casa de purga.

Mar asintió y después lo observó mientras se marchaba al trote.

Cuando llegó a casa encontró a su padre sentado a la mesa, vestido pulcramente y aseado. Mamita estaba poniendo sobre el mantel jugo de mango, pan, confitura y frutas con las que aún no se habían familiarizado. Mientras les servía café, Mar tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas. Era el primer día que desayunaban juntos desde que habían llegado. Su padre había necesitado pasar cinco días sumido en un infierno de dolor físico y mental hasta hacer de su herida algo soportable, compatible con la vida.

Era un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 25

El sábado por la noche a Paulina le costaba tragarse el ajiaco criollo de la cena, un guiso caldoso con carne de res, viandas locales y trozos enteros de mazorca. Enredaba con la cuchara en el plato sin llevárselo a la boca. Aún no se había acostumbrado al sabor especiado de los platos cubanos, aunque no era eso lo que le impedía disfrutar de la comida. Era Frisia y su mirada incisiva sobre ella.

Rosalía, por el contrario, comía con un apetito inusual en una joven que iba a contraer matrimonio al día siguiente, y durante toda la cena no dejó de parlotear sobre las virtudes de su futuro esposo y sobre lo maravilloso que era su traje nupcial, encargado directamente a un *couturier* de Barcelona. Explicó que era de raso de seda negra, con el cuerpo separado de la falda y bordados en los puños y en la pechera. Los detalles luminosos los aportaban el velo de tul blanco y las flores de azahar.

Mientras removía la sopa, Paulina la escuchaba con cierto pesar en el ánimo, porque ella no tenía un traje de novia con el que casarse. Ese detalle, unido a la ilusión que transmitía Rosalía, le asestaba punzadas en el corazón. Ojalá fuera igual de sencillo para ella. Era inevitable que sintiera cierto resquemor, porque, mientras a Rosalía todo parecía estar saliéndole bien, a ella las conspiraciones de Frisia la mantenían en un constante sobresalto.

En las dos tertulias que había organizado Frisia esa semana, había podido pasear a solas con Víctor, y en ambas ocasiones había tenido que hacer un esfuerzo para olvidarse de las sospechas de su anfitriona. Ella solo quería conocerlo mejor. Por eso lo dejaba hablar y se limitaba a ser una compañía silenciosa y atenta, que escuchaba su discurso sin obstaculizarlo con frecuentes interrupciones y sin entrar en conflicto con sus criterios. Así le había inculcado la tía Xona que debía ser una buena esposa. Él la invitaba a sujetarse de su brazo y ella se esforzaba en mirarlo a los ojos para demostrar interés en sus palabras. Y, con todo ello, notaba que Víctor se quedaba callado a

menudo y que hacía largas pausas, como si no encontrase ningún aliciente en su conversación. Cuando él le pedía que le hablara de su vida en Colombres, ella evadía el tema para no verse obligada a confesar lo monótona y aburrida que había sido su existencia y para no caer en la tentación de mencionar de nuevo a Santi. Entonces veía la decepción en los ojos del maestro y se daba cuenta de que se aburría con ella. La tía Xona le había dicho que la mayoría de los hombres preferían hablar de ellos mismos antes que escuchar a sus mujeres. Sin embargo, a Víctor parecía frustrarle su pasividad.

Cada minuto que pasaba a su lado, Paulina trataba de convencerse de que era un buen hombre. Analizaba al detalle sus ademanes, reparaba en el sonido de su voz, trataba de sonreír cuando él la miraba y, en cuanto a esto, tuvo que admitir que Víctor nunca mantenía los ojos fijos en ella. Caminaba y hablaba mirando, indistintamente, al suelo, al cielo o al horizonte.

Conjuró la imagen mental de la tarde en que lo había descubierto contemplando a Mar con una ternura desconcertante, y se sorprendió al advertir cuánto le molestaba que lo hubiera hecho.

Lanzando un suspiro silencioso al aire, Paulina desvió la mirada de su plato para centrarla en don Pedro. Sentado en una cabecera, con la servilleta blanca colgada del cuello de la camisa, estaba custodiado por su doméstico, un muchacho al que Frisia llamaba Waldo y que nunca se apartaba de su lado. Don Pedro cogía un poco del guiso con la cuchara, la alzaba hasta la boca y después la giraba para que su contenido regresara al plato en forma de cascada. Waldo le lanzaba intermitentes miradas a Frisia, atento a sus órdenes. Por eso a ella le bastó un fugaz movimiento de la mano para que el chico le retirase la servilleta al patrón y lo ayudase a ponerse en pie. Mientras se marchaban del comedor, Pedrito cogió un trozo de miga de pan, lo estrujó en la mano y se lo lanzó a su padre a la espalda.

Rosalía le rio la gracia.

Por la forma en que la observaba esa noche, Paulina estaba segura de que Frisia acudiría de nuevo a su dormitorio para recriminarle una vez más su falta de implicación. Por eso, cuando se fue a dormir, se puso el camisón y el gorro en la cabeza y paseó inquieta de un lado a otro del dormitorio. ¿Qué podía contarle? Estaba casi segura de que Víctor era sincero con ella y de que no había en marcha ningún plan conspirativo por su parte.

El reloj marcó la medianoche y Frisia no apareció. Aliviada, Paulina apagó la lámpara de gas y se acostó. No llevaba dormida mucho tiempo cuando un ruido la arrancó del sueño dócil en el que se encontraba. Notó entonces una presencia envuelta en una luz dorada que alumbraba toda la estancia. Frisia estaba frente a su cama, sosteniendo una lámpara de gas que otorgaba a su rostro la apariencia de un ánima siniestra. Llevaba puesta una bata de seda blanca, y el pelo suelto y despeinado le caía sobre los hombros, grisáceo y tétrico. Todas las maldades del mundo parecían amontonarse en ella.

Un latido del corazón se le subió a Paulina a la garganta.

—Creo que no sabes lo que te estás jugando —dijo Frisia—. Eres más débil de lo que creía. No hay en tu sangre ni una pizca de valor. Pareces un animal asustado y cobarde, incapaz de hacer un esfuerzo para salvar a los tuyos. Si tu primo muere en una guerra, será por tu culpa.

No añadió nada más. Se dio la vuelta y se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado, dejando a Paulina descompuesta y desvelada, sintiéndose un conejo asustado que no se atrevía a moverse en ninguna dirección por miedo a caer en una trampa.

De nuevo en la oscuridad del dormitorio, la joven pensó que no podía seguir viviendo con el miedo convertido en una realidad cotidiana. Temía decir algo inconveniente, provocar el enfado de Frisia y el rechazo de Víctor. Aquella casa había comenzado a oprimirla; la rigidez de los criados, la soberbia de Frisia, que se imponía sin hablar, con un golpe de abanico o una mirada cruzada. Todo giraba en torno a ella y al gigante que tenía por criado.

«Nunca seas la más débil», le había dicho Santi en una ocasión.

Paulina cerró los ojos al evocar el recuerdo de su voz. Su vida se había convertido en una cascada de alteraciones. Se estaba dejando degradar y humillar por miedo a defraudar a los demás y eso la hacía sentirse aún más vulnerable. La posibilidad de que Santi pudiera verla desde el otro lado de la vida, asustada y cobarde, terminó de avergonzarla, y saltó de la cama impulsada por un sentimiento de enojo desbocado. Llegó hasta la puerta y se detuvo un instante con la manija en la mano. Tras ese primer gesto de duda ya no se detendría, aunque ella aún lo ignoraba, como ignoraba que nada infunde más coraje que el propio miedo. No fue Santi ni la posibilidad de defraudar a los demás lo que la llevó a actuar así aquella noche.

Fue el miedo.

Apretó los labios y abrió la puerta.

Los haces de luz nocturna se proyectaban en la pared del pasillo a través de las ventanas. No halló ni rastro de Frisia, de modo que salió del dormitorio y caminó hasta el fondo con el hombro izquierdo pegado a la pared, descalza y vestida con el camisón y el gorro de dormir. No sabía qué buscaba, no sabía adónde iba, pero intuía que Frisia no debía de andar lejos.

No se equivocó, pues, cuando llegó al final del pasillo, vio el resplandor de su lámpara dibujando sombras en las paredes, avanzando en medio de la oscuridad y el silencio.

Con el corazón galopando en el pecho, la siguió por las salas interiores de la vivienda, con la sensación de perseguir la estela de un muerto, hasta que la vio salir al jardín trasero de la casa, en cuyo centro se alzaba una palmera. Era un hermoso jardín encuadrado por corredores adornados con arcos y columnas. Mientras Frisia lo atravesaba, ella permaneció inmóvil, espiándola desde una esquina. La luna, que casi estaba llena, alumbraba desde el cielo como un sol blanco. Si Frisia se giraba, la descubriría, de modo que se internó en el jardín para ocultarse tras un arbusto. Desde allí vio a Frisia detenerse en un extremo del corredor, frente a una puerta recóndita. El fulgor de la lámpara iluminó una maceta enorme que reposaba sobre un pedestal. Frisia hurgó en el interior de la maceta y, momentos después, extrajo una llave, la sacudió en el aire para librarla de la tierra adherida y la introdujo a continuación en la cerradura.

La puerta se abrió, mostrando al otro lado una profunda oquedad negra.

Un aroma dulce envolvió a la joven. A la luz de la luna, las grandes flores perfumaban el relente nocturno. Paulina las apartó con las manos, deseando que no le cayera encima ningún insecto extraño. Entre fascinada y despavorida por su audacia siguió observando.

Antes de ser engullida por la oscuridad, Frisia volvió a dejar la llave en su sitio. Después desapareció tras la puerta. Sin pensar en los peligros de su arrojo, Paulina salió de su refugio y llegó justo antes de que se cerrase la puerta. Metió los dedos para evitarlo...

Y cruzó también las sombras.

Si hubiera llevado una vela, habría visto a los guardianes del infierno petrificados en sus ménsulas a la entrada del túnel, pero

Paulina apenas era capaz de distinguir el suelo bajo sus pies. Varias cabezas de perro insertadas en un cuerpo de dragón. Así espantaba Frisia la curiosidad de sus domésticos. Aquel era territorio maldito, el lugar que no se nombraba, la oscuridad que no se debía ver. Toda suerte de supersticiones rondaba aquella vieja puerta claveteada. Porque, al amparo de la noche, hasta el demonio podía vestirse de fraile y predicar.

La temperatura caía a medida que Paulina descendía por una escalera. La piel se le erizó al contacto con el frío suelo. Al llegar abajo avanzó en línea recta por un túnel que se alargaba muchas varas por delante de ella. Intuyó a su alrededor un arrastrar ladino, como si todas las criaturas que hubiese cerca hubieran salido huyendo. Apretó los labios para no gritar, incluso cuando algún animal le pasó por encima de los pies, y apuró el paso hacia el resplandor que nacía de la vela de Frisia al fondo.

El túnel giró a la derecha. Luego a la izquierda. Y, al fin, el haz de luz que perseguía se detuvo tras un recodo.

Notando resquemor en los pies y aspirando el típico hedor de animales muertos, Paulina recorrió las últimas varas que la separaban de Frisia con la espalda pegada a la pared. Allí esperó, muy quieta.

Oyó unas voces hablando en susurros. Frisia no estaba sola. Cuando al fin se atrevió a asomarse, atisbó a ver una sala cuadrada de paredes empedradas en las que se alzaban sombras tétricas. Paulina tenía la boca seca y se sentía mareada por la atmósfera maloliente, pero logró ver a Frisia encendiendo velas en una especie de altar erigido contra la pared derecha. La claridad aumentó, temblorosa y amarilla, y Paulina pudo ver todo lo que estaba ocurriendo.

De algún lugar oscuro surgió Orígenes. El gigante africano solo llevaba puesto un calzón anudado a la cintura y un collar alrededor del cuello. Su poderoso cuerpo brillaba a la luz de las velas como una figura de ónix. Paulina lo vio sentarse en el suelo, con un pequeño tambor entre las piernas. Entonces comenzó a golpearlo. El sonido resultó sordo y seco. De su boca comenzaron a brotar palabras africanas repetidas en una letanía macabra.

Orígenes continuó con su ritual de plegarias y golpes de tambor. El cuerpo de Frisia se unió al ceremonial, estirando los brazos hacia el techo de la gruta, rotando la cabeza con suaves movimientos de cuello y doblándose en dos hasta dar con sus manos en el suelo. Los

miembros de la patrona se estiraban y encogían, se estiraban y encogían, como las patas de una araña al presentir los estertores de la muerte.

Orígenes aumentó el ritmo. Los movimientos de Frisia se volvieron más violentos. Con las manos se sacó el camisón por la cabeza y se quedó desnuda, bailando frente a su doméstico, mostrándole su sexo. Paulina abrió mucho los ojos. Aquello no era normal. Y no debía presenciarlo. No quería presenciarlo. Se dio cuenta de que, si Frisia la descubría espiando, de nada le servirían sus disculpas, y la preocupación por las consecuencias convirtió su miedo en llano terror.

Frisia se movió con más ímpetu cuando Paulina ya no lo creía posible. Orígenes apretaba la mandíbula al hablar y sus palabras se quebraban en la dureza de sus dientes. Algo que no era de este mundo había engullido la racionalidad de la patrona para gobernar cada uno de sus movimientos.

Unos minutos después, Orígenes dejó su tambor para ponerse en pie sin interrumpir su conjuro. Altivo y recio como un dios de azabache, se acercó a un lugar entre las sombras para manifestarse de nuevo sujetando del brazo a una muchacha de aspecto desvalido. Era joven, de piel oscura y no parecía encontrarse bien. Vestida con unas enaguas sucias, las rodillas se le doblaban, apenas capaces de sostener el peso de su propio cuerpo. Tenía el pelo corto y rizado, como la mayoría de las mujeres de raza negra, y los ojos desorbitados miraban indecisos en todas direcciones. Los movimientos torpes y tambaleantes de sus brazos y piernas le recordaron a Paulina a los tipos ebrios en las romerías del pueblo.

Definitivamente, se dijo que no debía estar allí.

Se encontraba en serio peligro, y maldijo para sus adentros por haberse creído tan valiente. Maldijo también a Santi, aunque después se arrepintió y le pidió perdón. También le pidió que la ayudara a salir ilesa de aquel lance.

Orígenes soltó a la joven para volver a sentarse con su tambor entre las piernas. Frisia se movió con más ímpetu, rechinando los dientes, gruñendo horriblemente. Paulina tuvo que taparse los oídos y apretar los labios con fuerza para no gritar.

La joven, que estaba entre los dos, lanzaba manotadas al aire, como si se defendiera de enemigos invisibles que la atacaban desde

todos los flancos. Cegado su juicio, se mantenía inmersa en una visión que solo la perseguía a ella, cada vez con más fuerza, cada vez con más rabia, el miedo arrancándole gemidos de espanto.

¿Qué estaría viendo? ¿Qué vería su mente para comportarse de ese modo?

Incapaz de apartar la mirada, Paulina vio a Frisia acercarse al altar para tomar un objeto que despidió reflejos ambarinos a la luz de las candelas. Era un cuchillo. La patrona lo empuñaba con firmeza, amenazante, como si tuviera la intención de utilizarlo contra alguien.

Frisia se acercó a la joven.

Echó el brazo hacia atrás...

Los ojos de Paulina se abrieron en su máxima dimensión. Luego inspiró bruscamente, queriendo gritar de terror.

Su estallido de miedo quedó ahogado entre los dedos de una mano, duros como varas de castaño, que le taparon la boca. Sintió la devastación del horror concentrándose en su pecho, como ocurría cuando de niña oía los aullidos de los lobos brotando en las profundidades de Valle Oscuro. Un aliento en su oreja, cálido y emitido entre resuellos, le dio a conocer que, quienquiera que fuese su captor, también jadeaba.

Paulina logró girar un poco el cuello y distinguió en la oscuridad un rostro negro fundido con el abismo lóbrego de aquel sótano. Trató de luchar, pataleó, se revolvió sobre sí misma, pero el brazo que la sujetaba por detrás le arrancó los pies del suelo y la alzó sin dificultad para arrastrarla hacia la oscuridad del túnel.

—Dios mío —rogó, notando que el gorro de dormir se desprendía de su cabeza—. Si voy a morir, que no sienta dolor.

Después de ese último pensamiento, su jadeo se convirtió en una exhalación que acabó hundiéndola en la inconsciencia.

CAPÍTULO 26

Los párpados le pesaban.

Al abrir los ojos, Paulina distinguió sobre su cabeza los penachos oscuros de dos palmeras recortados contra el cielo. La brisa nocturna los mecía como plumeros enormes manejados por los brazos de Dios. Las estrellas titilaban en diminutos estallidos de luz. Alzó una mano, ansiando rozar los luceros con las yemas de sus dedos, convencida de que estaba muerta, pero unos ojos negros se interpusieron entre ella y la bóveda celestial.

Paulina clavó los dedos en la tierra mientras daba un salto. Abrió la boca para gritar, aunque de nuevo una mano se lo impidió. Al mirar a su lado vio a Víctor. Él era quien le tapaba la boca. Paulina solo pudo abrir los ojos para mostrar su asombro. Y su miedo. No estaba muerta.

—Shhh.

Víctor había levantado la mano vendada y había estirado un dedo para llevárselo a los labios. Después, aflojó la otra mano sobre la boca de la joven.

Paulina observó de hito en hito a los dos hombres, sin saber qué hacer o qué pensar. Tardó un rato en reconocer a Mansa Mandinga. Nerviosa, miró alrededor. Estaban engullidos por una vegetación espesa. Las luces de gas que iluminaban el batey permanecían encendidas a muchas varas de distancia, lo que indicaba que se encontraban fuera de los límites de la hacienda.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó angustiada, sin fiarse de ninguno de los dos.

—Baja la voz —le aconsejó Víctor—. Has tenido mucha suerte. Si Frisia te hubiera descubierto, no quiero imaginar lo que habría hecho contigo. ¿En qué estabas pensando?

Paulina casi se echó a llorar.

—¿Por qué estamos tan lejos de la casa grande? —preguntó, conteniendo el llanto.

Mansa murmuró algo indescifrable que, por la forma de mirarla, como si fuera una mujer atolondrada, no necesitó traducción.

—El sótano tiene un túnel bajo tierra que se alarga hasta el cementerio. Se construyó para contar con una vía de escape en caso de insurrección. Lo descubrimos por casualidad hace tiempo. Está oculto entre la espesura y cerrado por una verja.

—Entonces, ¿cómo han entrado ustedes?

—Ella no debe *sabé* —le dijo Mansa a Víctor de mal talante.

Víctor le puso una mano en el hombro a su amigo y le dijo que se fuera a vigilar las inmediaciones, que él se ocupaba de todo. Paulina contempló al curandero alzarse sobre ella para ponerse en pie. Ese hombre le daba tanto miedo como Orígenes, para ella no había ninguna diferencia entre los dos y no se sentía cómoda en su presencia.

—¿*Ettá* seguro que no dirá *na*, maestro? No quiero *acabá colgao* de una ceiba.

—No diré nada, lo juro —se apresuró a susurrar Paulina.

En aquellos momentos lo habría jurado por Dios y por el diablo.

—No te inquietes por eso —dijo Víctor—. Déjamelo a mí.

Paulina reparó en las dudas del mandinga, que todavía parecía renuente a marcharse. Tenía los labios tan apretados que, incluso en la oscuridad, pudo apreciar que permanecían engullidos dentro de la boca. Mansa bufó en la noche, puso los brazos en jarra y taladró a Paulina con la mirada, como si odiara haberla encontrado allí. Pero finalmente se marchó en silencio, sin apenas hacer ruido. Hasta ese momento, Paulina no había reparado en que su ropa, igual que la de Víctor, era negra.

—Por el amor de Dios —comenzó Paulina cuando se quedaron a solas—. ¿Va a explicarme lo que pasa? He visto a Frisia... La he visto... El cuchillo... Dios... ¿Ha matado a esa joven?

—Está viva, por el momento.

—Gracias al cielo.

Paulina aún resollaba. Se llevó las manos al pelo porque recordó que había perdido el gorro de dormir. Se alteró tanto ante la posibilidad de que Frisia lo encontrara que comenzó a jadear de nuevo.

Víctor se lo tendió.

—Ten. Y ahora cálmate o volverás a desmayarte.

Paulina se colocó el gorro en la cabeza. Con él puesto, a Víctor le pareció una niña.

—¿Qué hacían allí los dos? —preguntó ella mientras se metía el pelo alborotado dentro del gorro.

—Imagino que lo mismo que tú.

—Yo solo quería saber adónde iba Frisia. Estoy harta de que intente asustarme. Se mete en mi dormitorio, con una lámpara alumbrándole la cara, y me amenaza. —Paulina cruzó los brazos a la altura del pecho porque se sintió desnuda en camisón y porque la temperatura era fresca—. Me presiona para que averigüe a toda costa lo que trama usted, me llama cobarde y otras cosas horribles, pero veo que no anda muy equivocada.

—No, no anda equivocada. —Víctor le quitó unas hierbas que se le habían pegado al gorro—. Frisia es infame, pero también astuta, y no hay nada peor que un infame demasiado listo.

Paulina se sacudió el gorro sobre la cabeza con las dos manos para limpiarlo.

—¿Qué le estaba haciendo a esa muchacha?

—La usa para sus rituales de protección. Me temo que la patrona se ha entregado a los rituales congos de su criado. Por eso es de vital importancia que Frisia no se entere de que la estamos vigilando. Esa mujer es capaz de cualquier cosa. ¿Qué te prometió a cambio de conseguir información sobre mí?

La joven suspiró, y decidió ser franca.

—Dijo que enviaría dinero a mi familia.

—Muy propio de ella. Piensa que con dinero puede comprarlo todo, pero, créeme, no lo hará, no les enviará nada.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? Notará que me pasa algo. Víctor, necesito salir de esa casa cuanto antes.

El canto de los grillos llenó el silencio que se había creado entre los dos. En la oscuridad, ella oyó el sonido de la respiración del maestro volviéndose más pesada.

—Ya sabes cuál es la forma...

Paulina se quedó callada. El corazón batía la sangre en sus oídos y su mente era un hervidero de confusión.

—¿Me jura que es un hombre honrado? —preguntó al fin.

—¿Vas a tratarme de usted toda la vida?

Ella aguardó un instante en silencio. Tutearlo la acercaba más a

él, instauraba la complicidad necesaria que tanto le costaba ofrecerle. Por eso la voz le salió torpe, en un murmullo.

—¿Me juras que eres un hombre honrado?

—Todo lo honrado que puedo ser en un lugar como este. —Paulina lo observó mientras se rascaba la nuca—. Pero has de saber que siempre te trataré con respeto y que jamás me alzaré contra ti. No sé lo que me deparará el futuro, pero mientras estés conmigo nunca te faltará un plato de comida y ropa digna que ponerte.

A Paulina se le formó un nudo en la garganta. Aquellas palabras parecían tan sinceras que sintió remordimientos por haber desconfiado de él. Si bien era cierto que no había surgido en ella el amor súbito que esperaba, Víctor aparentaba ser un hombre razonable que cumpliría la promesa que acababa de hacerle. Tal vez su corazón no se había estremecido de amor por él, pero la seguridad aplastante que transmitían sus palabras fue suficiente para que tomara una decisión.

—Creo que deberíamos casarnos cuanto antes.

Víctor respiró hondo y Paulina atisbó a ver en la cercanía de sus ojos algo parecido a la decepción, como si tuviera dudas, como si vacilara.

—¿Estás preparada?

Ella lo meditó un instante y, al final, asintió:

—Desde que entré en esa casa solo he tenido disgustos. Frisia me atosiga, y me da miedo negarme a sus deseos. Ella ha pagado todos mis gastos desde que salí de Colombres y por eso yo...

—Eso no es cierto —replicó Víctor visiblemente molesto—. Yo he sufragado todos tus gastos.

—¿Tú?

—Frisia dejó claro desde el principio que eras una joven sin recursos y descontó de mi salario lo que estimó oportuno para cubrir todos los gastos. Si te ha hecho creer lo contrario, me temo que te ha engañado.

Paulina se desmoronó. Se llevó las manos a la cara y sollozó.

—Lo siento mucho. Siento haber intentado sonsacarte información.

Él le puso una mano en la espalda y le dio palmaditas.

—No te preocupes. No esperaba menos de Frisia. Es una mujer manipuladora. —Meditó unos segundos, y añadió—: Mañana es la boda de Guillermo y esa joven amiga tuya.

—Rosalía no es amiga mía. Es soberbia y déspota.

—Lo que intento decir es que, si te parece bien, le diré a Frisia que celebraremos nuestro enlace durante la misa del próximo domingo.

—Me parece bien. —De la satisfacción por haber resuelto de una vez ese tema, Paulina pasó de nuevo al desasosiego—. Dios mío, no sé cómo voy a aguantar otra semana en casa de esa mujer.

—Tendrás que disimular. Y tendrás que hacerlo bien.

Ella se lo quedó mirando. Acomodado en el suelo, con una pierna doblada y el brazo apoyado en la rodilla, lo encontró cautivador. Quiso sentir emoción, por Dios que quiso sentirla, pero su pecho no reaccionó de ninguna forma.

Necesitaba más tiempo.

—¿Es seguro que estemos aquí?

—Es el sitio más seguro de la hacienda. Ahí detrás está el cementerio. —Paulina se santiguó—. Frisia y ese brujo de Orígenes se encargaron de extender el rumor que mantiene lejos a todos, al menos tras la puesta de sol. Incluso cuando hay un entierro, los hombres lanzan la caja a la fosa y se marchan cuanto antes.

—¿Orígenes es un brujo?

—Mansa así lo cree. Y yo me creo lo que dice Mansa.

—¿Y qué dice ese rumor?

Víctor se arrimó un poco más a ella para no tener que levantar la voz por encima del cantar de los grillos.

—Dicen que al caer la noche dos brujas mudan la piel y vuelan por los aires convertidas en murciélagos. Entonces van en busca de muchachas vírgenes para chuparles la sangre. Las traen aquí, cerca del cementerio, y cuando se sienten saciadas las dejan abandonadas en los campos.

—¿Y es cierto?

—Lo es para los que se lo creen. Y la gente siempre está dispuesta a creerse lo peor. Por eso nadie se adentra en este lugar, ni blancos ni negros, si no es para enterrar a un difunto en compañía del padre Miguel, con su cruz y su agua bendita.

Paulina bostezó, como una niña incapaz de reprimir el sueño. Él la miró con ternura, la misma que sentiría por una hermana pequeña.

—Es mejor que te lleve a la casa grande. Puedes entrar por la ventana del cuarto de Remedios. Está en la parte posterior de la

vivienda.

—¿Remedios la cocinera?

Víctor encogió los hombros.

—Frisia se sirve de sus espías, y nosotros nos servimos de los nuestros. Hace tiempo que Remedios oye cosas extrañas en la casa, y sospecha que algo anda mal con don Pedro. Ella cree que no está loco, que hay algo que le están haciendo.

—En Colombres siempre se dijo que Frisia había tenido que ver con la muerte de su hermana. Contaban que había perdido la razón. Se llamaba Ada, y fue la primera esposa de don Pedro. ¿Lo sabías?

El gesto de estupefacción de Víctor, incluso en la penumbra, le indicó que lo ignoraba.

—¿Qué más sabes de eso?

—Yo no lo recuerdo, porque era muy pequeña cuando se fueron de la villa, pero todavía se habla de ello. Algunos creen que son viejos chismes, pero después de ver a don Pedro en ese estado... Es todo muy raro, ¿no crees? Y esa chica... Parecía haber perdido la cabeza. Yo no sé mucho de esas cosas, pero es extraño que donde esté Frisia siempre haya un loco cerca.

—Tal vez Orígenes le esté proporcionando algún brebaje. No creo que quiera matar a don Pedro, solo mantenerlo al margen del gobierno de la hacienda. Ella posee el control. Él jamás le permitiría hacer las cosas que hace.

Paulina iba a decir algo cuando Víctor volvió a cubrirle la boca con la mano. Con la otra la empujó hacia atrás para que se tumbara en el suelo. A través de la fina tela del camisón, ella percibió el frío en la espalda y el calor en el pecho que le transmitió el cuerpo de Víctor. Cerró los ojos y rezó para que nadie los descubriese allí.

Durante esos segundos de tensión, el maestro asomó la cabeza entre los arbustos. El ruido procedía de unas pisadas cercanas. Incluso Paulina pudo oírlas. Cuando desapareció del todo, Víctor la liberó.

—¿Quién...?

—Orígenes. Lleva a la joven en brazos.

—Dios mío, ¿qué hará con ella?

—La dejará abandonada en los campos de caña. Y cuando su gente la encuentre creerán que han sido...

—Las brujas.

—Así es. Pero Mansa anda cerca. Él la buscará y la llevará a la

enfermería para curarla.

CAPÍTULO 27

En el centro del altar había un lecho con indicios de que se había llevado a cabo un sortilegio: calaveras de gato, tierra sagrada, velas, dientes, palos, plumas y huesos. Una vasija de barro albergaba bolas de tierra con cabellos humanos, borras de algodón, trapos, pedazos de vidrios de colores y cáscaras de huevo vaciadas y vueltas a llenar con una sustancia viscosa. Frisia permanecía tumbada en el lecho. Colocados sobre sus hombros había sendos muñecos informes de madera. La sangre de la muchacha impregnaba fragmentos de su piel, extendida con trazos fieros y rectos, y se mezclaba con su propia sangre. Ese ritual de unión haría que los orishas la protegieran de los que querían hacerle daño.

Mantenía los ojos abiertos. El cuerpo tumbado formaba una cruz. Su alma se desprendía de la carne y vagaba por el mundo invisible de los muertos.

Orígenes la había golpeado con palos, le había hecho cortes superficiales en la lengua, en la planta de los pies, en los hombros y en la espalda. Le había dado a beber la pócima amarga y viscosa que le abrasaba las entrañas y le secuestraba la conciencia. Pero había valido la pena, porque era capaz de ver cosas que otrora permanecían ocultas.

No era nuevo para ella.

El espíritu de un muerto la acompañaba. Podía sentir su presencia alrededor, sigiloso y desconfiado, se acercaba y se alejaba en un baile espeluznante. Dentro del pecho, su corazón latía desbocado, golpeándole las costillas. Había hecho todo cuanto le había requerido Orígenes y ahora los espíritus debían ayudarla.

Notó la fuerza de la Mayumba penetrando en su ser en comunión con los orishas. En la penumbra del túnel, entregada al ritual de protección, luchaba contra la parte de su mente que despreciaba todo cuanto representaban los rituales africanos. En sus más íntimas convicciones, consideraba a Orígenes un ser primitivo y bárbaro que

influía con sus fórmulas mágicas en los sentidos de los ignorantes. Se despreciaba a sí misma por someterse a ellas, pero, al mismo tiempo, no podía evitar dejarse seducir por la naturaleza primitiva y perversa de sus maleficios.

Una década atrás, el Estado, en su afán por surtir de mano de obra a los ingenios, les había proporcionado un puñado de presos para que desempeñaran los trabajos más duros. Con ese propósito los habían puesto a desmontar las caballerías de terreno que utilizaban luego como combustible en cada zafra. Orígenes sobresalía entre todos ellos. Por su altura y porque pronto se convertiría en cabeza nigromante de la numerosa congregación conga del ingenio. Ese había sido su delito: practicar la magia negra.

Orígenes irradiaba oscuridad y poder. Blancos, negros y pardos lo temían. Por ello Frisia ordenó que le quitaran el grillete de preso para llevárselo a la casa grande. Le regaló argollas para las orejas y gruesas sortijas. Le prometió que, si era leal y obediente, lo convertiría en el negro más rico de la isla.

Él creyó en su palabra.

Como solía sucederle cuando su conciencia se estimulaba, Frisia experimentó un miedo rancio, semejante al que había sufrido en la infancia, cuando se sentía a merced de personas sin escrúpulos. Por muchos años que hubieran transcurrido, aún pensaba en su hermana Ada, un engendro de Satanás disfrazado de ángel, de esencia egoísta y perversa. El poder devastador de su risa todavía resonaba en sus recuerdos cada madrugada, cuando la oscuridad le enturbiaba la razón y todo se volvía confuso y sórdido. La evocaba retorciendo los labios en una curva siniestra mientras se acariciaba el abultado vientre. «Cuando nazca mi bebé, ya no te necesitaré. Eres mala, Frisia. Lo decían las monjas. Hay un mal en ti que no tiene cura y no te quiero cerca de mi hijo. Pero soy tu hermana y no te dejaré a tu suerte. Te buscaremos una buena familia a la que servir.»

Si alguna vez se había asomado al alma de Frisia un atisbo de compasión, una débil llama de bondad, aquel recuerdo la destruía.

Tumbada sobre el improvisado altar, sucia de sangre y enloquecida de rencor, la mente se le escapó al pasado para detenerse bajo el bello arbusto de preciosas campanas plantado en la quinta de Colombres. Sobrevolándose como si fuera un fantasma, se vio llorando amargamente, conteniendo el impulso de coger el viejo trabuco que

había visto guardado en un armario y borrarle a su hermana la sonrisa de un disparo. Aquel día se recostó en el césped húmedo, agotada por el llanto, con una hermosa flor sobre la nariz. Su aroma delicado aplacó la ira y el rencor, y con ello el impulso de cometer un fratricidio a sangre fría. Descubrió también el extraordinario poder de aquellas flores, porque durante el resto del día sufrió alucinaciones y delirios. También se sintió capaz de cualquier cosa.

Tiempo después, averiguaría que al arbusto lo llamaban trompeta de ángel, y que lo habían traído de Cuba, aunque nadie parecía conocer sus efectos. Frisia pensó que, si con solo inhalar las flores era capaz de alterar la conciencia, al ingerirlas su efecto sería más intenso. Más peligroso. Fue entonces, sintiéndose traicionada, cuando planeó su venganza.

Solo necesitó dos flores, trituradas y mezcladas con la cena de una fría noche de invierno. Codorniz con trocitos de manzana frita en grasa de tocino. Ese fue el menú que Ada, hambrienta desde que quedara encinta, devoró con apetito a la luz amarillenta de los candelabros. Afuera, el viento había dejado de aullar y la niebla comenzaba a enturbiar la oscuridad, convirtiéndolo todo en un manto borroso y denso que apagó las estrellas y la luna.

Esa misma noche, Ada enfermó.

Las alucinaciones no tardaron en llegar, un estado de aparente locura que alarmó a todos por lo repentino y agudo. Hasta tal punto Ada perdió el juicio que Pedro ordenó preparar un coche de madrugada con sus dos mejores caballos para llevarla a un hospital de la ciudad. Frisia los había visto marchar desde lo alto de la escalera de entrada, acompañada de Manuel y Arcadia, los padres de Pedro, que trataron de reconfortarla con palabras de aliento: «No será nada, no te preocupes. Tu hermana se pondrá bien».

Pero lo cierto fue que, al cabo de tres días, Pedro volvió solo, desolado y sin un diagnóstico que pudiera explicar qué había acabado con la vida de su mujer y el hijo que llevaba en sus entrañas. Frisia recordaba haber vomitado al conocer lo que había hecho, pero también había sentido un alivio instantáneo que aligeró su corazón tras largos años de inquina y resentimiento.

Jamás volvió a probar las codornices.

Con su cielo recién estrenado, llegó el silencio, un vacío tenebroso que oprimía más que aliviaba y que robaba a todos la

respiración. No soportaba presenciar el dolor de Pedro, cuyas lágrimas rodaron por las paredes de la quinta durante todo un año. Después de ese tiempo, su amado se sumió en un profundo letargo, como si se hubiera despedido de la vida al mismo tiempo que Ada y solo fuera capaz de existir en sus recuerdos.

Frisia se entregó en cuerpo y alma a él. Lo sacaba de la cama cada mañana, lo peinaba, lo afeitaba, le leía para distraerlo. Y, a pesar de todos los cuidados y esmeros, Pedro aún tardaría un año más en mirarla a los ojos. La única vía de escape de Frisia consistía en acostarse con una trompeta de ángel sobre la nariz e inhalarla hasta que la mente se le extraviaba en delirios. Una noche, envuelta en un frenesí descontrolado, le dio un mordisco a uno de sus pétalos. Su sabor amargo hizo que lo escupiera, pero fue tarde. La garganta se le secó y tuvo pesadillas horribles. Al día siguiente, el testimonio de una criada narró con todo lujo de detalles cómo la había visto salir despavorida del dormitorio, perseguida solo Dios sabía por qué o por quién. También dijo que, cuando trató de ayudarla, se volvió contra ella y le dijo cosas espantosas. Frisia nunca llegó a recordar lo sucedido esa noche, pero aquella criada abandonó su empleo al día siguiente. Pocos días más tarde, comenzó a latir en el pueblo el pulso del rumor, aquel que la acompañaría desde entonces y que la relacionaba con la muerte de su hermana.

Con el paso del tiempo, tras el fallecimiento de Manuel y Arcadia, Pedro se convirtió en el señor de la quinta de Colombres. Con ellos también murieron sus miradas desconfiadas, las que habían empezado a prodigarle tras la muerte de Ada. Secretamente, sus suegros habían dado crédito a los rumores. Intentaron alejarla de Pedro, echarla de la quinta, pero él siempre había salido en su defensa, incapaz de imaginar que su alma albergara tanta maldad.

Pedro...

Él representaba todo lo que nunca habían sido las dos. Tan confiado, dulce e inocente. Poseía un espíritu limpio porque nunca había tenido que enfrentarse a la maldad de la gente. Había disfrutado de una vida cómoda y llena de amor. ¿Qué sabía su corazón de rencores y venganzas?

Al principio, a Frisia le bastaba con estar junto a él, con compartir sus días. Ella tomó las riendas de todo cuanto ocurría en la mansión, incluso consiguió que Pedro le permitiera gestionar el dinero

que llegaba a Colombres desde la hacienda cubana, en manos del hermano de Pedro. «El administrador te roba», le había dicho para hacerse con el control. Y él la creyó.

Habrían de transcurrir diez largos años hasta que, al fin, Pedro se decidiera a casarse con ella. «Mejor contigo que con otra —fueron sus palabras—. No tengo ánimo para buscar una mujer, Frisia, pero quiero un heredero y tú eres su hermana. Cuando te miro encuentro en ti los ojos de Ada.»

Frisia había detestado aquella declaración, porque, si bien era cierto que ambas tenían los mismos ojos, los de Ada eran capaces de mirar con mayor maldad que los suyos. De todos modos, no se lo tuvo en cuenta y se casaron tres meses más tarde en la intimidad de una mañana de otoño, con las hojas ocres de los árboles volando sobre sus cabezas en el aire tibio que llegó del sur.

Ella ganaba. Ada perdía.

La descendencia tardó en llegar. Al principio creyó Frisia que se trataba de un castigo de Dios, pero cuando rondaba los cuarenta años ocurrió el milagro, de modo que se dijo que el Señor no consideraba tan graves sus pecados. Tal vez la había perdonado. Tal vez el Todopoderoso había visto que su hermana tenía el corazón más negro que el suyo.

A buen seguro que estaría ardiendo en el infierno.

Había aceptado que su hado era compartir el mismo destino tras su muerte, pero no sentía miedo. Porque no estaría sola.

Y si estaba condenada, y le parecía evidente que lo estaba, qué importaba el daño que pudiera causar hasta que llegase el momento de rendir cuentas.

CAPÍTULO 28

El domingo fue un día de celebración en la hacienda. Los jardines de la casa grande se adornaron con guirnaldas de flores, toldos de tijera y mesas redondas cubiertas con manteles blancos. De las ramas de los árboles colgaron lazos de colores que se agitaban en la brisa agradable y lo impregnaron todo de un aire festivo. A mediodía comenzaron a desfilar por el batey los quitrines y las volantas que llevaron a los invitados a la iglesia.

Basi se había pasado un buen rato esa mañana tratando de decidir qué vestido ponerse. En el armario había sedas, batistas, encajes, rasos, tules y muselinas. Diego la había enviado a Rancho Veloz esa semana para que adquiriese ropa acorde al clima caluroso del lugar y se despojara de sus prendas simplonas. Para ello, Basi tuvo que enfrentarse a un trayecto de varias horas a través de caminos polvorientos e irregulares, custodiada por dos jinetes armados para disuadir a los asaltantes y acompañada de una criada. Había pasado tanto calor y tanto miedo que la ilusión por las prendas nuevas se le había ido diluyendo por el camino. Sin embargo, no quería contradecir a su esposo, de modo que se dejó aconsejar por la dueña de la *boutique* y volvió a la hacienda agotada y cubierta de polvo, pero con un buen surtido de blusas, faldas y calzado ligero. También compró ropa interior de encaje, camafeos de marfil con cintas de terciopelo, horquillas de nácar y sombreros a la moda tropical de lo más variopintos.

De camino a la iglesia, sentada junto a Diego, notaba el ceñidor oprimiéndole la cintura y robándole el aliento. Había sido sugerencia de él que se comprara un corsé para moldear su figura, y vaya si la moldeaba, aunque para ello tuviera que dejar de respirar. El resto de su atuendo lo componía una blusa de suave muselina blanca, una falda de seda nacarada, a juego con la chaquetilla, y un sombrero vistoso con flores en tonos rosados. Basi se sentía enlatada, pero Diego parecía satisfecho y orgulloso de su apariencia, de modo que ella dio

por válido el esfuerzo. Él llevaba puesto un frac, pero, con total falta de decoro, había prescindido de la camisa para evitar el calor. En su lugar, se había ajustado una pechera postiza, del mismo modo que hizo con puños y cuello. Si por alguna circunstancia tenía que quitarse la levita, pensaba Basi, su marido haría el mayor de los ridículos.

Los últimos días habían sido los más insólitos en la existencia de Basi. De pronto se vio en un nuevo hogar que le pertenecía por derecho marital, pero en el que se sentía una completa extraña. Los criados de Diego la recibieron con serviciales inclinaciones de cabeza. Nada más verla entrar por la puerta, él le había arrancado el saco de los brazos y lo había llevado al dormitorio conyugal. Ni siquiera le había dado a Basi la opción de esperar unos días a que se fuera acostumbrando a estar con él. Su esposo pretendía recuperar la intimidad perdida esa misma noche, como si nada hubiera ocurrido. Por el contrario, ella necesitaba tiempo, aunque solo fue capaz de contener su efusividad durante las primeras cuatro noches. La quinta, él la amenazó con marcharse a satisfacer su instinto a los barracones. Entonces, Basi accedió.

Era su esposo. Era su obligación.

No fue agradable, porque Diego no era el mismo hombre que se había marchado de Colombres años atrás. El Diego que había conocido en aquellos tiempos era afectuoso y delicado. No en vano, en su ausencia, ella había llenado sus solitarias noches con recuerdos tórridos de cuando se amaban con respeto y cariño. A sus cuarenta años, Basi anhelaba con todas sus fuerzas reencontrarse con el agricultor sencillo que la había enamorado. Por eso soportó los primeros encuentros desprovistos de afecto, con la esperanza puesta en el futuro, deseando que su esposo volviera a ser el que ella recordaba. Sin embargo, con el transcurrir de los días, insomne en las madrugadas, nutrida de decepciones que le dejaban nudos en la garganta y resquemor en la entrepierna, Basi comenzó a aceptar lo inevitable. Diego era otro. No era el pecho que recordaba. Ni eran sus manos. Ni eran sus ojos.

En su fuero interno, disculpaba su conducta, responsabilizando de su embrutecimiento a la hacienda, donde la diferencia entre lo malo y lo terrible era insustancial y los valores que regían la sociedad europea tenían poca cabida. Porque, en sus más íntimas ilusiones, pensaba en el poder de la bondad y en que, con ella a su lado, él

volvería a ser el mismo. Por eso estaba dispuesta a soportar casi cualquier cosa. Lo recibía con una sonrisa cuando llegaba a casa. Nunca se negaba a su deseo. Por la mañana le preparaba personalmente el café y desayunaba con él para darle conversación. Basi sentía que Diego era como un animal en una selva atestada de depredadores, necesitado de un cálido contacto humano para reencontrarse con la nobleza de su alma.

Estaba segura de que lo conseguiría, y cuando pensaba en ello encontraba la paz que había perdido largos años atrás. Un atisbo de esperanza al que aferrarse.

Mar contemplaba el desfile de carruajes desde los lindes del jardín de su casa. Su padre no estaba para fiestas, de modo que ella había decidido quedarse con él. Solita permanecía a su lado, ansiando ver pasar el elegante quitrín que llevaba a la novia. Las campanas del templo repiquetearon anunciando la ceremonia y se mezclaron con los tambores de los barracones, que sonaban desde primera hora de la mañana.

Solita dio saltos de entusiasmo cuando pasó Rosalía acomodada en el coche engalanado. El velo blanco, sujeto al cabello por una corona de flores de azahar, destacaba en el negro brillante de su vestido. Orígenes, montado en el caballo que tiraba del quitrín, exhibía en sus prendas toda la pompa que requería el acontecimiento: botas altas con espuelas de plata, pantalón blanco y levita verde. La cabeza tocada por una chistera que reflejaba el sol.

Después de la ceremonia tuvo lugar el banquete en los jardines de la casa grande. La música se mezcló durante todo el día con los tambores procedentes de los barracones. Como obsequio, ese día se ofreció a la dotación un cuarto de ron y otro de melaza, regalo del contrayente.

Mientras la música sonaba sin descanso en los jardines, Mar acudió al dispensario para elaborar una emulsión calmante. Lo encontró vacío, porque los dos pacientes de la semana anterior habían recibido el alta y Rafael estaba disfrutando del banquete. Como no había podido ver la quemadura que tenía Víctor en la mano, preparó una emulsión que sirviera para los casos más graves. Primero elaboró una horchata con doce almendras dulces. Después la coló y le añadió

una cucharada de agua de azahar, treinta gotas de tintura tebaica y media dracma de goma arábiga en polvo, disuelta en un poco de agua caliente. Por último, incorporó dos cucharadas de jarabe común. Cuando terminó guardó el frasco en una pequeña botella y recogió antes de marcharse.

El maestro vivía en las inmediaciones del dispensario, de modo que Mar fue dando un paseo. La música había dejado de sonar. En el ambiente solo permanecía el rumor festivo del banquete, las voces alegres de los invitados y los tambores de los barracones.

La casa de Víctor era de planta cuadrada y tenía una hermosa fachada principal, con un porche adoquinado, pilares y arcos. En un extremo del jardín había una enorme palmera. Al mirar hacia arriba, Mar vio el penacho, que procuraba buena sombra junto a una fuente sencilla de la que brotaba un débil chorro de agua. Algunos insectos se mecían en los arbustos en flor que surgían en medio del jardín y las piezas de césped estaban bien cuidabas. El color añil de ventanas y postigos era vibrante, en oposición al tono vainilla de las paredes. Resultaba tan acogedor que Mar no pudo evitar fantasear con el futuro. Imaginó a Paulina saliendo de esa casa con un chiquillo de la mano y otro descargado en su cadera. Los dejaría a la sombra de la palmera mientras ella se dedicaba a arreglar el jardín con sus propias manos. A su lado estaría tumbado un perro, que sería el animal más amado de la hacienda junto con la yegua Maggie. Víctor llegaría a casa cada tarde, con la piel oliendo dulce y multitud de granos de azúcar prendidos a la ropa y al pelo. Ella lo recibiría con un beso, saboreando la melaza que se le habría quedado adherida a los labios, y aspiraría su aroma con los ojos cerrados, dando gracias a Dios por haber puesto en su camino a ese hombre y no a otro. Al final del día, contemplarían juntos el ardor del ocaso reflejado en el cielo tropical, a la espera de la tibia noche que colmaría el firmamento de estrellas.

Si de algo estaba segura Mar era de que su amiga acabaría amando a Víctor Grimani con toda su alma, aunque en ese momento hubiera de hacer un esfuerzo para abrirle el corazón, ocupado tercamente por el recuerdo de Santiago.

La compasión que Mar había sentido hacia ella en un principio se le antojaba ahora sin razón de ser. No era por la casa bonita, el jardín o los criados. Era por algo más hondo que llevaba implícito el mismo pulso de la vida. Así lo veía ella, porque había en el maestro una

calidad humana al borde de la extinción que luchaba por la justicia, que transmitía calma, hogar y momentos felices.

Transmitía el deseo de vivir a su lado.

La sensación de haberse confundido en sus pronósticos, de tener que admitir que una unión que se basaba en el desconocimiento podía salir bien, ponía de manifiesto que sus predicciones no eran infalibles. No se arrepentía de haber obrado como lo hizo, no era eso. Había escogido un modo de vida, lo había hecho por convicción propia y había actuado en consecuencia, de modo que no había nada que lamentar. Pero se preguntaba tercamente, y lo hacía desde que era una jovencita, por qué a los hombres no se les exigían los mismos sacrificios. Por qué ellos nunca debían renunciar a nada.

Ensimismada en esas conjeturas, en medio del hermoso jardín y bajo la sombra de la palmera, Mar no advirtió que una criada llegaba a su lado.

—¿Desea algo, señorita?

Mar se sobresaltó y miró a la mujer, que llevaba una cesta vacía colgada del brazo.

—He venido a entregarle esto al maestro —dijo mostrándole el frasquito que llevaba en las manos—. Imagino que estará en el banquete, ¿puede dárselo usted?

La mujer, de hermosa piel de ébano, declinó cogerlo.

—*Pue dáselo usté*, señorita. El maestro está en casa.

—Ah.

La criada siguió su camino, dejando a Mar envuelta en una sensación de emoción anticipada, de inminente placer, parecida a la que sentía cuando era pequeña y su padre entraba en casa con un libro nuevo para ella.

No lo entendía. No entendía a su propio cuerpo. Y si lo entendía, no le parecía razonable.

Se llevó una mano al cabello y respiró hondo, animada y abatida a partes iguales. No obstante, logró avanzar con paso firme hacia los tres peldaños que separaban el porche del suelo de tierra. Al llegar junto a la puerta, reparó en que estaba entreabierta. Llamó con los nudillos sin obtener contestación. Entonces la empujó y se asomó a un recibidor en cuyas paredes había enfrentados dos cuadros con escenas orientales; a un lado un buda sonriente, regordete y calvo, rodeado de niños; al otro, una escena de braceros cortando caña con el típico

sombrero asiático. Sobre una consola con espejo había una lamparilla ovalada de cristal rojo y patas de bronce. Unas letras chinas y doradas decoraban el cristal. Mar estiró el brazo para rozar con el dedo índice los bordes de la lámpara, que había llegado hasta allí desde tierras tan lejanas. En ese pequeño gesto encontró una íntima satisfacción.

A la nariz le llegó el aroma de un guiso procedente de la cocina, que estaba a la izquierda, mezclado con otro olor más penetrante. Se adentró hasta el fondo del recibidor y llegó a la entrada del salón. Las dos puertas francesas, con listones de madera y cristales, estaban abiertas. Al asomarse, descubrió a Víctor de espaldas a ella. Sostenía un vaso de licor en la mano vendada y con la otra pasaba las hojas de un libro abierto que reposaba sobre una mesa auxiliar, junto al tresillo. Tenía la cabeza agachada, como si estuviera leyendo, ausente de todo.

Lo contempló desde la puerta, con los tambores retumbando desde el otro lado del batey.

Tantarantán. Pum. Pum.

Tantarantán. Pum. Pum.

Era un coro de golpes dirigidos por el batir de un corazón.

Mar no se había percatado hasta ese momento, pero si aguzaba el oído podía oír a los negros cantar. Había algo en el conjunto de sonidos que incitaba a abrir los brazos, cerrar los ojos y dejarse poseer por el espíritu de un animal.

Podría haber llamado la atención de Víctor con una palabra, pero observarlo sin que se diera cuenta estaba resultando demasiado interesante. El intenso olor que había percibido desde la entrada procedía de un incensario de bronce que había sobre un aparador, junto a las puertas. Tenía forma de dragón y exhalaba un fino hilo de humo por la boca abierta.

El maestro aún llevaba puesto el traje de ceremonia: camisa blanca de cuello alto y puños cerrados, un chaleco de color del oro viejo ajustado a la cintura y un pantalón blanco y estrecho. Había prescindido de sus habituales botas altas y calzaba zapatos negros. Sobre la mesa camilla en la que descansaba el libro, también estaba la levita negra, los guantes blancos y un bombín.

Cuando hubo terminado de examinarlo, Mar se descubrió con un carraspeo.

Víctor se giró, sobresaltado.

—Señorita Mar...

—Pensaba que estaría usted en el banquete, con Paulina.

Él se volvió por completo y la observó un momento antes de hablar.

—Paulina se retiró pronto, poco después del almuerzo. No había dormido bien. Pesadillas... Y el sonido de los tambores le produjo jaqueca.

—Lo entiendo. —Sonrió—. Esos tambores se le meten a uno en la cabeza.

—¿Sabe que poseen un significado? No son simples golpes y cánticos. Es un modo de comunicación. Tienen ritmos para todo, incluso para rendirles tributo a los muertos.

—¿Y ahora mismo a qué le tocan?

—Hoy tocan por pura diversión. Es posible que se hayan bebido todo el ron que han recibido como obsequio.

—Parece que la boda ha ido bien.

—Eso creo —respondió él sacudiendo el vaso en la mano.

Ante el silencio que se impuso, Mar declaró:

—Le he traído una emulsión calmante para su herida. —Se adentró en la sala para acercarse a él—. Y ya que estoy aquí me gustaría echarle un vistazo, si no le importa.

Víctor la miró fijamente a los ojos y respondió:

—No me importa.

Dejó el vaso de licor sobre la mesa y le ofreció en silencio la mano vendada. Con mucha delicadeza, ella fue desenrollando el vendaje, tratando de no violentarse bajo la influencia de sus ojos. Era su turno de escrutarla. Cuando la herida quedó expuesta, Mar vio que la ampolla que se había formado estaba abierta y era necesario eliminarla.

—Es peor de lo que creía.

—¿Habrá que amputar?

—No se haga el gracioso. Le quedará una buena cicatriz.

Mar aprovechó que había oído a la criada regresando a la cocina para ir a pedirle que preparase agua, jabón, un trapo limpio y tijeras. Luego volvió junto a Víctor. Mientras esperaban, ella desvió la mirada hacia el libro que había sobre la mesa.

—¿Puedo?

Él asintió con un gesto y Mar leyó en voz alta el párrafo que

estaba señalado a lápiz.

—«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.»

—¿Lo ha leído?

—A los catorce años. Las aventuras de un viejo loco enamorado de un sueño.

—Nunca he leído a un loco más cuerdo que Alonso Quijano —repuso Víctor—. Cuando necesito alguna respuesta, acudo a él y nunca me decepciona.

—Un hombre que ha viajado tanto como usted seguro que no necesita indagar en los libros para encontrar respuestas.

—Las respuestas siempre están en uno mismo, señorita Mar.

—De modo que viajar no sirve de nada.

—Depende de cuáles sean las preguntas. Pero, en esencia, viajar solo sirve para conocerse mejor.

—¿A usted le sirvió?

—Absolutamente.

—¿Y cómo es en verdad Víctor Grimani?

Él vaciló un instante. Luego evitó mirarla.

—Peor de lo que usted imagina. Peor, incluso, de lo que yo mismo imaginaba. Nadie se considera a sí mismo egoísta, déspota, embustero o traidor... —Encogió los hombros en un gesto que denotó cierto grado de vulnerabilidad y que a Mar no le pasó desapercibido —. Pero todos somos algo egoístas, déspotas, embusteros y traidores. Si pudiéramos vernos con otros ojos que no fueran los nuestros nos asustaríamos.

—Tal vez tenga razón. Pero es natural que nos cueste admitir nuestros defectos. Reconocerlos solo sirve para añadir una carga más a la vida. Y es del todo innecesario.

—¿De verdad piensa eso?

—Bueno, es más útil creer que somos nobles, porque lo que pensamos de nosotros mismos contribuye al desarrollo de nuestro comportamiento. En otras palabras, repítale a un niño cada día que es malo y acabará portándose mal.

—Veo que está muy formada al respecto.

—Admiro la labor de algunos educadores europeos. Enrique Pestalozzi...

—Pestalozzi fracasó en todos sus intentos de educar a los niños mendigos. El temperamento violento y destructivo que halló en ellos lo desbordó y lo hizo desistir. No debería admirarlo usted tanto.

—Bueno, es que...

—Yo fui uno de esos niños. Durante varios años viví inmerso en la agresividad que exige la supervivencia. Si me hubiera cruzado con ese hombre, me habría gustado que perseverase un poco más. Pero él los abandonó, igual que hizo la sociedad entera.

Mar lo miró completamente contrariada. Nunca había conocido a un hombre con el que compartir una conversación de esa índole.

—Me asombra que conozca la obra de Pestalozzi. Y, bueno, no sé qué concepto tiene usted de sí mismo, pero déjeme decirle que un hombre que se enfrenta al fuego para defender lo que no le pertenece es, al menos, mejor que todos los que estábamos observando.

La criada entró empujando una camarera que contenía todo lo que había pedido Mar. La dejó junto a ellos y volvió a salir de la estancia. A solas de nuevo, Mar tomó la mano del maestro para sumergirla en el aguamanil. Tras un minuto de silencio, aventuró:

—Siempre me he preguntado qué se siente al recorrer el mundo.

—Le decepcionaría saberlo.

—Aun así.

—Se sienten ganas de volver a casa, si es que uno tiene la dicha de tener un hogar al que regresar. Yo no lo tenía, por eso mi malestar era más hondo.

Ella advirtió que Víctor apretaba la mandíbula mientras le aplicaba jabón en la herida.

—No se haga el valiente, sé que le está doliendo. Quéjese un poco o empezaré a pensar que está hecho usted de una materia insensible.

Él dejó escapar el aire que estaba conteniendo para maldecir una sola vez entre dientes, aunque Mar no entendió lo que había pronunciado.

—¿Qué significa?

—No se lo diré. Un anfitrión nunca debe violentar a una visita en su propia casa.

—Por mí no se preocupe. Estoy acostumbrada a curar a hombres con muchos menos escrúpulos que usted.

Mientras permanecía con la cabeza inclinada sobre la herida, él la contempló con sumo interés. Mar llevaba el cabello rubio recogido en la nuca con un nudo sencillo y le brillaba bajo los últimos rayos de sol que entraban por la ventana. En su perfil protocolario, de nariz recta y labios firmes, destacaba una barbilla ligeramente puntiaguda, un pequeño defecto que rompía la armonía de su rostro. Víctor estaba inmerso en todo eso.

—Creí que había perdido la capacidad de sorprenderme —le dijo —, pero me asombra usted.

Ella alzó la mirada, limpia y azul.

—Pues lo mismo le digo. Me sorprende que alguien como usted haya delegado en otros la elección de una esposa.

Víctor enarcó una ceja ante semejante derroche de sinceridad.

—No crea que fue una decisión alocada. Quería una mujer distanciada de esta forma de vida, de la idiosincrasia de la isla. En Paulina encontré a una joven más hermosa de lo que esperaba, y con buenos sentimientos. Semejante derroche de belleza no era indispensable para mí, pero es innegable que ayuda, ¿no cree?

—Estoy segura.

—Aunque yo daría buena parte de esa perfección a cambio de que fuera una excelente conversadora. ¿Qué es la belleza sin el don de la inteligencia? Un marco precioso que acota una obra insustancial. No digo que no sea una muchacha lista. Solo es demasiado joven y no ha tenido la oportunidad de cultivarse. Su vida ha estado marcada por el dolor de una pérdida tras otra y aún tiene muchas cosas que aprender.

—Y usted se las enseñará.

—Lo haré, si lo desea.

—En todos estos meses... ¿nunca dudó?

Víctor la miró con tanta intensidad que ella se arrepintió de haber formulado la pregunta.

—Lo siento. No tengo derecho a preguntar eso. —Aguardó un instante en silencio, concentrada en la mano herida, aunque deseando en su fuero interno que le respondiera. Pero Víctor no lo hizo, de modo que aspiró profundamente y cambió de tema—: Jamás pensé que la vida aquí fuera tan...

Apretó los labios y torció la cabeza sin encontrar la palabra que la definiera.

—Tan feroz —terminó él, y ella lo miró con fascinación—. En su pueblo, los años transcurren sin otra pretensión que no sea enfermar o esperar una buena cosecha. Pero el mundo es un lugar violento, señorita Mar, de una rudeza irracional, donde, para sobrevivir, a veces hay que matar.

Mientras le secaba la mano con el trapo, Mar lo miró con gesto de preocupación.

—¿Ha matado usted a alguien?

—Si lo hubiera hecho, ¿cree que se lo diría?

—Me temo que sí.

Víctor respiró hondo y sus labios se curvaron en una tibia sonrisa. La voz le salió ahogada.

—No he matado a nadie, aún. Pero siento tentaciones de hacerlo cada día.

—Algo me dice que es usted un hombre que controla bien las tentaciones.

—Dejarse llevar por los impulsos es de mediocres, y yo intento no serlo. Aunque he tenido mis momentos de rebeldía social y he hecho cosas de las que no estoy orgulloso.

—Mi madre decía que, para dejar de ser mediocre, solo hay que razonar menos y sentir más.

—Es un pensamiento acertado, pero ingenuo, si me permite usted la crítica. La vida puede ser una tragedia para los que sienten demasiado.

Se quedaron en silencio, cada uno analizando las palabras del otro. Poco después, Víctor preguntó:

—¿Qué hacía en los campos el día del incendio?

—Quería ver lo que pasaba. Deseo conocer este sitio, descubrir cómo se comporta la gente. Es la mejor forma de entender los males que los aquejan. ¿Usted también piensa que fue provocado?

—No es la primera vez que ocurre. Es una manera deleznable de adquirir tierras. Y nadie está dispuesto a contar la verdad porque ello implica perder privilegios. Frisia cuida a sus mayorales; los compra, los agasaja, los hace sentirse príncipes en su reino, paga buenos sueldos y los invita a las tertulias en la casa grande. Pero todos están al corriente de sus malas artes.

—Incluso su maestro de azúcar.

A él se le crispó el semblante, y ella se arrepintió de haber sido

tan brusca. Pero ya era tarde para tratar de enmendarlo, por eso ni siquiera lo intentó.

Durante un minuto entero, Víctor rumió en silencio la acusación.

—¿Lo ve? —dijo al fin—. Todos llevamos a cuestas nuestra porción de oscuridad.

Mar siguió curándole la herida, sin decir nada, pero él parecía mortificado por las últimas palabras que ella le había dedicado.

—Los colonos cada vez adquieren sus tierras más lejos de las haciendas —dijo—, pero es inevitable que estas los acaben alcanzando. Me asombra su conformismo. Si yo fuera un colono, ya habría prendido fuego a toda la plantación. Desde que don Pedro está excluido de la toma de decisiones, las injusticias proliferan como las cucarachas. Frisia gobierna con mano de hierro, y al hierro solo se le combate con el fuego.

—¿Por qué no lo denuncian?

El cuerpo de Víctor se sacudió en una risa sardónica.

—La justicia mira hacia otro lado para salvaguardar a los hacendados de los grandes centrales. Ellos son los valedores de la riqueza que luego exportan a España. Los colonos trabajan para sí mismos, no aportan nada y cada vez se les paga menos por su caña. Frisia redujo los precios a la mitad. Dos pesos por cada cien arrobas es una miseria. Y a nadie le importa. Son conscientes de que acudir a las autoridades solo les crearía más problemas. A esta isla debería tragársela el mar durante un tiempo para quitarle la suciedad que la está pudriendo.

—¿Siempre es usted tan catastrófico, señor maestro?

—Ojalá fueran absurdas conjeturas. Y siento de veras que alguien como usted haya acabado aquí. Este no es lugar para los defensores de la justicia.

—Tal vez debería preocuparse más por Paulina. Su sensibilidad es mayor que la mía. Yo... yo me hago a todo.

—Se equivoca, señorita Mar, para ella será infinitamente más sencillo. Es una joven sensible, es cierto, pero no comparte las mismas inquietudes que usted. Jamás se acercará a los barracones, ni se detendrá a reflexionar sobre los colonos que han perdido sus tierras. Es conformista y asume que el mundo evoluciona de esta forma y que no es tarea suya cambiarlo. Usted, por el contrario, no saldrá ilesa de esta isla, si es que algún día la abandona. Le hace daño la desigualdad

y tiene un sentido de la justicia implacable. Su forma de entender la vida se parece tanto a la mía que me sobrecoge.

Ella tragó saliva mientras lo miraba a los ojos, con la mano herida entre las suyas. Tuvo la sensación de que el maestro la conocía mejor de lo que había imaginado, y empezó a preguntarse cuántas más licencias se habría tomado Paulina al hablarle de ella. Era como si Víctor pudiera leerle el pensamiento.

—Usted no me conoce —dijo, no obstante, tomando las tijeras—. Por muchas cartas que le haya escrito Paulina hablándole de mí.

—No niego que fue ella quien me descubrió su personalidad, pero basta observarla desenvolviéndose en la hacienda, a pie, entre el polvo que levantan los jinetes y las carretas, para saber que no podrá soportarlo. Apenas acaba de llegar y ya se ha plantado en los barracones queriendo ayudar a Mansa. Ninguna otra mujer blanca ha puesto un pie en esa parte del batey, solo la patrona y lo hace a caballo, de modo que tampoco cuenta.

—¿Ha oído hablar del juramento hipocrático?

—Es el juramento de los galenos, si no me equivoco.

—Lo atribuyen a Hipócrates, y el texto traducido del griego es fascinante. Habla de enseñar gratuitamente a quien quiere aprender el arte de curar y de que la salud y la vida del enfermo, sea libre o esclavo, debe estar siempre por encima de todo. Mi padre prometió cumplirlo, y él me lo hizo prometer a mí, aunque yo esté condenada a ser una eterna aprendiz.

—¿Tanto desea ser médico?

Mientras Mar separaba la piel muerta alrededor de la herida, respondió:

—Con toda mi alma.

El tono de Víctor se volvió suave.

—Tal vez algún día...

—Eso creía mi madre. Pero me temo que sea tarde para mí.

—Mansa no lo expresó, pero me consta que le agradece su intención de ayudar. Les vendría bien recibir algunas medicinas modernas, aunque no es fácil que las acepten.

—Pero ¿por qué razón?

—Ya le dije que las cosas aquí no se parecen a como son en ningún otro sitio. De modo que, si quiere cambiarlas, le anticipo que solo hay una forma, y en ella hay sufrimiento y muerte.

Esas palabras la impresionaron, pero Mar no dejó que él lo notara y siguió cortando la piel, con la mirada clavada en la herida.

—Su amigo es muy cabezota.

—Es una cuestión cultural. No se puede cambiar la actitud de todo un pueblo, sus creencias y sus tradiciones milenarias, en unos pocos años. Hay algo en ellos ancestral y primario que no puede ser sometido, que ha sido arrancado de su hábitat natural para plantarlo en otro mundo distinto, y aún se están adaptando. Si es capaz de comprenderlo y aceptarlo, podrá acercarse a ellos. De otro modo, solo la soportarán, pero jamás llegará a ganarse su confianza.

—¿Eso ha hecho usted con Mansa?

—Yo no lo juzgo, incluso cuando sé que se está equivocando. Los europeos nos creemos dueños de la verdad, pero ni nuestras creencias son las más nobles ni nuestros principios los más honestos. Olvídese del humanismo y de la idea del individuo libre. Eso aquí no existe. Anteayer comerciábamos con seres humanos sin ningún complejo y hoy nos atrevemos a condenar sus tradiciones. No son salvajes, al menos no más que nosotros, pero nos sentimos mejor divulgando esas ideas para justificar los actos más espeluznantes.

—Alguien dijo que nuestros actos son como ángeles, buenos o malos, sombras fatales que caminan a nuestro lado en silencio.

Víctor no añadió nada más, y ella terminó de retirar toda la piel. Después se dispuso a extender sobre la herida la emulsión calmante.

—Por eso detesta acudir a las tertulias de Frisia, ¿verdad? Discúlpeme si soy muy franca, pero se le nota a usted mucho.

—Me gusta que sea franca. No soporto la falsa cortesía. Y es cierto, odio esas tertulias. Me siento fuera de lugar, violentado por las conversaciones, incapaz de enzarzarme en discusiones con todos ellos. Los asuntos de los hombres son fáciles de digerir o de ignorar. Se centran en la disciplina, en las cuestiones administrativas, en las posibilidades de cada zafra o en el riesgo de un posible alzamiento. Este último, por cierto, es un tema recurrente desde hace años, ya lo ha comprobado usted. Sin embargo, sus esposas... Ellas han asimilado que las mujeres negras no quieren a sus hijos, que no sienten por sus niños el mismo apego que ellas y que asumen con indiferencia su destino.

—¿Y qué les dice usted?

Víctor sacudió los hombros.

—Ya no les digo nada. Es inútil hacer cambiar de opinión a quien ha crecido oyendo esas historias. Aunque pienso que hay algo de verdad en ello. Las madres tratan de no encariñarse con sus hijos. Pero no es más que un fragoso instinto de protección. Han aprendido a no sentir amor por una criatura con escasas posibilidades de supervivencia. Durante generaciones han tenido que ver como sus crías les eran arrebatadas. Puedo enseñarle una cantidad indecente de notas libres en los periódicos publicitando la venta de hembras africanas, con sus crías o sin ellas, como si fueran animales. Si al nuevo amo no le interesaba la cría, o si solo le interesaba esta, se la arrancaban de los brazos a las madres y ya no volvían a verla. Dígame, señorita Altamira, ¿cómo habría de sobrevivir una mujer ante tanto dolor si no es evitando ese vínculo sagrado?

Desde el exterior les llegó la música procedente de los jardines. La pequeña orquesta sonaba de nuevo, sofocando el primitivo batir de los tambores. Mar escuchaba a Víctor sin dejar de mirarlo, embelesada y asombrada por el impacto que producían en ella sus palabras.

—No tengo la respuesta a su pregunta, Víctor. No soy madre.

—Yo tampoco soy padre. Pero si lo fuera y alguien tratara de arrebatarme a mi hijo por la fuerza, tendrían que matarme de un disparo al corazón, porque si me disparasen en una pierna, me alzaría sobre la otra para tratar de impedirlo. Y si me disparasen en las dos, me arrastraría sobre el pecho como una serpiente con ansias de sangre. Le juro que lo haría sin sentir el más mínimo remordimiento.

A Mar le sorprendió el destello salvaje que brilló en sus ojos. Su afirmación nacía de un convencimiento preciso, y no le cupo duda de que, si se diese el caso, sería capaz de todo para proteger a su familia. Mar, que era puro instinto racional, se encontró de pronto con que esa parte de Víctor era la que más le gustaba, y tal cosa la desconcertaba porque iba en contra de todas sus convicciones.

Perpleja ante sus propios pensamientos, no supo qué contestarle y se quedó callada con la mano del maestro entre las suyas.

—Al menos los chinos parecen estar mejor considerados —afirmó al cabo de un momento.

El comentario hizo reír a Víctor y, por primera vez en la vida, Mar tuvo la impresión de haber dicho una tontería.

—Ellos son diferentes, no pueden negarlo. Cuando llegué a la hacienda, traté de acercarme a su pequeña comunidad. Buscaba la

clase de compañía que me había transmitido Lao Wang, mi maestro chino. Admiro su cultura, ¿sabe? Pero, cada vez que los visitaba, me recibían con inclinaciones y monosílabos a los que anteponían siempre la palabra *maestlo*. —Sonrió de forma tierna—. No comprendían lo que quería de ellos. Más al contrario, mi presencia les causaba desconfianza y un estado de alerta permanente que los atolondraba. Yo... buscaba sentirme en casa, como me había sentido con Lao Wang. Pero ellos solo veían en mí al maestro de azúcar de la hacienda, una figura que en China tiene connotaciones casi religiosas. —Volvió a sonreír—. Piensan que estamos tocados por la mano de un ser divino que nos transmite su sabiduría.

—Puede que sea cierto —murmuró ella con un soplo de voz, admirando sus ojos rasgados y castaños.

—Señorita Mar... Ahora no está siendo muy racional.

Ella bajó la mirada. La levantó de nuevo para fijarla en sus ojos.

—No todas las cosas de este mundo pueden explicarse aplicando la razón. Usted lo sabe y ellos también.

—Tal vez solo se trate de paciencia y concentración. —Alzó la mano sana y le tocó la mejilla, un gesto que a ella la tomó por sorpresa—. Cuando acariciamos, existe un primer instante en que la piel nos habla. Es un momento efímero, como una palabra susurrada al oído que poco a poco se va convirtiendo en un rumor que recorre todo el cuerpo. Solo hay que estar atento, saber escuchar con la mente libre de intromisiones. Cualquiera podría hacerlo.

—No lo creo —murmuró ella, hipnotizada por ese momento de intimidad.

Víctor retiró la mano. Mar recobró el dominio de sus ojos y apartó la mirada para centrarse en la herida, fingiendo no haberle dado importancia a la caricia. Aunque se la daba, porque el calor de la mano en su mejilla le había robado el aliento.

—De todas formas —continuó Víctor, recuperando el tono desenvuelto de antes—, logré averiguar cómo llegó ese grupo de trabajadores chinos a la hacienda. Habían emigrado de su país para ganarse la vida en Filipinas, otro enclave español, como usted sabe. Pero los arrojaron a un barco sin decirles adónde los llevaban. Desembarcaron dos meses más tarde en La Habana para trabajar en los campos de caña. ¿Qué le parece la infamia? De pronto se convirtieron en una minoría de asiáticos entre una mayoría de

africanos que los repudia, además de estar en manos de un puñado de blancos que los desprecia porque no puede comprender su cultura.

»Durante los primeros quince meses que pasaron en la hacienda, no recibieron salario. Así les hicieron sufragar los gastos de su viaje desde Filipinas: pasaje, manutención, derechos consulares... Incluso costearon las muertes de sus compatriotas que habían perecido durante el viaje, por las que se cargó a cada uno diez pesos adicionales. Y si ahora tienen el deseo de volver a casa, deben trabajar otros quince meses sin recibir nada. Oigo decir de ellos que no tienen ideas morales ni de orden, y que están llenos de vicios. Quien dice eso no los conoce e ignora que deber dinero en China significa estar a merced del acreedor, quien puede exigirles toda clase de sacrificios a los que no pueden negarse. Esa condena pesa mucho en su ánimo, se vuelven dóciles y laboriosos, pero poco comunicativos. Se sienten engañados, pues, aun siendo trabajadores libres, esa libertad queda brutalmente descalificada por la deuda. —Se quedó callado unos segundos antes de añadir—: Es curioso, pero a mí me recuerdan a la magia de una noche con el cielo negro estallando en colores. ¿Ha visto alguna vez el espectáculo de los fuegos artificiales?

—Solo algún cohete en el pueblo, y no eran de colores.

—Pues imagine una extensión, grande como esta hacienda, iluminada por cientos de cohetes explotando al mismo tiempo, cubriéndolo todo de luz y color. Nunca he vuelto a ver nada igual. Ese pueblo al que humillan le dio al mundo la seda, el papel, la impresión, la brújula... Y nosotros solo vemos a unos seres incapaces de pensar por sí mismos. A menudo confundimos la pobreza con la falta de inteligencia.

Mar parpadeó con fuerza para volver a la realidad de aquel salón. Durante el tiempo que Víctor había estado hablando, había notado como si el mundo estuviera más cerca, más al alcance de su mano. Sus oídos estaban más atentos, sus ojos más vivos y su piel más sensible.

La piel.

En ella confluían todas las necesidades del alma.

Escuchar a Víctor Grimani le parecía tan estimulante que deseaba que siguiera hablando, porque solo así podía mirarlo a los ojos sin parecer insolente. El rostro del maestro adquirió para ella unas connotaciones únicas que lo distinguían de los demás. Solía ocurrir en las primeras etapas de las relaciones humanas, cuando lo que se ve y

lo que se siente se unen para conformar un todo. En ese todo de Víctor Grimani encontró Mar algunas de las respuestas a las preguntas que se había hecho desde que era una muchacha:

Cómo surgía el amor.

Qué se sentía.

Y si en todas las vidas acaecía de la misma forma.

CAPÍTULO 29

Tumbada en la cama, Paulina se tapó los oídos con las manos para aislarse de los tambores africanos. Su jaqueca no había hecho más que empeorar y empezaba a sentir náuseas. Ni siquiera se había quitado el hermoso vestido que le había hecho llegar Víctor a primera hora de la mañana. Era de seda azul y tules blancos. Una maravilla que se complementaba con unos guantes de encaje y un hermoso sombrero de alas grandes sin pájaros disecados, gracias al cielo, ni otras extravagancias, tan solo unas bonitas flores de tela alrededor de la copa. La doméstica que la había ayudado a vestirse solo había tenido que subirle un poco el bajo para que no lo arrastrara. Por lo demás, se amoldaba a su cuerpo como si estuviera confeccionado a medida. Paulina apenas había dormido esa noche. ¿Cómo hacerlo después de lo que había visto? Seguía teniendo la boca seca y el corazón le martillaba la cabeza con el batir de la sangre.

Se había visto preciosa al mirarse al espejo, incluso parecía una de esas damas de la aristocracia que retrataban los pintores. Y, a pesar de la somnolencia, los ojos le brillaban de un modo especial, más oscuros que de costumbre.

Víctor había pasado a recogerla en su quitrín unos minutos antes de que comenzara la misa. Se había bajado del carruaje y la había ayudado a montarse en él. A Paulina le pareció estar viviendo un sueño tan placentero que casi se olvidó del dolor de cabeza. Una vez acomodada junto a Víctor, ella reconoció en sus ojos una franca admiración.

—Estás deslumbrante —le había dicho.

Ella lo creyó, porque Víctor no era de los que derrochaban cumplidos sin merecerlos.

—Muchas gracias por el vestido. No sé qué decir.

—No digas nada.

—Es que nunca había visto ropa tan bonita.

—Me permití encargar algunos modelos a La Habana cuando

supe que vendrías. Veo que no me equivoqué en la talla.

—¿Quieres decir que hay más como este?

—Solo cinco o seis. Uno de ellos lo encargué para la boda. Pero si ya tienes uno...

—No tengo —se había apresurado a decir ella.

Paulina recordaba haber sentido en ese momento ganas de abrazarlo y besarlo. Así de exaltados estaban sus sentimientos.

A Frisia no la había visto en toda la mañana. Al llegar a la iglesia, la encontró más callada de lo habitual, ocultando la mirada tras unos curiosos anteojos oscuros que a todos llamaron la atención. Evitó observarla en la medida de lo posible, porque, cada vez que lo hacía, se precipitaban a su cabeza las imágenes siniestras de la noche anterior. Mirarla era como mirar al diablo.

Era extraño, pero en aquellos momentos, tumbada en la cama, le costaba recordar la misa ceremonial. Tan solo le venía a la mente la imagen de una Rosalía radiante en contraposición a un Guillermo que, con su traje de gala, parecía igual de tosco que de costumbre. Después, el banquete, el baile... Las manos de Víctor alrededor de su cintura. La paciencia que había tenido con ella enseñándole los pasos de baile. Paulina también había bailado con el novio. Recordaba los dientes poco cuidados de Guillermo frente a su cara, su aliento agrio y su boca bajo el bigote negro y denso con labios que sujetaban un puro que apestaba. Había visto a don Pedro abismado en un rincón de la mesa, queriendo levantarse y sentarse y levantarse otra vez, solo y hundido, sostenido y vigilado por su criado Waldo, espantando pájaros inexistentes. Pedrito no andaba lejos y aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de su padre.

—¡Malditos! —chillaba don Pedro con el bastón en alto—. ¡Dejadme en paz!

A don Pedro siempre lo perseguían los pájaros, y uno podía cruzárselo por cualquier rincón de la casa grande enarbolando el bastón ante sus enemigos imaginarios. Nadie reparaba en él, un viejo chiflado que, a ojos de Paulina, se mostraba del mismo modo que la muchacha del sótano, aterrorizado ante imágenes que nadie más que él podía ver.

Una arcada le atenazó la garganta. Paulina saltó de la cama para ir a vomitar, pero su estómago contuvo tercamente los exquisitos alimentos del banquete. Se refrescó las mejillas y se miró al espejo; su

peinado estaba arruinado y en sus ojos aún encontraba algo extraño que no sabía identificar.

Una súbita sospecha se abrió paso en la neblina de su mente. ¿Y si Frisia estaba tratando de hacer lo mismo con ella? ¿Y si quería envenenarla? La cabeza le dio vueltas y notó otra náusea. Sintió miedo, confusión, y tuvo la necesidad de salir del dormitorio para ir en busca de Mar. Debía contárselo todo. Ella sabría si en sus síntomas había algo sospechoso.

Evitando cruzar los jardines, en los que seguía la fiesta, salió al patio trasero, donde se había refugiado la noche anterior. Buscó el arbusto de flores en el que se había parapetado para espiar a la patrona. A la luz del día le pareció más espeso. Sus hojas eran grandes, al igual que sus flores. No era posible que Frisia la hubiera visto allí escondida, de modo que no tenía ningún motivo para querer hacerle daño.

Ese pensamiento, junto al olor dulce de las flores, la reconfortó. La tía Xona le había dicho que había fragancias capaces de resucitar a un moribundo, como el aroma de las bebidas espirituosas, y que otras, por el contrario, calmaban los humores del cuerpo. Hundió la nariz en una de las flores y aspiró, esperando encontrarse mejor.

Cuando llegó a casa del doctor, Mamita le dijo que Mar estaba en el dispensario, pero que no tardaría en volver. Paulina decidió entonces esperarla en el porche, sentada en uno de los sillones de mimbre. El otro sillón lo ocupó Solita para hacerle compañía.

La chiquilla contempló a la joven como si fuera una de esas muñecas de porcelana con las que jugaban las niñas blancas. Paulina, que no tenía la cabeza para conversaciones infantiles, se sintió tan observada que no le quedó más remedio que hablar con ella.

—¿Por qué me miras tanto?

—*Poqque* está relinda con ese *vestío*, señorita. Yo también voy a *tené* un *vestío* nuevo. La niña Mar va *comprámelo* en el *colmao*. A lo *mejó* me lo pongo *pa* su *selebrasión*, cuando se case *col* maestro. Se va a *casá* con él, *¿veddá?*

—Así es, el próximo domingo.

La sonrisa de Solita se ensanchó hasta dejar a la vista su dentadura, en la que había algún hueco que pronto se llenaría con los dientes definitivos.

Mar no tardó en llegar. Paulina la vio asomar entre los arbustos

del jardín, con el sol a su espalda poniéndose por el oeste, sellando el horizonte con desgarrones de nubes rosas.

—Por fin llegas —le dijo, levantándose—. Tengo que hablar contigo.

—¿Te ocurre algo? ¿Es la jaqueca?

—¿Cómo sabes que tengo jaqueca?

—Vengo de casa del maestro. Él me lo dijo. —Ante la mirada desconcertada de Paulina, Mar se vio en la obligación de darle una explicación—. Fui a curarle la herida de la mano. Tiene una quemadura importante.

Paulina sabía que Víctor tenía una herida en la mano, aunque ignoraba cómo se la había hecho. Él no se lo había contado y a ella no se le había ocurrido preguntar.

Mar le pidió a Solita que entrara en casa. La niña obedeció, aunque mostrando abiertamente su decepción, porque le gustaba estar entre señoritas tan refinadas como ellas.

Una vez a solas, Paulina le contó a Mar todo lo que recordaba de la noche anterior, sin omitir nada, incluso lo mal que se sentía desde que se había levantado esa mañana. Mar la escuchó sin interrupciones, con toda su retahíla de «Dios mío» y «Virgen Santa», con todas sus expresiones de terror y todas las incógnitas que se abrían ante ellas después de semejante descubrimiento.

Ni en sus más exageradas predicciones habría concebido Mar algo tan truculento y macabro. Sabía que Frisia era una mujer sin escrúpulos y que las habladurías nacían siempre de una sospecha, pero nunca habría creído que su maldad fuera tan grande.

Se puso de pie y se acercó a la balaustrada para apoyarse en ella, mirando al jardín.

—Intuía que algo extraño estaba sucediendo —murmuró de espaldas a ella—. No hay más que ver a don Pedro. Pero lo que cuentas va más allá de todo lo imaginable.

—Es horrible, lo sé, pero no sé qué podemos hacer.

—Corriste un gran riesgo. No... no entiendo por qué Víctor no me dijo nada. ¿Acaso no confía en mí?

—No importa, te lo estoy contando yo ahora. Y tenemos que...

Mar se volvió hacia ella con un gesto brusco.

—¡Sí importa! Sabe lo que significa para mí poder ayudar a esta gente. ¡No entiendo cómo pudo guardarse algo así!

Era la primera vez que Mar se alteraba tanto delante de Paulina. La había conocido triste y decaída por la muerte de su madre, pero nunca la había visto perder la compostura de esa forma. Sus fosas nasales aleteaban y parecía haber perdido cualquier vestigio de serenidad. Percibió en el gesto afligido de Mar una decepción que iba más allá de las obligaciones a las que se debía.

Paulina se levantó del sillón con un gesto demasiado brusco. Mar la vio tambalearse. Estaba tan pálida que supo que iba a desmayarse y estiró los brazos a tiempo de sujetarla. Después la dejó sobre el sillón de mimbre y entró a buscar a su padre.

Sobre la cama de Mar, Justino examinó con el ceño fruncido a la joven.

—Tiene las pupilas dilatadas y el pulso acelerado.

—A don Pedro le ocurre lo mismo. Vi sus ojos al día siguiente de llegar.

—Qué extraño.

Mamita entró con una jofaina llena de agua. Mar le refrescó el rostro a Paulina y su padre le puso bajo la nariz un frasquito con sales de amoniaco.

Solita observaba desde el quicio de la puerta.

—¿Se va *morí*? —preguntó, con la mano apretada en un puño junto a la boca.

—¡Salga *usté* de aquí, bibijagua! —le dijo Mamita mientras regresaba a la cocina, llevándosela agarrada de una oreja.

Paulina comenzó a recuperar el sentido.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

—Se ha desmayado —le dijo Justino—. ¿Se encuentra mejor?

—No estoy segura.

—¿Ve usted doble?

—No, señor, veo bien, pero me sigue doliendo mucho la cabeza.

Mar miró a su padre con cara de preocupación. Él la sujetó de un brazo y se la llevó a una esquina.

—Es posible que la jaqueca intensa le provoque esa dilatación en las pupilas, pero es poco habitual. Le daré algo para el dolor y la veré mañana en la consulta. Acompáñala a la casa grande, que os lleve Ariel en la volanta, no quiero que se fatigue caminando.

El calmante que le administró Justino le hizo efecto a Paulina enseguida. Ariel llevó la volanta junto a la casa y las dos se subieron a ella. Ya era de noche. Las luces de gas del batey permanecían encendidas y producían sombras alargadas en todas partes. El carabalí condujo despacio la volanta para evitar en la medida de lo posible el movimiento del carruaje. Por el camino, Paulina no mostró ganas de hablar.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Mar.

—Sí, gracias.

—Mi padre quiere verte mañana en la consulta. No te olvides de acudir.

—No me olvidaré.

—¿Quieres que te acompañe hasta tu cuarto?

—No es necesario, puedo ir sola.

—Está bien.

En los jardines de la casa grande, los criados recogían los restos del banquete bajo la luz de las lámparas. Vieron a Diego, borracho como una cuba, enzarzado en una discusión con otro hombre tan ebrio como él, los dos con vasos de licor en las manos y cigarros en los labios. Mar pensó en Basi esperándolo en casa, y no pudo evitar que se le contrajera el estómago. Diego se apartó de su compadre un momento. Mar creyó que se disponía a marcharse, pero solo se retiró para vomitar el diablo sobre un parterre. Después se limpió la boca con el puño de la camisa y volvió junto al otro tipo para seguir con su perorata, poniéndole una mano sobre el hombro.

Ariel acompañó a Paulina hasta la puerta. Cuando volvió a subirse al caballo, Mar le pidió que la llevara a casa de Diego, aprovechando que él no estaba allí ni se le esperaba pronto.

Diego residía en una casa que estaba a continuación de la del mayoral Guillermo y que era idéntica a la de este, ambas más sencillas que la del maestro, pero igualmente buenas viviendas. El jardín delantero solo tenía un arbusto sin flores y una palmera, y parecía vacío, tan desolado como el alma de su inquilino.

Desde la volanta, y a falta de obstáculos que interrumpieran la visión, Mar vio a Basi tras la ventana, envuelta en la luz ambarina, moviéndose de un lado a otro. Aún llevaba puesta la ropa elegante de la boda. Mar hizo amago de bajarse del carruaje para ir a saludarla, pero se detuvo porque la vio sonreír mientras conversaba con su

criada. ¿Qué iba a decirle? ¿Que su esposo estaba borracho entre los restos del banquete? Tal vez lo sabía. Tal vez por eso había regresado a casa sola. Y, con todo ello, no parecía triste.

Prefirió no inmiscuirse. La echaba de menos y las entrañas le decían que debía apartarla de ese hombre. Pero se veía incapaz de disimularlo.

—Volvamos a casa, Ariel.

—A sus *óddenes*, niña.

CAPÍTULO 30

El lunes por la mañana, Mar y su padre desayunaron juntos. Sobre la mesa, cubierta por un mantel bordado con pequeñas flores rojas, había dispuestas tazas de porcelana blanca. Pan, mantequilla, mermelada y zumo de naranja, huevos fritos y una fuente con papayas, mangos y mameyes. Comieron en silencio, oyendo de fondo el ruido que hacía Mamita en la cocina y el tictac del reloj de pared que presidía como un celador la sala de estar.

Mar había evitado contarle a su padre lo que había averiguado sobre Frisia. Temía que, al enterarse de las acciones secretas de la patrona, su repulsa fuera tan grande que quisiera marcharse de la hacienda sin demora. Ella no había podido dejar de pensar en su macabro comportamiento y había dormido mal, aunque la cabeza también se le iba con frecuencia al inminente enlace entre Víctor y Paulina. Mamita se lo había contado esa mañana. La noticia se había extendido por todas partes.

—Me alegro por esa chica —dijo su padre—. El maestro parece un buen hombre.

A Mar el alma le dio un vuelco. Vio tambalearse ante ella la vida que tan minuciosamente había planeado a lo largo de los años. La base en la que se apoyaba su integridad se sacudió, y los pilares que la sostenían fueron perdiendo resistencia con cada golpe de verdad, con cada brillo de certeza.

Si hubiera conocido a Víctor en otras circunstancias, tal vez...

Mientras se llevaba un trozo de huevo a la boca, espantó esos pensamientos como si fueran un mal contagioso. Ella había renunciado a esa clase de vida para dedicarse a lo que más quería. Y, sin embargo, cuando se imaginaba siendo la esposa de Víctor y compartiendo la vida con él, sentía una extraña simiente de emoción que le remecía todo el cuerpo. Él era como el caleidoscopio que le había regalado su padre a los diez años. Ningún otro juguete había producido en ella el mismo efecto, porque cada vez que se asomaba a

su ojo redondo la imagen que albergaba en su interior se multiplicaba de forma simétrica. Mirar dentro era siempre una constante emoción.

De igual modo se sentía cuando veía a Víctor.

Por su mente desfiló un pensamiento perverso que no logró desterrar a tiempo: «Tal vez ocurra algo y la boda no llegue a celebrarse».

Los dientes de Mar rechinaron al apretar la mandíbula, y las palabras de Víctor se presentaron raudas en su conciencia: «Todos llevamos a cuestas nuestra porción de oscuridad».

Ella acababa de descubrir la suya. Y le disgustaba profundamente darse cuenta de que, dentro de la bondad, existía siempre una parcela de egoísmo insuperable, una búsqueda del bienestar individual que activaba los instintos más bajos de las personas. Eran esas necesidades del alma las que volvían esclavos a hombres y mujeres. «No hay adversidad que frene con más violencia la vida que la pérdida de un ser querido o el fantasma de un amor —le había dicho su madre—. Somos capaces de aprender a vivir con la primera, pero la segunda puede lastrar nuestro ánimo hasta el fin de nuestra existencia.»

Mar dejó de comer. Posó el tenedor en el plato y tragó lo que tenía en la boca como si fuera una piedra.

—¿Qué sueñas, hija? —le preguntó su padre al verla obnubilada mirando al plato.

Ella alzó la vista.

—No es nada. Solo estoy cansada.

—Pues es la primera vez que te veo tan ensimismada. ¿Has conocido a algún hombre?

Mar sonrió mientras se reactivaba y se terminaba el huevo.

—He conocido a un puñado de ellos desde que llegamos.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No me haga caso. Es el calor de este lugar, que me tiene en un continuo sofoco.

Mientras su padre organizaba el maletín, Mar ayudó a Mamita a recoger la mesa. Después entró en su dormitorio para tomar un pañuelo con el que recogerse el cabello para trabajar. Sobre la silla que estaba arrimada a la pared vio el sombrero de Ariel. Como aún faltaba media hora para que dieran las ocho, lo cogió y salió de casa con la intención de devolvérselo.

Cruzó el jardín lateral percibiendo en el aire matutino el suave

aroma de las clavellinas cubanas, tan delicado y agradable que decidió que le diría a Ariel que le cortara un ramo para ponerlo en un jarrón. Una malvarrosa la inundó con su fragancia al pasar junto a ella, una planta que tenía la cualidad de exhibir flores blancas por la mañana y encarnadas por la tarde. Aspiró profundamente ese aroma, pero entonces le llegó a la garganta un ligero regusto a tierra quemada. El incendio que había castigado a los colonos aún se percibía en el aire.

Con un suspiro profundo llegó a la huerta que compartían con Ariel y Mamita. Las gallinas empezaban a salir del corral con las primeras luces del día. Los gallos cantaban. El cerdo gruñía en su pocilga cerrada con talanquera. Al otro lado del terreno sembrado, Mar descubrió a Ariel de espaldas a ella, lavándose frente a la cabaña. Tenía el torso desnudo y se lo frotaba con un paño que mojaba en una palangana que estaba sobre una tabla sostenida por dos troncos de árbol. Ni siquiera se dio cuenta de su presencia.

Cuando estaba a punto de alcanzarlo, Mar se detuvo en seco y se quedó mirando fijamente la espalda de su criado carabalí. En su piel aparecían terribles cicatrices en forma de media luna. Se distinguían claramente en las crestas deformes, de un tono más pálido que la piel sana, que había dejado la carne abierta y vuelta a cerrar sin sutura.

—¿Quién le hizo eso?

Ariel se sobresaltó al oír la inesperada voz detrás de él. La palangana cayó al suelo y el agua le salpicó los pantalones. Se dio la vuelta, sorprendido, y encontró a Mar sujetando el sombrero, con el rostro desfigurado en una mueca de horror.

El hombre cogió la camisa que descansaba sobre la tabla y se la puso sin secarse la humedad del cuerpo.

—¿Quién se lo hizo? —insistió Mar.

En vez de contestar, Ariel se dirigió a la cabaña a grandes zancadas. Mar lo siguió.

—Fue el hijo de don Pedro, ¿verdad? ¡Fue ese niño!

Él estaba a punto de subir los peldaños de madera que separaban la cabaña del suelo cuando se giró hacia ella.

Mar se detuvo y preguntó de nuevo, con la mandíbula tensa.

—¿Fue él?

Ariel la miró un instante más, con un destello de furia alterando sus facciones, usualmente apacibles. De pronto ya no era el doméstico que años antes había sido esclavo, que bajaba la cabeza y apenas se

atrevía a mirar a los ojos a los blancos. Era un guerrero africano, de aventajada estatura y músculos poderosos. Mar no podía imaginarlo arrodillado en el suelo, dejándose azotar por Pedrito.

Él la miraba con los ojos desorbitados y la boca apretada.

Entonces Mar lo vio venírsele encima, convertido en un mambí dispuesto a enfrentarse al mismo infierno si era necesario para recuperar la dignidad que el hijo de la patrona le había arrancado a golpes. Mar dio un paso hacia atrás y luego otro, hasta que tropezó con el tronco de un pequeño árbol. El aliento se le escapaba a borbotones de la boca.

Ariel se detuvo frente a ella, con las gotas de agua resbalándole por el pelo y por la piel. En el rostro, una expresión para la que Mar no halló nombre.

—Algún día ella va a *pagá* —le dijo en un susurro.

El carabalí le cogió el sombrero de la mano y le dio la espalda para alejarse, con la cabeza erguida y el paso firme. Mar se quedó allí un rato más, tratando de recuperar la respiración y la compostura. Hasta entonces, Ariel le había parecido un hombre tranquilo y servicial, y había sentido que podía confiar en él, incluso se había enfrentado a Diego Camblor porque ella se lo había pedido, sin pensar en las consecuencias. Pero, en aquel momento, supo que bajo la fiel servidumbre latía un corazón herido y humillado.

Regresó a casa en cuanto se calmó lo suficiente; ya era completamente de día. Su padre la estaba esperando, pero ella se fue directa a la cocina en busca de Mamita.

—Hija, ¿no querrás llegar tarde el primer día?

Ni siquiera lo oyó.

Al verla aparecer en la cocina con el semblante descompuesto, Mamita se asustó.

—¿Qué es lo que *usté* tiene, niña? ¿*Poqqué* trae esa cara de tranca?

Con la respiración acelerada y espoleada por un sentimiento de impotencia, Mar no fue capaz de contestarle.

Por todo el batey se había corrido la voz de que el doctor pasaría consulta esa mañana en el dispensario, de modo que, cuando Justino y Mar llegaron a las instalaciones, ya había seis pacientes esperando.

—Está claro que vienen a verlo a usted —le dijo Rafael al doctor, a modo de bienvenida.

A Justino le sorprendió lo bien aprovisionada que estaba la botica para preparar fórmulas magistrales: morteros de mármol, pesas y balanzas, embudos, vasos, botellitas, estameña para las filtraciones, escarificadores, lancetas... Y, en cuanto a medicamentos, había desde sudoríficos hasta antiespasmódicos. Del mismo modo que había hecho Mar, Justino se había quedado un rato examinando los vaporizadores Lister, y cuando salió de allí para dirigirse a la consulta lo hizo convencido de que podría ejercer la profesión con mayor eficacia de la que había previsto. Era indiscutible que el dinero no resultaba un problema para adquirir medicinas, que eran enviadas directamente desde las mejores farmacias de La Habana.

En la consulta, un letrero de gran tamaño escrito con buena caligrafía informaba sobre las plantas de la isla que se utilizaban para curar, como la salvia cimarrona, el guayacán, el quimbombó o el picapica, cuya pelusilla se utilizaba como vomitivo mezclada con sirope.

Esa mañana, el doctor tuvo tiempo de atender a todos los pacientes, que relataron estar aquejados de males diversos, aunque le sorprendió descubrir que había uno en particular que se repetía con incómoda frecuencia. Mar y Rafael se encargaron de preparar en la botica las recetas para ese día, iluminados por los grandes ventanales de medio punto que dejaban pasar el sol a esas horas.

A media mañana llegó Frisia acompañada de Paulina. La joven estaba lívida como un muerto. A duras penas disimulaba la incomodidad que le producía la garra de Frisia sobre su antebrazo. La patrona le dijo que se sentase en un banco del porche y Orígenes se quedó de pie a su lado, como un carcelero que vigila a su preso.

Frisia se dirigió a la consulta del doctor. Llegó cuando ya se iban los dos últimos pacientes, un hombre y su esposa, a los que saludó de forma cordial.

—No sabía que había tantos enfermos en la hacienda —le dijo Frisia al doctor cuando se sentó en la silla, frente a su mesa—. ¿De dónde han salido? ¿O es que se han puesto enfermos todos al mismo tiempo?

Justino se fijó en los lentes tintados de Frisia, y le preguntó si tenía algún problema en la vista.

—Es para proteger los ojos del sol, doctor. Están muy de moda en París y Londres. La luz del trópico no es como la de Europa, ya se habrá dado cuenta. Debería encargar unos.

—No sé de qué me servirían aquí dentro. Y, en cuanto a mis pacientes, supongo que esperaban a que pudiera examinarlos un médico, no un hombre sin conocimientos en medicina moderna.

—Es lo que hay, doctor. Pero, por suerte, ya lo tenemos a usted recuperado. ¿Qué tal la mañana? ¿Cómo andan de salud mis hombres?

Justino respiró profundamente antes de responder:

—Tengo una noticia buena y una mala, Frisia.

La patrona se echó hacia atrás en la silla y lo miró con suspicacia.

—Empecemos por la buena.

—Sus hombres tienen unas bocas muy sanas.

—Es porque mascan caña, doctor. Y usted debería empezar a hacerlo, es más eficiente que esos aglomerados de canela, quina y polvo de clavos. Y encima es dulce. Con la caña de azúcar no se pica ni un diente. Seguro que no lo sabía usted. Ahora dígame la mala.

—Gonorrea.

—¿Qué significa eso?

—Que hoy he atendido a doce pacientes, y cinco de ellos padecen gonorrea, una enfermedad venérea.

Frisia no alcanzaba a comprender del todo.

—De modo que de dientes van bien y de venas van mal. Seguro que lo arreglan unas sangrías...

—No, señora. *Venérea* no alude a las venas, sino al trato sexual.

—Ah. —Frisia lo meditó un momento y después sonrió, como si hubiera decidido que tampoco era para tanto—. Doctor, guarde sus fuerzas para los meses de calor. En esa época las miasmas de los manglares se desprenden de su lecho y se esparcen por todas partes, con sus pequeños jejenes y zancudos, y no podrá hacer nada para librarse de ellos, salvo rociarse el cuerpo con aguardiente de caña y poner a un negro a que le abanique. ¿Por qué cree que les hice cruzar el océano en pleno invierno? Para darles tiempo a aclimatarse, porque cuando llegue el verano y con él la fiebre amarilla, que todos los europeos acaban sufriendo, la gonorrea le parecerá un mal muy pequeñito.

El doctor la miró un momento en silencio, asimilando lo que había dicho.

—Insisto en que debería imponer normas a sus trabajadores.

—¿Qué normas voy a ponerles? Están aquí solos, sin mujeres. Y ya ve lo que ocurrió en Colombres, nuestros paisanos no están dispuestos a dejar venir a sus hijas, las consigo a cuentagotas. ¿Cómo quiere que tenga aquí a tantos hombres deslomándose de la mañana a la noche sin ningún desahogo? Se morirían, o, peor aún, acabarían matándose. Además, la culpa es de los negros, que se prestan las mujeres y los hombres, y no les importa ni les causa apuro, al contrario, lo hacen con la mayor armonía.

—Entonces debería usted prohibir que sus hombres practiquen el coito con ellas.

—Volvemos al mismo nudo de antes, doctor. Ya le dije que no hay suficientes mujeres para tantos hombres, ya sean blancas, chinas, negras o mulatas. Y si estableciera las prohibiciones que usted menciona, se acabarían marchando todos a otras haciendas más permisivas. Lo que tiene que hacer usted es curarlos cuando le vengan quejándose, para eso lo hemos contratado.

—Al menos debería advertirles a los hombres casados que el mal que sufren se lo transmiten a sus esposas, que ninguna culpa tienen de las incontinencias de sus maridos.

—Eso se lo dejo a usted. Ponga un letrero a la entrada de la consulta.

—Lo haré. Ah, y me gustaría examinar a su esposo.

—¿A Pedro? ¿Y eso por qué?

—¿No le ha notado las pupilas dilatadas?

—A mi esposo ya lo examinaron varios médicos, doctor, y todos arrojaron el mismo diagnóstico. En pocas palabras: estado de debilidad mental. No le haré pasar otra vez por lo mismo. Unos días está mejor que otros, pero ya lo he asimilado, el hombre que fue hace años se asoma a ratos a su conciencia, pero la mayor parte del tiempo vive inmerso en sus delirios.

Antes de marcharse, Frisia le pidió al doctor, a Rafael y a Mar que salieran al porche. Allí fuera los esperaba un retratista con el armazón de su máquina, dispuesto a inmortalizar la primera jornada de vida del dispensario. Mar se colocó en medio de los dos hombres y, un fogonazo más tarde, volvieron a sus tareas.

Mientras preparaba los remedios de ese día con Rafael, Mar sintió curiosidad por cómo había sido la anterior guerra.

—Mejor no quiera saberlo, señorita Mar.

—¿Usted también cree que pronto habrá otra contienda?

—Llevo oyendo lo mismo desde que terminó la anterior hace quince años. Y, sinceramente, espero que se equivoquen. Ahora se habla de la Guerra Necesaria con mucha pompa: en los periódicos, en los mítines de la capital. No la creería posible si los norteamericanos no estuvieran allanando el terreno para intervenir. Es un secreto a voces que quieren la isla, y en sus periódicos no dejan de hablar de lo malos que somos los españoles y de lo oprimidos que están los negros en Cuba. Como si sus negros vivieran mejor que los nuestros. Por no mencionar a sus indios. Desde el final de la guerra civil estadounidense, Norteamérica progresa adecuadamente en su afán de mostrar lo civilizados que son mientras sus Gobiernos se debaten entre domesticar a las razas inferiores de su territorio o luchar con ellos hasta aniquilarlos. La opinión pública de ese país apoya a los pobres insurrectos cubanos mientras condena a los que se atreven a alzar la voz en su propia casa. Pura hipocresía, ¿no cree?

—Política de subsistencia, diría yo.

—Si los norteamericanos quieren Cuba, y la quieren, tarde o temprano la tendrán. Un viejo imperio agoniza y uno joven acaba de nacer. Y así se construye la historia.

—¿Tiene usted familia?

—Esposa y tres hijos adultos. Están en Santa Clara. En cuanto acabe la zafra, volveré a casa.

Poco después, Mar salió al porche a esperar a su padre. Allí encontró a Paulina sentada en el banco. La joven se puso en pie nada más verla.

—Te estaba esperando —le dijo.

—¿Ya te ha atendido mi padre?

—Sí. Dice que estoy bien, que mis pupilas ya no están dilatadas.

—Tal vez fue la jaqueca.

—Sí, tal vez. —Agachó la cabeza, indecisa—. Yo... quería decirte que...

—¿Que Víctor y tú os casaréis el domingo? —Paulina alzó la mirada hacia ella—. Sí, lo sé. En realidad, ya lo sabe todo el mundo. Me alegro por ti.

Paulina entornó los ojos.

—No es cierto.

La conversación se vio interrumpida por un estallido de gritos muy cerca de allí. Paulina comenzó a hablar de nuevo, pero Mar la interrumpió con un gesto. Eran gritos infantiles, una pelea, una encarnizada discusión o algo semejante. Se quedaron en silencio y volvieron a oír nuevos gritos desesperados.

—¿Qué pasa ahí? —dijo Mar bajando la escalera del dispensario para dirigirse a los jardines de la casa grande.

Paulina se volvió hacia la puerta donde se encontraba Orígenes. Frisia estaba saliendo y no se atrevió a seguir a Mar.

Un nuevo grito envuelto en llanto hizo que Mar se diera prisa.

Al llegar a los jardines atravesó las piezas de césped verde, dejó atrás parterres en flor y esquivó los troncos de las palmeras. Los gritos y el llanto eran cada vez más desesperados y cobraban intensidad. Estaba cerca, pero no podía ver nada debido a la masa de vegetación exuberante que había por todas partes. Un nuevo grito le indicó la dirección y entonces oyó las voces de más niños. Risas. Burlas. Tuvo un mal presentimiento. No había avanzado mucho cuando vio al grupo al otro lado de una gruesa magnolia. Llegó hasta donde estaban y soltó el aire como si le hubieran apretado los pulmones.

—¡Dejadla!

CAPÍTULO 31

Solita estaba arrinconada por tres niños mayores que ella, uno de los cuales era Pedrito. Mientras uno la sujetaba de un brazo, otro le alzaba el vestido para que Pedrito pudiera golpearla con un palo en las nalgas desnudas. Solita gritaba de dolor ante la mirada impotente de un jardinero que sujetaba una carretilla de madera cargada con restos de vegetación. El hombre tenía el rostro crispado, pero era evidente que no pensaba intervenir.

Mar pensó que después de haberles gritado soltarían a Solita y saldrían corriendo. Pero no lo hicieron, y Pedrito siguió golpeándola.

Mar se acercó a él, le arrebató el palo de las manos y lo alzó por encima de su cabeza, dispuesta a descargarlo sobre él. Los otros dos niños salieron corriendo. Pedrito se cubrió la cabeza con las manos. Mar sostuvo el palo en alto, con los dientes apretados y la mano temblando debido al esfuerzo que hacía para contenerse.

—No vuelvas a tocarla o...

Pedrito se dio cuenta de que la hija del doctor no lo golpearía. Entonces se irguió y se la quedó mirando.

—¿O qué?

Mar vio en sus ojos una crueldad insólita en un muchacho de doce años.

—Te sientes muy valiente golpeando a una niña pequeña, ¿verdad?

Pedrito no le respondió. Se limitó a sonreír. Fue la sonrisa más siniestra que ella había visto nunca. Mar imaginó al chico, de mofletes colorados y redondos, castigando a Ariel con su fusta y se le revolvió el estómago. Solita había corrido a agarrarse a sus piernas, llorando de dolor y ocultando el rostro entre los pliegues de su falda, como si no ver a Pedrito equivaliera a hacerlo desaparecer. Pero no, Pedrito seguía allí, envuelto en la oscuridad del hombre cruel en el que estaba destinado a convertirse.

Mar no podía dejar que se fuera sin una reprimenda a la medida

de su tropelía.

—Algún día alguien te devolverá los golpes, y tal vez no tengas a nadie que te defienda.

Pedrito no dejó de sonreír, pero Mar se dio cuenta de que su mirada se centraba en un punto cercano a ella, a su espalda. Mar se volvió y descubrió a Frisia y a Paulina a solo unos pasos, custodiadas por Orígenes. Frisia se aproximó, con la mirada tan desquiciada como la del niño.

—Jamás vuelvas a hablarle así a mi hijo —le susurró muy cerca del oído, con verdadera inquina—. O juro por Dios que te lo haré pagar.

Mar jadeaba y apretaba los puños. Advirtió que Paulina la miraba aterrorizada, negando ligeramente con la cabeza para que no dijera nada más. Entonces Orígenes se acercó a Mar, la sujetó con violencia de un brazo y, con la otra mano, quiso arrebatarle el palo del niño. Ella se revolvió y abofeteó al doméstico en la cara con todas sus fuerzas, aunque para hacerlo tuvo que ponerse de puntillas.

El golpe ni siquiera le torció el gesto al criado, pero en sus ojos vio aglutinarse todas las maldiciones de sus antepasados. Era un hombre que no estaba acostumbrado a humillaciones, y era probable que los demás domésticos tuvieran que rendirle pleitesía. Mar estaba segura de que no olvidaría esa afrenta.

En medio de la confusión, fue Pedrito quien se acercó a Mar y le arrebato el palo de la mano. El chico aún no era tan alto como ella, pero le faltaba poco. Uno o dos años más y tendría el cuerpo de un hombre. Frisia la miró con severo desprecio antes de dar media vuelta para marcharse. La cara de Paulina era en esos momentos una imagen desfigurada y llena de miedo.

Mar le frotó la espalda a Solita para consolarla. Luego se agachó y quedó a su altura. La niña aún hipaba mientras se limpiaba las lágrimas.

—Niña Mar *dise* que cuida de Solita —le dijo con un hilo de voz, evitando mirarla.

La acusación estuvo a punto de derrumbarla.

—Lo siento. —En los ojos de Mar había lágrimas de impotencia. Quería abrazarla, pero intuía miradas apostadas desde todos los flancos y temió que no se entendiera su gesto—. Lo siento muchísimo, no dejaré que vuelva a ocurrir. ¿Me crees?

Solita negó con la cabeza.

—Pues a partir de ahora estarás siempre conmigo. Vaya a donde vaya te quedarás cerca de mí, ¿me oyes? Dormirás en nuestra casa, ¿quieres?

La niña dejó de gimotear y la miró, con los ojos húmedos, muy abiertos.

—¿De *veddá*?

—De verdad.

Cuando llegaron a casa, Mar colocó a Solita sobre sus rodillas para lavarle los rasguños en la piel. En las nalgas de la chiquilla comenzaban a florecer los cardenales provocados por los golpes. Al levantarle el harapo que llevaba por vestido, vio que en su espalda también había vestigios de cardenales idénticos a los que le había visto en los brazos el primer día.

—¿Esto también te lo hizo Pedrito? —le preguntó mientras aún la tenía boca abajo.

—Sí, niña Mar, me pegó con una tusa de maíz.

Mar se fijó en que Mamita ponía los brazos en jarra, y que sus mofletes se hinchaban a la par que se le abrían los ojos.

—Muchacho zangón... Es tan molesto como guasasa en culo de perro.

Esa misma tarde, Ariel las llevó en calesa al colmado. Mar apenas se atrevió a mirar al carabalí a los ojos. Temía que la buena relación que había entre ellos se hubiera resentido tras haber descubierto su dramática experiencia. Pero Ariel volvía a ser el mismo de siempre, como si ese episodio no hubiera ocurrido nunca.

Para Solita, aquel fue su primer viaje en carruaje, y no dejó de sonreír en todo el trayecto, pese a que el trasero le escocía al contacto con el mullido *strapontin*. Desde allí arriba todo le parecía distinto. Las palmeras no eran tan altas y no tenía que echar el cuello hacia atrás para mirar a los ojos de la gente. Se sintió más importante que nunca. Llevaba en el pecho una emoción a la que no sabía poner nombre, pero que tenía que ver con la felicidad. Solita imaginó que era una señorita de una familia importante, y que Mar era su mamita, que la llevaba al *colmao* para comprarle todo cuanto necesitase. Ese sentimiento de plenitud le hizo abrir los brazos, cerrar los ojos y

respirar con ansia el olor a tierra madura que brotó del suelo cuando dejaron atrás el batey.

—¡Mire, niña Mar, *ettoy* volando!

Al verla tan contenta, Mar se echó a reír.

El colmado era una tienda en la que había un poco de todo. Allí, un gallego pelirrojo con aspecto de sabérselas todas le dijo a Mar que no tenía vestidos para Solita, porque las negras se los confeccionaban a sus hijas con las telas que les cambiaban a los turcos por sus viandas. Mar le preguntó si tenía vestidos para las niñas blancas. El hombre asintió con un gesto, pero no se movió del mostrador.

—¿Puedo verlos?

—¿Para ella?

—Para quien sea.

El gallego se rascó el pelo rojizo y rizado. Se metió en la trastienda y volvió a salir con dos modelos de vestido: uno blanco y liso, y el otro de raso azul cielo, con pequeñas flores rojas bordadas en el bajo, en el cuello y en las mangas. A Solita este último le pareció lo más hermoso que había visto en su vida. A Mar no le hizo falta que se lo dijera, con ver su cara fue suficiente.

—Nos quedamos el azul.

La niña le hizo un gesto a Mar para que se agachara.

—Una *sinta tersiopelo* —le susurró al oído, con un dedo en la boca, mirando al suelo, como si le diera vergüenza pedirlo.

Mar volvió a erguirse y le preguntó al hombre si tenían lazos de terciopelo azul oscuro.

—No, señora, solo los tengo rojos.

La niña sonrió y Mar le hizo un gesto de conformidad al hombre.

—Nos sirve.

También le pidió al gallego una dormilona para la niña y unos calzones.

—Le va a costar a usted que se ponga todo esto —le dijo—. Prefieren ir con el culo al aire, así es más fácil soltar en el campo lo que le sobra al cuerpo. Se limpian el fotingo con escoba amarga y a seguir trabajando. No gaste su dinero.

—Me lo llevaré de todos modos.

El gallego encogió los hombros y envolvió las prendas en papel de estraza.

Al salir, Mar se fijó en una mujer que descendía de una volanta

frente a la tienda, asistida por un solícito calesero. Reparó primero en sus zapatos, de brillante seda verde, adornados con un gracioso pompón negro sobre el empeine. Al bajarse del carruaje, sin demasiada precaución o costumbre, la mujer dejó a la vista las medias de seda calada que, a buen seguro, debían de aumentarle el sofoco que le estarían produciendo los faldones rígidos y abultados que evidenciaban su buena posición social. La chaquetilla verde brillante de seda, a juego con la falda, también le pareció a Mar excesiva para el asfixiante clima tropical. Blusa blanca de encaje y detalles de terciopelo en el cuello, cinturón de galón cuadriculado, que se le clavaba en las carnes de la cintura, y sombrero de crin adornado con un grupo de plumas. Iba compuesta como un figurín de las revistas de moda.

No fue hasta que reparó en su rostro cuando la reconoció.

—¡Basi!

—¿Cómo está, señorita? —dijo la mujer, un poco cohibida.

Durante unos segundos, ninguna de las dos arrancó a hablar y solo se miraron, como si no supieran qué decirse o como si, de pronto, fueran unas desconocidas.

—Te echo de menos —dijo Mar, al fin.

—Y yo a ustedes, señorita. Yo pensé... Bueno, pensé que vendría a verme.

—Sabes que no es por ti —se apresuró a responder Mar—. Pero dime: ¿estás bien? Quiero decir, ¿te trata bien?

Basi sonrió. Alzó la mano en la que llevaba un abanico y se miró de arriba abajo.

—¿No me ve? Hay tanta ropa en mi armario que no tendré vida para ponérmela toda. Pero a Diego le gusta que vista así.

—No me refiero a eso.

—Sé a lo que se refiere. Pero no debe preocuparse, señorita. Diego me quiere y está haciendo todo lo posible para que me sienta bien.

Mar recordó a Diego vomitando en el parterre y lo dudó mucho. Por eso tardó un momento en contestar, el tiempo que le llevó tragarse lo que acababa de oír.

—¿Por qué no vienes un día a casa? Por la tarde...

—Mañana iré con Diego a la casa grande. Frisia nos ha invitado a café tras el almuerzo. ¿Vendrá usted?

—No, Basi. No creo que a Frisia le agrade verme. Y, si te soy sincera, yo tampoco quiero verla más de lo necesario.

—¿Ha ocurrido algo?

Unas pocas frases bastaron para explicarle lo sucedido con Pedrito.

—Son cosas de chiquillos...

—No, Basi. Hay una maldad peligrosa en ese chico. Lo vi en sus ojos. Creo que sería capaz de cualquier cosa.

Basi bajó el tono de voz.

—Seguramente no es culpa suya. Ya sabe cómo es su madre.

Mar suspiró, pensando que le parecía injusto que siempre se culpara a las madres por el mal comportamiento de los hijos, aunque debía admitir que, en el caso de Pedrito, tener una madre como Frisia no ayudaba mucho.

Antes de marcharse, Mar le dio un corto abrazo. Después ella y Solita se subieron a la volanta.

Mientras volvían a casa se encontraron con cinco carretones tirados por mulas de gran alzada que se dirigían a la casa grande. Dentro iban campesinos; guajiros y colonos, con todas sus pertenencias a cuestas y un buen puñado de chiquillos. En algunas de sus ropas aún se distinguían restos de hollín. Mar se fijó en sus caras. Reflejaban una hostilidad contenida que daba miedo.

—¿Vienen a vender? —le preguntó a Ariel.

Mientras rebasaban a trote ligero aquella caravana de desdichados, no pudieron dejar de contemplarlos.

—A eso mismo vienen, niña.

—¿Qué harán ahora?

—Irse a otro *lugá*.

Con un golpe de las riendas, Ariel arreó el caballo y pronto los dejaron atrás. Sin embargo, a Mar no le resultó sencillo olvidarse de ellos. Iba pensando en aquellos desgraciados cuando volvieron a entrar en el batey. Ariel tiró de las riendas para que el caballo redujera la marcha y las ruedas no levantaran demasiado polvo. Cuando estaban llegando a la casa grande, descubrieron a lo lejos a Pedrito apoyado en el tronco de un árbol, junto a otro muchacho. El caballo las iba acercando a ellos con paso tranquilo, y cuanto más cerca estaban, más se removían ellas en el asiento de la volanta. Mar maldijo al chico para sus adentros por ser capaz de alterarla de ese

modo.

Le cogió la mano a Solita.

La niña la miró, inquieta.

—Tengo sed.

—Ahora tienes que esperar, y no mires a Pedrito.

El caballo siguió avanzando. Mar notó que la mano de la niña comenzaba a sudar.

—Los dejaremos atrás pronto, no te preocupes.

Solita volvió a mirarla. Su niña Mar mantenía la espalda recta y la mirada inexpresiva al frente. Ella intentó imitarla. Enderezó el cuerpo, alzó la barbilla y miró la montura de Ariel, aunque notaba la boca seca como *tropajo*.

Al llegar junto a los chicos, Mar vio con el rabillo del ojo que estaban sacando punta a unas estacas de madera con una navaja afilada. Ella conocía el juego de los romos, que consistía en lanzar las estacas para clavarlas en la tierra o en el césped, tratando de derribar la del contrario.

Tan pronto los rebasaron, les llovió encima de la capota un puñado de tierra. Entonces, sin poder contenerse, la niña asomó la cabeza por el lateral de la volanta, miró hacia atrás y les sacó la lengua a los chicos.

Mar la miró estupefacta.

—Por el amor de Dios, ¿qué haces?

La sujetó de los hombros y la enderezó en el asiento. Solita sonreía. Mar soltó un bufido.

—¿Te vio?

El silencio de la chiquilla le produjo un escalofrío.

Cuando llegaron a casa, Mar le dijo a Mamita que la niña se instalaría en la habitación que había ocupado Basi, y que la avisara si se le ocurría ir sola a algún sitio.

—¿Me oyes? —le dijo a la pequeña—. No quiero que vayas sola a ninguna parte.

CAPÍTULO 32

Una vez que Mamita la bañó entera, Solita se puso los preciosos calzones de seda con lazos y puntillas. Luego se probó el vestido y se olvidó de cuánto le dolía el trasero. Tampoco se quejó cuando la tela de los calzones, por suave que fuera, le rozó las heridas de las nalgas. Notaba el cuerpo raro, pero se sentía importante, como una niña blanca y mimada por su madre. Colocada frente al espejo, se vio tan bonita como un trozo de chocolate envuelto en papel de Navidad. Algo así había dicho el doctor al verla, y no le faltaba razón.

Mientras le hacía unos ajustes al vestido, Mamita pensaba que no era oportuno que la chiquilla se instalara en la casa del doctor. Conocía a esa granujilla muy bien, había sacado el descaro de su madre, sabía más que las bibijaguas y no atendía a *reflexioná*. Al igual que a su madre, le gustaba acaudalarse con los bienes ajenos sin *premiso*, no quería beber agua porque creía que le nacerían guasarapos en la barriga y suplía la falta de líquidos con jugos de las frutas sustraídas de los conucos. Para Mamita, tenerla en la casa significaba más trabajo, pues no obviaba que tendría que pasarse el día vigilándola.

Sin embargo, cuando la vio salir corriendo con el vestido puesto para abrazarse a las faldas de la señorita Mar, pensó que, tal vez, con *premisión del sielo*, aún estaban a tiempo de hacer de ella una buena doméstica.

Esa noche, la niña rodó por la cama de un extremo a otro, quedándose a veces asomada al borde, como encaramada a un precipicio, que tan alta le parecía la cama, mirando al suelo desde las alturas. Si se caía, se haría un chichón, y por eso se acurrucó en el centro, descansando por vez primera la cabeza en una almohada, cerrada en los extremos por hermosos lazos de cintas azules. Entonces aspiró profundamente el intenso olor a limón de las sábanas, blanquísimas y almidonadas. Qué agradable era cerrar los ojos sin el hedor a mono viejo y pollo *mojao* en tránsito hacia lo insufrible que

había en los barracones. A buen seguro que, esa noche, los ángeles y serafines del padrecito *Migué* se le aparecerían en sueños para cantarle *villansicos*.

Antes de dormirse, Mar se sentó a su lado en la cama para hacerle algunas preguntas.

Solita no recordaba a su madre, y a lo único que alcanzaba su memoria era a los tiempos del barracón criollo, con sus quejidos de dolor y de hambre. Allí iban las mujeres a parir a sus criaturas, las sacaban al mundo entre empujones y gritos, y volvían a los campos de caña al día siguiente. En ese barracón había visto nacer Solita a niños de todos los colores, desde el negro más profundo hasta el más lechoso, que de blancos que nacían asustaban a sus madres, quienes achacaban el suceso a hechizos y brujerías.

Cuando Solita tuvo que abandonar el barracón de los niños, le dieron unas chancletas y la llevaron al campo a recoger caña. Entonces corría por el cañaveral esquivando los golpes de los machetes, y recogía los trozos más pequeños para ponerlos en el montón que, más tarde, los niños mayores lanzaban a los carros de bueyes. Como ni padre ni madre tenía, Solita vivía donde podía. Los congos la consideraban mandinga por contagio de su madre, y los mandingas no reconocían en ella los rasgos esbeltos de su etnia, de modo que, la mayor parte del tiempo, Solita seguía yendo al barracón de los criollos a dormir en un rincón.

Su día favorito de la semana era el domingo porque todo el mundo estaba más relajado. Los mayores se despertaban alegres, y no con el moño *virao*, como se levantaban el resto de la semana. Asaban cochinos y tocaban tambores *dende que amanese Dio*. Algunos se pasaban el tiempo bailando y jugando a los bolos. Otros se encomendaban al *mayombe*; ponían una cazuela grande en mitad del patio con patas de gallina dentro y cantaban alrededor. La cazuela también contenía a los santos, aunque Solita nunca los vio, solo veía patas de gallina con sus uñas y todo. A los santos de la religión les pedían por la salud y la armonía entre sus hermanos de nación, y si algún blanco les provocaba algún mal, hacían *enkangues*; echaban tierra de cementerio a la cazuela para que el blanco enfermara o le cayera encima un daño muy grande. A Solita le gustaba dar saltos junto a la cazuela, como a los demás niños, y solo se detenía cuando veía llegar al mayoral Diego y al contramayoral, que entraban en los

barracones para estar con las mujeres. También era el día en que los hombres se pelaban la cabeza con navajas para después ir al arroyo a bañarse. Algunas mujeres iban detrás y se metían en el arroyo con ellos. Los niños se escondían en la espesura y miraban lo que hacían para aprender a ser hombres.

En los campos de caña, Solita vio vicios de todo tipo, que así los llamaba el padre Miguel. Se juntaban negros con negros, blancos con negros, machos con machos y machos con hembras.

Con los chinos no se juntaba nadie. Y no sabían bailar.

A veces llegaban a los barracones los guajiros para negociar tasajo y manteca de cochino a cambio de leche, que llevaban en unas botellitas. Pero los domingos que más disfrutaba Solita eran aquellos en los que llegaban los turcos, que desplegaban en el patio los sacos de cuero que cargaban al hombro. Dentro había todo tipo de tesoros: gruesas telas de rusia, sayuelas blancas, prendas de colores, dormilonas, lonetas, argollas para las orejas... Solita lo miraba todo con los ojos bien abiertos, conformándose con acariciar las telas más brillantes con los dedos sucios cuando no miraba nadie.

El trabajo en el campo le parecía tan cansado que empezó a hacerse la *recostá*, y prefería quedarse en los barracones durmiendo. Esos días no recibía su ración de viandas, tasajo y pan, y por eso se sentía en la obligación de entrar en los conucos a tomar por su cuenta la subsistencia. No quería apropiarse de las viandas de los mandingas, porque eran muy belicosos y ella los consideraba de los suyos, y tampoco quería entrar en los conucos de los congos, porque era la raza de su padre y además embrujaban a la gente, de modo que se metía en los huertos de los carabalíes, que nada tenían que ver con ella. Allí procuraba llenarse la panza con todo lo que podía comerse sin necesidad de pasarlo antes por la cazuela.

Ariel la descubrió con el delito recién inaugurado y la llevó prendida de la oreja hasta Mamita, que a su vez la condujo ante el padre Miguel para ver si podía hacer de ella una buena doméstica.

Al cura le costó un cólico sacarle a los dioses paganos de la cabeza para meterle a los santos católicos, y al final Solita ya no sabía a quién debía rezarle, si a santa Rita o a los orishas yorubas. Con todo ello, y porque quería quitarse de las fatigas de los campos de caña, se esmeró en aprender todas las oraciones que le obligaba a repetir el cura con buen acento castellano. Una vez que hubo aprendido a rezar,

cuando rondaba los nueve años, el padre Miguel la envió a la casa grande para que trabajara a las órdenes de Remedios, la cocinera, quien la puso a desplumar pollos y despejar de bichos las verduras. Fue por entonces cuando tuvo sus primeros encontronazos con Pedrito, que aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para hostigarla. Si Solita se pasaba la mañana limpiando verduras, aparecían después, como por influencia del maligno, llenas de bibijaguas vagabundas. Si Remedios la enviaba a recoger mangos maduros, alguien los sustituía por frutos verdes. Si la ponía a fregar el suelo de la cocina, a la mañana siguiente amanecía cubierta de podredumbres de toda índole y condición. Recibió tantas reprimendas a causa de todo ello que, un día, después de desgranar una caja entera de mazorcas, se quedó escondida en la cocina, con una tusa de maíz en la mano, dispuesta a lanzársela a quien estuviera detrás de las fechorías. Fue así como descubrió a Pedrito entrando en la cocina y volcando sobre el maíz desgranado un puñado de pelos de animal. Solita no se pudo contener y le lanzó a Pedrito la tusa de maíz, que acertó a darle en la espalda. Aprovechando el desconcierto del chico, salió corriendo, pero se topó de bruces con las faldas de Remedios, que la sujetó del brazo mientras la regañaba por ir por la casa *despavoría*. Y mientras Remedios la retenía a la fuerza, Pedrito, hecho una furia, le cayó encima como un *sijú*, con la tusa desgranada en la mano. Entonces acometió a la niña con la punta de la tusa tal que si la estuviera apuñalando. Solita gritó y se revolvió, pero ni los esfuerzos de Remedios para protegerla pudieron evitar los golpes que le propinaba Pedrito. Al final, la mujer decidió soltarla para que pudiera huir. La mirada que le clavó Pedrito por dejarla escapar estremeció a la cocinera. Con su pañuelo blanquísimo anudado en la frente, lo único que pudo hacer Remedios fue darse la vuelta para no verlo, aunque de buena gana le hubiera dado un bocabajo al muchachito hasta dejarlo *privao* de *sentío*, que bien parecía que tenía un *jierro* por corazón y aventada la cabeza. Todo eso lo sabía Solita porque Remedios se lo había contado a otra criada en su presencia mientras le enseñaba las marcas que los golpes le habían dejado en el cuerpo. Pero a ningún negro de la hacienda se le ocurriría regañar al hijo de la patrona, so pena de terminar azotado, como le había ocurrido a Ariel, el carabalí, de modo que el acoso de Pedrito quedó impune.

Esto había sucedido durante el tiempo en que Frisia había

permanecido en España. Al regreso de la patrona, y para librarla de las maldades del niño, Remedios había cogido a Solita de la mano y la había llevado ante ella para decirle que podía ser una buena muleca para la hija del doctor. Solita recordaba que la patrona la había mirado fijamente antes de asentir con un gesto desdeñoso como única respuesta. A la mañana siguiente, Solita se despertó con las primeras campanas de la torre, en su rincón solitario de la casa de criollos. Le dolían los brazos y la espalda, que presentaban machacones con forma de moneda, pero estaba contenta. Había oído decir que, a las mulecas, sus niñas les compraban vestidos e incluso las dejaban dormir cerca de ellas, y eso la llenaba de ilusión. Tuvo tiempo para prepararse, de modo que, con mucha calma, se lamió las manos y se las pasó por la cara y por el pelo, tal como había visto hacer a los gatos, que eran los animales más limpios que conocía. Después había salido corriendo hacia la casa del doctor, dispuesta a empezar su nuevo trabajo: cuidar de la niña Mar.

CAPÍTULO 33

El martes por la mañana, Mar se había instalado en la botica para elaborar los remedios que le había solicitado su padre. En esos momentos estaba concentrada preparando una fórmula antivenérea. En una botellita con sirope de batería, proveniente de la quinta y última caldera utilizada en la elaboración del azúcar, puso una dracma de turbith mineral nitroso. Lo mezcló muy bien y pegó un papelito al cristal donde aconsejaba agitarlo antes de usar. También anotó a lápiz la posología: dos cucharadas en ayunas. Aprovechando que estaba sola, preparó tres botellitas más y las guardó en una cesta. Después elaboró un antiácido con agua de malvas, una dracma de carbonato de magnesia y un jarabe antiasmático cuya fórmula, al estilo de la hacienda, le entregó Rafael. En media botella de aguardiente de caña refinado, puso tres dracmas de flor de azufre, dos de goma amoniaco, una de opio puro y cuatro de ipecacuana en polvo.

—La ponemos al sol y al sereno durante tres o cuatro días, y listo —dijo Rafael—. De veinte a treinta gotas al acostarse, dentro de una infusión de borraja.

A Mar le gustaba estar en la botica. Había tantos compuestos que debía consultar con frecuencia el vademécum de los hacendados cubanos que Rafael guardaba en una estantería. Lo había escrito un doctor francés dos décadas atrás para aliviar las enfermedades de las zonas tórridas del trópico, con una parte dedicada a la práctica homeopática, que, según el autor, resultaba útil con los africanos, tan reacios a las medicinas modernas.

—Es más eficaz de lo que piensas —le dijo Rafael refiriéndose al libro—. Los medicamentos que nos llegan de La Habana se guardan para casos graves, y muchas de estas fórmulas están elaboradas con plantas del país.

—Y aguardiente —dijo Mar, sacudiendo la cabeza.

Rafael sonrió.

—Aquí tenemos mucho.

El resto del tiempo que Mar no pasaba en la botica se metía en la consulta de su padre para tratar de ayudarlo, pero, como todos sus pacientes eran hombres, estos se negaban a contar sus males en su presencia.

—Es por las venéreas, ¿verdad?

—Es comprensible, hija. Les intimida tener que confesar esas cosas delante de una mujer.

—Por mucho que les recetes un remedio, de nada servirá si siguen con sus prácticas inmorales.

—Por eso Frisia tiene ese empeño en casarlos a todos. Es un hecho científico que el instinto reproductor de los hombres es muy fuerte a edades de plenitud. Si no tuvieran mujeres a su alcance, agarrarían una cabra. El trabajo en los cañaverales, el calor, el aguardiente...

—¡Pamplinas!

Justino esbozó una sonrisa melancólica.

—Eso mismo habría dicho tu madre. —El mero hecho de mencionar a Ana fue suficiente para entristecerlo. Cuando se sobrepuso a la emoción, añadió—: Pero es imposible controlar sus humores sexuales. Les ofrecen a las negras unas monedas y... En fin, hija, no creo necesario tener que explicarte estas cosas. Lo único que podemos hacer es intentar sanarlos, y, si no podemos, al menos debemos paliar sus síntomas con todos los remedios que tenemos a nuestro alcance.

A última hora de esa tarde, Mar cogió las tres botellitas de la fórmula antivenérea y le pidió a Ariel que la llevara a la enfermería de Mansa. Quisiera o no el mandinga, le entregaría el compuesto para que lo utilizara con su gente.

Ariel trató de persuadirla.

—¿Está *usté* segura, niña? Ya sabe cómo es Mansa, que no *quie sabé na* de remedios de *brancos*.

—Yo me ocupo de eso.

Ariel no insistió y se pusieron en marcha. Por el camino, ella no pudo evitar clavarle la mirada en la espalda, reviviendo en su mente la terrible escena que les había contado Víctor. Pensó que no era extraño que Frisia estuviera preocupada ante una posible rebelión en

la hacienda. A buen seguro, esa mujer tenía muchas cuentas que saldar.

La volanta se detuvo junto al barracón de la enfermería pocos minutos después. Al apearse, Mar se vio rodeada de un puñado de chiquillos curiosos. Ariel tuvo que bajarse del caballo para espantarlos y que le permitieran avanzar. Los ahuyentó con las manos como si fueran moscas y escoltó a Mar hasta el barracón de la enfermería. Ella se alzó las faldas y subió los peldaños hasta llegar al porche. Allí saludó a los mismos hombres que había encontrado la primera vez. Ellos se pusieron de pie y se levantaron el sombrero.

—¿Saben dónde está Mansa?

Uno de los hombres hizo un gesto hacia un bohío encalado de blanco que había frente al barracón, al otro lado de la explanada de tierra. Al mirar hacia allí, vio al mandinga de pie en el porche de madera, junto a una mecedora que aún se balanceaba, lo cual indicaba que acababa de levantarse al verla.

Mar bajó los peldaños de la enfermería. Ariel se dispuso a acompañarla.

—Mejor quédese aquí —le dijo.

—No, niña, yo voy con *usté*.

Una cadena de hierro rodeaba la casa de Mansa e impidió a Mar acercarse todo lo que le hubiera gustado. Desde la distancia, él la observaba fijamente, con el ceño fruncido y una actitud defensiva.

—Oiga, ¿no podemos hablar un poco más de cerca? —sugirió alzando la voz—. ¿Qué utilidad tiene esta cadena?

Mansa dio dos pasos al frente hasta quedarse al borde de la escalera.

—¡Contra la cosa mala!

Mar bufó, tratando de descifrar a qué cosa mala se referiría. Iba a responderle cuando un grito sobrecogedor de mujer salió del barracón que estaba detrás de la enfermería. Al primer grito le siguió otro, y luego otro. Después volvió el silencio.

Mar buscó con la mirada a Ariel, que permanecía detrás de ella.

—¿Qué hay en ese barracón?

—Es el barracón de los criollos, niña. Ahí están las hembras que van a *parí*.

Con un movimiento de sus faldas, Mar se dirigió hacia allí sin soltar la cesta con los tres frasquitos de suero antivenéreo que llevaba

colgada del brazo. Ariel la siguió unos pasos por detrás, más preocupado que solícito. El carabalí vio que Mansa bajaba a toda prisa los tres peldaños de su bohío para ir tras ella.

—Niña Mar —dijo a su espalda—, Mansa viene *pacá*. No entre ahí, que solo hay niños y mujeres *ocupás*.

Mar caminaba tan deprisa que alcanzó el barracón en pocos segundos. Subió los peldaños de madera y se dio cuenta de que Ariel se quedaba a los pies, sin atreverse a seguirla. También vio a Mansa dirigiéndose hacia ella a grandes zancadas. Se dio prisa en ganar la puerta y entró en el barracón al tiempo que otro grito desgarrador atravesaba las paredes.

Encontró una sala con jergones esparcidos por el suelo. Por las aberturas que las paredes tenían a la altura del techo se filtraba la dorada luz del atardecer, iluminando a varias mujeres que amamantaban a sus bebés y a un buen puñado de niños que gateaban por la tarima de madera, entrando y saliendo de los claros de luz. Los que ya se las arreglaban por sí mismos deambulaban de un lado a otro, desnudos, con los vientres abultados y los mocos ensuciando sus naricillas. También vio a dos mujeres en avanzado estado de gestación. Pero la causa de los gritos se encontraba en un extremo de la sala, donde una mujer estaba dando a luz en cuclillas. A su lado, una partera hurgaba con una mano en el interior de la muchacha mientras otras dos la sujetaban de los brazos.

La parturienta jadeaba. El cuerpo desnudo, de piel oscura, brillaba de sudor. En la mueca de su boca sobresalían los dientes apretados al empujar. Mar se fijó en el vientre desproporcionado en comparación con el cuerpo menudo de la mujer.

Dio unos pasos hacia ellas. Al acercarse, Mar tuvo la impresión de que la joven era casi una niña, aunque le resultaba difícil calcularles la edad a las personas de color. Fue su forma de peinarse, con pequeñas y cortas coletas alrededor de la cabeza, del mismo modo que hacía Solita, lo que le dio una pista sobre su edad.

Las mujeres que se ocupaban de los niños miraron a Mar con franco asombro, pues era la primera vez que una mujer blanca entraba en el barracón. Ya fuera por su presencia o por pura casualidad, los chiquillos dejaron de llorar y se quedaron en silencio.

Detrás de ella se abrió la puerta de madera y entró Mansa, quien, a pesar de su edad, le pareció a Mar muy alto en el sencillo barracón

de madera.

—¡Váyase! —le ordenó él sin ningún decoro.

Al oír su voz, las mujeres que ayudaban a parir a la joven se volvieron hacia ellos.

La partera habló en una mezcla de español y africano. Mar no entendió nada, pero el tono que empleó fue más significativo que sus palabras.

—¿Hace cuánto que está de parto? —preguntó.

—Lleva *to* la noche y el día pujando, señorita —le dijo una de las mujeres que sujetaban a la joven—. La muchachita tiene el *cueppo etrecho* y no hay *folma* de *sacal* niño.

Mar miró a Mansa con un gesto de imploración.

—Déjeme llevarla al dispensario. Mi padre la ayudará a dar a luz. Lo ha hecho otras veces.

—No.

—Si ese niño no nace pronto, morirán los dos. —Mar empleó un tono bajo, para que la joven no lo oyera. Debía hacerle entender la gravedad de la situación. Ante el silencio del mandinga, ella buscó otra alternativa—: Al menos deje que mi padre la examine aquí. Él tiene aparatos que pueden sacar al niño, ¿lo comprende?

Aprovechó el resquicio de duda que encontró en los ojos del curandero para salir de allí y acercarse a Ariel, que la esperaba de pie, junto al carruaje.

—Vete a buscar al doctor, deprisa —le pidió, tuteándolo por primera vez—. Dile que se trata de un parto obstruido.

Ariel se subió de un salto a la montura, agarró las riendas y espoleó al caballo. Este relinchó debido a la picada de las espuelas, más fuerte de lo habitual, alzó las patas delanteras y a punto estuvo de tirar a Ariel sobre las varas que conectaban el caballo con el carruaje. Cuando logró dominarlo, le dio una palmada en el cuarto trasero.

—¡Eje!

El animal salió trotando hacia el otro lado del batey, llevándose consigo el carruaje vacío. Diez minutos más tarde ya estaba de vuelta con el doctor. Mansa no recibió a Justino con entusiasmo, pero se abstuvo de intervenir, ya que las parteras parecían haberse rendido. La primera inspección le hizo saber a Mar que, en efecto, aquel iba a ser un parto complicado. El doctor ordenó a las mujeres que tumbaran a la parturienta de espaldas y que le sujetaran las piernas.

—Que no se mueva.

Sacó el estetoscopio y el fórceps de su maletín, y se dispuso a lavar este último en el cubo que había junto a ellos, pero encontró el agua demasiado sucia.

—¡Agua limpia! ¡Rápido!

Una mujer cogió el cubo y salió corriendo. No tardó más que un par de minutos en volver.

—Padre... —dijo Mar—. ¿Puedo hacer algo?

Justino se levantó del suelo y le habló en voz baja.

—Voy a intentar sacar a la criatura con fórceps, pero hay desproporción entre la cabeza del feto y la pelvis de la madre. La cadera de esta muchacha es demasiado estrecha, seguramente debido a que padeció raquitismo en la infancia. Si no consigo acceder a la cabeza con el instrumento, tendremos que hacer una cesárea.

El diagnóstico, hecho con el tono bajo que caracteriza las malas noticias, levantó suspicacias entre las parteras y el propio Mansa, quienes seguían todos sus movimientos.

Mar entornó los ojos con pesar, porque las cesáreas eran siempre la última opción debido a la alta mortalidad tras la operación.

—¿No hay otra alternativa?

—Sí, extraer a la criatura a pedazos si no nos permiten operarla.

—Por Dios...

Una vez que su padre lavó el instrumento, Mar lo vio tratar una y otra vez de llegar a la cabeza del niño ayudado por las parteras, pero no parecía tener mucho éxito. El calor en el barracón de madera, acumulado a lo largo de todo el día, era sofocante. La muchacha tenía el cuerpo bañado en sudor y cada vez estaba más débil. Los niños pequeños en sus serones, ajenos a lo que ocurría, volvieron a llorar para que los alimentasen o los cogieran en brazos. Mansa lo observaba todo con semblante crispado, desconfiando. Las nodrizas, algunas de ellas con niños agarrados a sus pezones, permanecían más atentas a Mar y a su padre que al desarrollo peligroso del parto, como si hubieran presenciado la misma escena montones de veces.

Mar tuvo la sensación de que en aquel lugar la muerte había perdido la facultad de sorprender a nadie. La pasividad de los demás contrastaba vivamente con la inquietud con la que se desenvolvían ellos dos. Entonces reparó en una mujer que permanecía en la entrada, junto a Mansa, más atenta que el resto a la suerte de la muchacha. Se

acercó a ellos. Cuando estuvo frente a Mansa aprovechó para darle la cesta con los frascos del medicamento. Se la entregó con tanto ímpetu que Mansa no tuvo opción de rechazarla.

—Dos cucharadas en ayunas después de sacudirlo —le dijo—. Déselo a los que tengan problemas para orinar.

Sin esperar la réplica del curandero, Mar se giró hacia la mujer.

—¿Es usted la madre de la parturienta?

—Sí, señorita.

No parecía afligida, tan solo expectante, como un espectador entregado en una función de teatro.

—¿Cómo se llama su hija?

—Felicia, señorita.

Mar posó su mano en el brazo de la mujer.

—Mi padre la ayudará, no se preocupe. Es un buen doctor.

La mujer asintió sin mostrar angustia o dolor ante la posibilidad de perder a su hija. Mar iba a volver junto a su padre, pero se detuvo para hacer otra pregunta.

—¿Cuántos años tiene Felicia?

—Vino al mundo cuando la sequía, señorita.

—¿Y eso fue...?

—En el ochenta y dos —dijo Mansa, que había oído la pregunta.

Mar tragó saliva, notando una súbita consternación.

—Trece años —dijo en un susurro—. Solo tiene trece años... —Se llevó una mano a su propio vientre y soltó la siguiente pregunta—: ¿Quién es el padre?

La mujer negó con la cabeza. Mar miró entonces a Mansa, cuyos labios estaban tan apretados que formaban arrugas.

—¿Cómo permiten que ocurra algo así? —le echó ella en cara—. ¿No ven que solo es una niña? ¡Es comprensible que le cueste parir!

Los ojos de Mansa se llenaron de rabia antes de hablar.

—No sabemos quién es el padre. Pero pronto *vamo a sabé*.

—La niña no dijo *na* —señaló la madre con sequedad.

Un nuevo grito de la muchacha los hizo reaccionar. Mar regresó junto a su padre.

Justino se puso en pie. Sudaba profusamente.

—No hay forma —le dijo—. Si no le sacamos pronto al niño, morirán los dos. Hay que llevarla al dispensario. Y hay que hacerlo ya.

—Solo tiene trece años.

El rostro de Justino acusó el impacto de la información mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo.

—Diles que es imprescindible llevarla al consultorio. ¡Vamos!

Sin tiempo que perder, Mar se lo comunicó a Mansa y a la madre de la niña. Él negó con la cabeza; ella mostró una mueca de terror, como si le hubiera propuesto llevarse a su hija al infierno. Mar trató de convencer a Mansa, consciente de que era el hombre con más autoridad en los barracones, pero este era reacio a dejarla marchar.

Mar vio asomar por la puerta una cabeza pequeña que enseguida desapareció cuando se vio sorprendida. Era Solita. Fue hacia ella a grandes pasos y la encontró al otro lado de la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije que te quedaras en casa?

—Pero Solita *tie* que está con *usté*, niña. Lo dijo la patrona.

Mar la dejó allí y bajó los peldaños para dirigirse a la volanta, donde Ariel estaba hablando con otro hombre.

—Necesitamos que venga el maestro. Es muy importante, Ariel. Debe de estar en la casa de calderas... o en la de purga. Date prisa, por favor.

—No se *procupe*, niña, ya mismito lo encuentro y lo vuelo *pacá*.

CAPÍTULO 34

El carabalí se subió de nuevo al caballo y la volanta partió a toda velocidad, levantando una nube de polvo en la luz rosada del atardecer.

Mar volvió junto a Solita.

—No te muevas de aquí, ¿me oyes?

—Yo quiero *mirá*...

—No puedes mirar, eres muy pequeña.

—Pero Feli es mi amiga, y quiero *sabé*.

Mar se agachó para quedar a su altura.

—¿Es tu amiga? ¿Y te dijo quién le hizo eso?

La niña se encogió de hombros.

—Sabes que a mí puedes contármelo.

—Yo no sé...

—Tienes que decírmelo, no querrás que le pase lo mismo a otra niña, ¿a que no?

La chiquilla negó con la cabeza y confesó:

—Feli dijo que la barriga se le puso *godda poqque* el *mayorá* la tumbó en los campos de caña.

—¿Qué mayoral?

Solita se llevó un dedo a la boca. No quería contestar a esa pregunta y por eso evitaba mirarla.

—Vamos, responde. ¿Qué mayoral?

Un nuevo grito de Felicia atravesó las paredes de madera del barracón. Solita se tapó los oídos con las manos.

—¿Es que no quieres ayudar a tu amiga? ¡Si no me lo dices, te pasará a ti lo mismo! ¡¿Qué mayoral?!

Solita empezó a llorar.

—¡El *mayorá* Diego! ¡Él fue!

La niña salió corriendo hacia la parte trasera del barracón. Mar permaneció quieta unos segundos, asimilando lo que acababa de oír. Después fue tras ella mientras el corazón le latía con violencia. La

encontró acurrucada en una esquina, contra la pared de madera, detrás de una barrica vieja y roída. Mar se sujetó las faldas y se arrodilló a su lado.

—Diego no pudo ser —le dijo, consciente de su incapacidad para engendrar—. Tal vez te confundiste. Todos visten igual...

—¡No! El *mayorá* Diego *tie* la barba *colorá*.

—¿Qué viste? Vamos, habla, por lo que más quieras. Cuéntamelo todo o no podré protegerte.

Entre hipidos y moqueos, la niña le contó que, meses atrás, ella y Felicia estaban en el campo recogiendo caña cuando vieron que Diego se ausentaba de su puesto, reclamado en otro sector de la plantación. Ellas dos aprovecharon el momento para alejarse de la zona de corte e ir a jugar a un campo cercano donde crecían las flores. Eran conscientes de su travesura, pero pensaban estar de vuelta antes de que el mayoral regresara. Sin embargo, perdieron la noción del tiempo mientras elaboraban un collar con las flores que habían recogido. Diego las había sorprendido engarzando las flores a la sombra del árbol rey, totalmente ajenas al resto del mundo. El mayoral se había puesto hecho una furia al descubrirlas allí, había desmontado del caballo y se había ido hacia ellas con la fusta en la mano. Las niñas gritaron despavoridas y salieron corriendo. Diego fue tras Felicia, machacando con sus botas las flores a su paso. Tardó muy poco en alcanzarla.

Al oír sus gritos, Solita dio la vuelta.

—Quería *ayudala*, niña, *poqque* Feli es *mu güena*, pero el *mayorá* es grande y *fuette*.

Felicia ya no gritaba cuando Solita llegó junto a ellos. Diego le tapaba la boca. La había tumbado en el suelo y le había levantado las faldas. Al dar un paso atrás, Solita pisó una rama seca. El crujido a su espalda alertó al mayoral, que volvió la cabeza hacia ella sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. Solita salió corriendo hacia los campos de caña para volver al trabajo, llorando y temblando. Cuando poco después vio llegar al mayoral a caballo, quiso esconderse de él, se adentró entre las cañas, se acurrucó en el suelo y se tapó los ojos con las manos. Pero Diego la encontró. Le cayó encima con la fusta en la mano y le golpeó la espalda mientras le gritaba que, si volvía a ausentarse del trabajo, la echaría de la hacienda para que se la comieran las jutías.

—*Depué* dijo...

La niña se quedó callada al llegar a ese punto de la narración.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo: si te *va* de la lengua, te *ranco tol* pellejo negro *pa dáselo* a los *puelcos*.

—Señor...

—No quiero que el *mayorá* me *ranque* el pellejo, niña Mar.

Solita comenzó a llorar de nuevo, y Mar la abrazó.

—Nadie va a hacerte ningún daño. Te lo prometo. —La separó un poco de su cuerpo y la miró a los ojos—. ¿Me oyes? Nadie va a hacerte daño.

Solita se restregó los ojos con los puños y asintió. Mar se dio cuenta de que estaba temblando y volvió a abrazarla. En ese momento oyó el trote de un caballo acercarse. Se levantó del suelo y cogió a Solita de la mano para volver a la parte delantera del barracón. Víctor acababa de desmontar de su caballo. Detrás venía Ariel en la volanta.

Mar miró al maestro con cierto resquemor. Tenía una cuenta que saldar con él, pero ese asunto debería esperar. En cuanto lo tuvo cerca, las palabras le salieron atropelladas.

—Tiene que convencer a Mansa de que nos deje llevarnos a la niña.

—¿Llevarse? ¿Adónde? ¿Qué niña? —Víctor la sujetó de los hombros—. Cálmese, señorita Mar, y explíqueme lo que ocurre.

—Solo tiene trece años y no consigue alumbrar a su hijo. Si mi padre no le practica una cesárea, morirán los dos. Ni Mansa ni la madre de la muchacha quieren dejar que nos la llevemos.

—Comprendo. Pero no sé si mi intervención servirá de algo. No se fían. Corren rumores sobre la patrona. Y no estoy seguro de que Frisia le permita entrar en el dispensario, sentaría precedente.

—¿Qué sentaría precedente? —Mar estaba fuera de sí—. ¡Precedente es que permita a sus hombres violar a niñas de trece años! ¡Tal vez doce cuando ocurrió! ¡Ese es un precedente! Porque el padre de esa criatura que puja por venir al mundo es Diego Camblor. ¿Cómo ha sido capaz? Por el amor de Dios... Es solo una niña...

—Pero... tenía entendido que Diego no podía concebir...

—¡Pues se ve que ha podido!

—¿Está usted segura?

—Hay testigos. Es algo abominable e inmoral, y debería pagar

por ello. —Mar respiró hondo porque se estaba quedando sin aire—. Y si Frisia se atreve a impedir que la atendamos en el dispensario, tendrá que enfrentarse a nosotros. Usted solo convenza a Mansa.

—Está bien. Haré lo que pueda.

En una esquina del porche, esperando junto a Solita, Mar presenció desde la distancia la conversación entre los dos hombres. Tenía los nervios destrozados, porque era consciente de que unos pocos minutos en esas circunstancias marcaban la diferencia entre la vida y la muerte. ¿Cómo podían estar ellos tan serenos? ¿Es que no había nada sagrado en aquel lugar? Vio el ceño fruncido en el rostro del maestro y la cara constreñida de Mansa, que replicaba con los ojos bien abiertos, gesticulando con las manos. No podía oír lo que decían, pero los minutos que tardaron en tomar una decisión se le hicieron a Mar interminables, porque los quejidos de la muchacha se oían a través de las paredes del barracón.

Cuando al fin Víctor se volvió hacia Mar y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, ella entró corriendo en el barracón para comunicárselo a su padre. Un par de minutos bastaron para meter a la chiquilla en la volanta de Ariel. Justino se subió con ella y salieron sin más demora hacia el dispensario.

Mar cogió a Solita de la mano y juntas comenzaron a caminar apresuradamente hacia el otro lado del batey. Al volver la vista atrás, vio a Víctor deliberando con Mansa y también a un grupo de trabajadores que regresaba canturreando de los campos, acompañados de dos carros de bueyes cargados de caña recién cortada.

Ya se habían distanciado un poco de los barracones cuando Víctor llegó hasta ellas montado en su caballo. Se bajó y se ofreció a llevarlas.

—¿Quiere que montemos los tres juntos? —se sorprendió Mar.

—Maggie es una yegua fuerte, ¿acaso no la cree usted capaz? Vamos, monte, llegará antes.

Mar aceptó, y él la cogió por la cintura y la ayudó a encaramarse a lomos de la yegua. Cuando estuvo acomodada, Víctor aupó a Solita para ponerla delante de ella.

—Agárrate a sus crines.

Solita se aferró con fuerza al pelaje del animal, entre asustada y emocionada, porque nunca se había subido a lomos de un caballo y le pareció divertido.

La oscuridad se iba asentando en el batey con la serenidad de los climas cálidos, sofocando el calor del día para dar paso a la agradable noche tropical. Mar dio gracias por la escasa luz, consciente de que llevaba las faldas alzadas hasta las pantorrillas para poder montar a horcajadas el animal. Con un brazo rodeaba la cintura de Solita, para sujetarla bien, y el maestro hizo lo propio con ella mientras tomaba las riendas con la otra mano. Mar se sintió violenta cabalgando entre los brazos de Víctor, con el calor de los muslos del maestro rodeando sus caderas mientras la apretaba con firmeza para que no perdiera el equilibrio. Todo ello, junto a la tibieza de su pecho rozándole la espalda, provocó que Mar experimentara por primera vez en la vida el pulso implacable del deseo.

Llegó de forma violenta. Irrenunciable. Pudo sentirlo acomodándose en su vientre, en la piel erizada de sus senos y en la comisura de sus labios.

Su respiración se entrecortó. ¿Qué haría con eso? ¿Qué haría con las ganas de dejarse caer contra su pecho y hundir la cara en su cuello? ¿Qué haría con la pretensión inaplazable de refugiarse en él y aspirar su olor a melaza?

Aspiró profundamente, queriendo gritar. Tenía los sentimientos a flor de piel y era posible que ansiara aferrarse a la única persona que parecía entenderla en aquel lugar. Quizá era eso. Quizá sus sentimientos hacia Víctor se debían a la sensación de sentirse íntimamente comprendida por él. Una mirada suya, un gesto, le hablaba con mayor verdad que todas las palabras pronunciadas en voz alta.

Quiso desterrar esos devaneos de su mente, pero no hizo más que saltar de un hoyo para caer en el siguiente. Pensó en la muchacha a la que su padre y ella estaban intentando ayudar. Cada vida era única y el sufrimiento no distinguía de naciones o de color de piel. Así se lo había enseñado su padre: «Defender la vida, hija, esa es nuestra obligación». «¿Y si tuviera que curar a un asesino, padre? —le había preguntado ella en una ocasión—. ¿También lo curaría? ¿Aunque hubiera cometido un crimen atroz?» Su respuesta se le había quedado grabada para siempre: «Los jueces y los curas son los que juzgan, Mar, no lo olvides. Ellos se encargan de impartir justicia, de condenar o de absolver. Lo nuestro es salvar vidas por encima de cualquier circunstancia. Hasta el último aliento. Incluso la de la persona más

deleznable. Por eso nunca debes preguntarle a un condenado cuál ha sido su delito, porque su respuesta podría interponerse entre tu deber y tu conciencia».

Mar apretó los labios. Ella era fuerte. Su madre se lo había repetido en incontables ocasiones, pero sentía que los contratiempos surgían por todas partes. Víctor estaba en lo cierto. Iba a sufrir.

Cabalgando entre sus brazos, el cuerpo se le contrajo en un estertor de llanto que logró dominar, pero no evitó que una lágrima rebelde le resbalara por la mejilla y fuera a caerle a él sobre el antebrazo desnudo.

Víctor notó el golpe líquido estrellarse contra su piel. Miró al cielo, en tránsito hacia la noche, y vio que estaba limpio y despejado. No se trataba de una gota de lluvia, de modo que solo podía ser otra cosa. Su brazo ciñó con más fuerza la cintura de Mar, inclinó la cabeza y acercó la boca a su oído. Ella notó el aliento cerca de la oreja cuando él dijo:

—Es usted la mujer más valiente que conozco.

Mar notó la respiración atorada en la garganta, hecha un nudo, y apoyó la palma de la mano sobre la del maestro, que sujetaba las riendas. No fue el deseo por él lo que la movió a realizar ese gesto. Fue la necesidad de sentir la solidez física y efectiva de otro ser humano para no derrumbarse.

Víctor aflojó la presión en su cintura y envolvió con sus dedos de azúcar la mano de Mar. Ella se aferró a su calor, y lo imaginó palpando y frotando el grano cristalino con los ojos cerrados, llevándoselo al oído para escuchar su rumor. Ese ritual, la sensibilidad extraordinaria que habitaba en él, le resultaba muy atrayente.

El aire atascado en su garganta se liberó con una exhalación de alivio que quedó sepultada por los cascos de Maggie golpeando el suelo. Ese primer contacto entre los dos, la complicidad que surgió en aquel conciso instante, nació con el poder irracional de las pasiones ingobernables. Ambos lo sintieron. Ambos fueron conscientes de ello. Y, sin embargo, sus corazones latieron atormentados, ahogados por un sentimiento que moría apenas había comenzado.

CAPÍTULO 35

Cuando Frisia se enteró de lo ocurrido, se presentó en el dispensario acompañada de Orígenes. Entró en la sala de operaciones con el ímpetu de los arrebatos súbitos, zarandeando las faldas con la urgencia de sus piernas. Se dirigió braceando hacia Justino.

—¿Qué está haciendo?

Mar manejaba el vaporizador Lister para proceder a la desinfección de los utensilios y la atmósfera de la sala. El ambiente allí dentro empezaba a volverse melifluo, con un punzante olor a brea, tal como había señalado Rafael. Dejó lo que estaba haciendo y fue junto a su padre, que se disponía a hacerle inhalar a la paciente el cloroformo.

—Si no la opero ahora mismo, morirá —le respondió el doctor.

—No es asunto nuestro —replicó Frisia—. Ellos se ocupan de sus enfermedades, de sus parturientas y de sus muertos. Creí que había quedado claro, doctor, de modo que saque a esta mujer de aquí, por lo que más quiera. Si le permito quedarse, muy pronto este centro se convertirá en un hospital de negros, y yo no le pago para atenderlos a ellos.

Mar quiso intervenir, pero su padre no le dio opción.

—¡Soy médico, señora! Mi obligación es evitar que las personas mueran, independientemente de su color de piel.

—¡Pues hágalo en sus barracones!

—Sabe que ellos no disponen del material necesario, ni de las medicinas.

—¡Le repito que no es asunto nuestro! Tendría que pasarse usted el día operando sus heridas, sacándoles hijos del vientre y arreglándoles los huesos. ¿No querían libertad? ¡Pues que carguen con ella! Nosotros ya no tenemos la responsabilidad de curarlos.

Orígenes permanecía en el umbral de la puerta, dispuesto a intervenir a una orden de su patrona.

Mar apretó los dientes antes de hablar.

—El niño que está a punto de nacer es de Diego Camblor, su

mayoral. El muy canalla abusó de ella en el campo, y solo tiene trece años. Es una niña. ¿Lo entiende, Frisia? Su mayoral es un maldito violador de niñas.

Justino miró a su hija con la sorpresa reflejada en el semblante, pues ignoraba ese dato.

Frisia no pudo evitar reírse, incluso mientras la muchacha tumbada en la camilla no dejaba de quejarse de dolor.

—¿Diego? Es imposible que el niño sea suyo.

—Hay un testigo.

Frisia tomó aire y lo dejó salir de golpe.

—Miren, ustedes acaban de llegar. No saben cómo funcionan aquí las cosas. Son las negras las que quieren juntarse con nuestros hombres a cambio de privilegios o dinero. Así ha sido siempre. Se podría decir que los persiguen, se ponen junto a ellos, les basta una mirada, la falda más recogida o el pecho al descubierto. Son libertinas, y tienen sus propios medios de comunicarse y de conseguir lo que quieren.

—¡En este caso no ha sido así! ¡Y nada puede justificar su acto!

Frisia miró a Mar con una frialdad sobrecogedora.

—Les digo que ese niño no es de Diego.

—Muy pronto lo sabremos. Es posible que incluso él lo admita. En cuanto sepa que es padre reconocerá los hechos. Lo hará porque no teme las consecuencias. Este lugar es ajeno a la ley y la moral. Y es repugnante.

Se quedaron unos segundos en silencio. Frisia miraba a Mar con una inquina colérica. Cuando le pareció que ya la había mirado suficiente, deslizó la vista hacia el doctor.

—Saque al niño del vientre de esa negra y envíelos al barracón de criollos. Por la mañana no los quiero ver aquí. Y jamás vuelva a actuar por su cuenta. El dispensario no es suyo.

Sin esperar una réplica, Frisia se marchó, seguida de Orígenes.

Mar dispuso las lámparas de gas todo lo cerca que pudo y espero a que su padre suministrase el cloroformo a la niña. Mientras esta se dormía, ella desinfectó los utensilios y preparó los hilos de seda y plata para las suturas. Lo hizo con el corazón latiendo a estallidos en el pecho, pensando que, si la muchacha moría durante la operación, Mansa los haría responsables y le darían un buen motivo para perpetuar las obstinadas supersticiones de los barracones. Pero debían

correr el riesgo. No había otra forma de salvarlos.

Una vez dormida, Justino tardó pocos minutos en practicarle a la muchacha una incisión sobre el pubis. Mar lo vio apartar la grasa abdominal y separar con las manos los músculos del abdomen de Felicia. Entonces ella tomó una tijera afilada y, con la punta, abrió la cavidad uterina para que su padre pudiera acceder al interior con mayor facilidad. En la frente de ambos comenzaron a formarse gotas minúsculas de sudor.

—¿Qué hará si el útero sangra mucho? —le preguntó—. ¿Lo extirpará?

—Espero no tener que hacerlo.

Cuando alcanzó la cavidad uterina, Justino introdujo la mano para poder sujetar y extraer a la criatura. Momentos después, ya estaba fuera. Mar utilizó gasas para absorber la sangre y el líquido amniótico.

Era una niña de piel sorprendentemente clara y pelo cobrizo. Si bien Mar sabía que los bebés de raza negra nacían rosados y que se iban oscureciendo con el paso de los días, la piel de aquella niña demostraba que la mitad de su sangre era blanca. Tenía un nudo en el cordón umbilical, otro factor que podría haber acabado con su vida, aunque por suerte no estaba apretado. Justino pinzó el cordón y lo cortó mientras Mar sostenía a la niña en los brazos. Después se la llevó para lavarla, limpiarle las vías respiratorias y anudar el cordón. Tras un poco de estimulación en la espalda, la recién nacida rompió a llorar.

«Muy bien, pequeñina. Bienvenida al mundo.»

No fue un llanto vigoroso, pero sí suficiente para evidenciar que estaba bien. Mar la envolvió en una sábana limpia y buscó un sitio donde dejarla. Solo encontró una artesa que tuvo que forrar con unos trapos. De nuevo junto a su padre, extrajeron la placenta y se aseguraron de no dejar ningún resto dentro del útero. Finalmente suturaron la herida.

Mientras su padre terminaba la intervención, Mar se ocupó de la niña, la sostuvo en los brazos y admiró lo perfecta que era. Al mirar hacia la puerta, vio asomar a la madre de Felicia. Se acercó a ella con el bebé en los brazos, cubierto casi por completo por la sábana.

—Ha ido todo muy bien —le dijo—. Solo cabe esperar que no haya complicaciones. —Se la ofreció para que la tomara en brazos—.

Es una niña.

La mujer, al ver asomar la carita de la pequeña entre la sábana, abrió mucho los ojos y se le cortó la respiración. Una puñalada por la espalda no la habría sorprendido tanto. Dio varios pasos hacia atrás, para no verla, y dijo espantada:

—Eso *e* cosa de bilongo. Tiene *cocorícamo ete* asunto, ya lo dijo el brujo. Dijo que del *cuelpo* de *mija* iba a *nasé* el demonio.

A Mar no le dio tiempo de decir nada más, ni de intentar convencer a la mujer de lo absurdo de su creencia. La madre de Felicia se marchó espantada y Mar tuvo la seguridad de que no volvería.

Ya habían repicado las últimas campanadas del día cuando Mar le pidió a su padre que fuera a descansar. Ella se quedaría toda la noche con la muchacha y el bebé, y si surgía algún problema iría a buscarlo. Justino parecía cansado. Aún no había recuperado todas las fuerzas que había perdido; no era el mismo de antes, nunca volvería a serlo porque le faltaba la mitad de su ser, y un ser humano no puede vivir plenamente con la mitad de sí mismo. Era el amor por su trabajo lo que tiraba de él y lo hacía seguir adelante.

Acunando a la niña en sus brazos, Mar lo miró cuando estaba a punto de ganar la puerta, cabizbajo y pensativo.

—Lo ha hecho muy bien, padre —le dijo antes de que desapareciera—. Estoy muy orgullosa de usted.

Justino se detuvo y se volvió hacia ella.

—No, hija, soy yo el que debe estar orgulloso. A mí el mundo me lo ha puesto fácil, en cambio a ti no. Tienes la fuerza de tu madre.

Ella sonrió, con los ojos húmedos.

—Ande, vaya a descansar.

Mar se quedó con la niña y con la muchacha, que aún seguía dormida. Mientras esperaba a que despertase, fue a sentarse a una silla. Allí meditó sobre la posibilidad real de que también la muchacha rechazase a la pequeña. Los africanos eran tan supersticiosos que cualquier cosa era posible. Eran capaces de dejarla morir sin ningún cargo de conciencia. Igual que haría Frisia.

Al mirar detenidamente a la niña, Mar no pudo evitar sonreír. La cabeza era redonda y perfecta y no ovalada como solía suceder en los partos naturales, no presentaba hinchazón ni hematomas. La piel mulata había empezado a perder el tono rojizo y comenzaba a volverse más clara, tal vez demasiado en comparación con los

mestizos que había visto en la hacienda, lo que la llevó a pensar que, tal vez, su madre tenía algún otro antepasado blanco. El bebé tenía el mismo color de cabello que su padre y su piel era clara, pero estos eran los únicos rasgos que podían relacionarla con él. Por lo demás, los labios que succionaban el dedo pulgar eran gruesos como los de su madre, ya que Diego tenía por boca dos líneas rectas, y sus ojos parecían más oscuros que los de él, aunque aún era difícil saber el color definitivo.

Al pensar en Basi, Mar notó una punzada en el pecho. Sería un duro golpe para ella. Y no había forma de mantenerla al margen. Debía saber lo que había hecho Diego. Y que obrara como le dictase su conciencia.

Mar cerró un instante los ojos, tratando de posponer para otro momento los pensamientos aciagos que le rondaban la cabeza. Al abrirlos, vio un bulto grande aparecer de súbito en la entrada de la sala. Era Víctor. Un latido se le subió a la garganta al verlo, porque todo parecía cambiar en su presencia. Recuperando un poco el ánimo, pensando que tal vez él pudiera mediar para que aceptaran a la pequeña, se puso en pie y se acercó con la niña en brazos.

Al ver su piel tan clara, Víctor frunció el ceño.

—De modo que es cierto...

—¿No es perfecta? —le dijo ella.

—Lo es. Pero siento ganas de colgar a ese canalla de una guásima. No puede negar que es suya. Por el amor de Dios, si hasta tiene su mismo color de pelo.

Mar frunció los labios antes de hablar.

—¿Qué tienen en la cabeza algunos hombres, Víctor? No puedo comprenderlo.

—Algunas personas le guardan rencor a la vida, y se vengan devolviendo maldad.

—Dirigir ese rencor hacia niños indefensos es cruel y cobarde. —Mar suspiró y centró la atención en la carita redonda de la recién nacida—. Mírela, está sana y fuerte. Solo necesita que su madre empiece a alimentarla.

Víctor sonrió, y Mar lo miró mientras él contemplaba a la niña con ternura. También vio que, al cabo de un instante, su rostro se ensombrecía.

—¿Qué ocurre?

La mirada de Víctor le anticipó malas noticias.

—Es posible que la madre la repudie. No sería extraño después de lo que le hizo ese salvaje. Encima ha salido demasiado blanca y con el pelo de su padre. Algunas supersticiones africanas aún siguen muy arraigadas en ellos.

—La madre de Felicia pronunció algo parecido a coco...

—*Cocorícomo.*

—Eso es. ¿Qué significa?

—Brujería. —Respiró hondo—. En cualquier caso, pronto saldremos de dudas. Ahora debería sacar a la niña de esta sala que huele a petróleo. ¿No lo nota?

Ella no lo notaba, su nariz se había saturado de la atmósfera de los vapores Lister y había dejado de percibir su olor dulzón. Envolvió bien a la niña y siguió al maestro hasta el porche. Allí se sentaron en uno de los bancos que había contra la pared. Frente a ellos, la pequeña hilera de palmeras, cuyos altos penachos apenas eran visibles en la oscuridad. La noche caribeña, azulada y cálida, le pareció a Mar el mejor refugio para un alma necesitada de encontrar belleza entre tanta fealdad. La candente sensación también era debida al agradable contacto de Víctor junto a ella. Sus brazos se rozaban, y el sonido apacible de la respiración del maestro se entrelazaba con los gorjeos de la niña.

—Sería usted una buena madre —le dijo él en un susurro.

Ella sonrió, agradecida por el cumplido, mirando al bebé, que suplía el retraso de alimento succionándose el pulgar.

—Hubo un tiempo en que lo deseé.

Evitó añadir que nunca había conocido a un hombre que despertase en ella el deseo de unirse a él, y era evidente que necesitaba un hombre para engendrar un hijo. Los sentimientos que le despertaba Víctor estaban condenados a extinguirse, de modo que los reprimía con la determinación de quien no está dispuesto a sufrir por algo irrealizable.

—Los deseos nunca perecen. Viven y mueren con nosotros.

—¿Tiene usted algún deseo, Víctor?

—Hablábamos de usted —replicó él. No obstante, miró al frente, a la noche entre palmeras, aspiró muy hondo y añadió—: Cuando era pequeño deseaba que mi madre no estuviera muerta y que viniera a buscarme. De ella solo sé lo que oí en boca de otros. Mi padre siempre

fue un hombre autoritario que se volvía violento cuando bebía. Y bebía a menudo. Solía decir que lo necesitaba para manejar su negocio. Apaleaba a mi madre, todo el mundo lo sabía, y por eso lo abandonó. Lo merecía. Pero me habría gustado que me hubiera llevado con ella. Durante años le guardé rencor por no haberlo hecho, pero más tarde comprendí que mi padre jamás se lo habría permitido. Pocos años después de huir de él, mi madre falleció de tifus. Mi padre aprovechó el suceso para volver a casarse.

—Lo siento. Debió de ser una infancia dura.

—Lo fue, como la de tantos otros niños. Mi padre era uno de los mayores conserveros del norte de España. Y, dejando a un lado sus arranques de violencia, tenía una inteligencia y un sexto sentido para los negocios fuera de lo común. Siempre ejerció fascinación en las mujeres, por eso le resultó sencillo encontrar una segunda esposa. Durante años viví atormentado pensando que quizá era como él.

—No lo es. Estoy segura de ello.

—Me halaga su confianza. Pero, cuando volví de China siendo un hombre adulto y me miré al espejo, lo vi a él. Su mismo rostro. Y fue terrorífico. Mi padre era un hombre de personalidades opuestas: un personaje encantador cuando estaba sobrio y un malnacido cuando bebía. Tal vez por eso yo nunca me emborracho.

—Le da miedo descubrir que el alcohol ejerce en usted el mismo efecto.

El maestro asintió con un leve gesto de cabeza.

—He necesitado mucho tiempo para saber con certeza que solo comparto con él unos rasgos físicos. Hace años que no tengo noticias suyas ni de su esposa, ni siquiera sé si están vivos.

—¿Tuvo más hijos?

—Otros tres, al menos eran tres cuando yo me vine a Cuba.

Mar comprendió en ese momento algunos de sus comentarios más exacerbados, como cuando el domingo en su casa, mientras le curaba la herida, Víctor le dijo que si tuviera hijos y alguien tratara de arrebatárselos tendrían que matarlo.

—Ahora ya sabe que mi sueño es imposible, a menos que mi madre vuelva a la vida y yo vuelva a la infancia.

—Pronto podrá formar su propia familia y darles todo cuanto usted no tuvo.

—Así es. Antes de que me haga demasiado viejo. —La miró con

una expresión tierna en los ojos y añadió—: Su deseo no es imposible, señorita Mar.

Ella volvió a mirar a la niña. Sentía el agradable calor de su cuerpo diminuto en los brazos, una sensación que la reconfortaba y que la hacía olvidarse de la forma terrible en la que había sido concebida. Tal vez Víctor tuviera razón y su anhelo de ser madre no fuera imposible, más aún en aquel lugar, donde los límites de la moralidad europea parecían desdibujarse. El bien y el mal, el sentido de la vida y de la muerte. La virtud de la decencia, de la bondad y del honor... Todo ello había quedado en España y en la fervorosa identidad católica del país. Cuba era distinta. Cuba era, a pesar de su idiosincrasia y a merced de su herencia identitaria, libre en ese aspecto. Si ella se quedara encinta de un desconocido, le prestarían la misma atención que a un tocororo.

—Gracias por intervenir —le dijo, desviando la conversación, que amenazaba con volverse demasiado íntima—. Si no hubiera convencido a Mansa, nunca nos habrían permitido traer a la muchacha al dispensario. Les ha salvado la vida a las dos.

—Nada de eso —dijo él mirándola—. Han sido usted y su padre quienes han hecho el trabajo. —Se quedó pensativo y prosiguió al cabo de unos segundos de silencio—. ¿Y todo para qué? ¿Para qué las hemos salvado? ¿Tiene usted alguna respuesta?

Mar miró a la pequeña.

—Para que tengan una oportunidad.

—Esta mezcla de culturas saca lo peor de cada una. Dudo mucho que tengan esa oportunidad de la que habla.

—Entonces, ¿no cree que las cosas vayan a cambiar?

A su lado, Víctor inspiró hondo. Después se quedó callado, dejando la pregunta en el aire, como si no tuviera una respuesta.

Dos horas más tarde, Mar dormía con la cabeza recostada sobre el hombro de Víctor mientras él se encargaba del bebé. Era la primera vez que sostenía a un recién nacido en los brazos y lo vio tan diminuto e indefenso que no concebía que alguien pudiera hacerle daño.

En algún lugar ladró un perro. Más cerca, entre la vegetación colindante, se arrastraba algún animalillo. Pero los sonidos que predominaban en el relente nocturno eran el canto de los grillos antillanos y el rumor de las máquinas de vapor, que movían las trituradoras de caña de día y de noche desde el inicio de la zafra.

Varios mechones de cabello le caían a Mar sobre el rostro. Víctor estiró una mano y le apartó el mayor de ellos del ojo izquierdo para ponérselo detrás de la oreja. Ella se movió, pero solo para acomodarse, agarrándose con las dos manos a su brazo. Víctor permaneció quieto para no despertarla. Debía de estar agotada por la tensión que había sufrido en las últimas horas, en los últimos días. Le gustó percibir en el brazo el calor de esas manos que intuía diestras y con más capacidades de las que su dueña suponía. Víctor admiraba a las mujeres como ella por todo cuanto eran capaces de soportar. A Mar Altamira había empezado a admirarla incluso antes de conocerla, y esa fascinación que había nacido a través de unas cartas no había hecho más que acrecentarse.

Sintió que a una mujer como ella podría amarla durante toda una vida, incluso si esa vida estaba llena de obstáculos y calamidades. Mar era firme, determinante e inteligente. No se conformaba con hablar, también actuaba.

Víctor evitó solazarse en esos pensamientos porque no eran justos para ninguna de las partes, de modo que trató de pensar en otra cosa, como en la pregunta que le había hecho sobre el futuro de la isla. Cuba permanecía en una balanza cuyo equilibro era débil: una pequeña alteración podría inclinarla hacia cualquiera de los lados. Le repugnaba la forma en la que se sostenía la industria de la isla, usando en sus inicios mano de obra esclava que había devenido en una masa de asalariados sometidos a las injusticias de los patrones. Pero, por otra parte, los africanos mantenían sus costumbres, sus ritos, en ocasiones brutales, y las supersticiones chocaban con la regia doctrina católica, que dominaba la vida y la muerte de los blancos. El resentimiento de unos hacia otros iba en aumento a medida que los blancos trataban inútilmente de desafricanizar lo que habían africanizado. Hasta que estallaba un nuevo grito que provocaba rebeliones, incendios y ajustes de cuentas. Algunas veces los sucesos habían desembocado en una guerra; otras, las que más, la conjura se reducía a rebeliones aisladas que no conducían a nada, pero que generaban nuevos odios sobre los antiguos. Y así una vez tras otra. En aquellos momentos, estaban atravesando un periodo álgido de consecuencias imprevisibles. Todo podía suceder. O tal vez nada. Frisia lo sabía, y vivía con el temor a que sus peones se tomaran la justicia por su mano. Por ello se hacía acompañar de Orígenes, un ser

primitivo con total desprecio por la vida, un sacerdote entregado a sus orishas malignos. Porque, al contrario de lo que todos pensaban por su envergadura, el lacayo de Frisia no era mandinga, sino congo. Mansa lo sabía, como sabía que los congos eran temidos entre las demás etnias por su tendencia a la hechicería y a los rituales de sangre.

África latía con sus bondades y sus maldades en la isla tropical.

África.

Víctor había visto llorar a muchos negros, fuertes como troncos de caguairán, durante el descanso de los domingos, mientras escuchaban las historias de los viejos de nación como Mansa, contadas al anochecer, a la luz de unas candelas, sentados en el suelo y con el sonido de los tambores y güiros criollos retumbando en sus cabezas. Había visto sus caras y sus ojos, ansiosos de leones y desiertos, de jirafas y elefantes. En aquellos momentos, nacía en ellos la ilusión del retorno, de llegar a besar un día el suelo africano abrasado por el sol, un sueño que solía desvanecerse a machetazos los lunes al alba, mientras tumbaban caña en los campos bajo la vigilancia acérrima del mayoral. Mansa le decía a su gente que debían olvidarse de África, que jamás pisarían la tierra de sus padres, que su misión en la vida era hacer de aquella isla su nuevo hogar y conquistar su independencia de los blancos.

«Esa *e* la cosa.»

Las campanas de las cuatro y media de la madrugada despertaron a Mar, que se sobresaltó y alzó la cabeza, un poco desorientada. Se dio cuenta de que se había agarrado al brazo de Víctor mientras dormía y se apresuró a soltarlo. Le había dejado a la niña para ir un momento a examinar a la madre y, a la vuelta, él había insistido en cargarla para que ella descansara un rato.

Con una mano se recompuso el pelo y le devolvió la sonrisa cuando él la miró.

—Lo siento. He abusado de su amabilidad. Debería usted volver a casa para dormir un poco antes de ir a trabajar.

Estiró los brazos hacia él. Víctor le devolvió a la niña, que también empezaba a espabilarse y estaba a punto de echarse a llorar.

—No se preocupe por mí —murmuró, depositando a la criatura en sus brazos—. No duermo mucho. Esta muchachita se ha portado

muy bien. Pero ahora tiene que convencer a su madre para que la alimente.

Mar lo miraba fijamente, un poco abstraída en sus pensamientos.

—¿En qué piensa? —le preguntó él.

—No es nada. Solo pensaba en los giros que da la vida, y en la compasión.

—¿La compasión?

—La sentí por una mujer a la que obligaban a casarse con un desconocido. Recuerdo lo afortunada que me sentí por no tener que pasar por eso, por tener la opción de decidir por mí misma. Pero ahora pienso que esa joven ha tenido suerte porque su futuro esposo es un buen hombre.

Mar se puso de pie, y lo miró un instante más antes de volver dentro. Ya se había alejado un poco cuando él la llamó.

—Señorita Mar. —Ella se volvió, meciendo ligeramente a la niña, que comenzaba a llorar—. Antes me preguntó si creía que las cosas podían cambiar.

—¿Ya tiene la respuesta?

—He pensado en ella mientras usted dormía.

—¿Y bien?

—Usted es la respuesta.

—No se burle de mí.

—No lo hago. Hoy ha ganado una batalla. La hacienda es un lugar mejor gracias a usted y a su padre. Son esos pequeños cambios los que obran las grandes transformaciones.

Víctor parecía querer añadir algo más, pero el llanto de la niña acució a Mar a ir a entregársela a su madre. Regresó a la sala con la extraña impresión de haberse sentido hasta entonces interiormente sola, como si nunca antes hubiera podido compartir con nadie sus más íntimos pensamientos. Con Víctor le resultaba tan sencillo dialogar que empezaba a extrañarlo cuando no estaba cerca. Y no solo por su facilidad para conversar, también extrañaba mirarlo a esos ojos rasgados que parecían tener muchas de las respuestas que ella se había formulado a lo largo de la vida. Su cuerpo, su forma de caminar. Todo lo que había deseado encontrar en un hombre estaba concentrado en Víctor Grimani. Un hombre destinado a unirse a otra mujer.

Mar llegó junto a la cama de Felicia notando un desasosiego creciente en el pecho. La muchacha aún dormía por los efectos del

cloroformo. Se acercó a ella y le dio unos golpecitos en las mejillas. Felicia gruñó, pero fue abriendo los ojos poco a poco. Al tocarle la frente, Mar comprobó que no había fiebre. El lloriqueo del bebé cobró fuerza, y sus chillidos terminaron de espabilar a la muchacha, que se llevó una mano al bajo vientre.

—No te toques ahí —le dijo Mar.

Solo al centrarse en ella, Felicia descubrió a su hija envuelta en una sábana. Mar se la enseñó, con el corazón desbocado, temiendo una reacción parecida a la de su madre.

—Es tu hija —le dijo con una sonrisa—. Y está muy sana.

Al verla, la muchacha cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza antes de romper a llorar.

—Necesita comer —le dijo Mar por encima de su llanto, con todo el apremió que logró ponerle a su voz—. Felicia, es tu hija y tiene hambre.

Trató de acercársela al pecho, pero la joven madre intentó arrojarse fuera de la camilla, y lo habría logrado si Víctor, que se había acercado al oír el llanto de la muchacha, no la hubiera sujetado.

—Tiene que dejar de moverse —le dijo Mar—. Se le abrirá la herida del vientre, y eso puede ser fatal.

Ninguno de los dos logró que la joven se calmara, y a Mar no le quedó más remedio que alejarse con la niña. La dejó en la artesa y volvió junto a la madre.

—¡Quiero *volvé* al barracón! —exclamó la muchacha.

—Por ahora es mejor que te quedes aquí. Tu herida...

—¡No! ¡Quiero ir con mi madre! ¡La patrona lo dijo!

De poco sirvieron los ruegos y las explicaciones de Mar sobre lo que podía pasarle si seguía moviéndose. El miedo a Frisia era infinitamente mayor, de modo que Víctor fue a buscar un carruaje para enviarla al barracón.

—¿Te llevarás a la niña? —le preguntó Mar, descorazonada.

La muchacha negó enérgicamente moviendo la cabeza, con los labios apretados y una mirada resentida que no dejaba lugar a la duda. Cuando oyeron el sonido del carruaje aproximándose, Felicia se bajó de la cama sin darle opción a Mar a ayudarla. Se puso en pie, soltando un grito que la encogió de dolor cuando las tripas, recién cercenadas, trataron de asentarse en su sitio.

—Por el amor de Dios —le dijo Mar—. Deja que te ayude.

Felicia no se opuso, y Mar le pasó un brazo por debajo de la axila para sostener la mayor parte de su peso. Al cabo de un instante, Víctor entró en la sala y se apuró a auparla en brazos. La niña madre se quejó de dolor. Mar los siguió hasta la escalera del dispensario y permaneció allí, con las faldas jaleadas por la brisa nocturna, restregándose las manos con desasosiego mientras, en el interior, el llanto del bebé lo copaba todo.

—Le enviaré una nodriza —le dijo Víctor antes de marcharse.

CAPÍTULO 36

La niña no dejaba de llorar.

Mar paseaba con ella en brazos, tratando de calmarla sin éxito. Cuando llegó la nodriza, una muchacha joven con los pechos llenos, agradeció que se la arrebatara de los brazos y se recluyera en un rincón del dispensario para amamantarla. Al olor de la leche, la pequeña se sacudió inquieta, abriendo la boquita desesperadamente para encontrar el camino al alimento.

—La madre no la quiere —le dijo Mar a la nodriza, observando a la criatura mientras succionaba con avidez.

La joven la miró tímidamente, pero no dijo nada.

Como si sus problemas no hubieran hecho más que empezar, Frisia se presentó de nuevo en el dispensario en cuanto comenzó a clarear el día. Y no lo hizo sola. Además de Orígenes, también llegó con ella Diego. Mar se sentía agotada, pero, cuando vio al mayoral, la rabia consiguió renovar sus fuerzas.

—¡Malnacido! —le gritó, precipitándose hacia él, con la mano en alto para golpearlo.

Orígenes se interpuso entre los dos y Mar se detuvo para no chocar contra el corpachón del hombre.

—Solo tiene trece años —masculló, ignorando al gigante, que había puesto los brazos en jarra.

Diego no la miró. No la escuchó. La figura de aquel ser pequeño, con la piel de un tono parecido a la corteza de pan y su mismo color de cabello, lo había subyugado. El sombrero se le cayó de las manos y avanzó hasta detenerse frente a la nodriza. Cayó de rodillas conteniendo la respiración. La joven giró la cabeza hacia el lado opuesto, intimidada por tener al mayoral tan cerca, arrodillado ante ella. La niña aún lactaba de forma placentera en su regazo.

—Mi hijo... —dijo Diego, con la emoción distorsionándole una voz que sonó aflautada y meliflua, volviéndose hacia los demás, como si necesitara reafirmarlo delante de todos—. He tenido un hijo...

Mar se acercó a él. Lo miró desde la altura, con los ojos brillantes de furia.

—No has tenido un hijo. —El mayoral echó el cuello hacia atrás para mirarla, desconcertado. Ella le asestó el golpe final—: Has tenido una hija.

Tal como intuía, la expresión de Diego desveló su conmoción, ajeno completamente a esa posibilidad.

—¿Una hembra?

Con movimientos rudos, Diego comenzó a despojar a la pequeña de su envoltorio de tela para comprobarlo. El meneo hizo que esta soltara el pezón y comenzara a emitir gemidos y gruñidos. La nodriza tuvo que hacer equilibrios con la niña para que no se le cayera del regazo mientras él la desnudaba.

Ante la evidencia, Diego se puso en pie, desolado.

—Su madre no la quiere —le dijo Mar—. Tendrás que hacerte cargo de ella.

Frisia, que observaba la escena con vivo interés, se acercó a ver a la niña.

—Dios bendito —dijo, dejando salir una risa ladina—. No puedes negar que es de tu sangre, Diego. A menos que su padre sea el gallego del colmado, que tiene el pelo más rojo que el tuyo. Aunque lo dudo mucho, porque me consta que, en asuntos de negras, es muy escrupuloso. Jamás se acercaría a ellas. ¿No deseabas ser padre? Pues, o bien Dios o bien el diablo, te lo ha concedido.

El rostro bronceado de Diego palideció.

Unas voces procedentes del exterior captaron la atención de todos. Al cabo de un minuto, Basi entró en tropel en el dispensario perseguida por el padre Miguel. Fue evidente que él trataba de persuadir a Basi para que no entrase. Apenas había dado comienzo el nuevo día, pero el rumor de lo que había ocurrido ya se había extendido por todo el batey.

Basi miró primeramente a su marido, que se había puesto en pie al verla aparecer. Después desvió la mirada destruida hacia Mar. Nada más verla, supo que era cierto, que los rumores que había oído al alba decían la verdad. Diego Camblor había logrado engendrar un hijo en una niña de trece años. Basi aún percibía el sabor de la bilis que había vomitado en el cuarto de baño al oír la noticia, cuando comprendió de una vez por todas que su esfuerzo y su sacrificio nunca darían el fruto

deseado. Diego había cruzado líneas que no admitían el retorno a la normalidad. Dentro de ella, algo se quebró para siempre. Lo notó entonces y lo notaba en ese momento, mientras miraba a Diego con todo el desprecio de su corazón acumulado en los ojos.

Mar reparó en que Basi parecía haber salido de casa de forma apresurada, sin dedicar ni un segundo a arreglarse. Llevaba puesto un sobretodo largo, por cuyos límites inferiores sobresalía el camisón blanco. El pelo únicamente recogido con un broche de carey que no atinaba a prender bien todos sus mechones. Tenía el rostro congestionado y ojeras bajo unos ojos llenos de lágrimas. Miraba a su esposo con los puños apretados, que se perdían dentro de las mangas del sobretodo. Pero Diego no parecía dispuesto a hablar con ella delante de los demás y se aferró a su silencio. Entonces ella interceptó a la nodriza y a la niña al fondo de la sala. Se fue hacia ellas como atraída por una fuerza indomable. No oyó la voz de Frisia pidiéndole a Diego que la sacara de allí, ni a este ordenándole salir de la sala, ni al padre Miguel rogándole que actuara con prudencia y sensatez. Basi no oyó nada porque, igual que le había ocurrido a su esposo, todos sus sentidos estaban puestos en aquel diminuto ser envuelto en una sábana.

—Es lo mejor, hija mía —le decía el padre Miguel—. Vuelve a casa con tu marido y hablad como personas civilizadas que sois.

Diego llegó hasta ella antes de que a Basi le diera tiempo a fijarse con detalle en la niña. La nodriza ya le había recompuesto la sábana que la envolvía, de modo que Basi estiró una mano para apartarla y verla mejor. Diego le sujetó el brazo y le dio un tirón hacia atrás.

—¡Vamos a casa!

Basi se sacudió y se soltó. Luego lo golpeó en el rostro. La bofetada resonó en la sala, rebotando de pared en pared, un chasquido hiriente y agudo que sobrecogió a todos. Sorprendida de su propio acto, Basi se llevó las manos a las mejillas, aterrada. La nodriza se encogió, como si hubiera recibido en sus propias carnes el impacto, previendo un estallido de furia por parte del mayoral.

La bofetada apenas le había torcido el rostro a Diego, pero todos lo vieron apretar los puños, dispuesto a devolverle el golpe a su mujer. Abrió la mano en el último momento, golpeándola con tanta fuerza que Basi cayó al suelo con un ruido sordo que prosiguió al chasquido. Mar se abalanzó sobre él, pero Diego se la quitó de encima con un

empujón que, si bien habría sido suficiente para tumbar a una mujer pequeña, no logró derrumbar a Mar, que quiso volver a la carga.

El padre Miguel se interpuso entre los dos.

—¡Calma! ¡Calma, hijos míos! ¿Es que habéis perdido la cordura?

Diego permanecía en una postura defensiva. Basi lloraba en el suelo y lo miraba como si fuera un monstruo. Él se dio cuenta de que jamás volvería a verlo como antes, de que jamás le perdonaría lo que había hecho. No obstante, aún era su esposa y le debía obediencia, quisiera o no.

—¡Por Dios! —voceó Frisia dejándose arrastrar por el tenso clima que había en la sala—. ¡Menudo drama de títeres! Llévate a tu mujer de aquí, Diego. Hazlo antes de que pierda los estribos y quiera golpearnos a todos. —Se dirigió hacia la puerta, maldiciendo por lo bajo, dándose la razón a sí misma cuando predijo que esa criada les causaría problemas—. Y decide qué quieres hacer con esa niña. O se va a tu casa o se va a los barracones.

Frisia se marchó rezongando, seguida de Orígenes.

En presencia del cura y de Mar, Diego trató de tomar del brazo a Basi para ponerla en pie a la fuerza.

—¡No me toques! —gritó esta, tapándose la cara con las manos para no verlo—. Por el amor de Dios, márchate. No te acerques a mí. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo fuiste capaz? A una niña...

Mar fue junto a ella y la ayudó a levantarse. Diego seguía arrebatado, con los ojos inyectados en sangre.

—¡No lo entiendes! —masculló, escupiendo saliva—. ¡Son ellas las que nos provocan! ¡Son ellas las que quieren favores y nos enseñan las nalgas! ¡Soy un hombre, maldita sea! ¡¿Qué tiene que hacer un hombre cuando una mujer le mete el culo en la entrepierna?!

—Virgen Santísima —dijo el padre Miguel, santiguándose—. No hables así, hijo.

Diego se volvió hacia él.

—¿Y cómo quiere que hable, páter? ¿Acaso los negros no fornican unos con otros sin ningún apuro?

—Bien lo sé, y se lo recrimino en cada misa de domingo. Pero, hijo, ¿es que quieres ser como ellos? Deberías tener más control sobre tus actos.

—Eres un miserable —le dijo Mar llena de rabia.

—Maldita la hora —farfulló Diego entre dientes, ignorando a Mar

y clavándole la mirada a Basi—. Maldita la hora en que viniste. No permitiré que sigas humillándome, ¿me oyes? No seré el hazmerreír de la hacienda. Si vuelves a golpearme, te mataré. Lo juro por Dios.

El padre Miguel se llevó las manos al crucifijo de madera que colgaba de su cuello.

—Santa Madre bendita, ¿cómo puedes pronunciar palabras tan ominosas, hijo? ¿No te das cuenta de que Dios todo lo oye? ¿Es que quieres condenarte al infierno por toda la eternidad?

Diego apartó la mirada de Basi y la posó sobre el religioso.

—Yo no creo en su infierno, páter. Creo en el poder de la tierra y en lo que hace con los muertos. Los vuelve pasto de gusanos. A mí solo me interesa esta vida, porque la otra ni usted ni yo estamos seguros de que exista. Así que no me venga con infiernos ni con pecados. También dice Dios que las esposas deben respetar y obedecer a sus maridos, y ya ve cómo se porta la mía.

Diego se fue hacia la puerta. El padre Miguel lo siguió, increpándole por el camino.

—¿Y la niña? ¿Qué vas a hacer con ella?

El mayoral se detuvo, recogió su sombrero del suelo y se volvió hacia el padre Miguel. Sin embargo, no le habló a él, sino a Basi.

—Si vuelves a casa, puedes traer contigo a la niña. De lo contrario, se irá a los barracones.

Tras la marcha de Diego, Basi rompió a llorar de nuevo en los brazos de Mar. Mientras se deshacía en llanto, el padre Miguel fue a sentarse en una silla contra la pared, consciente de que un hombre que perdía la fe y el miedo a las penas del infierno era susceptible de hacer cualquier cosa. Veía a Diego Camblor capaz de matar a su mujer si seguía tratándolo de aquella forma. Para los hombres como él, no había nada peor que sentirse ultrajado y deshonrado por su esposa, y estaba seguro de que no lo consentiría. La domaría a golpes si era necesario y ni él mismo con la ayuda del Señor iba a poder evitarlo.

En los brazos de Mar, Basi temblaba y era incapaz de hablar, de modo que la llevó del brazo hasta el porche para que le diera el aire. Allí la sentó en un banco.

—Tranquilízate, por lo que más quieras —le dijo, limpiándole la humedad de las lágrimas.

—Ay, señorita —atinó a decir Basi—. Ahora sí que se arruinó todo. Me matará a golpes cuando vuelva.

—¿Cuando vuelvas? ¿Es que has perdido el juicio? ¡No puedes volver con él!

—Si no regreso, enviará a esa pobre criatura a los barracones.

—Tal vez sea lo mejor, puede que su madre al fin la acepte.

—No lo hará —dijo el padre Miguel, que salía en esos momentos por la puerta. Avanzó hasta la balaustrada de madera y se quedó allí, de espaldas a ellas, con las manos entrelazadas sobre la generosa barriga—. Jamás aceptarán a esa niña. Es diferente. A ese pelo rojo le atribuyen una naturaleza maligna, la misma que demuestra su padre. —Se dio la vuelta para mirarlas—. Os espantaría saber cuántos niños fallecen en los barracones. Solo sobreviven los más fuertes. Y a esta criatura la descuidarán, porque nadie querrá ocuparse de ella. Enfermará y morirá antes de cumplir un mes. Eso sin mencionar que algunos congos querrán utilizar partes de su cuerpo en sus rituales. Enviarla a los barracones es condenarla a muerte.

Basi volvió a llorar. Mar no se quiso dar por vencida.

—Pero tiene que haber otra solución.

—Por desgracia, no la hay.

Con movimientos enérgicos de las manos, Basi se secó las lágrimas.

—Volveré con él. Pero solo lo haré por la niña.

—¡No!

—Es lo mejor —dijo el padre Miguel—. Sé que es un sacrificio muy grande, hija mía, y que tu esposo no se lo merece. Pero la criatura es un ser inocente, y no podemos mirar hacia otro lado y dejar que muera. Las cosas se irán calmando. Yo hablaré con él. Le diré que si te pone la mano encima...

—¿Qué hará, padre? —dijo Mar—. ¿Qué puede usted hacer? Ese hombre no respeta nada.

—Iré a verlo de todos modos. Encontraré las palabras adecuadas. Hay pocas cosas que no se puedan arreglar conversando. Y tú, hija mía... —Miró a Basi—. Sé que será un trago muy amargo, pero procura no enfadarlo.

—Eso no es justo, padre —se quejó Mar.

—Lo sé. Pero con hombres como él no hay otra forma. Por las malas no conseguiremos más que enfurecerlo. Y temo que cometa una locura. —El padre Miguel bajó los peldaños del porche y se volvió hacia ellas antes de marcharse—. No te inquietes, me aseguraré de que

no te haga daño. Hablaré con Frisia si es necesario.

Basi recostó la cabeza sobre el hombro de Mar. Las dos vieron marcharse al cura con paso lento y cansado, en aquella luz rojiza que aventuraba un nuevo día tan soleado y caluroso como el anterior.

CAPÍTULO 37

A primera hora de la mañana, mientras Mamita le servía café al doctor, la puerta se abrió y por ella entraron Mar, Basi y la nodriza con la niña en brazos. Mamita las miró con la boca abierta, descuidando el chorro de café, que fue a caer sobre el mantel blanco. Se disculpó inmediatamente y se fue corriendo a la cocina en busca de un trapo para secarlo. El doctor, sin embargo, se puso en pie y las miró a todas de hito en hito. La cara de Basi era toda una declaración de penurias y la expresión de Mar no era más halagüeña.

—¿Qué ocurre? —preguntó, saliendo de detrás de la mesa para llegar frente a ellas—. ¿La madre de la niña está bien?

Mar le explicó lo ocurrido en unas pocas palabras y el ceño del doctor se fue frunciendo más y más hasta desfigurar sus facciones.

—Pero esa muchacha necesita cuidados médicos, no debió marcharse a los barracones, allí cogerá una infección.

Basi comenzó a encontrarse fatigada mientras apretaba la boca para no echarse a llorar. Y cuanto más luchaba contra las ganas, más le costaba respirar. El doctor, que conocía bien sus dolencias, se fue hacia ella, previendo un desvanecimiento.

—Mar, siéntala en la poltrona.

Instalada en el confortable asiento, el doctor sacó su estetoscopio.

Basi siguió resollando, pero, al contrario que en otras ocasiones, a Justino no le pareció al borde de la histeria, sino a punto de estallar en un arranque de ira. Sus dientes rechinaban dentro de la boca y de su garganta se escapaba un sonido de animal herido.

—Respire despacio, Basilia —le dijo.

Al ir a acercar el estetoscopio a su pecho, Basi lo detuvo.

—Déjelo, doctor. Prefiero morirme aquí mismo, con ustedes, que de una paliza de mi esposo.

Justino miró el cardenal que comenzaba a brotar en su rostro.

—¿Ese hombre te golpea?

—Solo me devolvió el golpe que yo le di. No pude contenerme,

doctor.

—Se lo tiene bien merecido. Debería caer sobre él el peso de la justicia.

—Voy a preparar una tisana con las hierbas de madre —dijo Mar, y le pidió a Mamita que instalara a la nodriza y a la niña en el dormitorio de Solita, que aún dormía.

Desde la cocina, oyó la voz de su padre diciéndole a Basi:

—Debo admitir que es usted más fuerte de lo que imaginaba. Ana lo sabía... Ella sabía lo resistente que es usted. Y no debe permitir que el rufián de su esposo la maltrate. No hace falta que le diga que aquí tiene usted su casa para lo que necesite.

Basi sollozó de nuevo.

—Ay, doctor, echo mucho en falta a la señora, y disculpe que se lo mencione, que no quiero ponerlo triste.

A Mar se le acumuló la pena en la garganta mientras prendía el fuego para hervir el agua. Entonces le llegó la voz de Solita desde el interior de su cuarto, aunque no logró descifrar lo que decía. Unos segundos después, oyó el rumor de sus pasos corriendo a la cocina.

—¡Niña Mar! ¡Hay un bebé en la casa!

Con la dormilona blanquísima puesta, la cabeza cubierta de pequeñas coletas puntiagudas y los ojos plenos de asombro, a Mar le pareció un vivaracho angelito.

—Es el hijo de Felicia.

—¿Va a *viví* con nosotros? ¿En mi *cuatto*?

Solita frunció el entrecejo, hinchó las mejillas y se cruzó de brazos.

Mar se puso muy seria.

—Tu amiga no la quiere.

—¿Cómo la va a *queré*? ¿No vio que *tie* el pelo *colorao*? Los congos dicen que es el *coló* del diablo y que cuando *nase* un niño con pelo de sangre es *poqque tie* el demonio dentro.

—Eso dicen, ¿eh?

—Sí, niña Mar, y yo no quiero *dormí* con el demonio *pegao* a los pelos.

Mar respiró hondo, tratando de controlarse, pero estaba tan cansada que no pudo evitar gritarle.

—¡Pues son tonterías! ¿Me oyes? ¡Supersticiones de idiotas! ¡Y tendrás que dormir con ella si no quieres volver a los barracones!

Solita descruzó los brazos para dejarlos caer inertes, y la contempló con tanta decepción en la mirada que Mar lamentó haberle hablado de esa forma. A la niña se le humedecieron los ojos, pero apretó los labios y salió corriendo sin decir una palabra. Mar fue tras ella y logró sujetarla cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—¿Adónde vas?

—¡A los barracones!

Solita se revolvió, tratando de soltarse de las manos de Mar, pero no lo consiguió.

—Estate quieta, ¿quieres?

—¡Suélteme! ¡No quiero *dormí* con el demonio!

Mar la asió por los brazos y clavó una rodilla en el suelo ante la mirada expectante de los demás.

—¡No es ningún demonio! —exclamó sacudiéndola—. ¡Es una niña! ¡La hija de tu amiga!

—De *na* sirve la plática —intervino Mamita—. Ya le dije que su padre es congo, donde quiera que esté. Llevan la *superstisión agarrá* al alma. Si ella quiere, *pue dormí* con Ariel y conmigo en la cabaña.

Solita se fue hacia ella y se asió a sus faldas. Mar se alzó y la miró, dándose por vencida, sin ánimo de seguir insistiendo para hacerla comprender. En esos momentos solo quería tumbarse y dormir un rato.

Mamita sujetó a la niña de la mano.

—¿Quieres desayunar?

Solita asintió y Mamita se la llevó a la cocina.

Con un suspiro derrotado, Mar arrastró los pies hasta allí para comer algo. Su padre se fue al dispensario poco después y Basi se reunió con ellas en la cocina para dejarse caer en una silla.

Mamita le sirvió la tisana de hierbaluisa y a Mar una taza de café.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Mar a Basi, observando la hinchazón en su rostro, allí donde Diego la había golpeado.

—Qué sé yo, señorita. Como si fuera un huevo de gallina y alguien me hubiera aplastado.

A Solita se le escapó la risa mientras se llevaba a la boca un pedazo de pan con mermelada de naranja. Ninguna de las dos tuvo ganas de reprenderla, pero se ganó igualmente un pescozón de Mamita.

—¡Ay! —chilló la niña, rascándose la cabeza.

Basi notaba la mejilla ardiendo. Le dio un trago a la tisana sin esperar a que enfriara un poco, y ni siquiera notó que estaba quemando. Alzó la vista hacia Mar.

—¿Qué vamos a hacer con esa criatura, señorita?

La mirada de Mar se perdía en la oscuridad del café mientras Solita las observaba con sus enormes ojos negros bien despiertos, sin atreverse a reír de nuevo.

—No lo sé, Basi. Ahora estoy demasiado cansada para pensar. Necesito dormir un poco. Después ya veré lo que se me ocurre.

Sin embargo, ninguna de las dos tuvo tiempo de buscar una solución, porque, antes de que se terminaran el desayuno, Ariel llamó a la puerta. Detrás de él asomó Diego con el semblante duro y constreñido, aún colorado de agitación.

—Vengo a por la niña —le dijo a Mar.

Esta se llevó la mano a la frente. Comenzaba a notar un dolor sordo y pujante en la cabeza, justo sobre los ojos, y su mente estaba lenta.

Basi se asomó a la puerta.

—¿Adónde la quieres llevar? —le preguntó.

—Donde debe estar, en el barracón de los criollos.

—No, Diego. —Basi se retorcía las manos—. El padre Miguel dice que allí la dejarán morir...

—Quiero hablar contigo a solas.

—¡Ni lo sueñes! —soltó Mar.

—Le prometí al cura que no te pegaría, y pienso cumplirlo.

—No le creas, Basi.

—¡Cállese de una puta vez! —increpó Diego a Mar—. ¡Es usted como un maldito jején! ¡Vaya a ocuparse de su fracasada vida!

Basi volvió a alterarse al oír a Diego hablarle así a Mar y le suplicó a esta que no interviniera.

—Por favor...

Apretando los dientes, Mar dejó que Basi saliera al porche para ir a sentarse con él a las sillas de mimbre. Durante la hora y media que estuvieron conversando, Mar no dejó de vigilarlos por la ventana del salón, inquieta y soliviantada, acompañada por el tictac del reloj de pared, segura de que Diego acabaría convenciéndola para que regresase con él. Por eso no se sorprendió cuando Basi volvió dentro con la cabeza gacha y la mirada huidiza. La vio irse directa al

dormitorio, donde la nodriza seguía con la niña. Mar fue tras ella y la encontró de espaldas a la puerta, con las manos unidas a la altura del vientre, mirando fijamente a la criatura, que emitía sonidos de satisfacción mientras se alimentaba una vez más.

Le habló con voz suave.

—Basi... ¿Es que vas a perdonárselo todo? ¿No te das cuenta de su crueldad? Serás muy infeliz. Yo... iré personalmente a los barracones cada día para comprobar que la niña está bien. No te resignes a vivir con ese hombre. No lo hagas, Basi, o serás muy desgraciada.

Tras un desesperado silencio, Basi se dio la vuelta para mirarla.

—Usted ya tiene bastantes cosas de las que ocuparse, señorita. Yo... estoy tan confundida... Diego dice que aquello fue un error, que no sabía que la chica era tan joven y que estaba borracho cuando ocurrió. No era consciente de sus actos. Está arrepentido... —Basi miró con ojos vidriosos a Mar, tratando de transmitirle su necesidad imperiosa e inaplazable de creer en ello, aunque no fuera cierto—. Diego también dijo que se encargaría personalmente de buscarle a esa muchacha y a su madre un buen empleo como domésticas en La Habana, que las recompensaría económicamente, pero que ya no podía volver al pasado para enmendar su terrible acto.

Pese a ser consciente de las mentiras del mayoral, Mar se tragó las ganas de contarle los hechos a Basi tal y como se los había narrado Solita. ¿De qué le serviría saberlo? Hubiera ocurrido de una u otra forma, lo cierto era que ella volvería con él por el bien de la niña y, en ese caso, por la paz de su alma, tal vez fuera mejor que viviera ignorando la verdad.

«A veces la verdad se instala a las puertas del infierno, Mar —le había dicho su madre—. Hay ocasiones en que convertir la mentira en verdad es la única forma de seguir viviendo. Es una cuestión de supervivencia, una necesidad vital, y la necesidad no conoce de leyes ni de remordimientos.»

CAPÍTULO 38

Paulina pasaba los días en la casa grande evitando encontrarse con Frisia. «Tengo jaqueca», alegaba, y se recluía en su dormitorio para refugiarse en la oración. Solo se permitía salir a pasear por el claustro que rodeaba el jardín interior para admirar las flores, buscando los aromas más agradables que lograsen calmar su ansiedad. Esa mañana de jueves, a tres días de su boda, se aventuró a pisar la tierra del jardín interior y a desplazarse de arbusto en arbusto, animada, pensando en hacerse un bonito ramo para colocarlo en el jarrón de su dormitorio, ocupado habitualmente por gladiolos blancos y rojos. Frisia la sorprendió cortando las flores con las manos y se dirigió hacia ella dándose golpes en el pecho con el abanico, avanzando con brío, envuelta en una nube de enojo. Paulina se refugió del sol bajo la hermosa palmera que había en el centro del jardín, temiendo el encuentro a solas con ella. Antes de alcanzarla, Frisia ya la había acusado a voz en cuello de estropearle las matas en flor.

—¡Si quieres dedicarte a la jardinería, lo haces fuera de mi casa! Vete al jardín de tu prometido, él también tiene flores. Allí decapitas las que quieras, pero no vuelvas a tocar mis plantas.

Paulina asintió, obediente, como una chiquilla sorprendida cometiendo una travesura. Hizo ademán de volver a su dormitorio, pero Frisia le cortó el paso.

—Quieta ahí. ¿No tienes nada que contarme? ¿Has averiguado algo estos días?

—No, señora.

—Daría la mitad de mi alma por descubrir en qué asuntos anda Víctor con Mansa. Sé que va algunas noches a verlo a esa cabaña inmunda que tiene por casa, rodeada de tantas cadenas. Me pregunto de qué hablan. Hay quien lo ha visto sentado junto a su hoguera en una de esas noches sin luna, cuando dicen los negros que los espíritus cabalgan entre los vivos. ¿Sabes algo tú?

—Conmigo no habla de esas cosas, señora.

—¿Y de qué habla?

La joven se encogió de hombros.

—De su trabajo, de su yegua...

El abanico de Frisia rasgó el aire al plegarse.

—No te creo.

El corazón de Paulina comenzó a latir con violencia y la mano que sujetaba las flores apretujó los tallos en un gesto inconsciente.

—Aunque tramara algo, no creo que lo compartiera conmigo —soltó, intentando defenderse—. Aún nos estamos conociendo. Sería estúpido si lo hiciera.

Un poco más calmada, Frisia aspiró hondo.

—En eso puede que lleves razón. Víctor tiene muchos defectos, pero la estupidez no es uno de ellos.

Al ver que la mujer buscaba las palabras con las que volver a la carga, Paulina decidió anticiparse.

—Tenga un poco de paciencia. El domingo me uniré a él en matrimonio. Dentro de un mes... o dos, cuando confíe en mí plenamente, conseguiré saber todo lo que Víctor Grimani piensa, siente o planea. Y yo se lo contaré a usted.

Frisia alzó las cejas, sorprendida.

—¿Lo harás?

—Lo haré. Siempre y cuando usted cumpla su promesa.

—¿Qué promesa?

Paulina recordó las palabras de Víctor, cuando le dijo que Frisia no enviaría dinero a sus tíos. Acababa de comprobar que ni siquiera recordaba haber cerrado ese trato con ella. Por eso no sintió remordimientos al mentirle.

—Prometió enviar dinero a mis tíos para la redención de mi primo.

—Ah, esa promesa... —Volvió a desplegar el abanico. Su ceño se había relajado y parecía, de pronto, contenta—. Por supuesto. Tú cumple tu parte y yo cumpliré la mía. Cuando viváis juntos, Víctor compartirá contigo todas sus preocupaciones. Para eso quiso tener una esposa. —La tomó del brazo y caminó junto a ella. Paulina se crispó al sentir el contacto de su mano—. No olvides que puedes venir a verme cuando desees, tomaremos café en el jardín, te aconsejaré en lo que necesites. El matrimonio puede ser difícil al principio, ya lo sabes, pero en tu caso es más probable que surjan complicaciones. Al fin y al

cabo, os acabáis de conocer. Cuenta con mi discreción, te aseguro que puedo serte más útil que el padre Miguel, que habla mucho de Dios y de la otra vida sin aportar nada. Y, por lo que más quieras, no te dejes llevar por las soflamas de la hija del doctor o acabarás como ella, sola y resentida con todos. Hay una agresividad en esa mujer que nace de la misma soledad. A punto estuvo de golpear a mi mayoral. ¿Qué te parece? Si él le hubiera hecho frente, yo no habría movido un dedo para defenderla. Se lo merece, por metiche. Detesto a las personas que no saben qué hacer con su vida y disfrutan interviniendo en las ajenas. Como si tuvieran derecho. De no ser porque necesitamos al doctor, ya la habría echado de aquí. Tú debes fijarte en Rosalía, que está feliz con Guillermo. Al principio quiso echarse atrás. Guillermo es zafio y un bocazas, es cierto, pero tiene el mismo derecho que los demás a formar una familia. Y yo hago lo que puedo para que estén contentos. Los mayorales tienen que ser brutos y carecer de escrúpulos, de otra forma no habría orden ni disciplina en la hacienda. Rosalía es ambiciosa. Le dije que Guillermo será dueño algún día de su propia hacienda, ya tiene los terrenos comprados, solo debe ahorrar unos años para financiar la parte técnica, que supone una gran inversión de capital. Fue mano de santo. Tendrías que haber visto sus ojos, a punto estuvieron de salírsele de las cuencas. Pero, por ahora, debe armarse de paciencia y lidiar con sus defectos. Dentro de poco empezará a tener hijos y ya no le quedará tiempo para remilgos. —Se detuvo y la sujetó por los brazos. Paulina la miró como si no la reconociera. Un momento antes la había tratado con un desprecio hiriente y ahora parecía querer ser su amiga—. ¿Cómo va tu jaqueca?

Paulina balbuceó hasta lograr soltar una respuesta.

—Pasear por el jardín me calma.

—Pasea lo que quieras, pero no toques mis flores. —Frisia sonrió de forma siniestra—. Ahora será mejor que vuelvas a tu cuarto, el sol es terrible para los endebles.

La última palabra la hirió, porque Paulina no se consideraba endeble. Ignorante, tal vez, pero endeble o débil no. Por eso volvió al dormitorio rascándose el aguijonazo. Había trabajado como una mula en las tierras de sus tíos, había soportado el frío, la lluvia y el granizo, con los dedos llenos de sabañones por la exposición continua al aire gélido. Nunca había sentido debilidad física, solo una tristeza profunda que la dejaba sin ganas de nada. Pero su cuerpo había

demostrado ser tan fuerte como el de cualquier otra mujer. De la jaqueca del domingo se había recuperado pronto. No obstante, notaba las extremidades laxas, pesadas y flojas como ramas secas de árbol. Eso no era habitual en ella. Incluso en los momentos más tristes de su vida había conservado la energía propia de su juventud. Lo que le estaba sucediendo en los últimos días no entraba en lo común de su existencia.

En el dormitorio, agradablemente vacío, al fin pudo respirar a gusto. Frisia la ponía enferma y no era capaz de quitarse de la cabeza lo que había visto en el túnel. Por fortuna, solo tendría que soportarla tres días más. Cuando estuviera casada con Víctor, jamás volvería a poner los pies en aquella casa de enajenados.

Colocó las flores en un jarrón con agua. Las más grandes apenas soportaban su propio peso una vez cortadas y caían sobre el tallo de una forma poco estética. No le importó demasiado, instaló el jarrón sobre su mesilla de noche y hundió la nariz entre la dulce fragancia antes de tumbarse a descansar un rato.

Durmió profundamente y despertó a la hora del almuerzo con las imágenes vívidas de una pesadilla que tenía como protagonista a Santi. Aparecía de súbito en la iglesia, el día de su boda con Víctor, y le recriminaba que no podía unirse a otro hombre porque él aún estaba vivo. Su voz acusándola de haber olvidado el amor que se tenían aún resonaba en su cabeza cuando despertó. Había sido demasiado real. Más que un sueño, una experiencia inquietante y lúcida.

Al saltar de la cama experimentó punzadas de dolor en las sienes. Así había empezado la jaqueca del domingo y temió que volviera a pasarle lo mismo. Cuando terminó de arreglarse no salió del dormitorio de inmediato, sino que esperó hasta pasadas las tres para ir al comedor. A esa hora seguro que Frisia se encontraría durmiendo la siesta. Mientras tanto, se metió en el baño de nuevo y se miró al espejo, que ocupaba un buen trozo de pared. Sus ojos volvían a tener algo extraño.

«¿Qué me está pasando?»

Tras ella, reflejado en el espejo, estaba Santi. Su imagen era tan real que gritó de la impresión. Se giró, pero no vio a nadie. ¿Se estaba volviendo loca? Ese pensamiento y la posibilidad de que Frisia tuviera algo que ver al respecto le produjo mucha angustia. La atmósfera del

cuarto, sobrecargada del aroma de las flores, se le hizo pesada, y salió de allí a trompicones.

En el comedor, encontró a don Pedro abandonando la mesa, ayudado por su fiel criado Waldo. Pedrito estaba junto a él haciendo aspavientos con las manos y emitiendo un graznido con la boca.

—¡Soy un pájaro asesino! —decía, pinchándole la espalda a su padre con un cuchillo romo—. ¡Soy un cuervo!

Las risas del chico le helaron a Paulina la sangre. Don Pedro se movía asustado, girándose para espantar aquello que le producía daño, alzando su bastón, sacudiéndolo en el aire mientras Pedrito se agachaba y se escondía tras una columna para hacerse invisible, sin dejar de graznar.

El criado no intervenía, aunque su incomodidad era manifiesta. Tiraba del brazo de don Pedro para sacarlo de allí cuanto antes y evitarle las burlas y travesuras de su hijo, con el miedo latente en la mirada de hacer o decir algo que pudiera enfadar al niño y tener que enfrentarse luego a la patrona.

—*Vamo*, patroncito, no se me detenga, que aquí no hay pájaros malos ni *na*, se lo juro —decía Waldo para tranquilizarlo.

El pecho de don Pedro se agitaba de miedo, y su semblante mostraba una expresión igualmente acobardada.

—Están detrás —murmuró con la voz avejentada y una falta de vigor inusual en un hombre que no llegaba a los sesenta años—. Los oigo...

—No están, patrón, se lo dice Waldo. Hágame caso, *vamo*... Tiene que *descansá*...

—¡Sí que están! —chilló Pedrito saliendo de su escondite, yendo hacia la espalda de su padre para fingir con su cuchillo sin filo los picotazos de las aves.

Don Pedro se revolvió y gritó de pavor. Paulina, espoleada por su malestar, no pudo evitar intervenir.

—¡Basta! —Se acercó a Pedrito y lo sujetó del brazo, tirando hacia arriba hasta que al niño se le cayó el cuchillo de la mano—. ¿No te da vergüenza tratar así a tu padre?

—¡Suéltame, asquerosa!

Paulina lo soltó. A las puertas de la cocina vio a Remedios con las manos en la boca, temiendo que el niño llamara a gritos a su madre como era su costumbre cuando algo lo disgustaba.

—Llévese a don Pedro —le dijo Paulina a Waldo.

El criado se apresuró a tirar del patrón, pero Pedrito aún no había terminado con él, de modo que se agachó y cogió el cuchillo con la otra mano. Paulina le dio un manotazo y el cuchillo volvió a caer al suelo.

—¡Idiota! ¡Se lo diré a mi madre!

—Y yo le diré que te gusta espiar a las mujeres para verlas desnudas, como un vulgar mirón. Se lo diré a todos en la hacienda.

La amenaza dejó lívido a Pedrito, que tardó en reaccionar, como si nadie se hubiera atrevido antes a hacerle frente. Paulina lo vio apretar los labios e inflar las mejillas. Se había puesto rojo de furia, pero ella entendió que había encontrado su punto débil. El niño destilaba ira contenida por los cuatro costados, pero no dijo nada y salió corriendo del comedor. Al llegar a la puerta se detuvo para volverse hacia ella.

—Perra —murmuró entre dientes.

Cuando Pedrito se fue, Paulina se dejó caer en la silla más próxima a la mesa. La tensión del momento había elevado su jaqueca hasta lo insoportable. La luz, que entraba a raudales por las ventanas del comedor, se le clavaba en los ojos. Remedios se acercó a ella, retorciéndose la saya del uniforme, y se ofreció a servirle el almuerzo sin mencionar lo que acababa de ocurrir, como si temiera que los ojos de Frisia acecharan desde algún rincón.

—No se moleste, Remedios, solo quiero un poco de fruta fresca.

—¿Nada más que va a *comé* eso? ¿Es que se encuentra *usté* mal, niña?

—No tengo apetito.

—Es *po* los nervios de la boda. Pero no se *procupe usté* tanto, niña, que el maestro es un *güen* hombre.

—Ya lo sé, Remedios, y le aseguro que no es por eso, es solo que últimamente no me encuentro bien.

—Pues le voy a *traé* un caldo de ajiaco que le va a *espantá toditicos* los males. Y si después se *quie comé* la fruta, pues también se la preparo, que *ettá usté descoloría*.

—Hágame el favor de echar las cortinas, ¿quiere, Remedios? No soporto tanta luz.

Por la tarde, Paulina se acercó a la consulta del doctor. Necesitaba que le diera algo para el dolor de cabeza. Justino volvió a examinarla, sorprendido de encontrar las pupilas de la muchacha nuevamente dilatadas. Todo el tiempo que tardó en examinarla lo hizo con el ceño fruncido, temiendo que hubiera desarrollado alguna enfermedad neurológica. Le aplicó el martillo de reflejo en las rodillas, le examinó el fondo del ojo con el oftalmoscopio y, al final, exhalando un suspiro y achacando todos los síntomas a un estado exaltado de los nervios, le suministró un calmante.

—Debe reposar y evitar alterarse, joven.

Ella lo miró. Cuando era una niña recordaba al doctor con la barba y el pelo rubios. Ahora las canas predominaban en su aspecto. Bajo los lentes redondos, los ojos azules del doctor, de idéntico color que los de su hija, estaban vidriosos y brillantes. Se dijo que ese hombre aún lloraba por las noches la muerte de su esposa. Si ella había sufrido tanto por la pérdida de Santi tan solo unos meses después de la boda, no quería imaginar lo que sería perder al ser amado tras una larga vida en común. Sintió mucha lástima por él.

—¿Cómo está usted, doctor? —se atrevió a preguntarle—. Venimos a verlo para que nos cure, pero ¿quién lo cura a usted?

Justino, que guardaba en esos momentos el martillo de reflejo en el maletín, la miró, sorprendido por lo íntima que era la pregunta.

—Supongo que el trabajo es lo que me salva. Saber que hay personas que me necesitan.

—Yo también trabajé duro para no pensar, aunque a veces no funcionaba.

—Es cierto, a veces no sirve de nada. Hay quien se aferra a la fe, a pensar que vamos a encontrarnos con nuestros seres amados en la otra vida.

—¿Y usted tiene fe en ello?

Justino cerró su maletín e ignoró la pregunta de Paulina, de modo que esta se quedó con las ganas de oír la respuesta, aunque el silencio del doctor ya fue una contestación en sí misma. Ella, por el contrario, sí tenía fe en la otra vida, y rezaba cada noche por el alma de Santi, con la esperanza de reencontrarse con él cuando muriese. También se aferraba a la esperanza de volver a ver a su madre. Era demasiado cruel pensar que jamás volvería a estar con ella. Por eso no consideraba la fe como una opción, sino como una necesidad.

Entonces pensó en que Víctor era mucho mayor que ella y que era ley de vida que falleciera primero. ¿Qué pasaría entonces cuando ella le siguiera en la muerte? ¿Se encontraría con sus dos esposos? No se había detenido a pensar en ello hasta ese momento y un escalofrío le recorrió la espalda. Podía acudir al padre Miguel para aclarar sus dudas, pero no estaba preparada para escuchar la respuesta.

—¿Usted cree que ya estaré bien el domingo? —le preguntó al doctor cambiando de tema.

Justino le dio unas palmaditas afectuosas en el brazo.

—Confiemos en ello.

CAPÍTULO 39

Paulina entró en la botica para saludar a Mar. La observó un momento desde el quicio de la puerta. La vio desenvolverse con soltura junto a Rafael, manejando utensilios cuyo nombre ella desconocía. Su eficacia y la seguridad de sus movimientos la hicieron encogerse, como si se hallara frente a una montaña cuya cima le parecía inalcanzable. Así sentía a Mar. Alguien más grande y valioso que ella. La apreciaba, por todo lo que había hecho por ella, la admiraba, por el terreno que les había ganado a los hombres, pero había vislumbrado un incipiente afecto por Víctor que le disgustaba. Conocía poco a su prometido, pero era evidente que valoraba la inteligencia por encima de la belleza. Y en eso nunca podría igualar a Mar. Solo esperaba que ella fuera lo bastante sensata como para saber cuál era su sitio. Víctor era su única esperanza en aquella tierra. Si lo perdía, tendría que volver a casa de sus tíos con las manos vacías, fracasada y sola.

Mar levantó la cabeza y la descubrió junto a la entrada. Paulina unió las manos a la altura del vientre, nerviosa; una parte de sí misma deseaba mantener la distancia con ella. Sin embargo, la necesitaba, necesitaba su complicidad. Mar dejó el jarabe de zarzaparrilla que estaba preparando y fue a su encuentro. Al llegar a su lado y mirarla a los ojos, la tomó del brazo para salir al porche. Paulina se agarró a la barandilla, junto a una columna, notando como si unos alfileres le asestaran puñaladas en la frente.

—Tus ojos —dijo Mar—. ¿Vuelves a tener jaqueca?

Paulina asintió.

—Se me había quitado el dolor, pero hoy vuelvo a estar igual.

Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar. Mar la llevó hasta el banco más cercano para que se sentara. La brisa en el porche del consultorio era liviana y tibia, y siempre olía a flor de naranjo.

—¿Te ha visto mi padre? —le preguntó, sentándose a su lado.

—Dice que debo evitar alterarme. Pero él no sabe todo lo que me está pasando. No me atreví a contárselo. Me pone muy nerviosa estar

cerca de Frisia y he visto... he visto a Santi... Me miraba desde el espejo. Apareció sin más. Estaba allí, era real... —Sollozó de nuevo y añadió susurrando—: Y las pesadillas. Mar, estoy segura de que es Frisia. Está haciendo conmigo lo mismo que con esa muchacha de los barracones.

Mar meditó un momento la respuesta, tratando de encontrar un motivo que llevara a Frisia a hacer tal cosa con ella.

—No tiene sentido. ¿De qué le serviría a Frisia drogarte?

—No lo sé, pero no veo el momento de salir de allí.

—Ya falta muy poco —murmuró Mar con un hilo melifluo de voz —. Ten paciencia.

Paulina la miró a los ojos en silencio, mordiéndose los labios para no decirle algo inconveniente. Pero Mar había sido tan buena con ella que, al final, estalló.

—Lo siento mucho. Lo siento de veras, pero no puedo renunciar a él. Tal vez lo haría si las cosas fueran distintas, pero no puedo elegir. Necesito a Víctor, ¿lo entiendes, Mar? Lo necesito.

—Tranquilízate o te estallará la cabeza. Víctor se casará contigo y seréis muy felices.

Paulina se frotó las mejillas con las manos, experimentando un profundo alivio, una débil sensación de euforia que surgió de la desdicha de Mar. Ese pensamiento la contrarió, porque no era propio de ella alegrarse de las desgracias ajenas. Pero, entonces, ¿cómo nombrar esa emoción de regocijo ante la idea de poseer algo que Mar Altamira deseaba?

«Que Dios me perdone», rogó con el pensamiento, y enseguida se sobrepuso al conflicto interior.

Mar se esforzaba en ocultar la decepción que sentía ante la inminente boda, pero Paulina, aunque ignorante en otras materias, era intuitiva en lo concerniente a las emociones. Podría haberle preguntado a Mar cuán nobles eran sus sentimientos hacia Víctor, podría haberse interesado por el grado de afecto que le profesaba, pero no lo hizo porque temía la respuesta. Por eso decidió guardar silencio, para no verse en la tesitura de tomar una decisión que pudiera perjudicarla. Su conciencia estaba tranquila. Mar había tenido la oportunidad y no la había aprovechado. Eso era todo.

—Y ahora piensa en lo que hiciste hoy, minuto a minuto —le pidió Mar, sacándola de sus cavilaciones—. Una jaqueca puede pasar

inadvertida, pero no así los delirios y las visiones. Haz memoria, porque todo apunta a que algo externo te está haciendo daño y parece que Frisia está detrás de ello, por muy absurdo que parezca.

—Hoy solo la vi un momento en el jardín. Se ofendió porque corté unas flores. Esa mujer es insoportable.

Paulina le narró a Mar todo lo que había hecho desde que había puesto un pie fuera de la cama, que no era mucho, y ninguna de las dos encontró nada sospechoso.

—Tal vez el doctor tiene razón y solo son nervios.

—De todas formas, permanece atenta y no comas o bebas nada que te ofrezca esa mujer.

Mar volvió a la botica para terminar de elaborar el jarabe de zarzaparrilla y Paulina regresó a la casa grande para encerrarse en su cuarto. Para animarse, se dijo que, si Víctor terminaba pronto sus quehaceres en la casa de calderas, tal vez pudieran dar un paseo. El calmante que le había suministrado el doctor había aliviado su dolor, aunque, al tumbarse en la cama, el penetrante aroma que desprendían las flores sobre su mesilla de noche se le metió en la nariz y amenazó con avivarlo. Al cabo de una hora, ya no pudo soportar más aquel olor dulzón. Llamó a una doméstica con el cordón que colgaba del dosel de la cama y le entregó las flores para que las sacara de allí. Sin embargo, antes de que se fuera, cambió de opinión.

—¡Espera! —Saltó de la cama y llegó junto a la mujer—. No te las lleves.

—Como *usté* quiera, niña. Huelen *mu* rico, *¿veddá?* Pero la patrona nunca nos deja cortarlas.

Paulina le cogió el jarrón de las manos, procurando alejar las flores todo lo que pudo de la nariz.

La criada se marchó, y Paulina se calzó y salió del dormitorio con las flores, cuidándose de que no la viera Frisia. Algo en su interior le decía que su malestar provenía de aquellas plantas, porque, cuanto más tiempo pasaba bajo el influjo de su aroma, más se agudizaban sus síntomas.

En la botica, Rafael le dijo que Mar había ido al barracón de los criollos a curar la herida de Felicia tras el parto.

—Es muy cabezota su amiga —le dijo Rafael—. Piensa que convencerá a esa muchacha de que se quede con la criatura. Podría ahorrarse el esfuerzo. Nunca la querrá.

Paulina salió del edificio sin demorarse. Bajó la escalera con el jarrón contra el pecho y un puñado de pétalos rotos en la mano. Atravesó a la carrera la explanada terrosa del batey y no se detuvo hasta llegar a la casa del doctor. Allí Mamita le ofreció un vaso de jugo de naranja mientras la esperaba, luego la dejó sola en el porche porque tenía mucho trabajo en la cocina. Pocos minutos después, Paulina vio llegar la volanta de Ariel. Frente al jardín, Mar se bajó con brío y se dirigió a paso firme hacia la casa.

—Ya se han deshecho de la muchacha y de su madre —le dijo a Paulina en cuanto la vio ponerse en pie—. ¿Lo puedes creer? Dicen que Diego en persona las llevó a la estación de ferrocarril y que les consiguió un empleo en La Habana.

Paulina estaba al tanto de lo que había ocurrido con Felicia y su criatura. Todo el mundo en la hacienda lo sabía, pero sus pensamientos habían estado volcados en sus propios asuntos.

—Eso es bueno, ¿no?

—Nada puede ser bueno si sale de la mente de Diego Camblor —sentenció Mar acercándose a ella—. Solo Dios sabe lo que les deparará La Habana a las dos. Ese hombre es muy retorcido. Por no hablar de que esa muchacha tiene una herida muy reciente en el vientre.

—Entonces, ¿será Basi quien críe a la niña?

—¿Quién si no? —respondió Mar pensativa.

Al reparar en el rostro de Paulina, Mar la encontró pálida y demacrada. Después se fijó en el jarrón con flores que llevaba en las manos.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás peor?

Paulina le contó sus sospechas acerca de que las flores la estuvieran perjudicando. Casualidad o no, lo cierto era que sus padecimientos habían comenzado cuando había tenido el primer contacto con ellas. A Mar le pareció poco probable que ambas cosas guardaran relación, pero hizo llamar a Ariel, que aún se encontraba junto a la volanta quitándole las correas al caballo.

—¿Conoces estas flores? —le preguntó cuando accedió al porche.

El carabalí se fijó bien y, tras unos segundos, se encogió de hombros.

—Están por todas partes, niña. —Señaló una gran flor rosácea con forma de campana—. Esta la vi en los conucos de los congos, y si la tienen los congos no es *güena*.

Al atardecer, de regreso en casa, Justino encontró a Mar examinando las flores sobre la mesa del salón. Junto a ella, el libro de plantas medicinales que había pertenecido a su madre. Mar lo había comprobado dos veces, y ninguna de las plantas del libro coincidía con los ejemplares que yacían en la mesa y que empezaban a marchitarse. A su lado, Solita se moría de ganas de tocarlas, incluso lo había intentado, pero Mar se lo había impedido.

—¿Qué haces con esas flores? —preguntó Justino—. ¿Quieres dedicarte a elaborar perfumes?

Mar aguardó un instante en silencio mientras decidía si seguía ocultándole a su padre los hechos o si, por el contrario, le hacía partícipe de ellos, con todo lo que eso conllevaba. No tardó en tomar una decisión; a fin de cuentas, tenía derecho a saber para qué clase de persona trabajaba. Le dijo a la niña que se fuera a la cocina con Mamita para poder hablar a solas con él. Solita obedeció, pero solo durante un momento, pues en cuanto Mar cerró la doble puerta de la sala se las arregló para salir de casa y oír la conversación a través de una ventana abierta. Sentada en el suelo, con la espalda pegada a la pared, Solita miró hacia arriba y vio la cortina moviéndose en la brisa de la tarde, entrando y saliendo de la estancia, en un baile vaporoso de gasa blanca que reflejaba los colores del ocaso. El rumor de la voz de su niña Mar le llegó entrecortado, pero igualmente logró enterarse de todo. La historia que oyó sobre Orígenes y la patrona no le provocó ningún miedo, pues ella había presenciado los rituales de los congos, en los que siempre había combates a palos y mordiscos bajo el estruendo de los tambores y el murmullo de los mambos. Las historias de los espíritus malos tampoco le eran ajenas. Temía especialmente a los Ndokis, los enanos voladores que chupaban sangre de niño durante el sueño por orden de los brujos. Por eso, antes de dormirse, siempre rezaba la oración de la Santa Cruzada que le había enseñado el padrecito, porque solo ella podía aniquilarlos o hacer que se fueran repajilando. También se les podía matar cortándoles una oreja, porque los Ndokis guardaban ahí toda la fuerza, como el diablo, pero había que ser capaz de hacerlo y también era necesario saber en cuál de las orejas ocultaba el enano su poder. Había oído casos de Ndokis a los que se les había cortado la oreja equivocada y que, enfurecidos hasta

lo inimaginable, le habían chupado toda la sangre a su víctima y después habían hecho que su alma penetrara en una lagartija. Se mirase como se mirase, la oración a la Santa Cruzada era más segura, y a ella le funcionaba. Cuando oyó, sin embargo, que la patrona se había puesto a danzar desnuda al son del tambor de Orígenes, no pudo contener la risa, que se elevó en el aire y atravesó la cortina hasta el interior del salón.

Al cabo de dos segundos, Mar asomó la cabeza por la ventana y la descubrió allí sentada, aún con la risa ahogada dentro de su pequeña mano.

—¿Qué haces ahí? ¿No te dije que te quedaras en la cocina?

La risa se le fue a Solita de repente. Se puso en pie de un salto y salió corriendo para ir a reunirse con Mamita.

Sentado en la poltrona, Justino sacó el pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpió el sudor de la nuca.

—Paulina cree que estas flores le producen las jaquecas. Tenía el ramo en su cuarto, junto a la cama, y el dolor se le agudizó entonces. No sabemos si es solo una coincidencia, pero...

La tristeza insondable en el rostro de su padre la hizo detenerse. Mar se arrodilló a su lado y le cogió una mano.

—Padre...

La mente de Justino había huido del bochorno de aquella sala para instalarse en la seguridad de su casa de Colombres, donde lo más arriesgado a lo que podían enfrentarse era a la humedad del invierno y a las enfermedades cotidianas. La vida era dulce y tranquila. La casa poseía chimeneas con grandes bocas que la mantenían caldeada durante la estación fría. Estaban sanos. Eran felices. La única preocupación de Ana consistía en ocuparse de las plantas del jardín y elaborar con ellas sus saquitos medicinales, con los que le hacía la competencia a la ciencia moderna. Eso, que tanto le había molestado entonces, lo añoraba ahora con toda el alma. Lo había sacrificado todo por un anhelo, por el sueño de constituir junto a sus hijos una clínica en la ciudad de Gijón que llevara su nombre. Y había acabado trabajando para una mujer enferma de maldad. Haber perdido a Ana a cambio de aquello le parecía una burla del destino. Un castigo a su ambición.

En el rostro de su padre, Mar vio cómo se hinchaba la vena de su frente. La piel le ardía, a juzgar por el color rojo intenso que se le

concentraba en las mejillas, en la frente y en el cuello, y fue consciente del golpe terrible que acababa de asestarle.

Ardiendo en el fuego de la culpa, Justino recordó los días posteriores al fallecimiento de la primera esposa de don Pedro, cuando se murmuró que Frisia, enamorada en secreto de su cuñado, había influido, de alguna forma, en la muerte de su propia hermana. Nunca había dado pábulo a las habladurías, pero ahora ya no sabía qué pensar. Había sido una criada de la quinta de los Villar la que lanzara el rumor, la que habló sobre la maldad de Frisia y difundió que había envenenado a su hermana, pero nadie de la familia solicitó una investigación y él nunca había llegado a examinar a la enferma.

—Papá... —volvió a susurrar Mar, llamándolo como solía hacer cuando era pequeña.

Él la miró con los ojos enrojecidos, sin lágrimas, deseando encontrar algo a lo que aferrarse para aliviar su sufrimiento. Los hechos que acababa de conocer arrojaban nuevos argumentos contra la decisión de haberse mudado a la isla, y las alternativas que se le presentaban a partir de ese momento no eran demasiado halagüeñas. Si se quedaba en la hacienda, estaría siendo cómplice de las monstruosidades de Frisia. Si se marchaba, fracasaba en la misión que lo había llevado allí, aquella por la que Ana había dado la vida. No habría dinero para sus hijos, ni clínica, ni renombre. Volvería a casa arrasado por la pérdida, derrotado por las circunstancias y sin nada que ofrecer.

—¿Cuánto hace que llegamos a la hacienda? —preguntó—. He perdido la noción del tiempo.

—Apenas dos semanas.

Justino apoyó los brazos en los muslos y la cara en las manos. La mirada se le emborronó en el bello suelo hidráulico.

—Solo dos semanas... Siento como si hubiera pasado mucho tiempo. —Tragó saliva y alzó la vista hacia su hija—. ¿Has escrito a tus hermanos?

Mar notó un escalofrío recorriéndole la espalda. Había estado retrasando ese asunto. Porque, mientras no enviara esa carta, su madre aún estaría viva para sus hermanos.

—Aún no... —musitó, y Justino no se lo recriminó.

Con un movimiento inestable, el doctor se puso en pie y se acercó a la ventana. El último rayo de luz crepuscular atravesaba la fina gasa

de la cortina, tiñendo de cobres y naranjas todo cuanto había a su alcance. La tez del doctor se volvió de oro, lo mismo que su cabello lleno de canas. Mar creyó verlo de nuevo joven y apuesto, con su pelo trigueño brillando al sol. «Tu padre tenía el pelo lacio y rubio como un niño —solía contar su madre—. Aunque fueron las primeras palabras que le oí decir las que me enamoraron.» Mar se las hacía repetir a menudo, porque le divertía ver a su madre adoptando la voz y la postura de su padre, colocándose el dedo índice sobre los labios, a modo de bigote. Entonces exclamaba: «¡Que nadie le regale más marisco al cura!», y las dos estallaban en carcajadas.

Los labios de Mar se torcieron en una sonrisa, mecida por el recuerdo feliz. Pero al mirar el perfil de su padre junto a la ventana, al contemplar su desolación, temió que cayera de nuevo en la tentación de medicarse.

—Padre... Necesito saber que no...

Justino la detuvo con un gesto.

—No te inquietes por eso, hija, que bastantes disgustos te he dado ya. Además, el opio provoca un vacío en quien lo consume. No hay imágenes, ni recuerdos, ni sensaciones agradables, solo un agujero oscuro en el centro del alma, y eso ya lo tengo. En algún momento hay que encarar el dolor. Pero te diré una cosa, y quiero que la tengas presente en el futuro. Haré que la muerte de tu madre no haya sido en vano. Haré que mi estancia en esta isla sea provechosa. Puede que tus hermanos y yo nunca logremos abrir nuestra propia clínica, pero todavía hay una forma de aliviar nuestra desgracia.

—¿Cuál, padre?

—Salvar vidas. Por cada una de ellas que salvemos, la pérdida de tu madre será menos inútil.

Esa noche, Mar escribió la carta a sus hermanos. En ella les comunicaba, con todo el dolor de su corazón, lo que había ocurrido. Sabía la devastación que produciría la noticia en su familia y por eso lloró amargamente mientras la escribía. Cuando la terminó, la metió en un sobre y la dejó lista para entregársela a Ariel al día siguiente. Él se encargaría de unirla al resto del correo que salía de la hacienda cada mañana.

El viernes amaneció con retazos de nubes grises y una brisa fresca. A

mediodía, una vez despachados los encargos en la botica, Mar le entregó la carta a Ariel y le dijo luego que quería ir a los barracones. Solita se acomodó a su lado en el asiento de cuero del pesebrón, sin quitarles la vista de encima a las flores que llevaba Mar en el jarrón de cristal. Cuanto más había insistido su niña en que no debía tocarlas, más ganas tenía ella de hacerlo, una pulsión irresistible que la mantenía inquieta en su asiento y que satisfizo mientras Mar intercambiaba unas palabras con Ariel a las que ella no atendió. Entonces estiró un dedo y rozó con la yema un pétalo roto. Ese simple gesto bastó para aplacar su espíritu rebelde, que selló con una sonrisa, aunque luego se limpió el dedo contra el vestido por si las flores eran malas.

Ariel se disponía a arrear al caballo cuando las campanas de la torre comenzaron a tocar en un repiqueteo constante. Pocos segundos después, un jinete pasó frente a ellos al galope en dirección a la casa grande. Era Diego. Mar distinguió su barba roja bajo el ala ancha de su sombrero.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Ariel—. ¿Será otro incendio?

El hombre se giró en su montura.

—No sé, niña, el aire *güele* limpio.

Al fondo del batey, en dirección a los barracones, se oyeron gritos y un rumor de voces que los secundaron. Otro jinete vino hacia ellos a toda velocidad, levantando una nube de polvo, avanzando raudo hacia la casa grande, igual que el otro.

—Algo está pasando, Ariel.

CAPÍTULO 40

—Es *mejó* que esperemos aquí, niña. Tanto griterío en los barracones no me gusta.

El carabalí no se equivocó, pues al cabo de unos minutos vieron acercarse a una muchedumbre exaltada de hombres. Cuando pasaron frente a ellos, Mar reconoció a Mansa a la cabeza. A ambos lados del tropel, iban cuatro jinetes con el fusil apoyado contra el muslo.

—¿Tienes idea de qué puede ser? —preguntó Mar, y Ariel negó sin quitarles la vista de encima.

—*Pue* ser cualquier vaina, niña. La gente está *cansá* y los salarios son *mu* poquita cosa.

Mar se bajó de la volanta y ayudó a Solita a saltar. Acompañadas de Ariel, fueron detrás de la turba de hombres hasta la casa grande. Allí buscaron un sitio discreto desde el que observar. Frisia, advertida de lo que ocurría, ya los esperaba en lo alto del porche de su casa, junto a Orígenes. Detrás de ellos estaba Pedrito. A los pies de la escalera, montado en su caballo y protegiendo el acceso a la casa, se apostaba Diego junto a otros cuatro jinetes. Los caballos estaban inquietos. Los hombres permanecían alerta. Los trabajadores traían el gesto fiero de quien ha sido explotado, herido y maltratado durante años.

—¡Queremos parlamentar! —soltó Mansa, y el murmullo de los otros cesó.

Frisia se movió hacia un lado y hacia otro, posando la vista en cada uno de ellos, intimidándolos con la mirada, tratando de memorizar sus caras, con los ojos empequeñecidos por el enojo y la desconfianza, como una pantera tanteando por dónde debía atacar para coger desprevenida a su presa. Impresionados por su aplomo, algunos hombres se descubrieron la cabeza y sujetaron sus sombreros de paja en las manos.

—¡Habla!

—¡Queremos plata por *trabajá*! —Voces airadas secundaron la

propuesta de Mansa—. Fichas son para esclavos, y eso se acabó tiempo *atrá*. No somos esclavos más nunca.

Frisia escuchó la petición de Mansa con los brazos en jarra y aguardó en silencio antes de darle una contestación al viejo mandinga. Desde un extremo, Mar vio llegar a Víctor montado en su yegua Maggie. También descubrió a Paulina observando detrás del cristal de una ventana. Ante el silencio de Frisia, Mansa añadió:

—¡El patrón lo prometió! ¡Y esa promesa ya se volvió vieja de tanto *esperá*!

—A la vista de todos está que el patrón no anda sano de juicio —replicó Frisia.

—¡Estaba sano cuando prometió!

—Yo no sé nada de lo que dices, bien te lo podrías estar inventando.

—¡Yo no invento! El patrón...

—¡Olvida al patrón! Está enfermo. Ahora soy yo quien se ocupa de la hacienda. Las fichas llevan funcionando toda la vida de Dios, y seguirán haciéndolo mientras la isla sufra déficit crónico de efectivo. Me llevaría toda la mañana hacéroslo entender, hablaros de lo abierta que es nuestra economía. ¿Es eso lo que queréis? ¿Una clase de economía? —Los hombres, sudados y con la ropa roída, se miraron unos a otros. Solo Mansa mantenía la vista fija en ella y la postura defensiva, porque lo contrario, pensaba él, estaba llamado a provocar mayor violencia—. Aunque creo que ni explicándooslo como si fuerais idiotas llegaríais a entenderlo. No os quejéis tanto. Que yo sepa, con los vales y los tokens que recibís podéis comprar todo cuanto necesitáis.

Frisia desvió la mirada hacia Víctor, al que había localizado en una esquina, sospechando que él tenía algo que ver con aquella manifestación.

—¡No *podemo* comprar tierras! —alegó Mansa—. Y solo con tierras seremos libres.

—Tenéis vuestro propio conuco. ¿Acaso no os basta?

—No, señora. Ni un grano de esta tierra es nuestra. Ese poquitico de huerta nos alimenta, y *usté* se ahorra el rancho. Con ello nos condena a la esclavitud, y nosotros *queremo*...

—Ya sé lo que queréis. Pero os recuerdo que sois libres de iros. No veo argollas en vuestros tobillos que os mantengan amarrados a

esta hacienda. ¡El que no esté a gusto que se vaya!

Mansa se quedó callado, apretando los puños. La voz de Víctor rompió el silencio.

—¿Y adónde irían, Frisia?

Ella lo buscó con la mirada.

—Eso no es asunto mío. Y tampoco debería ser de usted.

—Estos hombres llevan trabajando en la hacienda toda la vida, muchos de ellos incluso nacieron aquí. No tienen ni un peso para labrarse un futuro lejos de Dos Hermanos. Sabe que ya no quedan haciendas que paguen a sus empleados con tokens. Eso es cosa del pasado, y cuando quiera podemos tener, usted y yo, una charla sobre economía. Están en su derecho de recibir un salario que les permita tomar sus propias decisiones.

La mirada encolerizada de Frisia se clavó en el maestro.

—Usted... —masculló—. Siempre supe que les metía ideas libertarias en la cabeza. ¿Cree que pagarles con dinero serviría de algo? La mayoría no se iría de aquí, seguiría trabajando estas tierras y guardaría la plata bajo los jergones sin saber qué hacer con ella. Además, olvida lo peligroso que es transportar y guardar en la hacienda sumas considerables de dinero para pagar los jornales. Desde que llegó ha estado usted conspirando contra nosotros, azuzando a estos ignorantes que no son capaces de pensar por sí mismos.

Volvieron los murmullos a la agrupación. Mansa alzó la mano para callarlos.

—Si *usté* no consiente, iremos al síndico.

—Qué síndico ni qué síndico. —Frisia rio vilmente, recordando la figura del síndico procurador, que defendía los intereses de los negros en tiempos de la esclavitud—. Ya no hay de eso. Ahora sois libres.

Víctor intervino de nuevo.

—Puede que el síndico haya perdido sus funciones, pero en Santa Clara hay un teniente gobernador criollo. Al parecer es muy sensible a los problemas de los trabajadores de las haciendas. Su abuelo fue esclavo. —Maggie se agitó con el murmullo que se formó entre los presentes. Víctor la sujetó de las riendas—. No puede seguir dando la espalda a este problema, Frisia. Esas fichas no sirven para nada. Esta gente apenas visita el colmado porque los productos siempre escasean para ellos. Solo sirven para que los hombres paguen sus tragos en la taberna. Ni siquiera los turcos aceptan las fichas a cambio de sus telas.

Es indigno que siga oponiéndose.

Aun en la distancia, Víctor la vio apretar la mandíbula. Si hubiera podido matarlo allí mismo, lo habría hecho. Lo habría barrido de la faz de la Tierra como se barre una cucaracha molesta. Y no se equivocaba. De no ser porque lo necesitaba para obtener el mejor grano, Frisia ya le habría pedido a Orígenes que le secuestrara el alma y que hiciera con él lo que quisiera.

—No cambiaré de opinión —dijo rechinando los dientes—. Nadie percibirá ni un peso, ni un real, ni una peseta. Las fichas se mantienen. Y ahora marchaos todos de aquí antes de que ordene a mis hombres desempolvar los látigos.

—*Traemo* otra demanda —dijo Mansa. Frisia aspiró profundamente, poniendo de manifiesto su hartazgo—. Un contramayoral negro, como hay en todos los ingenios, y dos caballos. *Pa cuidá* que no nos roben más mujeres.

—No os faltarían mujeres si evitasen acercarse de noche al cementerio. Son los murciélagos los que les chupan la sangre. Van al encuentro de sus amantes, por eso les pasa lo que les pasa.

—Eso no es *veddá* —murmuró Mansa, sin fuerza en la voz.

—¿Qué has dicho?

Mansa desvió la mirada hacia Víctor. La expresión en su rostro le hizo desistir de repetir aquellas palabras.

—No dije *na*.

—¡Pues volved a los barracones!

Mansa y el resto se resistían a moverse, pero Frisia no estaba dispuesta a dejarles decir ni una palabra más.

—¡Que os marchéis!

Pedrito, que se había mantenido parapetado detrás de su madre y de Orígenes, se colocó delante, empuñando un palo que lanzó al grupo de trabajadores.

—¡Fueraaaa! —gritó—. ¡Fueraaaa!

Desafiando a Frisia con la mirada, Mansa se dio media vuelta y alentó a todos a marcharse. Algunos protestaron. Uno de ellos incluso recogió el palo de Pedrito del suelo, dispuesto a devolvérselo. Mansa lo impidió, porque un mayoral a caballo había visto el gesto y se internaba en medio de la pequeña multitud con la fusta en la mano.

—¡Vamos, volved a los barracones!

Poco a poco los hombres fueron abandonando las inmediaciones

de la casa grande, cabizbajos y en silencio, sin haber logrado su objetivo. Mansa fue el único que se atrevió a mirar atrás. Lo hizo a tiempo de ver a la patrona bajar los peldaños del porche para dirigirse hacia Víctor hecha una furia.

El maestro descabalgó.

—Le despediré por traición —le soltó ella—. Y no encontrará trabajo en ningún ingenio de la isla.

—No lo hará. Y si lo hace, tengo una docena de ofertas aguardándome.

—¿Por qué sigue aquí? Siempre dijo que es por dinero, pero empiezo a sospechar que alberga otros propósitos. Si tanto le disgusta cómo manejo la hacienda, ¿por qué no se marcha?

Víctor agachó la cabeza para acercarse a su oído.

—Es por eso por lo que me quedo.

Enderezó el cuerpo y se subió a su montura. Mientras tomaba las riendas y Maggie giraba sobre sí misma, Frisia chilló:

—¡No espere que vaya a su boda! ¡Ni cuente con un festejo a mi cargo! ¡Y, en cuanto a su prometida, la quiero fuera de mi casa! ¡Ahora mismo!

Víctor desvió la vista hacia la ventana más próxima, y vio a Paulina detrás del cristal, con los ojos como platos de la aprensión. Frisia persiguió su mirada y descubrió a la joven sujetando la cortina. Se alzó las faldas con ambas manos y se fue hacia la puerta. Antes de alcanzarla, Paulina salió al porche, temiendo que la ira de la patrona le cayera dentro, sin testigos. Encogida y asustada como un animalillo, aún no comprendía cómo había terminado ella siendo el centro del odio de Frisia.

—¡Vamos! —le dijo Víctor.

—¡Sí, vete con él! —rugió Frisia—. ¡Con ese traidor!

—Pero tengo que recoger...

—¡Te prohíbo que entres! ¡Vete! ¡Maldita seas tú y maldito sea él! Quitaos de mi vista.

Desde el otro extremo, Mar, que sujetaba la mano de Solita con demasiada fuerza, contempló a Víctor mientras ayudaba a Paulina a encaramarse a lomos de Maggie. Él montó detrás. Rodeó el cuerpo de la joven con los brazos y sujetó las riendas. Después salieron al galope. Verlos alejarse juntos le produjo un malestar recóndito. La mano que apretaba la de Solita comenzó a sudar y notó sofoco en la nuca y las

mejillas. Se negaba a admitirlo, a reconocer que los sentimientos que albergaba hacia Víctor pudieran significar tanto. Era el ardor de la pasión, que transformaba todo cuando él estaba presente, una sensación capaz de enaltecer hasta la visión más mundana y simple para convertirla en extraordinaria. Hasta alguien como ella, tan ajena a esos trances del cuerpo, sabía ponerle nombre a lo que sentía.

Paulina, por el contrario, no sintió bajo la ropa el calor de los brazos de Víctor, ni atendió a sus palabras tratando de calmarla. Solo podía pensar en la humillación que acababa de sufrir delante de todos. Frisia la había tratado como si fuera culpable y miserable, había volcado su ira sobre ella porque la consideraba débil e insignificante. Incluso había visto a Rosalía acompañada de su doméstica, disfrutando con su desgracia, como si le deseara algún mal. En esos momentos, Paulina se sentía tan desdichada que la perspectiva de su boda con Víctor solo parecía vaticinarle nuevas adversidades, porque un hombre como él, sumido en una lucha constante contra lo establecido, nunca podría vivir en paz.

CAPÍTULO 41

Después del almuerzo, Víctor y Paulina se presentaron en casa del doctor. Ella tenía los ojos enrojecidos, él llevaba en el rostro una expresión grave.

—No puedo vivir en casa de Víctor antes de la boda —se lamentó la joven—. ¿Puedo quedarme aquí?

—Claro —respondió Mar—. Pero tendrás que dormir con Solita. Solo hay tres dormitorios, y uno lo ocupa ella.

La pequeña, que asomaba la cabeza por la puerta del salón, oyó lo que había dicho Mar y se acercó a Paulina para cogerle la mano.

—Venga, niña, que yo le enseño el *cuatto*. Es *mu* poco *asolao* y no hace *caló*.

—Ni siquiera pude recoger mis cosas —le dijo Paulina a Mar mientras se dejaba arrastrar por la chiquilla—. Esa mujer es odiosa.

Aprovechando la presencia del maestro, el doctor inició con él una conversación acerca de lo que había ocurrido con los trabajadores.

—No voy a mentirle —le dijo Víctor—. Las cosas están que arden.

—Me cuesta creer que la maldad de Frisia sea tan grande. Lo que les hace a esas muchachas es digno de una mente enferma.

Víctor se sorprendió al oír eso.

—¿Cómo sabe...?

—Yo se lo conté —aclaró Mar—. Y ya sabe quién me lo contó a mí. No culpe a Paulina. La pobre necesitaba desahogarse con alguien.

Víctor bufó.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie más.

—¿Cómo pueden permitir que pase? —insistió Justino—. ¿A qué esperan para intervenir?

—No es tan sencillo, doctor. Mansa y yo barajamos muchas posibilidades. Un enfrentamiento directo con Frisia no es una opción. Acorralar a una fiera solo puede traer multitud de desgracias a la

hacienda. Pero elaboramos un plan. —Víctor bajó la voz—. Volar ese maldito túnel con una carga explosiva. Eso le pondría a Frisia las cosas difíciles para seguir haciendo de las suyas.

—¿Y por qué no lo han hecho?

Con las manos sobre las caderas, Víctor aspiró una gran bocanada de aire.

—Elegimos el peor momento. El túnel debía estar vacío, y esa noche, al acceder al interior, descubrimos a Orígenes con una muchacha. Pocos minutos después apareció Frisia, y tras ella vimos llegar, no sin asombro, a Paulina.

Todas las miradas recayeron en la joven, que acababa de salir del dormitorio con Solita.

—¿Qué pasa?

Mar envió a Solita a la cocina y se aseguró de cerrar la puerta tras ella. Después se volvió hacia Paulina.

—Al parecer, la noche que seguiste a Frisia, Mansa y Víctor pensaban intervenir.

—No lo sabía.

La joven quiso explicarles cómo se había sentido esa noche, todas las decepciones que la habían llevado a seguir a Frisia hasta el sótano, pero era demasiado complejo para ponerlo en palabras.

—No fue culpa tuya —dijo finalmente el maestro—. Y el plan no podía llevarse a cabo si había personas dentro. No queremos muertos sobre nuestra conciencia, aunque sean tan ruines y detestables como Frisia y su lacayo. De todas formas, ya no importa, es posible que no tengan la oportunidad de volver a hacerlo. —El maestro bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. El alzamiento del este al que nadie da importancia se está extendiendo. Es la conspiración más formidable que haya habido en los últimos años. Nos consta que el movimiento tiene ramificaciones en toda la isla y que están desembarcando armas y filibusteros en los puertos. La península está enviando soldados, es cierto, pero parecen insuficientes para contener una sublevación organizada.

—Dios mío —dijo Paulina llevándose una mano a la boca—. ¿Va a haber una guerra?

Víctor la miró.

—Es muy probable. Sabía que había grupos de rebeldes que se estaban movilizando, pero nunca pensé que llegarían a tanto, de lo

contrario no habría permitido que salieras de España. —Se acercó al doctor y le puso una mano en el hombro—. Si al final estalla el conflicto, usted y su hija deberían pensar en regresar a casa. De otra forma, el ejército de cualquiera de los dos bandos lo reclutará forzosamente como médico, téngalo en cuenta.

La mirada de Justino se perdió en el suelo de la sala, y negó con la cabeza.

—Yo no puedo volver...

Mar no manifestó ninguna objeción a la opinión de su padre. Ella permanecería a su lado, pasara lo que pasase.

—Las guerras aniquilan la humanidad de los hombres. Todas las torturas y maldades que puedan imaginar, incluso las que no son capaces de prever, se cometen en las guerras —les dijo Víctor ante su silencio—. Y esta lucha, como las anteriores, será a plomo, machete y tea. Los primeros que arderán serán los ingenios que se resistan a entregar sus recursos a la causa. Apuesto a que los rebeldes manejan mapas de todo el territorio con las haciendas que están a favor de la revolución y las que están en contra. Dos Hermanos caerá. Y es muy posible que lo haga desde dentro. Ya lo vieron, los hombres están cansados de un sistema injusto que los condena a una semiesclavitud que se retroalimenta generación tras generación. Los colonos que se fueron tras el incendio no andan lejos. Se unirán a los insurrectos y buscarán recuperar lo que se les arrebató con fuego. Aunque tengan que arrasarlo todo. Devolverán el daño causado y recuperarán lo que es suyo, fanega a fanega.

Justino se había quedado ensimismado. Él libraba su propia guerra interior, pero Mar le apoyó una mano en el brazo y el doctor volvió a centrarse en la conversación.

—¿Y usted qué hará? —le preguntó a Víctor—. ¿Luchará o se marchará?

—Yo no puedo marcharme. Mansa confía en mí. Frisia tiene razón en una cosa, yo soy responsable de despertarles la conciencia. No puedo abandonarlos ahora.

—Pero es muy peligroso —manifestó Paulina—. ¿Por qué te empeñas en resolver sus problemas?

Él la miró con dureza, como si empezara a estar harto de responder a esa pregunta.

—Por humanidad, maldita sea. Porque quisiera que alguien

hiciera lo mismo por mí de estar en la situación en la que ellos se encuentran. Falta poco para que termine esta época nefasta de muerte y esclavitud. Dicen que el siglo xx lo cambiará todo, que traerá prosperidad y que el humanismo imperará en el mundo. Tal vez sea el primer siglo sin guerras. Los oprimidos no tienen recursos para luchar por sí mismos, es nuestro deber moral ayudarlos.

La mirada de Mar, dirigida hacia el maestro, estaba cargada de admiración y de afecto por él. Incluso su padre se dio cuenta.

—Confía usted demasiado en la bondad del ser humano —dijo el doctor—. No se preocupe, no es una enfermedad, y se le pasará con los años.

—¿Y qué voy a hacer yo si hay una guerra? —Paulina no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Tengo que quedarme contigo?

Él negó con un gesto.

—No puedo pedirte ese sacrificio. He pensado en enviarte a Florida. Tengo un buen amigo allí. Él y su esposa te acogerán mientras dure la contienda.

—Da usted por hecho que habrá guerra, Víctor —dijo Mar—. ¿No hay posibilidad de que se equivoque?

—Me temo que no.

Paulina se llevó una mano a la cabeza.

—La última guerra duró más de un año, y la anterior duró diez. ¿Qué pasará si te matan? Apenas puedo soportar la idea de quedarme viuda por segunda vez. La gente pensará que estoy maldita.

—No hables así —le recriminó Mar.

—¡No quiero pasar por lo mismo otra vez!

Ante el nerviosismo de Paulina, Víctor se acercó para tomarla de las manos.

—No debes preocuparte por eso. Lo dejaré todo dispuesto para que, si muero, puedas regresar a España. Heredarás mis bienes y el capital que he logrado reunir estos años. Será suficiente para que vivas holgadamente el resto de tu vida. —La miró fijamente a los ojos—. Pero, si lo prefieres, podemos cancelar la boda.

Muy cerca de ella, Mar dio un paso a la izquierda para poder mirar a Paulina a los ojos, conteniendo la respiración, apretando una mano contra la otra a la altura del vientre, bajo la atenta mirada de su padre, que no perdió de vista sus movimientos.

A Paulina se le escapó una lágrima.

—Es que no quiero otro marido muerto...

Víctor le sonrió.

—En ese caso, tendré que hacer todo lo posible para que no me maten.

Mar no pudo seguir escuchando aquella conversación. Salió del salón y regresó al cabo de un momento con el jarrón y las flores. Se las mostró al maestro.

—Paulina cree que estas flores son las responsables de su jaqueca. Al menos una de ellas, o todas, no lo sabemos, pero parece estar muy segura de que la afectan.

—Estoy segura —recalcó la joven—. Me producen dolor de cabeza.

—¿Las conoce? —preguntó Mar.

A Víctor le bastó una mirada para reconocerlas. Tomó una flor mustia y medio rota, grande como su puño, y se la llevó a la nariz.

—Tiene un olor agradable —dijo—. Pero si disfrutamos demasiado de su fragancia nos puede ocasionar problemas. Los congos preparan pócimas con ella para entrar en trance. Es muy posible que la muchacha que vimos en el túnel, desposeída de razón, la hubiese ingerido. Los negros la llaman floripondio. Nosotros la conocemos como trompeta de ángel. Tiene forma de árbol pequeño y las flores cuelgan por su propio peso. Da igual cuántas veces la cortes, siempre vuelve a brotar. ¿De dónde la han sacado?

—La cultiva Frisia en el jardín interior de la vivienda —apuntó Paulina.

—De modo que tiene su propio surtidor de locura. —Víctor reflexionó un momento, con la mirada puesta en la flor—. Seguro que se la ofrece a don Pedro en una bandeja de plata.

Mar dio un paso hacia él. Sus ojos bailaban de un lado a otro mientras recordaba las primeras palabras que había intercambiado con don Pedro.

—Víctor, ¿recuerda el día que nos encontramos a la entrada de la casa de calderas?

—Fue al día siguiente de su llegada a la hacienda, sí.

—Don Pedro y el administrador estaban con usted. Recuerdo que el patrón mencionó algo sobre una tisana de amapola que le preparaba Frisia cada día.

—Lo recuerdo vagamente, pero, si le soy franco, no presté mucha

atención.

—Don Pedro dijo que le disgustaba el sabor amargo y picante del brebaje, y que solo podía tragarla añadiéndole mucha azúcar. También dijo que la tiraba cuando nadie lo miraba.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó Paulina.

—La infusión de amapola no es amarga —aclaró Justino—. Al contrario, tiene un ligero sabor dulzón.

—No es infusión de amapola lo que está tomando —concluyó Mar—. Es más que evidente que puede ser esta planta. De ahí sus visiones.

—Si don Pedro evita en ocasiones tomar la tisana —argumentó el doctor—, eso explicaría los cambios bruscos en su estado mental.

Se impuso un silencio reflexivo que rompió el maestro.

—La locura de don Pedro comenzó de repente. Un día estaba bien y al día siguiente lo perseguían pájaros diabólicos. Siempre les tuvo miedo a los cuervos. Solía contar que, de pequeño, uno lo había atacado y le había clavado el pico en la cabeza. Lo he visto en los rituales de los congos. La pócima elaborada con esas flores potencia los miedos de los sujetos que las consumen, los vuelve reales. Por eso pueden tener episodios violentos. La cantidad ingerida influye en los síntomas. Es probable que, durante la ausencia de Frisia, Orígenes siguiera suministrándole las flores. No pretenden matarlo, solo incapacitarlo. Ella siempre le recriminó lo blando que era en los asuntos de los colonos y los barracones. Le echaba en cara que, si seguía así, acabarían perdiendo la hacienda y que su hijo no tendría nada que heredar salvo la vieja mansión en Colombres.

—Bueno, y si es tan evidente —señaló el doctor—, no entiendo por qué nadie ha hecho nada.

—Ninguna autoridad se meterá en los asuntos internos del ingenio —contestó Víctor—. Los dueños de las haciendas sufragan a menudo obras públicas en las localidades donde se asientan. Y a don Pedro vinieron a verlo varios doctores. Frisia es muy lista y tiene las espaldas cubiertas. La única solución para acabar con esto es hacerlo desde dentro.

CAPÍTULO 42

El sábado llegaron las lluvias. Al principio fueron unas gotas gruesas y solitarias que se estrellaron contra el suelo del batey y levantaron polvo sobre la tierra seca. Luego, el cielo terminó de cubrirse y comenzó a caer una lluvia constante que convirtió el polvo en un barro denso en el que se atascaban los carros. Los perros, los pájaros y las gallinas huyeron a sus refugios, y los árboles se agitaron en la cálida brisa.

A medida que se acercaba el momento de la ceremonia, Paulina comenzó a notar que los nervios le brotaban en el estómago. De todos los infortunios que se le habían pasado por la cabeza desde que saliera de Colombres, que hubiera una guerra en la isla era el único desastre en el que no había pensado. Y, según Víctor, el conflicto parecía inevitable. Había dormido mal, porque Solita se había movido mucho durante la noche y había terminado con la cabeza en los pies y con los pies en la almohada. Cuando vio a Mar por la mañana y se quejó, esta le dijo que la chiquilla no estaba acostumbrada a dormir en una cama y que por eso se movía tanto.

—Me ha tenido despierta hasta medianoche. Esa niña no se cansa nunca de hacer preguntas.

Esa mañana, Paulina miraba la lluvia caer a través de la ventana. El cielo gris, estampado de nubarrones, prometía desatar el caos en la hacienda.

Aunque no lo demostraba, Mar también sentía un murmullo de angustia que apenas la dejaba tomar aire y respirar. No era supersticiosa, pero interpretó ese cambio de tiempo como un mal presagio. Después de almorzar, aprovecharon un momento en el que había dejado de llover para ir a ver a Basi. Lo hicieron tras asegurarse de que Diego estaba en los campos. Acompañadas de Solita, se bajaron de la volanta frente a la casa del mayoral.

Encontraron a Basi en la cocina, con el mandil puesto y las manos dentro de un cuenco que contenía carne y verduras. La mujer

encomendó la tarea a su doméstica, se quitó el mandil y, tras lavarse las manos, ordenó que les preparase café y que le sirviera a Solita un tazón de chocolate y un trozo de bizcocho, horneado esa misma mañana. La niña sonrió, se relamió los labios y se sentó muy contenta a una mesa de madera que había contra la pared, esperando a que llegase el refrigerio. La doméstica de Basi, que era mestiza, levantó una ceja mientras la veía arrellanarse en la silla, como si le incomodara tener que servir a una niña negra.

Ellas tres fueron a sentarse al salón.

—¿El bebé está bien? —preguntó Mar tras tomar asiento en una butaca de llameante terciopelo granate.

Como respuesta, el llanto de la recién nacida les llegó desde una de las habitaciones cercanas.

—¿No la oye? Ya quiere comer otra vez. Dice la nodriza que nunca vio a una criatura agarrarse con tanta fuerza al pecho. Se pasa el día comiendo.

—Así crecerá fuerte y sana —dijo Paulina.

Se impuso un silencio resignado que Basi aprovechó para cambiar de tema.

—Mañana te casas con el maestro, ¿verdad?

Paulina asintió con un gesto, sin mostrar entusiasmo.

—Ojalá deje de llover.

—Quiero prevenirte —añadió Basi—. Frisia ha prohibido a todos los blancos asistir a la ceremonia. Según Diego, dijo que, si al maestro le gustaban tanto los negros, que se casara delante de ellos. Por eso ordenará a los católicos de los barracones que acudan a vuestra boda. Yo... Lo siento mucho.

Sentada en la butaca gemela, cerca de Mar, Paulina bajó la cabeza.

—No creo que a él le importe —señaló—. Y a mí tampoco me importa.

Mintió. Le importaba. Deseaba vivir la misma experiencia que Rosalía, con todo el personal de la hacienda alrededor de ella luciendo sus mejores atuendos, admirando su ropa y su peinado, dándole la enhorabuena, deseándole felicidad y una prole de hijos sanos y hermosos.

En el abigarrado salón con exceso de todo, las tres volvieron a quedarse en silencio. La doméstica entró con los cafés y unos trocitos

de bizcocho en una bandeja. Cuando se fue, Basi estalló.

—No sé si tendré fuerzas para criar a esa niña, señorita. No estoy segura de poder darle el cariño que merece. Diego quiere que la trate como si fuera hija de los dos, pero yo no puedo sentir amor de madre, que Dios me perdone.

—Dios no tiene nada que perdonarte. En todo caso es a tu esposo a quien debe juzgar. ¿Te ha puesto la mano encima? Porque si lo ha hecho...

—No, señorita. Dice que me perdona.

—¿Que te perdona? ¡Válgame el diablo!

—Yo lo acepto. Le golpeé y él me golpeó. Ahora solo quiero estar tranquila. Pero no dejo de pensar en qué ocurrirá cuando se destete la niña. La nodriza se irá y yo tendré que ser su madre. Ay, señorita, yo no quiero ningún mal para esa criatura, pero ¿cómo voy a quererla?

Mar se levantó de la butaca y fue a sentarse junto a ella en el canapé. Le cogió las manos y las apretó.

—Los niños tienen sus propios mecanismos para hacerse querer. No te preocupes por eso. El amor no guarda relación con la sangre y esa niña no tiene a nadie en el mundo salvo a ti y al demonio de su padre. Debes protegerla, Basi. Es un ser inocente.

Basi asintió con la cabeza. Sabía que Mar estaba en lo cierto, pero ella sentía lo que sentía y no podía evitarlo.

—¿Ya tiene nombre? —preguntó Paulina.

—No. Ni siquiera pensé en ello hasta que vino el padre Miguel a preguntar cuándo queríamos bautizarla. Dijo que pasáramos por la iglesia cualquier día. Añadió que no hacía falta que fuera Diego si no quería, pero que convenía hacerlo pronto. —Miró a Mar con una súplica en los ojos—: Póngaselo usted, señorita, póngale usted el nombre, el que sea. Háganos ese favor.

—Yo... No sé, así de pronto.

—Uno cualquiera.

Mar respiró hondo, tomó su taza de café y se quedó mirando el terrón de azúcar que extrajo de la azucarera de porcelana. Contempló los diminutos granos de blanco puro, brillantes como piedras preciosas, y pensó en el maestro. Tal vez ese diminuto terrón de azúcar había pasado por sus manos. Admiró íntimamente su forma y su color, y, ante el pasmo de las otras dos, se lo llevó a los labios para darle un suave mordisco. Basi nunca había visto a Mar hacer

semejante cosa, ni siquiera cuando era niña, pues no era golosa. Paulina, sin embargo, intuyó un poco más las implicaciones de aquel gesto. Por eso apartó la mirada y cerró los ojos, notando en el pecho un rumor molesto que le arrancó una exhalación.

El cuerpo de Mar se tensó mientras percibía el dulzor en los labios. Un ardor repentino, en el mismo centro de su intimidad, la tomó por sorpresa y la hizo enrojecer. Para librarse de la sensación y mantener sus sentimientos a salvo, soltó lo que restaba del terrón en el café. Solo entonces se dio cuenta de que Basi y Paulina la escrutaban con visible desconcierto.

—¿Podemos ver a la niña?

Lanzando un suspiro al aire, Basi se puso en pie y se fue al dormitorio donde estaban la nodriza y el bebé. Un momento después, la mujer salió con la pequeña envuelta en unos paños blancos de los que solo se libraba la cabeza. Basi le indicó con un gesto que se la entregase a Mar.

—Hola, pequeñina —le dijo esta tomándola en brazos—. Volvemos a vernos. —La boquita, de labios gruesos, hizo una mueca graciosa. Sus ojos estaban abiertos y despiertos. La pelusa pelirroja en la cabeza llamaba la atención en una piel dorada que se había oscurecido algo desde su nacimiento. Tenía el color del bronce y su pelo parecía una llama—. Una vez leí un libro en francés. Fue un regalo de mi madre cuando cumplí quince años. La protagonista se llamaba Nadine, y era viajera. Siempre me pareció un nombre precioso. —Alzó la mirada—. Significa esperanza.

—A mí me gusta mucho —señaló Paulina.

—Un nombre francés... —murmuró Basi sin demasiado entusiasmo—. Habrá que ponerle María delante para que el cura esté conforme.

La niña comenzó a lloriquear y Mar la devolvió a los brazos de la nodriza para que siguiera alimentándola.

—La querrás. —Mar volvió a apretar las manos de Basi—. Y ella te querrá a ti. ¿Quién sabe? Tal vez algún día pueda estudiar, o viajar, ser alguien, hacer cosas que a otras mujeres nos está prohibido por el mero hecho de haber nacido demasiado pronto. Tal vez su tiempo sea más justo que el nuestro. ¿No te emociona, Basi? ¿No te conmueve poder ofrecerle a esta criatura la posibilidad de prosperar, de ser respetada por sus logros, igual que los hombres? Dentro de unos años,

las mujeres podrán estudiar lo que deseen, sin necesidad de pedirle permiso al Consejo de Ministros. Y yo espero verlo.

Basi ni siquiera prestó atención a esas palabras. En ese momento le resultaban de poca utilidad ante el futuro que se le venía encima. Su mente estaba en otro asunto.

—Le pregunté a Diego por la muchacha —dijo—, la madre de la criatura. Felicia, creo que se llama. Me dijo que le consiguió un trabajo de criada en La Habana, a ella y a su madre. —Bajó la voz y añadió—: Pero me enteré por otros cauces de que eso es lo que dicen patrones y mayorales cuando quieren quitarse de en medio un problema, y que lo más probable es que hayan terminado en una casa de poca honra de la capital. —Alzó la mirada y la centró en Mar—. Dios sabe que jamás me hubiera casado con un hombre tan cruel de haberlo sabido. Ni siquiera me hubiera dignado mirarlo una sola vez. Pero ¿sabe qué es lo peor de todo, señorita? ¿Peor que tener que cuidar de esa niña para siempre? Tener que verlo a él, tener que comer, dormir y respirar a su lado. Si alguna vez albergué la esperanza de volver a quererlo, lo que pasó con esa muchacha la destruyó. Mi esposo es un ser repugnante y jamás podré perdonarlo.

—Basi, no tienes que quedarte con él.

—Ay, señorita, qué poco sabe del matrimonio. Su padre y su madre la educaron para ser igual que sus hermanos, pero no se engañe. No somos como ellos. La ley y la Iglesia están con los hombres. Nosotras no decidimos nada. Si me voy con usted, Diego iría a buscarme de nuevo, pero esta vez llevaría a la Guardia Civil. —Su pecho se hinchó en un suspiro—. De todos modos, ya sabe que es la única forma para que la criatura sobreviva. Aunque no crea que no me encaré con él. Lo hice, a dos palmos de su nariz, con el cuerpo temblando de miedo, eso sí, pero le dije lo que pensaba y puse mis condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Paulina intrigada.

—Le dije que aceptaba quedarme, que guardaría las apariencias para no humillarlo. Eso le gustó y pareció relajarse. Pero entonces quiso abrazarme y yo exploté. Lo vi acercarse a mí, abriendo los brazos y sonriendo, con esa mirada que pone cuando se sale con la suya. Me aparté de él y le juré que, si se atrevía a tocarme, una de esas noches se echaría a dormir en su cama y se despertaría junto al demonio. Me preguntó qué quería decir con eso. Le dije que, si se

atrevía a tocarme, lo mataría de un disparo mientras dormía.

Paulina se santiguó. Mar dio un salto en su asiento.

—¡Basi!

—Tranquila, señorita, que solo lo dije para impresionarlo. ¿Me ve usted capaz de tal cosa? Lo importante es que él crea que puedo hacerlo. ¿Quién cree que me enseñó a disparar?

—¿Tú sabes disparar? Nunca lo habría imaginado.

—Hace mucho tiempo de eso, pero dicen que nunca se olvida. Recién casados, Diego insistía en llevarme a cazar con él. Decía que era por si se ponía enfermo. En ese caso yo debía poder cazar, al menos, un palomo para alimentarlo. Al principio le divertía mucho verme cargar torpemente con la carabina. Nunca le acertaba a nada. Tenía muy mala puntería. Y eso todavía le divertía más. Se reía tanto que empecé a practicar por mi cuenta. La siguiente vez que me llevó con él, les acerté a tres palomos. Él solo abatió dos. Nunca más quiso que fuera con él, pero no creo que se le haya olvidado. Por entonces yo era más intrépida que ahora.

Las tres mujeres volvieron a quedarse calladas. Mar buscaba soluciones imposibles al problema de Basi mientras aún luchaba contra la llama de deseo que había prendido en su vientre ante la mera contemplación de un terrón de azúcar. A Paulina la mente se le fue a la mañana siguiente, cuando se casaría con Víctor rodeada de negros. No tenía nada contra ellos, pero desconocía sus costumbres y tradiciones. Solo sabía que los domingos iban a la segunda misa de la mañana vestidos como si acudieran a un espectáculo de disfraces. Los imaginó ataviados con sus ropas grotescas alrededor de ella y le dio un vuelco el corazón. Basi, por el contrario, no pensaba en nada. Los silencios vacíos se habían convertido en su consuelo más agradable. No pensar, inmersa en la calma, y esperar a que el día pasara sin ningún perjuicio para ella. Se despertaba con el llanto del bebé, se lavaba, desayunaba con Diego y aguardaba con ansiedad a que este se colocara el sombrero y saliera por la puerta. Después se recluía en la cocina con sus domésticas y preparaban juntas el almuerzo, con los ruidos de la recién nacida llenando por completo la vivienda. Al mediodía, Diego regresaba sudado y sucio, y ella se sentaba a la mesa con él y simulaba escuchar sus quejas contra los braceros mientras centraba la atención en el cigarro pestilente que se iba extinguiendo en su boca. Nunca volvía al trabajo antes de terminárselo, de modo

que, con cada chupada de él, ella estaba más cerca de volver a su tensa calma. Al caer el día, le preparaba el baño y lo espiaba desde la puerta entreabierta del aseo mientras se arreglaba la barba. Cuando se pasaba la navaja por el cuello, Basi deseaba que se infligiera un corte profundo que lo llevara directo al dispensario una temporada. Sin embargo, era a la hora de acostarse cuando más nerviosa se ponía. Procuraba no rozar su cuerpo y se mantenía al borde de la cama, agarrada al poste del dosel que sujetaba la mosquitera. Antes de dormirse, purgaba sus malos pensamientos con rezos de toda índole. Le rezaba a Dios, a la Virgen y a los santos, por ese orden, de mayor a menor relevancia, para que, entre todos, hicieran algo en favor de su alma.

CAPÍTULO 43

Solita fue la primera en levantarse.

No había dormido pacíficamente como era su costumbre y se había despertado en varias ocasiones pensando que ya era por la mañana. Paulina, a su lado, había acusado su estado de inquietud, sobresaltándose con sus movimientos repentinos, quejándose por sus bailes continuos sobre el colchón. Pero Solita estaba tan ilusionada pensando en que todos la verían en misa con su vestido nuevo, como si fuera una señorita, que no veía la hora de ponérselo, aunque Mamita tuviera que fregarle primero el cuerpo de los pies a las coletas. Por eso, cuando sonaron las campanas señalando el rezo del ave maría, saltó de la cama, se arrodilló en el suelo y cruzó las manos para murmurar, a toda velocidad, la plegaria a la virgen. Después se fue descalza hasta la ventana para mirar fuera. Amanecía. El cielo retemblaba nuboso y soplaba el viento, pero la lluvia del día anterior había dado una tregua. Entusiasmada, salió del dormitorio y pasó por delante de la cocina, donde Mamita ya estaba preparando el desayuno. Llegó hasta la puerta de Mar y la aporreó.

—¡Ya es domingo, niña!

Mar salió un momento después, con el pelo revuelto y la bata anudada a la cintura. Al darse la vuelta, la chiquilla vio una enorme caja sobre la mesa del salón. Se acercó a ella y alzó un poco la tapa.

—¿Es el *vestío* de novia?

Mamita llegó a su lado y sacó el corsé de raso con la misma pulcritud con que faenaba por la casa. Dijo que la doméstica del maestro lo había traído hacía un *ratico*. El cuerpo del traje de novia tenía volantes de encaje a la altura del escote y en las mangas, y estaba bordado con hilos de seda. Lo dejó sobre la mesa y sacó entonces la falda, de gran volumen.

Solita estaba fascinada con el tacto de la seda. Le parecía un traje muy hermoso, pero nada comparado con el más hermoso del mundo, que era el suyo. Ni siquiera cuando Mamita sacó el velo blanco de

encaje y la corona de frescas flores de azahar, cambió de opinión. La niña Paulina iba a ser una novia relinda, pero, cuando la vieran a ella con su vestido azul bordado y el *tersiopelo colorao* adornando su cintura, todos iban a pensar que su niña Mar la cuidaba como a una hija. Y que la protegería de las cosas malas que pudieran hacerle daño.

Su niña lo había prometido. No volvería a estar sola.

«Más nunca.»

Paulina no tardó en salir del dormitorio con aspecto cansado. Tenía los ojos hinchados y estaba pálida. Se acercó a ellas y descubrió el traje sobre la mesa.

—¡Es blanco! —exclamó, sorprendida—. No puedo casarme con un vestido blanco. Soy viuda. ¿En qué estaba pensando Víctor? ¿Es que no se da cuenta de que no soy...?

Las tres la miraron, esperando a que terminara la frase. Paulina bajó la voz.

—No soy pura —concluyó susurrando.

—Por Dios... —dijo Mar de mal humor, y se fue a la cocina.

Paulina fue tras ella.

—Lo digo en serio. No puedo casarme de blanco.

—Pues es el único vestido que tienes.

—Al padre Miguel no le gustará.

—Esta hacienda es como Sodoma y Gomorra. Créeme, tiene otros asuntos de los que ocuparse.

El doctor entró en la cocina oliendo a jabón. Llevaba puesta la bata verde de franela que Mar le había visto usar toda la vida. Había sido un regalo de su madre. Era gruesa y cálida para el clima tropical, pero él la seguía utilizando.

—¿Podemos desayunar? —preguntó.

En un periquete, Mamita preparó la mesa con pan tierno, horneado esa misma mañana, mantequilla y mermelada, jugo de naranja que acababa de exprimir, una jarra de café y otra de leche, y una fuente con frutas tropicales. Mientras freía los huevos, todos se fueron sentando.

Desayunaron en silencio, unos con muchas prisas, como Solita, que comió a dos carrillos para acabar pronto, y otros con mucha calma, como Mar, que parecía querer estirar el momento todo lo posible, como si no tuviera fuerzas para levantarse de la mesa esa mañana. El doctor se fijó en ella. Encontró en su rostro un rictus

forzado que alteraba sus facciones. La noche anterior, Mar le había pedido que acompañara a Paulina al altar. La joven no se había atrevido a proponérselo al doctor, pero lo cierto era que no tenía a nadie más a quien recurrir. Justino accedió de mala gana, porque no deseaba asistir a ningún tipo de celebración. Pero Mar le contó los planes de Frisia de prohibir a los blancos acudir a la ceremonia y cambió de parecer.

—Esa mujer es pérfida —había dicho—. No me incomoda que todos los africanos de la hacienda vayan a la iglesia, pero he de reconocer que Frisia tiene una mente retorcida.

Concluido el desayuno, Mamita calentó agua en una olla y le preparó el baño a Solita. Esta no se quejó ni remoloneó para retrasar el momento, al contrario, se mostró colaborativa.

El doctor se reunió con Mar en su dormitorio. Al verlo entrar tan serio, Mar le preguntó si había cambiado de parecer en cuanto a llevar a Paulina al altar.

—No es eso. —Justino se sentó sobre el colchón y la miró. De la niña de sus ojos, aquella chiquilla ávida de conocimiento, alegre y revoltosa, ya no quedaba nada, tan solo sus ansias perpetuas de aprender. Su forma de ser se había consolidado a lo largo de los años, había domesticado su carácter impulsivo y era rara la ocasión en la que dejaba escapar una risa franca. El último mes había sido duro y había instaurado en ella la tristeza y el dolor que compartían, pero había algo más que la estaba atormentando—. Creo que el maestro ha resultado todo un descubrimiento, ¿verdad? Me refiero a que hay pocos hombres como él, capaces de arriesgar su propio bienestar para ayudar a los más desfavorecidos. Hace tiempo, pensaba que llegaría el día en que te enamorarías de un hombre. No sabía cómo ocurriría ni cuándo, solo sabía la clase de hombre que sería. Alguien como él.

—¿Qué trata de decirme, padre?

—Hija, ¿te has enamorado del maestro?

Ella no esperaba una pregunta tan directa. Las conversaciones de ese tipo siempre las había tenido con su madre. Con él le resultaba violento y fuera de lugar. Para ella, su padre significaba el conocimiento, la ciencia, la racionalidad, cualquier conversación útil alejada del romanticismo. Sin embargo, decidió ser sincera. Una pregunta directa merecía una respuesta clara y concisa.

—Sí.

Justino respiró con fuerza y el sonido llenó el silencio del dormitorio. Se puso en pie y llegó hasta ella para sujetarla de los brazos.

—Hija... No soy muy hábil en asuntos de esta índole, y no sé qué consejo puedo darte. Si tu madre estuviera aquí...

—¿Qué cree usted que me diría? ¿Lo sabe, padre?

—No sé lo que te diría a ti. Pero sé lo que me diría a mí, aunque no estoy seguro de que te convenga saberlo.

—¿Tengo algo que perder?

—Supongo que no. —Justino le frotó los brazos con las manos, como para hacerla entrar en calor. Después la dejó para acercarse a la ventana a descorrer las tupidas cortinas. Había amanecido hacía un rato, pero la luz fuera era tenue y plomiza—. Me habría dicho que rara vez un hombre se apasiona por la inteligencia de una mujer, pero que esos hombres existen. Hombres como Víctor Grimani. Habría dicho que él estaba destinado para ti, y que fue una treta del azar la que os llevó por caminos opuestos. Habría dicho que solo alguien como él podría valorarte como mereces. —Se giró para mirarla—. Yo también lo creo. También diría: «Si nuestra hija ha decidido amar a ese hombre, lo hará hasta el final de sus días, porque las personas como ella solo aman una vez, intensamente, con la lucidez racional de los amores más puros».

A su espalda, a Mar le brillaban los ojos. Justino llegó hasta ella y la envolvió en un abrazo.

—Lo único que puedes hacer ahora es salir ahí fuera y ayudar a esa joven a vestirse. Es lo justo, hija. Hay que asumir las derrotas, aunque duela, sin regodearse en la oportunidad perdida, con dignidad y sin acritud por quien ocupa el lugar que nosotros anhelamos. ¿Podrás hacerlo?

Mar parpadeó con fuerza, aspiró profundamente y asintió doblemente con un gesto de cabeza.

Debido a su impaciencia, Solita fue la primera en vestirse. Su pequeño cuerpo olía a jabón, y los cortos rizos de su pelo quedaron tan esponjosos tras el baño que le dijo a Mamita que no le hiciera las coletas. La tela azul del vestido brilló a la luz de las lámparas de gas, el cuello destacaba en la piel oscura de la niña como dos nubes

blancas de algodón. Solita no permitió que nadie, salvo Mar, le anudara la cinta roja a la espalda. Sin embargo, Mar le tenía alguna sorpresa más reservada esa mañana. Le había encargado a Mamita que le consiguiera a la niña unos zapatos, unos calcetines y unos guantes. De modo que, cuando le entregó la cajita con todo dentro, Solita apenas fue capaz de reaccionar. Los calcetines blancos tenían una fina puntilla adornando su contorno, del mismo modo que los guantes, que no eran blancos, pues blancos eran los guantes de los criados. Aquellos guantes eran azules, del mismo color que su vestido. Los zapatos de charol negro eran tan sólidos y fuertes que pensó que le durarían toda la vida. Estaba tan emocionada, sentía en su pecho un sentimiento tan grande de gratitud, que ni siquiera pudo hablar.

—¿A qué *ettá usté* esperando, canija? —la arreó Mamita con un empujón—. Dele las gracias a la señorita.

Solita lo intentó, de verdad quiso hacerlo, pero la emoción la desbordaba. Solo pudo lanzarse a las faldas de Mar para abrazarse a sus piernas.

Mamita puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza mientras contemplaba la escena.

—*Pos* si se pone así por eso, verá *usté* cuando le enseñe lo otro.

La niña se separó un poco de Mar y echó el cuello hacia atrás para mirarla.

—¿Qué otro?

Solita persiguió a Mar con la mirada hasta su dormitorio. La vio salir al cabo de unos segundos con un paquetito en las manos. Estaba envuelto en papel de seda y amarrado con un estrecho lazo de color rojo.

—¿Qué es? —le preguntó saltando a su alrededor.

Su mente infantil no era capaz de imaginar más de lo que ya tenía, de modo que cuando le quitó la cinta al paquete y descubrió un pequeño bolsito tejido en azules y blancos, con dos graciosos pompones en cada base del asa, dio saltos de alegría.

—Es un ridículo —le explicó Mar—, y solo lo usan las señoritas más elegantes para guardar el pañuelo.

—Pero yo no tengo pañuelo, niña.

—Claro que sí. Vamos, ábrelo.

Solita lo abrió y descubrió dentro un pañuelo de seda blanco. Al desplegarlo se fijó en que tenía unas letras bordadas. Como no sabía

leer, fue Mar quien le dijo lo que ponía: «María Soledad».

Esta vez Solita no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se llevó el pañuelo a la nariz y Mamita le dio un manotazo.

—No te atrevas a *empocalo* de mocos, muchachita.

—Solo quería *sabé* a qué *güele* —protestó la niña.

En un extremo del salón, observando la escena y sonriendo sin poder remediarlo, estaba el doctor. Mar se acercó a él.

—Mimas demasiado a esa niña —le dijo su padre.

Mar la contempló mientras olía el pañuelo y se lo llevaba luego a la mejilla.

—Me hace feliz verla tan contenta. Nunca ha tenido nada, y lo que para nosotros es insignificante para ella lo es todo. Ningún niño debería crecer sin el amor de su madre. Sin madre, el hambre deja un agujero más hondo en el estómago, las heridas duelen más, las pesadillas son más aterradoras y el sentimiento de soledad jamás se va del todo. Los niños sin madre viven y mueren buscando ese tipo de amor inconmensurable, pero nunca lo encuentran. Se me rompe el alma solo de pensarlo. Hoy será un día importante para Paulina, pero también para ella. —Lo miró—. Usted tenía razón cuando dijo que nuestra pérdida solo tendría sentido si lográbamos salvar a un puñado de gente. Yo quiero salvarla a ella, y estoy segura de que mamá me acompañará en esta tarea, dondequiera que esté.

Los ojos de Justino centellearon cuando Mar se abrazó a él y apoyó la cabeza en su pecho. Ella cerró los ojos y aspiró el familiar olor de su padre, que la devolvía a la niñez, cuando, sentada en sus rodillas, le decía que olía a libros viejos y a jabón de lavanda.

Al abrir los ojos, vio a Solita dando brincos de felicidad.

El resto del tiempo hasta la hora de ir a la iglesia, Solita no dejó de mirarse al espejo incrustado en el armario de su cuarto. Parecía una señorita como cualquier hija de mayoral, igual de limpia, igual de bonita e igual de recatada que ellas. Ese día, se dijo, tendría mucho cuidado de no pisar los charcos ni las bostas de los caballos para no ensuciarse.

Demostrando gran habilidad con la aguja, Mamita arregló el bajo del traje de novia para que Paulina no lo arrastrara. También dio unas puntadas en los costados del corsé hasta ajustarlo bien al fino talle de

la joven. Los volantes que adornaban el escote en barco dejaban al aire los hombros. Paulina protestó también por ello, argumentando que el encaje transparente no lograba cubrir del todo la forma de sus senos.

—No es encaje —señaló Mar, palpando la preciosa tela que le tapaba los brazos hasta los codos—. Es muselina de Dhaka. Hay quien dice que es la tela más valiosa del mundo. Se elabora con un tipo de algodón que solo crece en la lejana Bengala.

—El maestro sabe mucho de *to* esto —dijo Mamita—. Es un hombre *mu* sabio y *mu* generoso, de alma en boca y *güesos* en costal.

Terminaron de arreglarse a las once y media. Ariel no tenía un elegante traje de calesero, pero su ropa lucía blanquísima esa mañana. Escogió su mejor sombrero y esperó frente al jardín de la casa a que saliera la novia. Detrás de Ariel esperaba otra volanta que había enviado el maestro. Cuando apenas faltaban diez minutos para el mediodía, Paulina salió del brazo del doctor con su flamante vestido blanco, hermosa, sujetando un pequeño ramo de flores de azahar, con el sonido de las campanas de la iglesia anunciando el enlace.

Partieron a paso lento de caballo, con las capotas desplegadas por si volvía a presentarse la lluvia. Tal como había ordenado Frisia, ningún blanco de la hacienda esperaba en la explanada frente a la iglesia; por el contrario, un nutrido grupo de trabajadores negros, ataviados con sus extravagantes ropas de los domingos, aguardaba a la novia. Cuando vieron llegar la volanta nupcial, comenzaron a cantar y a hacer sonar los tambores, cuyos sonidos se mezclaron con el batir de las campanas.

—Dios mío —dijo Paulina sin poder evitarlo.

A su lado, el doctor le dio una palmada en el brazo para tranquilizarla.

Ariel detuvo la volanta a escasos metros de las puertas del templo. El doctor ayudó a la joven a bajarse. En el otro carruaje, detenido unas varas más atrás, Mar le dijo a Solita que fuera a sujetarle el velo a la novia para que no lo arrastrara. La chiquilla descendió de un salto y sujetó el velo de Paulina con las dos manos. Después desfiló detrás de ella con la espalda erguida, soltando un instante el velo para saludar con la mano enguantada a sus conocidos de los barracones, orgullosa, feliz. Sus caras de asombro la hicieron reír.

Fue el mejor momento de su vida.

Dentro de la iglesia esperaba el maestro. A su lado se encontraban Mansa y el padre Miguel con su estola blanca. Mientras avanzaba hasta el altar del brazo del doctor, Paulina se fijó en Víctor. Estaba muy apuesto, vestido con un pantalón de dril blanco, botas altas y levita negra sobre un chaleco de piqué. El padre Miguel no pareció molesto al verla vestida de blanco. A decir verdad, mantenía los ojos clavados en los asistentes a la ceremonia, que comenzaban a entrar en el templo con sus ropas extravagantes. Paulina aspiró profundamente, todo lo que le permitió el ajustado corsé. En esos momentos solo deseaba que fuera una ceremonia rápida y que aquel espectáculo grotesco acabara pronto. Su nueva vida comenzaba ese día, bajo un cielo tan gris y lluvioso como el de Colombres. Pensó en sus tíos y en sus primos. Estaba haciendo lo correcto.

Las campanas dejaron de sonar. Los cantos y los tambores africanos también se fueron extinguiendo. Los asistentes se apretujaron los unos contra los otros sin ningún decoro para poder entrar todos. El padre Miguel trató de poner orden, separando hombres de mujeres, pero desistió pronto. Era la primera vez que los trabajadores negros tenían la oportunidad de presenciar una boda de blancos, de modo que nadie quería perdérselo; unos porque le tenían aprecio al maestro, otros por curiosidad o por el mero hecho de aprovechar el privilegio, la concesión maliciosa de la patrona.

El cura ordenó a todos callar para que diera comienzo la ceremonia. Desde la primera fila, Mar se fijó en su padre, vestido con su traje más distinguido. Permanecía firme y erguido, cumpliendo su papel. Paulina se mostraba inquieta y no dejaba de moverse. Víctor, por el contrario, parecía sereno, y mantenía las manos unidas al frente.

Colocada entre Mamita y Mar, Solita se dio cuenta de que su niña retorcía el pañuelo dentro de los puños como si fuera el cuello de una gallina. Alzó la mirada, pero solo alcanzó a verle la barbilla porque era demasiado alta. Su piel le pareció más pálida de lo habitual. Entonces se llevó la mano a la muñeca de forma instintiva, con la intención de sacar de su bolsito su propio pañuelo. Lo sujetaría en las manos, pero no pensaba *apurruñarlo*. El corazón le dio un vuelco al no hallarlo y recordó de súbito que lo había dejado sobre el pesebrón de la volanta cuando se bajó para ayudar a la novia.

Las manos le empezaron a temblar. Si lo perdía, si alguien se lo llevaba, ¿qué le diría a la niña?, ¿que lo había extraviado apenas acababa de regalárselo? Eso quebrantaría su confianza en ella y jamás volvería a darle nada.

Sin avisar a nadie, se escurrió como pudo, abriéndose paso entre abrigos de piel de castor, sombreros y chisteras, corsés rojos y gruesas faldas con crinolinas imposibles. Cuando llegó a la salida, vio que se le había arrugado un poco el vestido al pasar entre las grietas que dejaban unos cuerpos y otros. Se lo alisó con las manos y se dirigió a la volanta, que permanecía en el mismo lugar, solitaria y vacía.

Como el estribo para meter el pie le quedaba demasiado alto, tuvo que buscar un tronco o una piedra para conseguir encaramarse hasta el asiento. Encontró en las cercanías una vieja caja de madera, que colocó bajo el estribo con cuidado de no mancharse. Se sujetó a la agarradera que había junto a uno de los farolillos y logró alzar la pierna hasta apoyar el pie en el soporte, después solo tuvo que emplear la fuerza de los brazos.

Encontró su pequeño ridículo en el asiento. Sonrió de alivio al verlo y lo abrió para comprobar que el pañuelo seguía dentro. Todo estaba en orden. Se lo colgó de la muñeca y se bajó de un salto, agarrándose a las asideras.

En ese momento comenzó a llover. A lo lejos vio a don Pedro acompañado de su criado, quien en ese instante abría un paraguas para protegerlo de la lluvia. Solita no quería mojarse los rizos, de modo que se dispuso a echar una carrera hasta la iglesia. Pero entonces oyó un silbido, un sonido agudo producido por unos labios fruncidos. Se dio la vuelta y no vio a nadie, tan solo al criado de don Pedro persiguiendo a su patrón con el paraguas en la mano. Echó a caminar de nuevo. Apenas había dado tres pasos cuando notó un golpe en la espalda, a la altura del hombro derecho. Se giró nuevamente y entonces recibió otro impacto en la falda del vestido. Al mirarse, vio con horror que eran bolas de estiércol, que resbalaron por el delicado tejido, ensuciándolo todo a su paso, hasta caer al suelo.

La angustia la dejó un momento sin respiración. Oyó una risa cerca; luego, otra risa distinta. Miró en todas direcciones, pero no vio a nadie. Y, sin embargo, una nueva bola de excrementos impactó contra su pecho. Solita iba a salir corriendo, desolada por la pena y la rabia, pero de ningún modo quería entrar en la iglesia y que todos

vieran lo que le habían hecho. Su precioso vestido estaba arruinado y tenía salpicaduras de estiércol por todas partes. Entonces hizo lo único que podía hacer.

Se limpió una lágrima.

Apretó los puños.

Y fue a enfrentarse a quienes la estaban atacando.

CAPÍTULO 44

El padre Miguel se limpió el sudor de la frente cuando logró que reinara el silencio en el templo. Esa mañana parecía que debía ignorar cada norma moral que exigía la Iglesia. El testigo del novio no estaba bautizado y los símbolos africanos prendidos de las ropas de los negros desafiaban a los santos en sus hornacinas. Tendría que pasarse el resto del día rezando por todas las afrentas de esa mañana en la casa del Señor.

De espaldas a los novios y de cara a Dios, hizo la señal de la cruz.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Tres solitarios amenes le respondieron. El padre Miguel retorció el cuello hacia atrás y sacudió la cabeza, fulminando al público con una mirada incendiaria. Los otros comenzaron entonces a darse codazos hasta que de la masa de la congregación fueron surgiendo, salteadas, como maíz lanzado a una sartén, unas cuantas confirmaciones más.

La lluvia comenzó a sonar en el tejado, un murmullo suave y constante que, sin embargo, no logró amortiguar un aullido que llegó desde el exterior del templo.

Todos miraron hacia atrás. Aquello había sonado al quejido angustioso de un animal. Mar también giró la cabeza en dirección a la puerta, ignorando la desgracia que estaba por llegar.

Notó la presión de una mano en su brazo.

—La niña no *ettá* —le dijo Mamita.

Mar tardó en centrarse en lo que le estaba diciendo.

—¿Qué?

—Solita. No sé *onde* se *jue*.

Durante un segundo, el corazón de Mar dejó de latir. Después, todo alrededor se volvió lento, como en las pesadillas que tenía de pequeña, cuando trataba de moverse y su cuerpo no respondía al mandato de la mente. Poco a poco, primero con educación y después a codazos y empujones, fue abriéndose paso entre la gente hasta salir de

la iglesia.

La lluvia la hizo detenerse bajo el dintel. Se quedó escuchando, aspirando el aire, esperando oír una señal que le dijera hacia dónde debía dirigirse, pero solo oyó las gotas estrellándose contra el suelo, contra las ramas de los árboles y el tejado de la iglesia.

Dio unos pasos y se expuso a la lluvia. Miró hacia todas partes, notando que el agua traspasaba el velo negro con el que se cubría la cabeza cuando iba a misa. Rodeó una volanta. Después rodeó la otra. Vio a don Pedro peleando con su criado Waldo para que le quitara el paraguas de encima. Se alzó las faldas y fue hacia ellos.

—¿Han visto a una niña?

Don Pedro consiguió que Waldo plegara el paraguas y la lluvia comenzó a empaparlos. El patrón la miró.

—A los cuervos no les gusta la lluvia —le dijo sonriendo.

Waldo había visto a la niña salir corriendo hacia detrás de la iglesia, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Miró a su alrededor, por si alguien podía verlo, y después señaló con la mano en una dirección.

Sin perder un segundo, Mar salió corriendo hacia allí, gritando su nombre.

—¡Solita!

La lluvia arreció, oscureciendo sus pensamientos con toda clase de desgracias. Cuando llegó al lugar, el corazón se le volvió a paralizar un instante, causándole un violento ahogo en la garganta.

Los vio en el suelo. Pedrito, subido a horcajadas sobre Solita, la abofeteaba con tanta fuerza que el barro que había en el rostro de la chiquilla salpicaba alrededor. Esta se debatía como una fiera que ya no tiene nada que perder y que prefiere morir a seguir siendo maltratada. Tenía barro y estiércol en el pelo, en la cara, en las piernas, en los brazos. La suciedad se había tragado el esplendor de su vestido y había perdido un zapato.

Justo antes de lanzarse a separarlos, Mar vio asomar a Orígenes por la esquina de la iglesia. Junto a él permanecía el amigo de Pedrito. Estaba a punto de coger al niño por los hombros cuando, de soslayo, vio el brazo de Solita salir proyectado hacia la cabeza de su atacante. Después, un golpe sordo, seco y directo, por encima de la oreja izquierda.

No tuvo tiempo de reaccionar. Mar aspiró su propio aliento

mientras el chico se desmoronaba como una presa abatida por un flechazo. Cayó sobre el suelo embarrado con los brazos inertes y los ojos en blanco, encogido como una hormiga muerta.

Mar se postró junto a ellos. Miró a Solita con los ojos desorbitados y descubrió la piedra en su mano. La niña lloraba, jadeaba, trataba de respirar con normalidad, sin ser del todo consciente de lo que había hecho. Al levantar la vista, Mar ya no vio a Orígenes. Detrás de ellos comenzaba a congregarse la gente. Mansa, Víctor, su padre y el cura se dirigían hacia ellos bajo la lluvia. Don Pedro también se acercaba con los brazos estirados y el cuerpo encorvado, como si quisiera coger algo que se estuviera cayendo.

De la cabeza de Pedrito brotaba un reguero de sangre.

El tiempo volvió a ralentizarse. Todo se movió con extrema laxitud. Las manos de Mar se estiraron lentamente hacia la cabeza del chico para contener la hemorragia. Presionó y se volvió para mirar a su padre, que llegó en esos momentos junto a ella.

—¿Está *muetto*? —preguntó Solita, llorando.

La mirada desolada de Mar angustió a la niña hasta lo indecible. Al darse cuenta de que aún sostenía la piedra en la mano, Solita la dejó caer al suelo, como si le sorprendiese verla allí. Había sido el instinto y no el pensamiento el que había actuado por ella. Fue entonces cuando Mar descubrió que no era una vulgar piedra redonda, sino una lasca puntiaguda desprendida de alguna masa pétrea.

—¡Doctor! ¡El patrón!

La voz apremiante había salido de un aterrado Waldo. Mar y su padre se volvieron a tiempo de ver la figura mojada de don Pedro derrumbándose muy cerca de ellos. Las piernas le fueron fallando mientras el cuerpo se le debatía en espasmos. Miraba consternado a su hijo, que yacía en el suelo, inerte, como si estuviera muerto, con los ojos vueltos del revés.

Waldo, unos pasos por detrás de su patrón, no pudo evitarle el golpe, y este se desplomó, como fulminado por la descarga de un rayo. Justino dejó al chico con Mar y se acercó a él.

Bajo la lluvia tropical de aquella mañana nefasta, alguien pronunció el nombre de Frisia. Mar la buscó con la mirada a través de la cortina de gotas de agua y la vio correr hacia ellos con las manos en la boca, despavorida y fuera de sí.

—¡Hijo! —gritaba, pasando junto a su esposo, que yacía en el

suelo, sin prestarle atención—. ¡Hijo mío!

El padre Miguel se interpuso en su camino.

—¡No te acerques, Frisia! —exclamó por encima del sonido de la lluvia—. ¡Es mejor que no lo veas!

Frisia enloqueció y apartó al cura de un empujón. Después aterrizó junto a Mar y Pedrito. Al ver la expresión en el rostro de su hijo, toda la sangre y los ojos velados, lanzó un grito espantoso. Después su mirada se clavó en Solita, que permanecía sentada sobre el barro, abrazándose las rodillas, muerta de miedo por lo que pudiera pasarle.

Mar se anticipó a las intenciones de Frisia, miró a la niña y dijo:

—¡Corre!

Mientras Solita procesaba la orden, posó los ojos en la patrona y descubrió en ellos el odio que se disponía a descargar sobre ella.

—¡Maldita!

Mar impidió que la agarrara, forcejeando con ella, manchándole la blusa a Frisia con la sangre de su hijo.

—¡Maldita!

—¡Corre, Solita! ¡Corre!

Petrificada en el suelo, la niña las vio luchar. El miedo no la dejaba moverse, lo intentaba, pero los brazos y las piernas no le respondían.

—¡Orígenes! ¡Prende a esta asesina!

—¡¿No me oyes?! —volvió a gritarle Mar—. ¡Corre! ¡Corre y no pares!

Solita vio venírsele encima al gigante. Entonces el miedo se convirtió en un terror insondable que la sacó de su inmovilidad. Reculó por el suelo hasta que logró ponerse en pie. Notó el temblor en las piernas, pero fue capaz de echar a correr tras dejar salir un grito infantil que a Mar le erizó la piel. Frisia abandonó el forcejeo, pero de su boca salieron amenazas que fueron aún peores que el combate cuerpo a cuerpo. Hundió las manos en el barro, enrojecido por la sangre de Pedrito, y gritó.

—¡Te mataré! ¡Negra maldita! ¡Juro por Dios que te mataré!

El doctor dio orden de llevar a padre e hijo al dispensario. Orígenes dudó si salir corriendo tras la niña o si recoger al chico del suelo. Frisia le aclaró las dudas con la voz estrangulada por el odio.

—¡Llévate a mi hijo! ¡Deprisa!

Mar se apartó de la patrona y se puso de pie. No pudo hablar cuando miró a su padre, porque la angustia le oprimía la garganta. Trató de encontrar la figura de Solita a lo lejos, pero ya no la vio.

—Mar, te necesito.

—La niña...

—Se esconderá en algún sitio. Pero ahora te necesito en el dispensario.

Frisia se alzó junto a ellos. Se miró la sangre en la pechera de su blusa blanca. Aguada por la lluvia, resbalaba por la tela en forma de chorretones rojos que descendían hacia la falda. Después miró a Mar con una expresión descarnada que precedió al grito de furia. Sobrecogidos, los demás la contemplaron mientras caminaba hacia Mansa.

—¡Que la campana de la torre convoque a mis hombres! —le ordenó—. ¡Que vayan todos a la casa grande!

—No —dijo Mansa.

La mirada desequilibrada de Frisia no doblegó al mandinga. Ella solicitó, una vez más, la intervención de Orígenes para someter al viejo cimarrón, pero este estaba ocupado llevando a su hijo al dispensario.

Frisia apretó los dientes.

—Conque no, ¿eh?

A partir de ahí, todo ocurrió de forma simultánea.

Frisia se dirigió a la parte delantera de la iglesia, braceando como una demente. El maestro alzó en brazos a don Pedro para meterlo en una volanta y llevarlo al dispensario. Un rayo rasgó el cielo sobre el batey y, unos segundos después, el temblor de los truenos los sacudió a todos.

Al pasar por delante de la iglesia, vieron a Paulina en la puerta, con el velo en la mano. Ariel estaba junto a ella. Los asistentes se habían marchado al intuir problemas, porque nadie quería exponerse a la furia de la patrona. Al cruzar la mirada con la joven, Mar contempló su desolación.

Frisia se encaramó a la volanta de Ariel, se sentó en el asiento con las piernas abiertas y tomó las riendas del caballo. Después lo arreó con una furia ciega. El animal relinchó, amagó y salió al galope; el carruaje, al rebotar las grandes ruedas contra el suelo irregular, empezó a dar saltos. Pocos minutos más tarde, las campanas de la

torre comenzaron a sonar.

Frisia reunió delante de la casa grande a sus jinetes. Desde el porche del dispensario se oyeron sus arengas ordenándoles dar caza a Solita.

—¡Aunque haya que arrancar cada tablón mugroso de los barracones! ¡Aunque haya que derribar cada choza inmunda! ¡Traedme a esa niña! ¡No os atreváis a volver sin ella o lo lamentaréis!

Con el corazón encogido, Mar maldijo a Pedrito por ser el responsable de aquella pesadilla. Mientras su padre examinaba a don Pedro, ella tuvo que encargarse de limpiar y suturar la herida del chico, que era menos profunda de lo que había imaginado. Sin embargo, no por ello estaba fuera de peligro, pues su padre le había advertido que había riesgo de hematoma intracraneal y que eso podía comprometer su vida.

—Recemos para que no pase —murmuró Justino, y en la mirada de Mar advirtió que no le importaba—. Hija, ¿recuerdas cuando te hablé del deber de todo galeno? Ahora tienes la oportunidad de demostrarlo. Debes velar por el bienestar de todos los pacientes, incluso de los más detestables.

Mar apretó la mandíbula.

—Olvida que yo no soy médico, padre, y que nunca lo seré.

—Aun así.

—Le he lavado la herida, se la he suturado y le he vendado la cabeza. Usted sabe que ahora solo queda esperar por si aparece presión intracraneal. ¡Que venga su madre a cuidarlo! ¿La ve por algún lado? Su odio es tan grande que prefiere salir a perseguir a esa criatura indefensa antes que estar junto a su hijo.

—Al parecer, no tan indefensa.

A Mar se le atascó la saliva en la garganta, y la voz le salió estrangulada por una mezcla de rabia y miedo.

—No diga eso, padre, o empezaré a dudar de su sentido de la justicia. El hijo de Frisia ha estado maltratando a Solita sin descanso. Y lo ha hecho para divertirse. Esa niña solo ha conocido la maldad, la traición y el abandono de los seres humanos, por eso me preocupo por ella. Por eso quiero comprarle vestidos y hacerle sentir que alguien está dispuesto a cuidarla. De modo que no me hable del deber de un médico, pues esa es su obligación. Pero yo... Le prometí... Dios mío... Debe de estar tan asustada... Le prometí que la protegería y que no

permitiría que nadie le hiciese daño. Y le he fallado. No estuve atenta..., enfrascada egoístamente en mis propios sentimientos.

—Tú jamás has sido egoísta.

—Si le sucede algo, no podré perdonármelo.

Mar se quitó la bata blanca que se había puesto al llegar al dispensario y se la entregó a su padre.

—No debes tomártelo así —murmuró él—. No hay nada que puedas hacer. Si la encuentran...

—No la encontrarán.

—Pero si la encuentran, ya sabes lo que sucederá, y no debes sentirte culpable. No es culpa tuya, hija. Es la idiosincrasia de esta isla. No puedes cargar con las injusticias de todos, es un lastre demasiado pesado.

Mar agachó la cabeza y dejó escapar unas lágrimas. Después volvió a mirar a su padre.

—¿Cómo está don Pedro?

—Al principio pensé que era un ataque cardiaco. Pero creo que solo ha sufrido un síncope de la impresión. Hay que darle tiempo.

El doctor aspiró con fuerza, resignado, y miró a Mar mientras ella se daba la vuelta para marcharse. Pese a la preocupación, no trató de impedírselo. No obstante, la llamó. Mar leyó en sus ojos el miedo y la inquietud por ella.

—Tendré cuidado.

CAPÍTULO 45

La tormenta ya había cesado cuando Mar salió al porche del dispensario, pero la lluvia se empeñaba en llenar de fango y de olor a excrementos las calles de la hacienda. En aquellas primeras horas de la tarde, abrazada a la columna más próxima a la escalera del porche, Mar trató de poner en orden sus pensamientos. Notaba la mente abotargada por todo lo sucedido y no hacía más que rogar que Solita estuviese a salvo. Se disponía a bajar la escalera para ir en su busca cuando vio llegar al maestro a lomos de Maggie. Lo contempló mientras desmontaba. Tenía el pelo empapado, echado hacia atrás, y el rostro desencajado. Al llegar junto a ella, él le posó las manos en los brazos en un claro signo de afecto.

—¿Cómo están? —le preguntó, y Mar le transmitió lo que sabía en unas pocas palabras. Víctor añadió—: Hay que encontrar a la niña antes que ellos. Frisia acaba de ordenar que vengan los rancheadores con sus perros.

—¿Perros? Por el amor de Dios. Solo es una niña de diez años.

Las manos del maestro subieron hasta los hombros de Mar. Los dedos hicieron presión. Agachó la cabeza y la miró fijamente.

—No deben encontrarla. Bajo ningún concepto. ¿Lo entiende?

Las palabras sonaron desesperadas en boca del hombre con más aplomo de la hacienda, y eso redobló la angustia de Mar.

—Es culpa mía, yo le dije que se defendiera, que no consintiera que le hicieran daño. Yo...

Víctor la sacudió con suavidad.

—Señorita Mar... Eso ya no tiene remedio. Ahora debemos actuar.

Ella se tapó la cara con las manos y sollozó. Víctor la envolvió en un abrazo.

—Está bien. Desahóguese —le dijo, posando una mano en su cabeza—. Le advertí que sufriría, maldita sea. Se lo advertí y no quiso escucharme.

Mar refugió la cara en el pecho de Víctor. Su ropa de ceremonia olía a naranja. La notaba húmeda, pero aun así percibía el calor de su piel, que la atravesaba y llegaba hasta ella. Cerró los ojos y se apretó más contra su cuerpo, como si lejos de esos brazos y de ese pecho todo fuera caos e injusticia.

El arrastrar de unas faldas los hizo separarse. A los pies de la escalera estaba Paulina, mirándolos con expresión perpleja. Se había quitado el vestido de novia, aunque en su pelo castaño aún llevaba prendidas las bonitas flores de azahar.

Mar tuvo la sensación de haber sido descubierta haciendo algo inconveniente, que no le correspondía, como si hubiese una ley escrita que le prohibía tocar al maestro, hablar con él, estar a su lado, y que prometía desgracias, calamidades e improperios si osaba dar un paso más. Pero el calor del cuerpo de Víctor aún le templaba el ánimo y generaba en ella una necesidad inaplazable de volver a tenerlo cerca.

En la palabra *inaplazable* echaba raíces su mayor temor, pues jamás había sentido hasta entonces semejante impulso de las emociones, una explosión afectiva que solía desembocar, a su juicio, en decisiones nefastas.

Sintió de repente que un muro invisible comenzaba a construirse entre las dos, separándolas de forma irremediable. Paulina necesitaba a Víctor para salvarse a sí misma y a su familia de la pobreza. Mar necesitaba a Víctor porque el mundo se transformaba en un lugar mejor, más bello y honesto, cuando lo tenía delante.

Mientras el maestro bajaba los peldaños del porche para ir junto a su yegua, Paulina lo miró a los ojos, a la espera de un gesto de complicidad por su parte. Deseaba que la consolara por lo que había sucedido, por haberla dejado sola en el altar a la espera de jurar sus votos. ¿Acaso no era suficiente agravio para merecer un poco de consideración? Sin embargo, Víctor pasó a su lado sin dedicarle una palabra de alivio, y tuvo que conformarse con un fugaz roce de su mano.

A lomos de Maggie, se dirigió a Mar.

—Espéreme aquí. Volveré con un caballo para usted.

Las dos lo vieron marchar al galope y persiguieron su silueta con la mirada hasta que se lo tragó el muro de palmeras frente al dispensario. Cuando pudo reaccionar, Paulina se alzó las faldas y accedió al porche. Mar encontró en sus ojos una censura glacial. La

joven preguntó por los pacientes para no parecer insensible, pero después no pudo contenerse por más tiempo.

—Eres una mujer sabia, Mar. Todo lo haces bien. Y yo no valgo nada a tu lado. Lo sé, como sé que te debo muchas cosas. Te doy las gracias por cada una de ellas. Sinceramente. Pero no hagas esto. No le obligues a elegir entre cumplir con su deber o tenerte a ti. Porque sabes cuál será su decisión. Solo le causarás sufrimiento.

—No sientes nada por él.

—Lo acabaré sintiendo. Víctor es de esos hombres a los que quieres un poco más cada día. En algún momento me arrancaré a Santi del corazón y amaré a Víctor.

—¿Y si no ocurre?

—Ocurrirá. Un matrimonio arreglado puede empezar vacío pero florecer con el tiempo. Se ve todos los días. A veces el amor es compañía y compromiso. No es necesario sentir fuego en las entrañas para ser feliz.

Por primera vez en su vida, Mar se sintió frágil, y no encontró las palabras con que rebatir esos argumentos.

—Llevo aguantando humillaciones desde que llegué a esta hacienda —continuó Paulina con la voz quebrada—. Todo me sale mal, y parece que hasta Dios está en mi contra. Es como... como si no quisiera que me casara con él. ¿Cómo crees que me he sentido hoy? Sola ante el altar, volviendo a casa con el vestido lleno de barro. —Se le humedecieron los ojos—. Y cuando vengo aquí os encuentro abrazados...

—Fue solo un gesto de consuelo. Solita...

—¡No intentes engañarme con lo que le pasó a esa niña!

—No es mi intención. Pero... ¿tienes idea de lo que...?

—Yo también necesitaba un abrazo, también necesitaba a Víctor a mi lado. Pero escogió estar contigo, consolarte a ti cuando tú ni siquiera eres la perjudicada. Tu forma de abrazarlo... Dios, cualquiera podría ver que lo amas.

—Lo aprecio y lo admiro. Pero necesito más tiempo para amar a un hombre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has amado alguna vez? Yo amé a Santi nada más verlo.

—A veces confundimos la pasión y el deseo con el amor. Pero no son lo mismo. Tu marido se murió demasiado pronto. No dudo que

sintieras pasión por él, pero el amor requiere...

Paulina la abofeteó. Mar vio venir el golpe, pero aun así no quiso dar un paso atrás, porque en el fondo se sentía culpable por desear a Víctor, culpable de ansiar tenerlo cerca, culpable de imaginar cómo habría sido su vida junto a él y culpable de lo que le estaba sucediendo a Solita.

Se merecía el golpe. Se merecía muchos golpes.

Paulina se llevó una mano a la boca y se mordió el dorso.

—¿Por qué me obligas a hacer esto?

—Yo no te obligo.

—¡Lo haces! Y no dejaré que ensucies mi amor por Santi. Cien veces que repitas eso, cien veces te pegaré.

—Entonces será mejor que no vuelva a decirlo.

Mar quería salir corriendo a buscar a Solita, lo haría a pie si fuera necesario, y lo que sentía Paulina en esos momentos la traía sin cuidado. Sin embargo, la bofetada la espabiló, como si fuese un revulsivo que purga los malos humores del cuerpo.

—¿Eso es todo lo que piensas decir? —la espoleó Paulina.

—Ahora solo pienso en ir a buscar a la niña antes de que la encuentren los hombres. Su vida está en peligro, así que deberías ir a llorar a otra parte. Pero podemos continuar esta conversación en otro momento.

—¡No! ¡Necesito que lo digas! Necesito que digas que Víctor es mío.

—¿Tuyo? Por el amor de Dios, lo dices como si fuera una mula.

—De sobra me entiendes.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte. Si Víctor es tuyo, volverá a ti.

Lo vieron llegar a lomos de Maggie, sujetando una cuerda amarrada a la brida de otro caballo. Ambas dieron un paso atrás para distanciarse la una de la otra. Desde su montura, Víctor apreció la congoja de Paulina, pero no tenía tiempo para reconfortarla. No obstante, le preguntó si estaba bien.

Ella asintió desde lo alto del porche mientras veía a Mar bajar la escalera para montar a horcajadas el animal.

Los nubarrones se abrieron para ofrecerles una porción de cielo azul y un rayo de sol. Del suelo ascendió un vaho caliente y apestoso que contribuyó a la sensación de asfixia. Salieron al galope, dejando a

Paulina a solas con sus miedos, con su futuro inalcanzable, con una desazón que volvió a asestarle punzadas de dolor en las sienes, como si el fantasma de su terrible jaqueca pujara por volver a manifestarse.

En los barracones los esperaban los ladridos de los perros y los rancheadores azuzándolos. Los hombres de Frisia, con Diego al mando, inspeccionaban los bohíos, y la explanada que había frente a los barracones se había convertido en un desgobierno. Los trabajadores salían de sus cabañas empuñando machetes que muy pocos se atrevían a enarbolar para hacer frente a los animales. Entre la multitud, los caballos se pusieron nerviosos. Maggie alzó las patas delanteras, el caballo de Mar también pifió y giró sobre sí mismo. De algún lugar entre la gente salió Mansa, que se dirigió hacia ellos.

—¿Ha visto a la niña? —le preguntó Mar, esforzándose por mantener el equilibrio a lomos de su exaltada montura.

Mansa negó con la cabeza. En sus ojos enrojecidos florecía una débil llama que había permanecido muerta demasiados años. En ese momento, Mar se dio cuenta de que Solita no era importante para ellos.

—Váyanse de la hacienda —les dijo Mansa—. Acá la cosa *ettá* peligrosa.

Sin esperar una réplica, Mansa palmeó a Maggie y esta salió disparada. Mar arreó a su caballo para darle alcance. La carrera apenas duró unos segundos, pues una nueva masa de trabajadores con machetes y palos se interpuso en su camino. Enfrente había tres jinetes a lomos de sus caballos; uno de ellos era Diego. Los tres sujetaban sus fusiles en posición de disparo.

—¡Atrás! —gritaba Diego—. Si dais un paso más, os vuelo la cabeza de un tiro.

Los trabajadores se miraron unos a otros, con los machetes preparados para cargar.

—*Pue matá* a uno, pero no *pue matannos* a todos.

En la confusión del momento, Mar desmontó para dirigirse al barracón de los criollos. Víctor la siguió. Allí solo encontraron mujeres acurrucadas en los rincones, protegiendo a sus bebés.

—¿Han visto a Solita?

Las mujeres apenas se atrevieron a mirarlos y ciñeron a los bebés más fuerte contra sus pechos.

—¡Queremos ayudarla! —exclamó Víctor.

Una anciana, que descansaba en el lugar más oscuro del barracón, salió de su escondite y se acercó a ellos.

—No diga *na*, Ma Petronia —murmuró una voz.

La mujer ignoró el consejo y fue despacio a su encuentro. Tenía el pelo blanco y el rostro enjuto lleno de surcos. De sus labios colgaba un grueso cigarro apagado que estaba consumido casi por completo. Era una vieja de nación.

—*Utté* es la *mujé branca* que ayudó a *parí* a Felicia —dijo la anciana con el cigarro en la boca.

—Sí, señora. ¿Sabe dónde está Solita? La niña que va conmigo a todas partes. Si no la encontramos antes que los rancheadores, no podremos ayudarla.

La mujer sujetó el cigarro con los dedos y dejó ver unas uñas amarillas y largas.

—Solo Orunmila sabe *ónde ettá* la muchachita.

—¿Podemos hablar con él?

Víctor se inclinó para susurrarle a Mar al oído.

—Es uno de sus dioses africanos.

—Orunmila conoce *dettino* de *toos* los seres vivos de la Tierra.

Armándose de paciencia, Mar dijo:

—¿Puede preguntarle a Orunmila, entonces?

—*Pa* eso necesito mi tablero, *pa* que el oráculo me hable. Pero el varón *tie* que *salí*.

—No tenemos tiempo —protestó Mar—. Lo que está pasando ahí fuera...

Ma Petronia alzó una mano para hacerla callar. Luego los miró con sus ojillos vivarachos de color café. Pese a su baja estatura, hinchó el cuerpo y pareció el doble de alta. Entonces volvió a meterse en su agujero. Víctor y Mar intercambiaron una mirada. Él le indicó con un gesto que tuviera paciencia, pero el tiempo que tardó la anciana en volver a salir se le hizo a Mar muy largo.

—Orunmila habla. Orunmila dice que muleca *ettá* en Loma Chiquita, junto árbol rey, bajo palos y cañitas bravas. Ahí *ettá*, a salvo de las *bettias*. *Poqque* Iroko protege, Iroko *to* lo ve.

—Sé dónde es —dijo Víctor. La asió de la mano y tiró de ella.

Fuera, solo encontraron a Maggie; el caballo de Mar había desaparecido. La algarada no había hecho más que empeorar. Los rancheadores lanzaban a los perros contra los trabajadores, y estos

amenazaban con usar los machetes.

A lomos de Maggie, se acercaron a las puertas enrejadas que protegían la entrada del batey. Los guardieros que la custodiaban no dudaron en abrir a la orden del maestro. Después cabalgaron al galope, cruzando el puente sobre la represa, donde unos patos nadaban ajenos a todo lo que estaba sucediendo.

No tardaron en llegar a Loma Chiquita, una suave elevación del terreno, libre de vegetación, más allá de las guardarrayas de los cañaverales. El cielo había vuelto a cubrirse y del azul luminoso ya no quedaba nada. La luz se debilitó tanto y de forma tan veloz que todo se cubrió de sombras. Volvía a llover cuando desmontaron.

—¿A qué se refería la mujer con el árbol rey? —preguntó Mar—. Solita también lo mencionó en una ocasión, cuando me contó lo que Diego le había hecho a Felicia.

—La ceiba es un árbol sagrado para los yorubas. —Señaló con la mano unas varas por delante de ellos—. Ahí está. Es el ejemplar más grande que hay en los alrededores.

La ceiba era visible a través de la cortina de lluvia, tan grande que requería un buen puñado de hombres para abrazarla. Una sola rama era tan gruesa como el tronco de un árbol común y la copa era capaz de dar refugio a una cuadrilla completa de trabajadores.

—¿Qué haremos si la encontramos? ¿Dónde la esconderemos?

Mar le había dado vueltas a eso durante todo el camino.

—La llevaré en persona a Rancho Veloz, está a solo cuatro horas de aquí, algo menos si Maggie se esfuerza un poco. Conozco a una persona que puede ocuparse de ella, un antiguo capitán del Ejército que me debe un favor. No se opondrá. Frisia nunca dará con ella, no temas.

Mar siguió a Víctor, alzando las faldas para no quedarse atascada en las cañas espinosas que había por doquier. Bajo la copa del árbol se refugiaron de la lluvia que los azotaba por los cuatro costados. Desde allí miraron en todas direcciones, buscando los palos y las cañas a los que había hecho alusión la anciana, pero no vieron nada, de modo que abandonaron el refugio bajo el árbol para explorar los alrededores.

Escondida entre la maleza, hallaron una guarida confeccionada con ramas a modo de techumbre. Para entonces, ya tenían la ropa empapada y el agua les caía por el rostro. Mar miró a Víctor, notando palpitaciones en el pecho. Quiso alzar la voz para llamar a la niña,

pero decidió acercarse a la covacha en silencio y asomarse dentro. Apartando las ramas que cubrían la entrada, se agachó y terminó avanzando de rodillas para salvar la escasa altura de aquel túnel de vegetación.

Encontró a Solita en lo más hondo del refugio, dormida, sufriendo espasmos de frío o miedo, agotada de tanto correr y llorar. Apenas se la veía en la oscuridad, pues todo su cuerpo estaba impregnado de barro. Algunas gotas de lluvia lograban traspasar la techumbre vegetal y le caían sobre el cuerpo como si estuvieran en el interior de una cueva.

Había perdido los zapatos y un calcetín. A Mar le dio miedo mirarle los pies después de haber visto toda la maleza espinosa que había alrededor. La imaginó corriendo por la espesura, cayéndose mil veces, dando alaridos de dolor al pincharse, creyendo que nada ni nadie podría salvarla esa vez. Reprimiendo un escalofrío, apretó los labios para que no le temblaran tanto y estiró una mano hacia ella, queriendo librarla de la mugre y el dolor. Pero le dio miedo tocarla.

Entonces se sentó y se limpió las lágrimas, que se mezclaban con el agua de lluvia. Después, no queriendo retrasar el momento de sacarla de allí para enviarla lejos, le acarició el pelo.

Solita dio un grito de terror al sentir el contacto y retrocedió de un salto.

—Soy yo... —se apresuró a decirle—. Soy yo...

La esclerótica blanca de sus grandes ojos redondos fue lo único visible en la cabeza infantil.

—¡Niña Mar!

La chiquilla se arrojó a sus brazos con una desesperación dramática. Mar olfateó el olor del barro que comenzaba a secarse en sus extremidades y un ligero olor a orina que posiblemente procedía de su ropa interior.

Solita lloraba.

Mar también.

—Lo siento mucho, pequeña —le dijo una vez más, sintiendo que fracasaba en cada intento por mantenerla a salvo—. Lo siento muchísimo. Pero ya pasó. Ya estoy contigo.

—Los zapatos, niña... *Peddí* los zapatos, y el *vestío*...

—Nada de eso importa. Te compraré uno nuevo, más bonito todavía, con un lazo bien grande.

Solita se apartó un poco para mirarla en la oscuridad de su escondrijo.

—¿Pedrito se murió?

—Está vivo —respondió Mar, y no añadió nada para no angustiarla más.

—¡Yo no quería pegarle, niña! ¡No quería! Pero él pegaba a Solita *mu fuette*.

Mar volvió a abrazarla.

—Lo sé. Lo sé... No fue culpa tuya. Pero ya pasó... Te pondremos a salvo. El maestro te llevará a un lugar seguro. Frisia nunca te encontrará.

—¿Y *usté* también viene?

—No puedo ahora. Pero prometo que iré a verte cuando sea posible.

—Pero niña...

—Debemos irnos —dijo la voz del maestro desde fuera.

Mar la asió con fuerza de la mano y juntas salieron de aquel amasijo de palos y ramas de árbol. Había dejado de llover. Al verla, Víctor no pudo ocultar el impacto que le produjo el aspecto de la chiquilla.

—Maldita mujer —gruñó con los dientes apretados.

Llevaron a Solita al abrigo de la ceiba. Lo primero que hizo el maestro fue agacharse para examinarle los pies. Le quitó con delicadeza el único calcetín que tenía puesto y extrajo con sus propias manos las espinas que se habían quedado atascadas en la tela. Mar le examinó los cortes en pies y manos, pero no fue hasta que Víctor volcó sobre ellos el agua de su cantimplora cuando pudo apreciar sus heridas.

—No parecen profundas —le dijo Mar acariciándole el pelo—, pero deben de dolerte mucho.

Solita se encogió de hombros y se frotó los ojos con los puños.

Sin perder más tiempo, Víctor la alzó en brazos y la encaramó a lomos de Maggie. El animal se quedó muy quieto cuando notó el peso ligero de la niña en su montura.

—Tendrá que volver a pie —le dijo a Mar—. ¿Cree que podrá?

—Sí, no se preocupe por mí.

Un grito infantil los hizo alzar la mirada a tiempo de ver la cara de espanto de Solita. De la espesura había brotado Diego Camblor, a

pie, silencioso como una pantera y armado con el fusil. Sonreía como si hubiera encontrado una pepita de oro en el lecho de un río.

CAPÍTULO 46

—Sabía que solo tendría que seguirlos para dar con la asesina.

—¡No es una asesina! —gritó Mar, colocándose junto a Maggie.

—Ya lo creo que lo es. El hijo de los patrones se debate entre la vida y la muerte por el golpe que le dio esa negra con una piedra. Quería matarlo.

Solita volvía a llorar, negando con la cabeza. Ella no había querido matar a nadie.

—Las cosas no sucedieron así —dijo Víctor—. Y usted lo sabe. Ese niño es un malcriado y hostiga a todo aquel que se pone a su alcance. Tenía que pasar tarde o temprano.

—Eso no evita que se imparta justicia.

—¿Acaso habrá un juicio?

Diego sonrió.

—De hecho, ya lo hubo, ustedes se lo perdieron. Y se dictó sentencia.

—¿Y cuál es esa sentencia?

—El látigo, naturalmente, en el patio de los barracones.

—¡No! —volvió a gritar Mar.

El mayoral sonrió de forma ladina.

—Aunque, si acaso el chico muere, la patrona no se conformará con unos latigazos.

—No le entregaremos a la niña, Diego —dijo Víctor.

—Maestro, no tengo nada contra usted, incluso disfruto con sus réplicas a la patrona, se enciende como un fósforo cada vez que le habla. A veces pienso que lo quiere a usted *pa* ella. Debería haberla montado hace tiempo, se le habrían apaciguado esos humores perversos que tiene. ¿O acaso cree que no lo veo? Es mala, la cabrona, aunque a usted le aguanta todos sus desprecios. A cualquier otro le habría arrancado la lengua. Pero, mire por dónde, yo no creo que usted sea tan indispensable. Encontraremos otro maestro. Todo es cuestión de dinero. Piense bien en lo que voy a decirle, para que no

haya luego arrepentimientos ni reproches: si tengo que pegarle un tiro, se lo pegaré.

—La justicia caería entonces sobre usted.

—Aquí no hay más justicia que la de Frisia, me sorprende que aún no lo sepa.

Mar alzó la mirada hacia Solita, la vio llorando, con las manos inertes sobre el vestido.

—Agarra las riendas —le susurró—. Agárralas con todas tus fuerzas.

La niña obedeció y, un segundo después, el maestro palmeó con fuerza el cuarto trasero de Maggie.

—¡Vete!

Diego reaccionó pronto y colocó el fusil en posición de disparar. Víctor se interpuso entre los dos. Creía conocer a Diego; era un maldito fanfarrón, pero no se atrevería a apretar el gatillo.

Fue una mala apreciación.

El estruendo del disparo levantó el vuelo de cientos de pájaros en las ramas de los árboles. Mar gritó al ver a Víctor desplomarse sobre el suelo. Al volverse, descubrió que Maggie también había sido herida por la misma bala. Postrada de las patas delanteras, los ollares de la yegua rozaban el suelo, como si supiera que no debía caer bruscamente para no derribar a su montura.

Víctor lo vio todo, de rodillas, clavados los ojos en Maggie y en la niña.

Solita sujetaba las riendas con todas sus fuerzas y gritaba, aterrada, al ver al mayoral dirigirse hacia ella. Mar corrió a su encuentro, la bajó de la montura y la sujetó con fuerza. En el suelo, Víctor se retorcía con las manos en el pecho.

—¡Malnacido! —gritó Mar abrazando a Solita—. ¡Pagarás por lo que has hecho!

—Tuve que hacerlo —masculló él sin mostrar arrepentimiento—. Iba a atacarme, ¿acaso no lo vio?

—¡No se llevará a la niña!

—Me la llevaré, aunque tenga que pegarle otro tiro a usted. No me dé más motivos de los que tengo, porque le meteré el cañón en la boca sin que me tiemble la intención. Ha sido usted una jodida espina clavada en los cojones desde que llegó con su padre.

Diego estiró la mano y agarró a Solita por un brazo. La chiquilla

gritó. Mar se abalanzó sobre él sintiendo una furia que la cegaba. Odiaba a aquel hombre con toda el alma y se sentía capaz de cualquier cosa para evitar que se llevara a Solita, incluso de arrancarle el arma y dispararle. Y Diego lo sabía. Por eso su mano de dedos gruesos la aferró por el cuello. Mar sujetó la garra que la asfixiaba con ambas manos para tratar de liberarse. Solita chillaba de terror detrás de ellos. Al darse cuenta de que no podría soltarse, Mar cambió de táctica, se llevó las manos a la falda, la alzó y le asestó una patada a Diego en la entrepierna con la punta de su botín. El efecto fue instantáneo. La presión en su cuello cedió y Diego cayó de rodillas con un gemido de dolor. Aprovechando ese momento de debilidad, ella trató de arrebatarle el fusil, pero él se las compuso para darle la vuelta al arma y descargar con saña un golpe de culata en su cabeza. El impacto catapultó a Mar hacia atrás. Sin embargo, no perdió de inmediato el conocimiento, aún tuvo tiempo de ver desde el suelo a Diego ponerse en pie y llegar hasta ella. La sangre que se derramaba de la herida en la cabeza le había entrado en un ojo y la cegaba. Al ver a Diego de pie junto a ella, creyó que la remataría de un disparo.

En vez de eso, Diego le escupió.

—Maldita zorra. Debería pegarte un tiro.

Lo siguiente que vio Mar antes de perder el sentido fue cómo arrastraba a Solita por el suelo, como si fuera un fardo o un animal muerto. Los gritos de la niña se le clavaron en la carne, pero las sombras en su mente la fueron alejando de aquel lugar para sumirla en un vacío de negrura y soledad.

Despertó cuando la lluvia volvió a presentarse. El agua fría sobre el rostro la espabiló de repente. Al tratar de moverse, la herida en la cabeza le devolvió puñaladas de dolor. Tumbada en el suelo, se giró y vio a Víctor a unos metros. Inmóvil.

«Dios mío.»

Al volverse hacia el lado contrario, descubrió a Maggie recostada sobre la hierba, con la cabeza erguida, resollando. Mar se colocó boca abajo y reptó con los brazos hacia Víctor, notando el lastre que le suponían las faldas empapadas. Cuando lo alcanzó, se armó de valor y le colocó la oreja sobre el pecho. Un helor frío le sopló en la nuca mientras escuchaba. El corazón de Víctor aún latía. El ritmo era lento,

pero estable, aunque el color pálido de sus labios era parecido al que había presenciado muchas veces en los rostros de los moribundos. En su chaleco, a la altura del pecho, había una gran mancha de sangre. Mar le desabrochó primero el chaleco y luego la camisa. Las gotas de agua le resbalaban por la frente y se le metían en los ojos. Se pasó el dorso de la mano por la cara en un gesto inútil y le abrió las prendas a Víctor para verle el torso. Al ver la herida se echó hacia atrás. El balazo había impactado en el lado izquierdo, debajo del pezón. Por el hueco quemado que había dejado el impacto asomaba un trozo de pulmón y otro de estómago.

Mar jadeó, incapaz de asimilar el estado de extrema urgencia en el que se encontraba Víctor. La lluvia se llevaba la sangre que manaba de su cuerpo, la herida se veía limpia, pero le pareció mortal de necesidad.

Dos pensamientos opuestos colisionaron en su mente. El primero la incitaba a dejar a Víctor allí para que muriera, algo que tal vez ocurriría de todos modos, aunque le brindaran los mejores cuidados médicos. El segundo la impulsaba a no rendirse, a tratar de preservar la vida hasta el último aliento. Así la había instruido su padre. Así lo concebía ella. Por eso se rasgó las enaguas de un tirón seco para ceñir la herida, haciendo un esfuerzo para rodear el torso de Víctor. Al menos evitaría que perdiese mucha sangre, pues eso lo llevaría a la tumba en poco tiempo. Después se puso en pie y se tambaleó hasta llegar junto a la yegua.

Maggie resopló al sentir la caricia de la mujer en el cuello. Mar buscó su herida. La encontró en la pata derecha. La bala se le había quedado incrustada por encima de la rodilla, pero no parecía haber tocado el hueso. Entonces deshizo el camino hasta Víctor y lo asió por debajo de los brazos para arrastrarlo. El maestro era un hombre alto, de cuerpo sólido, y no pudo con él. Entonces se colocó a sus pies, le quitó las botas y lo sujetó por los tobillos. Tiró con todas sus fuerzas, una y otra vez, ganando un palmo en cada ocasión. Cuando llegó junto a Maggie, estaba exhausta. Mientras respiraba unos segundos, recostada contra la barriga del animal, este giró el cuello para olfatear el olor de la sangre de su dueño. Entonces se agitó y relinchó, como si de verdad fuera consciente de lo que estaba ocurriendo.

Mar jamás habría pensado que sería capaz de una hazaña semejante, pero logró encaramar a Víctor sobre la grupa del animal.

Maggie había puesto de su parte y se había tumbado completamente, lo que le permitió a Mar ejecutar las maniobras con menor esfuerzo. Ya solo quedaba conseguir que la yegua se pusiera en pie y que los llevara de vuelta a la hacienda.

Había dejado de llover, pero el viento se agitó entre la vegetación y chilló entre los árboles. Mar tomó las riendas del caballo y tiró de ellas.

—Vamos, preciosa —le dijo.

Maggie trató de obedecer, pero la pata maltrecha le fallaba.

—Vamos, inténtalo de nuevo.

Mar tiró un poco más fuerte. La yegua movió las patas traseras, se zarandeó, bufó y se incorporó un poco, pero volvió a la posición inicial, fatigada y jadeando.

Desesperada, Mar se dejó caer al suelo para gritar de impotencia, consciente de que a Víctor no le quedaba mucho tiempo de vida. Sin embargo, no se demoró lamentándose y volvió a intentarlo. Sujetó las riendas con la escasa energía que le quedaba y tiró de ellas haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—¡Vamos, Maggie! ¡Levántate! ¡Vamos! ¡Vamos!

Resollando, gruñendo y relinchando de dolor, Maggie logró sostenerse sobre las cuatro patas. Mar se agarró a su cuello y la acarició, asombrada ante la nobleza del animal. Le dio un instante para que se sintiera segura y después se arrancó otro trozo de enagua para vendarle la herida, comprimiéndola con firmeza.

—Sé que es mucho lo que te pido —le dijo mientras se la vendaba—. Pero debemos llegar a la hacienda. ¿Lo entiendes, Maggie? Por favor...

Al tirar de nuevo, el animal dio un paso. La pata herida se le dobló y el maestro estuvo a punto de caer derribado.

—Vamos, bonita. Lo haces muy bien. Ahora otro paso más.

Mar volvió a tirar, notando que el viento le adhería la ropa empapada al cuerpo y le arrancaba espasmos de frío. Atardecía. Por el oeste, los nubarrones opacaban la luz del ocaso.

Maggie avanzó con un pequeño salto, y luego otro más, cojeando y resollando. Dos veces creyó Mar que no podría continuar. Dos veces el animal se alzó sobre su propio dolor y siguió avanzando. La tercera vez que se detuvo, Mar supo que había llegado al límite de sus fuerzas. Las rodillas se le doblaron y, poco a poco, se dejó caer al

suelo.

Se recostó junto a ella y la acarició.

—Lo has hecho muy bien. Eres el mejor caballo del mundo.

Llegados a ese punto, Mar tomó la determinación de seguir sola para buscar ayuda, aun corriendo el riesgo de perderse. Pese a lo disparatado de la decisión, no encontró alternativa. Sin desperdiciar un minuto, miró alrededor, tratando de encontrar referencias cercanas para ubicar el lugar y, con todo ello en la cabeza, echó un último vistazo a Maggie y a Víctor.

—Volveré pronto.

Se adentró en la espesura sin otro sonido que el crujir de sus pasos en el suelo y los golpes sordos de su corazón. Atrás dejaba con pesar los resuellos de Maggie y la respiración cada vez más débil de Víctor. La noche había caído sobre la manigua. La luna alumbró los primeros pasos de Mar entre los claros que dejaban las nubes, pero después la vegetación la engulló por completo, acrecentando la sensación de estar en una selva. Tropezó con cañas, piedras y espinos que le arañaron las extremidades. En dos ocasiones tuvo que luchar con brazos y piernas para salir de una repentina celda de vegetación. Su agonía por llegar a la hacienda fue en aumento a medida que tomaba conciencia de que no acertaba a orientarse. Las manos le sangraban. Lo supo por los rastros pegajosos que se dejó en el rostro cuando trató de espantar una horda de mosquitos que la asediaron. No había animales peligrosos en la isla, era consciente de ello, ni siquiera serpientes venenosas, pero temía a los mosquitos y a las enfermedades que transmitían.

Desorientada, jadeó mientras trató de recordar lo que había leído antes de salir de España sobre la fiebre amarilla, el dengue o la malaria, y su relación con las picaduras de los insectos. Era precisamente en ese momento, a última hora del día, cuando más proliferaban. Estaban por todas partes. Podía sentir sus picotazos y sus zumbidos en torno al cuello, pero también sabía que las enfermedades como la fiebre amarilla se presentaban al final de la época de lluvias. Y aún estaban en la temporada seca.

El cuerpo le pedía que se rindiera, porque en esas condiciones jamás encontraría el batey, pero la imagen herida de Víctor y la incertidumbre por el destino de Solita le dieron fuerzas para continuar.

CAPÍTULO 47

Mamita, al igual que muchos negros nacidos en la hacienda, había adoptado desde niña las enseñanzas de la Iglesia católica. Y, como la mayoría de ellos, combinaba su fervor por los santos con las creencias en los orishas de sus ancestros, pues, para ella, y por mucho que se empeñara el cura, la devoción hacia unos no excluía la atención de los otros.

Esa tarde se la había pasado rezando a todos ellos, pidiendo intercesión por Solita, a la que había empezado a tomar cariño, y por don Pedro, por haber sido un buen patrón. A Pedrito lo encomendó a Eleguá, el dios yoruba encargado de abrir y cerrar el camino de la vida, de otorgar alegrías o infortunios en función del comportamiento de cada uno.

Que él repartiera justicia.

No podía evitar guardarle resentimiento al muchacho y a su madre desde que el chico empuñara aquella verga de toro, seca y retorcida, para abrirle a su esposo la piel a mochazos. Las heridas de Ariel habían supurado líquido sanguinolento durante muchas lunas llenas y aún se despertaba sobresaltado y envuelto en vívidas pesadillas que lo llenaban de sudor.

Desde el porche, donde se encontraba, Mamita también había rezado por que volviera la calma a la hacienda y nadie resultara herido, ni por cortes de machete ni por balas de fusil. Y parecía que dioses y santos la habían escuchado, pues tras la algarada de la tarde había vuelto la calma.

—A punta de fusil —le había aclarado Ariel, que no confiaba en que esa calma durase mucho tiempo.

Para Mamita, el sonsoniche de la revolución y la lucha de vientrelibres no los acababa de entender, porque Ariel siempre decía que si se iban los españoles otros llegarían para gobernar. Además, ¿acaso los criollos que pretendían la revolución no eran hijos y nietos de españoles? Que ella supiera, Ariel no pensaba levantar el machete

ni un tantito para quitar a unos y poner en su lugar a sus descendientes. La única revolución a la que ambos encontraban sentido era la revolución de la negrería. Porque había sido su sangre, derramada durante generaciones, la que había convertido la isla en una región floreciente.

Cuba era negra y mestiza, y a ellos pertenecía su gobierno.

Sin embargo, no sería fácil unir a las distintas etnias africanas para luchar; algunas de ellas eran acérrimos rivales en sus tierras de origen y, según habían oído decir a los viejos de nación, nada frenaba más la prosperidad de un pueblo que sus desavenencias.

El silencio en el que se había sumido el batey tras el amago de rebeldía se vio interrumpido por unos golpes secos que resonaron por encima de la lluvia. Cuando esta cesó y se presentó el viento, los golpes continuaron. Ariel llegó con la noticia: Diego había encontrado a Solita cerca del árbol rey y se preparaban para imponerle su castigo.

Mamita se llevó las manos a la boca para sofocar un plañido. Después quiso saber dónde estaba la señorita Mar. Ariel solo sabía que tanto ella como el maestro habían salido de la hacienda para buscar a Solita, pero había caído la noche y no habían regresado. Tal vez ellos fueran los únicos que pudieran evitar la tragedia que se estaba fraguando. Que una niña tan pequeña pudiera sufrir en su carne lo que él, un hombre recio como el tronco de una ceiba, había padecido, le pareció terrible, y no creía que el cuerpo de la chiquilla pudiera soportar tanto dolor. Ariel tenía prohibido cabalgar a lomos de un caballo, y tampoco podía usar la volanta de paseo para esa misión, de modo que tuvo que coger la rudimentaria carreta que había construido con sus propias manos para salir a buscarlos.

En los establos, escogió la mula más robusta, capaz de sacar al carro de las hendiduras de barro. Con ella pasaría más desapercibido. Una vez que le puso los arreos y el tiro, salió del batey por el camino que bordeaba el cementerio, un sendero abandonado por el que rondaban brujas y muertos. Ariel jamás habría decidido ir por allí de haber tenido otra opción, pero temía que, tal como estaban las cosas, los guardieros no quisieran abrirle las puertas del batey. No usó farolillos de gas para alumbrarse y la luna se escondía entre las nubes, de modo que sus ojos tuvieron que hacer un esfuerzo y confiar en la pericia del animal.

El barro ralentizó su marcha, pero tuvo suerte y en ninguna

ocasión hubo de apearse para empujar el carro. Cuando se distanció de la hacienda, encendió una pequeña antorcha esperando que el maestro y la señorita Mar la vieran de lejos.

Dos horas más tarde, después de haber recorrido los caminos transitables, Ariel se detuvo, se puso de pie en el asiento de la carreta y agitó la antorcha en la noche húmeda. Luego esperó sin moverse del lugar.

Nadie acudió a su llamada.

Decidió entonces avanzar hacia el otro lado de los cañaverales, donde crecía el árbol rey. Ya había arreado la mula cuando oyó, muy cerca, entre la vegetación, un ruido de ramas agitándose. El corazón de Ariel se aceleró. Fuera lo que fuese lo que se estaba acercando, lo hacía con mucha prisa. Tomó la antorcha y dirigió el fuego amenazador hacia el único hueco que había en la espesura.

Al cabo de un minuto vio salir a una mujer con el rostro ensangrentado, el pelo revuelto y la ropa hecha jirones. Dio un salto en la carreta, creyendo hallarse frente a un espíritu maligno o una de las brujas que rondaban el cementerio, pero, al alumbrarla con la antorcha, el halo de terror se disipó.

—*Jesú*, María y *Osé*. ¡Niña Mar! *¿E usté?*

CAPÍTULO 48

Al fondo de un baúl, guardado en una caja de madera que desprendía un intenso olor a cedro, Frisia encontró el gato de nueve garras que estaba buscando, un azote de tortura del que se había encaprichado en uno de sus viajes a La Habana. El dueño de la tienda de antigüedades aseguró que había pertenecido a un oficial de la Royal Navy, y había añadido en tono jocoso que solo un inglés podía haber diseñado un objeto tan bello y terrible. Al tomar el mango de madera, Frisia contempló el tallado, que lo convertía en una obra de arte. Pero las nueve colas de cuero, dotadas en cada extremo de un nudo con una garra de metal, infundían terror.

Cuando lo empuñó, experimentó una sensación parecida a la euforia. Siempre se había preguntado lo que sería capaz de hacer aquel artefacto en la carne de un hombre. Visualizar sus efectos sobre la tierna espalda de una niña le provocó un espasmo de placer maléfico y retorcido.

Su boca exhaló resuellos de urgencia y maldad. Frisia tuvo que respirar de manera superficial para apaciguar al monstruo que llevaba dentro, aunque, de todos modos, sus manos temblaron de anticipación. Apenas podía contener la necesidad de salir del dormitorio e ir a despellejar viva a la agresora de su hijo. El padre Miguel había tratado de interceder por ella, alegando que era una niña y que no podía tratarla como a un hombre.

—La maldad también está en los niños —le había respondido ella —. Si lo sabré yo.

Frisia sacudió el látigo en el aire. Las nueve colas con garras, diseñadas para clavarse en la piel y descarnar, silbaron con un chirrido de metal.

Una doméstica llamó a la puerta, que estaba entreabierta.

—¡Qué pasa!

La mujer asomó tímidamente la cabeza y le enseñó a Frisia la taza que contenía la tisana que ella misma se había preparado unos

minutos antes de entrar en el dormitorio. Le había pedido a la criada que se la llevara cuando se hubiera enfriado un poco.

—Entra y déjala sobre la mesa.

La mujer entró, sin atreverse a encarar la mirada de su patrona. Dejó la tacita sobre una mesa camilla y se apresuró a salir de allí sin pronunciar una palabra.

Frisia se acercó y aspiró el olor punzante que ascendía del líquido caliente. Necesitaba la fuerza de sus flores para borrar de su alma la turbia angustia, para sentir el éxtasis corrupto que la sumía en tinieblas. Se la bebió de un trago. Luego esperó a notar sus efectos. Aún aguardaba cuando la misma criada volvió a asomar por la puerta.

—Es el niño Pedro, patrona. ¡Ya despertó!

A Frisia el corazón le dio un vuelco. Sin soltar el gato de nueve garras, salió a toda prisa de su dormitorio y atravesó a la carrera pasillos y estancias para ir al encuentro de su hijo. En el porche de la entrada la esperaba Orígenes haciendo guardia.

—¡Vamos!

Al llegar al dispensario, Frisia pasó junto a la cama donde estaba convaleciente su esposo. Rafael, el enfermero, lo estaba refrescando, pero ella avanzó sin mirarlo hasta detenerse junto al doctor, que se hallaba con Pedrito.

—Su hijo ha despertado, Frisia, y don Pedro parece que también se pondrá bien. Ahora descansa, ha sufrido una fuerte impresión y lo mantengo dormido... ¿Qué lleva en la mano?

Ella trató inútilmente de esconder el látigo de nueve colas y después se arrojó sobre Pedrito para abrazarlo.

—¡Hijo! ¿Cómo estás?

—Me duele mucho la cabeza —murmuró el muchacho con voz ronca.

Ella se apartó un poco y se sentó sobre el colchón. Acercó la mano al vendaje de la cabeza, pero no se atrevió a tocarlo.

—¿Cómo permitiste que esa niña idiota te golpeara? Eres más grande y fuerte. ¿Cómo demonios ocurrió?

—Frisia, no le fuerce a hablar —indicó el doctor—. Ha sufrido una conmoción y le conviene descansar.

—No... no me acuerdo, madre.

—Bueno..., es igual. Tú no te preocupes de nada, solo esfuérzate en ponerte bueno. Ya me ocupo yo de castigarla. Lamentará haberte

agredido, mi amor. Le devolveré cien veces el daño que te hizo. ¿Eso te gustaría?

Pedrito asintió con un gesto de barbilla, esbozando una sonrisa terrible que enseguida se le quebró.

—Me duele, madre, me duele mucho la...

El chico se interrumpió de súbito, los ojos se le quedaron en blanco y comenzó a convulsionar.

—¡Pedrito! —exclamó Frisia sujetándolo por los hombros—. ¡Hijo! ¿Qué te pasa?

—Apártese —ordenó Justino.

Ella se echó hacia atrás, completamente horrorizada, creyendo en ese instante que su hijo se estaba muriendo. El doctor se dispuso a practicarle una sangría de urgencia. No pudiendo soportar ver aquellos horribles espasmos, Frisia se tambaleó mientras se dirigía hacia la puerta. La garganta se le había secado y no podía respirar.

Una vez fuera, logró aspirar una bocanada de aire que le evitó el desmayo. Apoyada en una columna del porche, dejó salir un grito desesperado que ascendió en la noche y recorrió el batey.

Entonces comenzó a sentir los primeros efectos de las flores.

La realidad empezó a desfigurarse delante de ella, los colores se hicieron más vivos y el aire penetró sin esfuerzo en sus pulmones. Una energía sobrenatural la fue invadiendo. Se sentía poderosa. Con los años había aprendido a administrar la dosis exacta en función de sus intereses, sin olvidar que un exceso podía matarla. Le gustaba el arranque de violencia que le producía, esa capacidad que le nacía de dentro y que la impulsaba a cometer maldades. En esos momentos sentía un odio visceral, unas ganas insoportables de acabar con la responsable de su agonía.

—¡¡Tráeme un caballo!! —le ordenó a Orígenes—. ¡¡Ahora!!

El gigante congo se fue presto al establo y regresó al cabo de un momento con dos hermosas monturas. Frisia montó la suya con la pericia de una amazona y azuzó al animal con el látigo, descargándolo en su cuello con saña. El caballo relinchó de dolor al sentir las nueve garras clavadas en la carne. Se encabritó. Pero Frisia logró dominarlo. Luego salió en estampida hacia los barracones, con Orígenes a la zaga.

Cuando descabalgó en el centro del patio, al animal sangraba por el cuello. En cuanto Frisia soltó las riendas, el caballo coceó al aire y salió desbocado. Solo ver el daño innecesario que le había causado la

patrona al animal atemorizó a los trabajadores, quienes, tal como había ordenado Frisia, formaban en el patio para presenciar la ejecución de la sentencia. En realidad, Frisia había ordenado que todos los habitantes de la hacienda, excepto el doctor y su ayudante, estuvieran presentes. Frente a los negros, al otro lado del patio, estaban los blancos con sus domésticos; hombres, mujeres y niños, todos ellos incómodos y fastidiados por tener que presenciar aquel espectáculo grotesco.

Basi fue a colocarse junto a Paulina y Mamita. Tras ella iba la nodriza con María Nadine en brazos. La pequeña lloraba porque habían interrumpido su toma de última hora de la tarde y aún tenía hambre. La nodriza la acunaba para hacerla callar, pero la mujer estaba tan angustiada por la situación que insistió en entregársela a Basi. Esta tampoco supo qué hacer para tranquilizar a la pequeña. Mamita estaba demasiado pendiente de Frisia como para darle un consejo, de modo que fue Paulina quien aportó la solución.

—Ponle el dedo en la boca.

Basi dudó. Estaba tan preocupada por Mar que no podía atender como era debido a esa criatura que no dejaba de llorar, pero sus gritos estaban poniendo nervioso a todo el mundo, de modo que acercó su dedo meñique a la boquita de la niña y Nadine succionó con fuerza y se quedó en silencio.

En medio del patio, junto al poste clavado en la tierra, el pelo greñudo de Frisia y sus ojos desbocados espantaron a todos. Tenía un aspecto fantasmal.

—¡Traedla! —gritó fuera de sí, con el látigo en la mano.

El padre Miguel salió de entre la gente y suplicó por última vez. Le habló a Frisia en voz baja para no descalificarla delante de sus trabajadores y no enervar aún más su ira.

—Por lo que más quiera, Frisia. No lo haga. ¿No ve lo exaltados que están los ánimos? Hay alzamientos en varios puntos del país, ¿no se enteró? Parece que se avecina otra guerra. Si se excede, no podremos contenerlos. Tenemos trescientas almas furiosas armadas con machetes. Por Dios, recapacite.

—¡Yo también estoy furiosa! ¡Y tengo de mi parte los fusiles! ¡A quien se mueva le pegáis un tiro! —gritó a sus hombres. Después se volvió hacia el cura—. Mi hijo se muere, padre. No tengo nada que perder. Puede que yo también muera esta noche, pero me llevaré al

infierno a esa muleca del demonio. Apártese de mi vista.

El padre Miguel vaciló un instante, pero la mirada de Frisia, envuelta en efluvios perversos, le impidió seguir insistiendo. Al volverse, la visión de Diego arrastrando a Solita por el cabello le arrancó al cura una exhalación y una plegaria, y, mientras rogaba, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Solita gritaba y trataba de soltarse de la mano férrea que la conducía al centro del patio. Cuando la niña pasó junto a él, el padre Miguel se persignó al descubrir que tenía el rostro hinchado y la hermosa ropa destrozada. Diego la arrodilló junto al poste. Le ató las manos. Solita miraba en todas direcciones, aterrada, llorando, gritando, suplicando, pero nadie parecía dispuesto a salvarla.

—Virgen Santísima —murmuró Basi sin poder despegar los ojos de la pequeña.

Mamita comenzó a temblar. Paulina se agarró a su brazo para evitar desmayarse. Aquello pintaba mal, muy mal, y las consecuencias eran imprevisibles.

Al frente de los trabajadores, Mansa permanecía erguido, con el gesto desfigurado en una mueca violenta. Diego le rasgó el vestido por la espalda a Solita hasta abrirlo en dos. A la vista de todos quedaron los calzones de seda de la niña, sucios y mojados.

Inmersa en su pandemonio vengativo, Frisia solo tenía ojos para la porción de piel desnuda que estaba a punto de masacrar. Su mirada se había clavado en el pequeño reducto de aquel cuerpo menudo en el que debía volcar todo su odio.

Empuñó el látigo con fuerza. Solita quiso gritar más fuerte, pero ya no le salió la voz. Mansa miró a los ojos al jefe de cuadrilla que tenía delante y que lo apuntaba con el fusil. Era muy joven y vio en su mirada que no quería utilizar su arma contra él, que no lo haría a menos que fuera necesario.

—¡Patrona! —gritó Mansa por encima de los murmullos. Frisia lo buscó con la mirada—. Si le da látigo a la muchachita, usaremos los machetes, y no será *pa cortá* caña. Después, le daremos candela a la hacienda.

Hubo murmullos de sorpresa, manos alzadas para santiguarse y exclamaciones ahogadas, pues hasta ese momento, y aunque la situación fuera extraordinaria, todo parecía estar bajo control. No era la primera vez que se azotaba a un trabajador. Sin embargo, la

amenaza del viejo mandinga, al que muchos consideraban el caudillo de los barracones, sonó demasiado real.

Amparadas por la oscuridad, las mujeres cogieron a sus niños y se fueron retirando, temiendo una explosión de violencia. Los hombres armados y los jinetes se miraron unos a otros, indecisos, conscientes de que estaban en inferioridad numérica. También pensaron en sus familias. Frisia las había reunido allí con un claro objetivo: debía asegurarse de que sus hombres no saldrían huyendo ante la visión de los machetes. Debía garantizarse que, llegado el caso, usarían las armas, aunque solo fuera para proteger a sus seres queridos.

Mansa apretó los labios, miró al muchacho que lo apuntaba fusil en mano con expresión acobardada, y masculló:

—Honor o muerte.

El chico tragó saliva y se mantuvo firme, pero las manos le temblaban.

Frisia calibró a Mansa en la distancia. En los ojos de ambos brillaba un odio antiguo. En el silencio que imperó a continuación silbó el aire y unas gotas de lluvia, frías y densas, comenzaron a mojar de nuevo la tierra ingobernable del batey.

Frisia porfió en clavarle la mirada a Mansa unos segundos más mientras su boca se iba curvando en una sonrisa demencial y violenta. Porque nadie, ni negro ni pardo ni blanco, iba a impedir esa noche que su venganza quedara satisfecha.

Sin dejar de sonreír, alzó el gato de nueve garras sobre su cabeza y dejó salir un grito de furia mientras descargaba el artilugio sobre la piel desnuda de Solita.

Después, la muerte campó a sus anchas por la tierra mojada del batey.

CAPÍTULO 49

Las campanas de la hacienda tronaron.

Ya estaban cerca cuando Mar y Ariel vieron desaparecer el aura de luminosidad que envolvía el batey. De pronto, la oscuridad se tragó la hacienda, sumiéndola en la impunidad nocturna, dejándola a merced de las almas que clamaban venganza. En la humedad de la noche, el viento llevó hasta ellos el murmullo de la algarada, que fue cobrando intensidad a medida que se fueron aproximando.

Ariel arreó la mula al pasar de nuevo por el cementerio. Por mucho que Mar le aseguró que allí no había más bruja que Frisia, el carabalí cruzó el camposanto murmurando plegarias de protección contra harpías y hechiceras chupadoras de sangre. Sentada en la carreta, con el cuerpo de Víctor en sus brazos, Mar presionaba la herida y comprobaba cada minuto el latido de su corazón. Al llegar frente al dispensario, tuvo que hacer un esfuerzo para entregárselo a Ariel. No quería separarse de Víctor porque temía no volver a verlo con vida. Pero, en la agonía de esa noche, se fraguaba otra desgracia.

Mar salió corriendo en dirección a los barracones. Se fue cruzando con la desbandada de mujeres y niños que, aprovechando la ausencia de las luces de gas, habían abandonado el patio de los trabajadores presagiando tragedias. No había nada que aterrara más a un blanco que un negro enarbolando una antorcha o un machete. Trescientos de ellos en esa tesitura, enfurecidos hasta lo inimaginable, les generaba pavor y la necesidad imperiosa de huir, conscientes de que, si bien podían protegerse de los machetes, nada tenían que hacer contra el fuego. Frisia había perdido la razón, todos habían podido verlo, y medio centenar de hombres con fusiles solo contendría a los negros durante un tiempo.

Acompañada de una doméstica, Mar vio a Rosalía corriendo por la calle principal del batey en dirección a su casa. También encontró a Paulina y Basi avanzando agarradas del brazo, la primera tirando de la segunda, jadeando y con el miedo constriñendo sus facciones. De

cerca las seguían Mamita y la nodriza, que llevaba a Nadine en brazos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

Al verla con la ropa sucia y rota y con el rostro ensangrentado, las mujeres no pudieron ocultar su asombro.

—Por Dios, señorita, ¿qué le ha pasado? —se apuró a preguntar Basi, jadeando.

—¿Qué ocurre en los barracones? ¿Dónde está Solita?

—Ay, niña Mar —sollozó Mamita—. Esa *mujé* no *ettá* bien de la sesera.

—¡Frisia se volvió loca! —exclamó Paulina, recuperando el aliento—. ¡Va a lograr que nos maten a todos! Mansa amenazó con usar los machetes contra los blancos si azotaba a Solita. Dijo que después le prenderían fuego a la hacienda. ¡Pero Frisia no le hizo caso! Esa mujer ha perdido la razón. Los hombres apenas pueden contenerlos. ¡Son demasiados! ¡Esos negros nos quieren matar! ¿Lo entiendes? ¡Tienes que esconderte!

Mar asió a Paulina de los brazos.

—Debes llevar a las mujeres y a los niños al sótano de la casa grande.

—¿Allí? —inquirió la joven estremeciéndose.

—¡Escúchame! —insistió Mar—. Si os refugiáis en casa, la quemarán con vosotros dentro. En el sótano tendréis una oportunidad.

—Pero Mansa conoce el lugar.

—Él no os hará daño.

—¿Cómo lo sabes?

—Mansa no *e* un asesino, no, *señó* —dijo Mamita.

—¡Hazlo! —le gritó Mar—. Solo Mansa sabe cómo llegar al túnel. Los demás lo ignoran. Si incendian la casa grande, estaréis a salvo bajo tierra.

Paulina comenzó a sollozar.

—No sé si podré hacerlo.

—Claro que puedes. Y Basi te ayudará.

En las mejillas de Basi también había lágrimas.

—¿Fue Diego quien le hizo eso en la cabeza? —le preguntó, mirándola.

Mar evitó responderle.

—Buscad a todas las mujeres y a los niños, y guiadlos hasta el túnel.

—Vamos a morir todos, ¿verdad?

Pese a sus diferencias, Mar consideraba a Paulina una buena chica cuya fortuna le había sido esquiva desde la infancia, que luchaba por encontrar su lugar, por dejar de sufrir y de llorar a sus muertos, que se había criado en la libertad del campo, soñando con el amor. En la flor de la vida, peleaba por su bienestar y el de los suyos. Y eso nunca era reprochable. Estaba segura de que encontraría el arrojo necesario.

—Mamita, usted vaya al dispensario. Ariel está allí y podrá serle de utilidad. —Apretó los labios y, finalmente, dijo—: Cuidaos mucho.

—Venga con nosotras... —rogó Basi, pero Mar ya se había alzado la falda y echado a correr—. ¡La matarán! ¡Por favor, señorita!

Cuanto más avanzaba Mar en dirección a los barracones, más y más personas encontraba corriendo en sentido contrario, gritando, llorando, jadeando. Vio al administrador, que tiraba de su esposa Úrsula, agachándose cada vez que sonaba un disparo, y a otros muchos operarios, a los que solo conocía de vista, con sus familias.

—¡Id a la casa grande! —les gritó a cada uno de ellos, sin saber si seguirían su consejo—. ¡Allí os dirán qué hacer!

El patio de los barracones estaba tomado por los hombres de Frisia. Unos a pie, otros a caballo, todos resistiendo como podían la marea de cuerpos que intentaba romper el muro de contención que protegía a la patrona. El brillo de los machetes y los disparos de fusil acobardaron a Mar, pero, aun así, logró traspasar la retaguardia custodiada por hombres a caballo y llegar al centro del patio.

—¿Adónde va, señorita? —oyó que decía una voz a sus espaldas.

Con cada disparo, los cuerpos se encogían unos segundos, pero luego se alzaban de nuevo contra las armas. Los últimos dos tiros, Mar ni siquiera los oyó.

Fue un estallido de pánico el que ensordeció todos los sonidos al ver a Solita. La cabeza comenzó a darle vueltas y, por un instante, creyó que iba a desplomarse. Ni siquiera temió que uno de aquellos machetes resbalara por su cuello y la abriera en dos. Al menos sería una forma rápida de morir.

Frisia, vestida de seda y tafetán, se había convertido en una serpiente que parecía haberse escapado del infierno. Azotaba la espalda de Solita con una fiereza inhumana, como si disfrutara. Por segunda vez ese día, Mar se sintió capaz de matar, de hacer daño a

conciencia, de devolver el mal infligido. Con una mano en el pecho para contener la bilis que saboreaba al fondo de su garganta, se precipitó hacia Frisia armada únicamente con sus manos. Pero de la oscuridad nocturna surgió Orígenes con el machete en la mano.

Mar dio un salto hacia atrás, aterrada, pero enseguida reaccionó.

—¡Apártate!

La postura amenazante de Orígenes empuñando su enorme machete curvado estuvo a punto de petrificarla. En su mente latía fresca la bofetada que le había asestado en público días atrás. En aquellos momentos había visto nacer en sus ojos la semilla de un rencor que solo sería zanjado devolviendo la afrenta. Mar resolló, y recordó un consejo de su madre.

«La palabra combate la violencia mejor que las armas. Y tú eres inteligente, hija. Debes aprovechar ese don.»

Mar no se sentía capaz de pensar con frialdad, pero su mente hervía. Iba a comenzar a hablar cuando Orígenes se precipitó hacia ella con el machete en alto. Pero, en vez de cortarle el cuello, la golpeó con el puño.

El puñetazo, que multiplicaba mil veces la intensidad de su humilde bofetón, le reventó a Mar los labios y la catapultó hacia atrás, como si la hubiera embestido una res. Sin tiempo para lamentarse por el dolor, se puso en pie, tambaleándose, esperando que, con ese golpe, Orígenes diera por saldada la humillación. Notando que sus labios se hinchaban, comenzó su ofensiva.

—¿Qué clase de hombre traiciona a su propia gente? —le espetó.

Orígenes no se dignó contestarle, como si la considerase demasiado insignificante para malgastar palabras en una explicación. A decir verdad, Mar nunca le había oído la voz al gigante congo.

—Frisia nunca cumple sus promesas —continuó, alzando su propia voz por encima del alboroto—, sobre todo si debe invertir un solo peso en saldarlas. ¿Qué fue lo que te prometió? ¿Te dijo que serías el primer mayoral negro de la hacienda? ¿Te prometió tierras? ¿Joyas como las que llevas? Seguro que son regalos de la patrona. Te dijo que eran buenos aretes y anillos de oro, pero no son más que metales sin ningún valor. Por eso la piel te supura y no puedes dejar de rascarte, porque son baratijas que pudren lo que tocan.

La mirada de Orígenes se volvió aún más oscura y amenazadora. Mar continuó:

—Sabes cuánto desprecia tu patrona a los negros. ¿Acaso no la oyes hablar en las tertulias? Os considera bestias que no servís para otra cosa más que para obedecer y ser maltratados. Jamás hará mayoral a un negro. Jamás cumplirá las promesas que te hizo. Deberías arrancarte esos aretes antes de que la infección se extienda por el resto del cuerpo y te mate.

Sonó un disparo. Mar agachó instintivamente la cabeza. Orígenes se mantuvo firme, pero giró un poco el cuello en dirección a la patrona. Lo hizo sin apartar los ojos de Mar. Esta no podía ver a Frisia, el corpachón del congo se lo ocultaba, pero podía oír el chasquido del azote al ser descargado contra el cuerpo de Solita. Y eso a punto estuvo de hacerle perder la cabeza. No sabía si sus palabras habían provocado algún efecto en Orígenes, pero trató de asestarle la estocada final.

—¡Sabemos lo que hacéis en el sótano! —Él ladeó la cabeza, como un perro prestando atención a su dueño—. La voz se está corriendo. Es una cuestión de tiempo que se enteren las autoridades. Pero Frisia se librará de la justicia porque genera riqueza al país, mientras que a ti te condenarán a la máxima pena. ¿O acaso ignoras lo que hacen con los negros sospechosos de practicar magia negra?

Orígenes avanzó hacia ella con el machete en la mano, como un depredador confiado frente a una presa pequeña y débil.

—Te condenarán al garrote vil —le espetó Mar mientras retrocedía—. Aunque tu cuello es fuerte. No se partirá fácilmente. Tardarás en morir. Sufrirás una terrible agonía. Deberías marcharte mientras puedas. Aquí hay muchos que te desprecian y no podrás enfrentarte a todos ellos. Si no te matan unos, lo harán los otros. Huye a los palenques mientras puedas, al menos allí podrás unirte al Ejército Libertador. Deja de comportarte como un esclavo. Deja de...

Con un movimiento ágil, Mar esquivó el cuerpo de Orígenes y corrió hacia Frisia. Se abalanzó sobre ella con un grito de furia. Solo pensaba en detener aquella tortura, en sujetarle el brazo para que no siguiera golpeando a Solita. En la oscuridad rota por una luna que asomaba a ratos, Mar distinguió la mirada salvaje y sorprendida de la patrona cuando vio su brazo petrificado en el aire.

—¡Orígenes! —gritó Frisia fuera de sí.

Sin soltar el brazo de la patrona, Mar pudo ver de soslayo al titán congo llegando hasta ella. Entonces cerró los ojos y se encomendó a

Dios.

Pero el golpe no se produjo. Orígenes apretaba la boca en una mueca horrenda y tenía los ojos fuera de sus órbitas, clavados en Frisia.

—¿A qué esperas, negro del demonio? ¡Mátala!

Orígenes vaciló y enseñó los dientes. La mano que empuñaba el machete tembló.

—No tienes por qué obedecer —insistió Mar como último recurso —. Eres un hombre libre. Ella jamás te ha dado nada digno de valor. No merece tu lealtad.

—¡No la escuches y obedece! ¡Te daré lo que quieras! ¡Lo que quieras!

En lugar de cumplir sus órdenes, Orígenes la miró con desprecio. Luego se arrancó los aretes de las orejas, desgarrándose los lóbulos, y los arrojó a los pies de Frisia. Tras ello, se dio la vuelta y se marchó.

—¿Adónde vas? ¡Vuelve, negro maldito!

Al oír el insulto, Orígenes regresó sobre sus pasos y levantó el machete sobre la cabeza de la patrona. Ella enmudeció y Mar aprovechó el momento para agarrar el látigo y tirar de él con todas sus fuerzas. Varias de sus colas con aguijones se le clavaron en el brazo, provocándole un terrible dolor cuando Frisia trató de recuperarlo. Fue entonces cuando comprendió la clase de artilugio que tenía en las manos y el daño que le había infligido a Solita.

Frisia miraba con incredulidad el lugar por donde había vuelto a marcharse Orígenes, tratando de asimilar que se había quedado sola y desarmada. Entonces trató de cargar contra Mar con sus propias manos. Esta última, presa de la rabia, apretó la empuñadura del látigo y comenzó a azotarla. La golpeó una y otra y otra vez, y no se detuvo hasta que Frisia cayó de rodillas al suelo, gritando de dolor.

Mar soltó el látigo y se agachó para liberar las manos de Solita, que estaban atadas al poste. Le costaba respirar. Su pecho se había cerrado y el aire apenas penetraba en sus pulmones. Libres las ataduras, la niña cayó al suelo. Parecía muerta, pero Mar buscó el latido del corazón en su muñeca y comprobó que aún vivía.

—Aguanta... —le dijo.

La tomó en brazos y se puso en pie. Al mirar al lugar donde había caído Frisia, ya no la encontró. Los jinetes y sus ayudantes aún contenían a los trabajadores, de modo que Mar se apresuró a volver a

la retaguardia. Corrió como pudo. El cuerpo de Solita, bañado en sangre, se le escurría en los brazos y temió no ser capaz de llegar a tiempo. Ya había recorrido la mitad del camino cuando se vio obligada a detenerse.

Diego la esperaba en mitad de la calle.

CAPÍTULO 50

En la casa grande, Paulina y Basi habían logrado reunir a una treintena de personas. Entre ellas estaban Pascual, el administrador, su mujer, Úrsula, varias esposas de operarios del batey y ocho niños. El resto del grupo lo componían los domésticos que se habían encontrado por el camino y los criados de la casa grande, que suplicaron que los acogieran con ellos por temor a represalias. Pascual ignoraba que existiera un túnel bajo la casa grande. También desconocía los actos que Frisia llevaba a cabo allí dentro. Por eso se mostró consternado cuando Paulina lo puso al corriente. Pascual consideraba a Frisia una mujer codiciosa y falta de escrúpulos, pero nunca habría imaginado que fuera capaz de realizar semejantes sacrilegios. De todos modos, la idea de refugiarse en el túnel le pareció más que bienvenida.

Remedios, la cocinera, encendió una palmatoria y los llevó al cuarto de suministros, donde se aprovisionaron de lámparas de gas y velas, de palas y picos, y se llevó a las mujeres a la despensa, donde cogieron agua y alimentos. Antes de acudir al refugio, Pascual se dirigió a la armería. Disponía de una llave, de modo que ordenó a los domésticos que tomaran todas las armas que pudieran cargar.

—¡No debe quedar nada!

Se reunieron de nuevo en el interior de la casa grande y entonces oyeron ruido procedente de una estancia cercana, pasos que se aproximaban corriendo y tropezaban con los muebles. Las mujeres contuvieron la respiración.

—Son ellos —dijo Úrsula al tiempo que se escondía detrás de su esposo—. ¿No vieron sus ojos? ¿Y los machetes? ¡Quieren matarnos a todos! Dios mío, ¿cómo hemos llegado a esto?

Las mujeres les taparon la boca a sus hijos para que no gritasen. Pascual empuñó un fusil, aunque aún no le había dado tiempo a cargarlo. Los domésticos no sabían qué hacer, pero los hombres terminaron por imitar a Pascual, aunque no tenían nociones de cómo se usaba el arma. El instante de silencio que sobrevino aceleró los

corazones de todos. Hasta que la luz de la lámpara alumbró las figuras fantasmales de Rosalía y su doméstica, que entraron jadeando y con el miedo reflejado en el rostro. Al encontrarse con los fusiles frente a ellas, ambas gritaron.

Los hombres bajaron las armas.

—¡Me dijeron que viniera aquí! —se apuró a decir Rosalía—. Aunque me parece la peor idea del mundo. Si esos negros prenden fuego a la hacienda, empezarán por esta casa.

—Hay un sótano bajo tierra —le reveló Paulina—. Se adentra muchas varas bajo la casa y se alarga hasta salir cerca del cementerio.

—¡Al cementerio *etta* negra no va! —sentenció una doméstica, y los demás criados secundaron la objeción.

—Ese sitio *ettá maddito* —aseveró otra.

—¡No! Es todo mentira —alegó Paulina—. Frisia hizo correr ese rumor para que nadie lo descubriera.

—¿Has estado dentro? —preguntó Rosalía.

—Sí, y creo que puede ser un lugar seguro, incluso si la casa grande arde hasta los cimientos.

Tres domésticas se negaron a bajar al sótano. El miedo a las brujas que se alimentaban de la sangre de mujeres de color había calado tanto en su imaginario que preferían enfrentarse a lo que fuera, pero lejos de allí.

Reunidos todos, salieron al jardín trasero de la casa, bordearon los corredores coloniales y llegaron junto a la discreta puerta. Mientras Paulina rebuscaba la llave dentro de la maceta, oyeron los gritos de la algarada al otro lado del batey.

—¡Vamos, date prisa! —la acució Úrsula.

—Así *e* cómo suena la muerte —soltó Remedios—. Cuando lo oyes por primera *ve*, más nunca lo olvidas. En la Guerra Larga...

—¡Lograrán contenerlos! —exclamó Rosalía, interrumpiéndola—. Si hace falta los matarán a todos.

Tras abrir la puerta, la lámpara de gas mostró las figuras de los cancerberos que custodiaban la entrada del túnel y que Paulina no había visto la vez anterior. La joven dio un salto hacia atrás, conteniendo un alarido.

—Son solo unas estatuas —dijo al cabo, recuperando la compostura.

De todos modos, el aspecto de las figuras espantó a otros dos

domésticos, que se negaron a seguirlos.

Los criados que no se habían marchado agacharon la cabeza, sin atreverse a decir nada por miedo a que se arrepintieran de llevarlos con ellos, pero aterrados por las supersticiones.

Se disponían a bajar por la escalera que los adentraba bajo tierra cuando Paulina se dio cuenta de que Basi no estaba junto a ella. Abandonó la cabeza de grupo y se dirigió a la cola. Encontró a Basi junto a una de las columnas que rodeaban el jardín.

—¿Qué haces?

—Yo no voy.

—¿Tú también tienes miedo?

—No es por eso. La señorita Mar está ahí fuera. No puedo dejarla sola.

—¡Pero correrás un gran peligro!

—Lo sé, pero, si algo le pasa, no me lo perdonaré. Tengo que estar con ella.

—No puedes hacer nada para ayudarla. ¿Sabes cuántos negros rabiosos quieren matarnos? Ya oíste al administrador, no hay nada que hacer.

—Lo sé... Pero la señorita Mar lo haría por mí, no me dejaría. La familia del doctor me salvó tantas veces que no pienso abandonarlos cuando más me necesitan.

—Pero... ¿y Nadine? ¿Qué pasará con ella si tú...?

—¡No es mi hija! —Basi casi lo gritó—. No lo es... Y alguien cuidará de ella.

Paulina respiró hondo. Le apretó el brazo y dijo:

—Espera un momento.

Buscó a Pascual, le pidió un fusil y, con él en las manos, regresó junto a Basi.

—Llévate esto.

—¡Pero no sé cómo funciona!

—Todas las armas son iguales. Se cargan y se disparan. Dijiste que lo habías hecho otras veces, no será tan distinto. Ten, una caja de munición, aunque espero que no necesites usarla.

Basi tomó el arma y la munición. En sus manos, el fusil parecía un artefacto mal colocado y poco amenazador.

Se despidieron con un abrazo. Después Paulina guio a todos bajo el túnel. Al llegar a la dilatada sala cuadrada donde Frisia llevaba a

cabo sus rituales perversos, descubrieron con horror la magnitud de sus acciones. En aquella especie de altar encontraron cráneos de gatos, dientes, velas consumidas, huesos y sangre seca. Entonces, el desconcierto se apoderó de todos.

—Este *lugá ettá embrujao* —dijo una doméstica.

—No son brujas —repuso Paulina reprimiendo un escalofrío—. Es Frisia. Ella y Orígenes raptan a las muchachas de los barracones, las drogan con sus flores y las traen aquí para realizar con ellas rituales de sangre. Frisia hirió con un cuchillo la piel de una muchacha y utilizó su sangre para untarse con ella el cuerpo desnudo. Lo vi con mis propios ojos.

En la penumbra que procuraban las velas, Paulina observó que su revelación los había dejado perplejos.

—No puede ser verdad —murmuró Úrsula.

Pascual lo observó todo y luego se volvió hacia los demás.

—No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí dentro. Deberíamos limpiarlo —sugirió.

Los domésticos, temerosos de que les encargaran hacerlo, se replegaron contra la pared más alejada de aquel lugar.

—No *vamo* a *tocá* eso —sentenció una de las criadas—, y *peddone sumercé*.

—Aquí *güele* a *poqquería* de *muciégalo* —dictaminó el muchacho que estaba junto a ella—. Ni de lejos quiero yo *ve* uno de esos. Bajean a la gente con el aliento, *pa* que no se sientan, y luego les chupan la sangre.

Pascual se acercó a los criados y se detuvo con los brazos en jarra frente al chico que acababa de hablar.

—¿Prefieres estar fuera con los de tu raza? Si no quieres colaborar, yo mismo te sacaré de aquí y te pondré una antorcha y un machete en las manos. ¿Quieres eso?

—No lo quiero, *sumercé*. Pero la brujería conga me da mucho *mieo* y aquí hay muchas sombras.

Ante el pasmo de los demás, Pascual se acercó al altar y comenzó a dar patadas a todo cuanto encontró. Las calaveras de los gatos salieron volando hacia un rincón sombrío de la sala, de los huesos y los dientes no quedó ni rastro y la sangre seca la tapó con una manta.

—De lo demás os ocupáis vosotros —les dijo a los domésticos, que se habían quedado horrorizados—. Y, si no, os saco fuera. Decidid

qué os parece más peligroso.

Para dar ejemplo, Paulina fue una de las primeras en acercarse al lugar. No era de su agrado, pero no estaban las cosas para supersticiones. Detrás de ella fue Remedios, a la que siguieron los demás domésticos. Entre todos limpiaron aquel altar satánico y apilaron los objetos en el rincón más oscuro de la cueva.

—Ahora debemos tratar de ponernos cómodos —opinó Pascual—, y racionar todo lo que hemos traído. Es mejor ser previsores. Nos quedaremos a oscuras en algún momento, ya lo advierto, así que permanezcan juntos. Lo único que puede salvarnos ahora es el Ejército.

Cuando se dispuso a salir de la casa grande, Basi se dio de bruces con Frisia. El aspecto demencial de la patrona le heló la sangre. Sujetaba el látigo en la mano, aquel artilugio que infundía pavor. Se la veía tan perjudicada que parecía haberse azotado a sí misma. Tenía el rostro y los brazos ensangrentados, el moño deshecho y una mirada alienada capaz de paralizar a cualquiera.

—¿Adónde vas con ese fusil, necia? ¿Crees que te servirá de algo?

El miedo impulsó a Basi a encañonarla con él, aun a sabiendas de que estaba descargado.

—No se acerque a mí —le advirtió con voz trémula.

La imagen de la criada sujetando el arma se le antojó a Frisia lo más patético que había visto en su vida. Aquella mujer molesta, advenediza, entrada en carnes y pueblerina se atrevía a apuntarla con un fusil que apenas podía sostener. El cañón temblaba en sus manos. Tendría que dispararle varias veces para acertarle. De buen grado la habría azotado hasta despellejarla viva con el gato de nueve colas, pero no disponía de tiempo.

Frisia se hizo a un lado con movimientos lentos, como una serpiente con la mirada fija en una presa recelosa y cauta. Pero Basi no se atrevió a moverse.

—Anda, vete, lárgate de una vez y no me molestes —la acució Frisia dirigiéndose hacia ella con el látigo en la mano.

Basi dio un respingo y se aventuró a esquivarla para ganar la puerta. Con el pensamiento en su próximo paso, Frisia la dejó marchar, aunque no pudo contenerse y le aventuró desgracias

mientras la veía correr por el porche.

—¡Ya se ocuparán de ti los negros! —le gritó—. ¡Odian a tu esposo! ¡Te arrancarán los ojos con la punta del machete antes de forzarte y matarte!

El fusil le pesaba demasiado a Basi mientras bajaba la escalera de la casa grande, pero más le pesaron las palabras de Frisia vaticinándole terribles torturas. La patrona había logrado impresionarla, y era consciente de que, aquella noche, con la hacienda convertida en un infierno, podía suceder cualquier cosa. Por ello avanzó por la calle mojada del batey con el cuerpo encogido de miedo. Solo quería llegar junto a la señorita Mar, mirarla a los ojos y hacerle saber que cuidaría de ella como si fuera su madre.

Lloviznaba. El viento aullaba y traía consigo el bordoneo de la muerte al otro lado del batey. Las piernas de Basi ejecutaban pasos cortos y rápidos, entorpecidos por la pesadez de sus faldas. Escrutó la oscuridad entre jadeos, atenta a cualquier signo de peligro, pero no vio a nadie. La calle principal del batey, escoltada por hermosas palmeras, se había quedado desierta. Eso aumentó su aprensión. Entonces intuyó al fondo de la calle dos figuras apenas visibles en la oscuridad. Tuvo que acercarse bastante para discernir quiénes eran. Se detuvo tras el tronco de una palmera y observó. Entonces, el corazón se le paró un instante.

La señorita Mar cargaba en brazos con el cuerpo de Solita, y Diego estaba frente a ella, apuntándolas con el fusil. Basi se dejó caer contra el tronco áspero de la palmera, notando ardor en los ojos, y trató de no ahogarse con su propia respiración.

—Lo reconozco —le decía Diego a Mar—, te subestimé. Usaste bien el látigo con la patrona. Ni su propio hijo la reconocería.

—Déjame pasar —dijo Mar, apenas sin voz, jadeando por el esfuerzo de cargar con Solita y el terror inmenso que le infundía el mayoral más cruel de la hacienda.

—Te confesaré una cosa. La patrona acaba de decirme que, si te pego un tiro, me dará mil pesos oro.

—Eres más ingenuo de lo que creía si confías en la palabra de una loca.

—Loca o cuerda, ella tiene el dinero. Y quien tiene el dinero tiene el poder, incluso con la cara desgarrada y un pie en la tumba. No me negarás que es una buena suma. Cuando imagino lo que podría hacer

con toda esa plata, me entran ganas de ponerme a bailar.

—Mi padre también te dará dinero. No sé cuánto son mil pesos oro, pero...

—No me interesa. —Diego dio un paso hacia ella. Mar retrocedió —. Cuando le disparé al maestro, debí pegarte a ti otro tiro. Habría acabado con tu sufrimiento. Ya lo ves, en el fondo soy un hombre compasivo. No me gusta matar por matar. Pero cambié de idea. Es curioso cómo un segundo basta para trocar muerte por vida y vida por muerte. Elegí dejarte vivir. Claro que, por entonces, no había mil pesos oro sobre la mesa. Y eso cambia radicalmente las cosas. Puedes soltar a la niña o seguir sosteniéndola, esa elección es tuya, de todos modos ya estará muerta. Tomaré ese dinero y me iré de aquí. A los negros ya no hay quien los pare. Mañana por la mañana esta hacienda será humo y cenizas y la patrona un cadáver de huesos retorcidos y negros. Pero yo ya no estaré aquí.

De la oscuridad emergió Ariel, con las manos en alto.

—*Po favó*, *sumercé,* no lo haga.

Detrás de la palmera, Basi contuvo el aliento.

Diego, tomado por sorpresa, apuntó con el fusil al carabalí.

—Vaya, flamante defensor te ha salido.

Ariel se colocó entre los dos.

—Apártate, Ariel —rogó Mar—. Te disparará como hizo con el maestro. Y después me matará de todos modos.

—*Po favó*, *sumercé*, no *tie* que *dispará*, *usté* no es un hombre tan malo.

—¡Apártate! —gritó Diego.

—La niña aún respira —dijo Mar—, tal vez viva... Déjame llevarla al dispensario. Después saldré y podrás... Por favor... Si la dejó en el suelo morirá.

—Tal vez la patrona me pague el doble si os mato a las dos. Le arrojaré vuestros cuerpos a los pies. Y, si no me da lo que merezco, le pegaré a ella otro tiro entre los ojos.

—*Sumercé*... —rogó Ariel—. No dispare...

—Te lo suplico, Diego... Déjame llevarla al dispensario.

—¡Callaos, maldita sea!

Diego apuntaba indistintamente con su fusil a uno y a otro, y Ariel comprendió de pronto que el mayoral no pensaba dejar testigos. Entonces se precipitó hacia él para tratar de arrebatarle el fusil. Diego

le disparó y Ariel cayó hacia atrás.

Por segunda vez en unos minutos, Mar se encomendó a Dios. Y apretó contra su pecho el cuerpo de Solita.

El estruendo de un segundo disparo le quebró la respiración en la boca, pero Mar enseguida comprobó que ni ella ni la niña habían recibido el tiro. En la distancia que los separaba, vio a Diego tambalearse y volverse hacia su costado derecho.

Basi salió de detrás de la palmera, llorando y apuntándole con el fusil. Él la miró con los ojos desorbitados.

—Tú...

El mayoral se miró la mano que se había llevado al vientre. En la oscuridad, la sangre tenía el mismo color que el petróleo. Su propia esposa le había disparado. Sobreponiéndose a la sorpresa, pasó rápidamente de la incredulidad a la acción, y comenzó a caminar hacia Basi.

—¡No te acerques! —gritó ella.

Pero Diego siguió avanzando a trompicones, sin detenerse, haciendo caso omiso a las súplicas de su mujer.

—Por favor...

Un gruñido aterrador le heló a Basi la sangre. Mientras gritaba y sin llegar a detenerse, Diego apuntó a su esposa con el fusil.

«Que Dios me perdone», rogó ella.

Y volvió a disparar.

CAPÍTULO 51

Los brazos y el rostro le ardían de dolor. Frisia se adentró en la oscuridad de su casa maldiciendo una vez más a Mar Altamira, a quien deseaba que Diego le infligiera una muerte lenta y agónica. Ni siquiera dudó de que el mayoral le traería su cuerpo sin vida, sabía que cumpliría con lo pactado. Pero era un crédulo bobalicón si pensaba que, en una situación como aquella, lo estaría esperando con un montón de dinero en un saco.

Con el gato de nueve garras en la mano, Frisia atravesó a la carrera el jardín interior y llegó junto a la puerta que daba acceso al túnel. Allí estaría a salvo de los negros hasta que llegara el Ejército. Los efectos del brebaje de flores aún perduraban en su organismo y, a la excitación que este le provocaba, debía añadir la tensión del momento. Su corazón latía desbocado. Y, a pesar de ello, no sentía miedo, solo una furia ciega que la impulsaba a salir y matar con sus propias manos a quien se pusiera delante. Sin embargo, contuvo sus impulsos; a esas alturas había aprendido que las flores la dotaban de una falsa inmunidad. Sería tan vulnerable a los machetes como los demás. Y no pensaba morir de ese modo.

Hundió la mano en el macetero sobre el pedestal y tanteó buscando la llave. Palpó, hurgó y acabó arrojando el macetero al suelo para registrar la tierra grano a grano. Pero, al final, comprendió. Alguien la había traicionado. Alguien había descubierto su escondite. Tal vez también había averiguado lo que hacía allí dentro. Pero ¿quién? ¿Acaso Orígenes? Su mente, presa de un desorden extremo, no fue capaz de encontrar otro culpable. Entonces, su estrategia cambió. Si no podía acceder al túnel por esa puerta, tendría que recorrer la distancia hasta el cementerio y colarse por la salida posterior, arrastrándose como una rata. Aquello la enfureció aún más. Sin embargo, no tenía alternativa. Deshizo sus pasos para abandonar la casa cuanto antes, pero, cuando llegó al gran salón, oyó los gritos y soflamas de los amotinados que estaban fuera.

Frisia fue consciente de que podía morir.

El alboroto fue en aumento. Se asomó a uno de los ventanales y descubrió con un súbito temblor que las antorchas comenzaban a rodear la vivienda. Se desplazó con urgencia a trancar la puerta, que era de gruesa madera tropical, de la que no ardía fácilmente. Los ventanales estaban fabricados del mismo material y, si era capaz de cerrar todos los postigos, tal vez tuviera una oportunidad. Mientras se desplazaba al segundo ventanal, renegando de todos los domésticos que habían salido huyendo, reparó en que los disparos habían cesado, lo que indicaba que sus hombres habían dado por perdida la hacienda. De pronto, una gran explosión hizo temblar el suelo y estallar los cristales. Frisia cayó sobre su bella alfombra persa.

«El depósito de gas», se dijo.

Esos malnacidos habían volado el depósito de gas. Alzó la mirada y, sintiéndose aturdida, confundió las sombras producidas por el resplandor exterior de las antorchas con negros rebeldes que iban a matarla.

—¡Alejaos! —gritó.

Sobre la alfombra buscó a tientas el gato de nueve colas. Lo recogió, como si fuera a servirle de algo. Su corazón se aceleró hasta robarle el aliento. Las sombras no dejaban de retemblar. Frisia trataba de no perderlas de vista, moviéndose inquieta en torno a sí misma, arrodillada en el suelo, sacudiendo el látigo, que aún rezumaba sangre.

De pronto, una antorcha encendida atravesó el hermoso ventanal que daba al jardín, el mismo al que se había asomado infinidad de veces cuando necesitaba aplacar la furia que solía apoderarse de ella. En esas ocasiones, contemplaba tras los cristales aquel trozo de belleza tropical que le pertenecía y donde se sentía Dios.

Percibió que el final estaba cerca.

La antorcha había atravesado sin dificultad la ventana sin cristal y, en su trayectoria, había rozado la hermosa cortina de seda con su lengua de fuego. Esta prendió al instante. En el suelo, la tea cayó sobre los patrones geométricos de la alfombra persa, que empezaron a retorcerse como colas de serpiente. Frisia podría haber salvado la alfombra con el agua de los cuatro floreros distribuidos por el salón, pero las llamas ya se extendían por las paredes finamente enteladas que conectaban un ventanal con el siguiente. Frente a ella, se alzó un

muro de llamas. El humo la hizo toser, el calor le ardió en la cara y olfateó el pútrido olor de su cabello, que comenzaba a chamuscarse. Y, sin embargo, no hizo nada para huir, ni siquiera para alejarse. Sus ojos permanecían clavados en las llamas que devoraban las mismas sombras que momentos antes la habían acosado.

—Arded, malditos —murmuró apretando los dientes.

Entonces intuyó una presencia a sus espaldas.

Al volverse, descubrió a su hermana Ada envuelta en un hilo de niebla.

Le sonrió desde el suelo, como si la hubiera echado de menos todos esos años.

—¿Cómo es el infierno, Ada?

Su hermana estiró una mano hacia ella, con el aspecto jovial de sus diecinueve años. Llevaba puesto el mismo vestido que aquella noche de invierno, cuando, confiada y feliz, se había sentado a cenar junto a su esposo un plato de codornices con trocitos de manzana. Aquella noche de tinieblas, Frisia había conseguido su pedazo de cielo en la tierra.

Y también su porción de infierno.

CAPÍTULO 52

Un generador de vapor mantenía encendidas las potentes luces del dispensario. Mar le entregó a su padre el cuerpo lacerado de Solita. Jamás, en sus años de experiencia, había visto el doctor un escarnio semejante. Tumbaron a la niña boca abajo en una de las camas y contemplaron las heridas a la luz de las lámparas.

Mar se mordió los nudillos para no gritar.

Fue entonces cuando Justino reparó en el aspecto de su hija. Tenía un golpe en la cabeza, los labios reventados, picaduras de mosquito y un brazo herido.

—Estoy bien —dijo ella ante su mirada preocupada, y agradeció que no hiciera preguntas, pues no había tiempo para respuestas. Tampoco había tiempo para explicarle que Basi, a la que él consideraba demasiado aprensiva y débil, le había disparado dos veces a su esposo para salvarla, y que en ese momento se encontraba en el porche, a solas con sus demonios, atenta por si el malnacido no estaba bien muerto y regresaba para matarlas. Al volver a hablar, a Mar le temblaron los labios—. No permita que muera... Por favor, padre...

—Haré todo lo posible. No me rendiré, pero ahora debes dejarme. No sé hasta cuándo dispondremos de luz. Si los paleadores dejan de arrojar leña a la caldera, nos quedaremos a oscuras y tendremos que apañarnos con velas y lámparas pequeñas.

El doctor corrió la cortina que separaba las camas. Durante un momento, Mar se quedó allí de pie, con las manos enlazadas y la mirada perdida en el lienzo blanco, incapaz de poner en orden sus prioridades. Estaba conmocionada. La imagen de Víctor cayendo al suelo la perseguía. La visión de Frisia azotando a Solita la torturaba. Cerraba los ojos y lo revivía todo con una insistencia que la llenaba de espanto.

Por un momento, su mente se trasladó a Colombres; al perpetuo olor del musgo de Valle Oscuro, al frío del invierno, atenuado por la certeza reconfortante de una chimenea encendida, a las tardes

apacibles junto al fuego con un libro en las manos. Y anheló estar allí con su familia intacta y feliz, ajenos a una forma de vida atroz que les quedaba lejos y que nunca habrían imaginado. El deseo de descubrir el mundo fuera de aquel reducto de calma la había enfrentado a una cruda realidad: no estaba preparada para asumir la verdadera esencia del ser humano. Tampoco la brutal naturaleza de aquello a lo que llamaban civilización.

Fue Mamita quien la sacó del abismo en que había caído su mente. Ariel no estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo si acababa de recibir un disparo en el brazo? Había dejado a Mamita presionando la herida impregnada en un líquido astringente para detener el sangrado, con la idea de ocuparse inmediatamente de él, pero después se había paralizado.

La urgencia por curarlo la reactivó. Se acercó a un palanganero y se arrancó la blusa, que contenía la sangre de tres personas. Vestida con la camisola y con las faldas hechas jirones, se lavó la cara y el brazo lo mejor que pudo. Al darse la vuelta, se encontró a Rafael sujetando un rollo de vendas.

—Dios mío... —dijo este entornando los ojos—. Parece que viene usted de una guerra.

—Es una guerra, Rafael. Y debemos prepararnos. Pronto comenzarán a llegar heridos.

—Primero déjeme curarla.

—No. Estoy bien.

—Ni hablar. Déjeme, al menos, ponerle un vendaje en ese brazo. No querrá ir perdiendo sangre mientras cura a los demás. La cosa parece seria, y usted debe estar en buenas condiciones.

Mientras Rafael le ponía el vendaje, la puso al corriente del estado de los otros dos pacientes que ocupaban el dispensario.

—Don Pedro sufrió un síncope, creo que ya lo sabe. Parece que al menos de eso se recuperará. Ese muchacho, Waldo, no se separa de él.

—Frisia ha estado drogando a don Pedro —dijo Mar sin inflexión en la voz—. Ella ha sido la responsable de sus desvaríos. El patrón no está loco como todos creen.

—Algo así me dijo su padre.

—¿No le sorprende? —preguntó Mar al ver que no se mostraba impresionado—. También practicó sangrías a muchachas de los barracones con la ayuda de Orígenes, o promovidas por él, quién sabe.

Solo una mente perturbada puede llevar a cabo algo así.

El pecho de Rafael se hinchó al respirar hondo.

—Si usted supiera... Los barracones tienen sus propios rituales de vida y muerte. A nosotros nos cuesta asimilarlo, pero son sus costumbres, y ellos no pidieron salir de su hogar. En las haciendas se conjuga la fe cristiana con la tradición africana, la divinidad espiritual del catolicismo con los rituales más perversos de sus etnias. Dioses buenos y malos se ponen sobre los altares para implorar que intercedan por unos y otros. Es siempre lo mismo. Negros que se convierten al catolicismo. Blancos que practican magia negra... La mezcla cultural es inevitable.

—Arrasarán con todo, ¿verdad?

Rafael suspiró mientras anudaba el vendaje.

—Me temo que por la mañana la hacienda será un campo de cenizas. Hay demasiado rencor acumulado. Frisia lleva años entregada a hacer que todos la odien, algo que, por cierto, ha logrado con mucho éxito. Tendremos suerte si respetan el dispensario. Creo que el padre Miguel se ha encerrado en la iglesia dispuesto a morir defendiéndola.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Rezar para que Mansa esté al frente de la rebelión y contenga a los más sanguinarios, aunque solo sea por la amistad que le une al maestro. Por cierto, espero de corazón que se salve, es un buen hombre.

Mar agachó la cabeza.

—Yo también.

—El chico de Frisia también tiene mal pronóstico.

—No quiero saberlo —sentenció Mar—. Es el responsable de que Solita y Víctor se encuentren al borde de la muerte.

—Está bien. —Rafael se acercó a una vitrina y extrajo una bata blanca y limpia que le tendió a Mar—. Póngase esto y vaya a curar a su doméstico. Intenté hacerlo yo, pero la quiere a usted.

Tras ese receso, Mar avanzó por el pasillo de la sala abrochándose la bata, envuelta en una extraña luz anaranjada que proyectaba el resplandor de las llamas más allá de los lindes de las palmeras. Sus botines embarrados se detuvieron un instante frente a la cama de Víctor, sintiéndose tentada a retirar la cortina y mirar. Pero no fue capaz. Tenía un miedo atroz a encontrarlo muerto. Y si eso sucedía, las escasas fuerzas que la mantenían en pie huirían de su

cuerpo acosadas por el dolor lacerante, y necesitaba el empuje de su último aliento para enfrentarse a esa noche que anticipaba ser eterna.

Cuando llegó junto a Ariel, Mamita aún presionaba la herida.

—Mi *Arié* no se va a *morí*, ¿*veddá*, niña?

La herida era limpia, con impacto de entrada y de salida y sin daño óseo o vascular importante. La hemorragia se había detenido, de modo que, tras lavarla, Mar unió los bordes con unas tiritas confeccionadas con emplasto de diaquilón gomado. Ariel no se quejó, ni siquiera pestañeó, como si aquel dolor fuera una caricia en comparación con las torturas que había sufrido antaño.

—Gracias por intentar salvarme —le dijo—. Fue una temeridad, pero creo que no estaría aquí si no lo hubieras hecho. La herida te dolerá un tiempo, pero te pondrás bien.

Sin nadie más a quien atender, Mar volvió sobre sus pasos y se detuvo de nuevo al otro lado de la cortina tras la que se hallaba el maestro. El corazón le latía a golpes secos y sordos, y la sangre le batía en los oídos al pensar en acercarse. Deseaba estar junto a él, pero le daba miedo tener que confesarle que se encontraba herido de muerte. No quería enfrentarse a ello ni podía aceptarlo. Sin embargo, la necesidad de sentarse a su lado y cogerle la mano fue más fuerte que sus miedos.

Tal como imaginaba, lo encontró inconsciente. Tenía el torso vendado sobre la piel pálida. En el centro del pecho, el vendaje estaba manchado de sangre. Al fijarse en sus manos, esas manos que tanto admiraba, las encontró sucias de barro. Y no pudo soportarlo. Tal vez fue un impulso anodino dentro de la gravedad que lo aquejaba, pero Mar buscó un trapo y una palangana, y se sentó en un taburete frente a su lecho, dispuesta a lavárselas. Deseaba hacer algo por él. Lo necesitaba.

Poco a poco, fue limpiando las manos de Víctor. Le frotó los dedos con esmero, como si fuera a levantarse de allí para regresar a la casa de calderas a fabricar el mejor grano de azúcar del mundo. Se dijo con dolorosa aceptación que aquellas manos dóciles y amables, capaces de desentrañar los secretos de una asombrosa transformación, merecían estar limpias. Bajo la mugre, Mar descubrió unas uñas perfectas y unos dedos largos y sin vello. Eran manos fuertes a la vez que hermosas. Cuando dio la tarea por concluida, tomó la mano izquierda de Víctor, la más cercana a su regazo, y la envolvió entre las

suyas. Después se la llevó a la mejilla.

Solo entonces se permitió llorar.

Un quejido suave llamó su atención. Alzó la cabeza y vio que Víctor había abierto los ojos. Ella se limpió las lágrimas con diligencia y le puso una mano en la frente.

—Víctor, ¿cómo se encuentra? —preguntó apreciando el ardor de la fiebre—. ¿Puede oírme? Parpadee si puede hacerlo.

Él parpadeó.

Entonces, Mar buscó desesperadamente unas palabras que pudieran reconfortarlo, se esforzó de veras, pero no las encontró. Su mente se había convertido en un oasis inútil y seco que no servía para aplacar la sed de nadie. Apretando el dorso de la mano contra su mejilla, Mar volvió a derramar lágrimas en silencio.

—Es culpa mía —musitó cuando la angustia le dio un respiro.

Víctor dejó escapar un resuello ronco y negó con un movimiento sutil de cabeza. Ese ínfimo gesto bastó para terminar de hundir a Mar. Atrapada en su propio infierno de pesar, no tuvo fuerzas para contener aquel torbellino de emociones por más tiempo.

—No debí alentar a Solita a defenderse —sollozó—. Ahora lo entiendo. Pero ¿de qué otra forma se puede luchar contra la injusticia? Una niña no debería soportar esa clase de maldad, ni sentirse sola en el mundo ni vivir a merced de desalmados que consideran su vida inferior a la de un buey. Dios no debería permitirlo. —Mar recordó la vez que había deseado, aunque fuera con la fugacidad de un relámpago, que la boda entre Víctor y Paulina no se llevara a cabo—. Sé que no somos responsables de cada pensamiento que nos viene a la mente, tan solo de los que hacemos nuestros, de los que vuelven con insidiosa insistencia, pero creo que esto es un castigo. Un castigo por desear a un hombre cuyo amor no me pertenece. Por anhelar desde lo más hondo de mi corazón que Paulina no se convirtiera en su esposa. Por creer que ella jamás lo vería con los mismos ojos con que lo veo yo. Que jamás apreciaría su bondad y su sentido de la justicia. Pero si es un castigo de Dios, me parece demasiado cruel. Víctor... Yo no quería esto...

La voz de Mar se extinguió en un murmullo de llanto. Apoyó la frente sobre la cama y su amargura transitó sin barreras el silencio del dispensario, como una bruma de verdad empujada por una corriente de aire amargo. Justino, a solo dos camas de distancia, oyó los

sollozos de su hija y tuvo que armarse de valor para no derrumbarse y dar todo por perdido. Ocupado en recomponer tenazmente la carne de una niña a la que sabía que no podía salvar, el amor que sentía hacia Mar fue el único hilo que lo mantuvo en su sitio. Porque, si se daba por vencido, ella jamás se lo perdonaría.

Haciendo un esfuerzo terrible, la mano de Víctor voló hasta el cabello húmedo de Mar. Se lo acarició, y ella alzó la cabeza para mirarlo. La mano del maestro descendió entonces hasta rozarle con sus dedos los labios, llenos de magulladuras.

—Le... pertenece —articuló, empleando sus escasas fuerzas—. Señorita Mar... Mi amor... le pertenece.

Mar cerró los ojos, tomó su mano y le besó los dedos.

La noche se convirtió en una batalla contra la muerte que no ofreció un minuto de paz. El hedor del fenol invadió la sala, cuyas ventanas se mantenían cerradas para que no penetrara por ellas el humo y las cenizas del exterior. Las heridas de machete con las que ingresaban los hombres fueron, en dos ocasiones, tan graves que a Rafael no le quedó más remedio que amputar. Un hombre perdió una mano. El otro, el brazo a la altura del codo. Los gritos de este último desafiaron el temple de los demás, aunque pronto se acostumbraron a los aullidos de dolor, sobre todo cuando llegaron tantos heridos que tuvieron que acomodarlos en la otra sala, destinada a las mujeres.

Mar salió a buscar a Basi, que permanecía sentada en el porche, sujetando el fusil con la mirada paralizada en la rojiza oscuridad.

Copos de ceniza flotaban frente a ella, como nieve convertida en briznas de carbón. Mar hubo de arrancarle a la fuerza el fusil de las manos, haciéndole comprender que Diego no iba a regresar, que estaba muerto y que debía ayudarla en el dispensario. Junto a Mamita y al grupo de hombres que cargaban con los heridos, Mar dio instrucciones de emergencia.

—Laven las heridas y sutúrenlas como puedan. Divídanse el trabajo en cuatro labores: lavar, suturar, acarrear agua y preparar los hilos de seda.

Todos corrían de un lado a otro. Mar tenía el alma dividida en dos mitades. Su padre aún seguía esforzándose en salvar a Solita. Cada vez que se asomaba a su lecho, lo observaba con el corazón asustado.

Lo veía encorvado sobre la espalda de la niña, con el espejo frontal sujeto a la frente para dirigir la luz artificial al lugar preciso. La quietud de Solita le resultaba a Mar tan demoledora que apenas podía soportarlo, sobre todo cuando su padre, entre una sutura y la siguiente, le buscaba el pulso en cualquier lugar del cuerpo por el que cruzara una arteria.

Oía la respiración agónica de Víctor cada vez que deambulaba cerca de su cama, como un recordatorio cruel que la ponía frente a sus propios errores. Luchaba contra la creencia del castigo divino como afrenta a sus más íntimos pensamientos, pero, incluso si no creía en la intervención celestial, la pulsión desconocida y fiera del destino le pareció igual de dolorosa. Fuera de una forma u otra, a ella le remordía la conciencia y la atormentaba cada maldito segundo.

En sus idas y venidas, Mar solo se permitía detenerse para controlarle la fiebre a Víctor, para cambiar el paño húmedo de su frente por otro fresco y para contener el sangrado de su herida.

Y así fueron pasando las horas, hasta que el resplandor de las llamas que temblaba tras los cristales les hizo creer que el infierno había descendido sobre la tierra y que pronto los devoraría. Por si sus problemas fueran pocos, las lámparas comenzaron a debilitarse lentamente. En el exterior ya nadie suministraba combustible al generador de vapor. En el almacén anexo a la botica, encontraron cinco candiles de aceite y lámparas de gas que no fueron suficientes para alumbrar las dos salas, de modo que tuvieron que recurrir a velas y candelabros.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando las voces y los gritos del tumulto, unidos al potente resplandor de las antorchas, se cernieron sobre el dispensario.

Limpiándose los restos de sangre en un trapo, Mar salió al porche. Basi fue a buscar el fusil donde lo había dejado, pero ya no lo encontró.

El aire exterior, viciado de humo y peligro, se les hizo irrespirable. Tan solo un puñado de hombres protegían el dispensario, ayudantes de mayorales y jefes de cuadrilla de la hacienda, contra un centenar de braceros armados con machetes y teas. Era una batalla imposible.

En la luz anaranjada que proyectaban las antorchas, los rostros oscuros exhibían trazos dorados. A la cabeza del grupo iba Mansa.

—¿Qué queréis? —preguntó Mar con el trapo ensangrentado en las manos—. Aquí solo hay heridos.

Mansa hizo un gesto con la mano y sus hombres guardaron silencio. La comitiva se abrió y en el centro apareció una carreta tirada por dos mulas. Mar dio un paso adelante. Basi la sujetó del brazo.

—No vaya, señorita.

Mar la miró y le palmeó la mano. Después bajó la escalera sin dejar de observar a Mansa. No le tenía miedo. Cuando llegó al suelo terroso, avanzó hasta la carreta ante la mirada fiera de los hombres. Si Mansa no ejerciera poder alguno sobre ellos, estaba segura de que, a esas horas, el dispensario estaría ardiendo con ellos dentro.

Al asomarse al carromato, descubrió que se trataba de heridos.

—¡Son mujeres y niños!

—No deben *morí* —dijo Mansa.

—¡Métanlos dentro! —ordenó Mar a los hombres que encañonaban a los amotinados.

—¡No! —objetó uno de ellos—. Que se los lleve a la enfermería de los negros. Ellos son los responsables de todo esto.

Mar volvió a subir los peldaños del porche y llegó junto al hombre que acababa de pronunciarse. Le habló en susurros, de espaldas a Mansa.

—¿Quieren morir esta noche? —le espetó, y esperó una respuesta que no recibió—. Porque podrían matarnos a todos si se lo propusieran. Así que cállese, por el amor de Dios, y bajen las armas.

A regañadientes, el hombre hizo una seña al resto para que depusieran las armas. Solo entonces Mansa ordenó a sus hombres que metieran en el dispensario a los heridos. Una mujer tenía un orificio de bala en el cuello. Por la sangre que empapaba su ropa, Mar supo que no podrían salvarla.

—Necesitamos jergones y mantas —le transmitió a Mansa—. No tenemos suficientes para todos. Y que un par de hombres reactiven la caldera del generador de vapor.

—¿Qué garantía tenemos de que no nos matarán? —preguntó el mismo hombre de antes, que seguía porfiando.

—Mi gente es garantía —alegó Mansa, señalando a un niño que iba en brazos de uno de sus hombres.

En cuanto los heridos estuvieron dentro, Mar se acercó a él. En el

brazo tenía una herida amordazada por una tela sanguinolenta.

—¿Era necesaria tanta destrucción?

Los ojos del mandinga se entornaron hasta convertirse en dos ranuras.

—Dígamelo *usté*. Vaya dentro y mire a la muchachita.

Mar tragó saliva y le sostuvo la mirada durante unos segundos. En los ojos de aquel hombre alto y fibroso, unos años mayor que su padre, solo encontró un infinito cansancio.

Los ojos de Mar anticiparon la tristeza de sus palabras.

—Mi padre está haciendo todo lo que puede por ella. —Bajó la mirada un instante y la alzó de nuevo—. El maestro también está muy mal. Diego le disparó cuando se negó a entregarle a la niña. No creo que sobreviva.

El rostro de Mansa se transformó, y la fiereza mudó en favor de una sincera conmoción. La mandíbula bajo la barba canosa se le tensó al decir:

—El *mayorá ettá* en *mitá* del batey. Muerto. Y a la cosa mala se la tragó el fuego.

—¿La cosa mala? ¿A qué se refiere? —Mar reflexionó un instante y, finalmente, murmuró—: Frisia.

Mansa no reconoció explícitamente haber sido responsable de la muerte de la patrona, ni lo reconocería nunca delante de un blanco, pero tampoco hizo nada para negarlo. Su rostro permaneció imperturbable. A Mar, la noticia de la muerte de Frisia no le produjo ningún tipo de sentimiento, si acaso, alivio, y no pidió perdón por ello.

—¿Qué van a hacer ahora? —le preguntó.

—*Marchá*. El Ejército vendrá pronto.

En la piel de Mansa brillaba el sudor. Todo él desprendía un olor a antorcha que se pegaba a la garganta. La miró desde su altura, sin pestañear, aunque Mar llegó a percibir un pequeño gesto de connivencia, tal vez de afecto.

CAPÍTULO 53

Al despuntar el día, Mar salió al porche a respirar el aire libre de fenol, aunque solo consiguió que los pulmones se le llenaran de humo. Aquella noche interminable tocaba a su fin. Solita y el maestro seguían con vida. Las mujeres y los niños que había traído Mansa se recuperarían, a excepción de la mujer herida en el cuello, por quien no pudieron hacer nada. Desde aquella posición un tanto elevada, Mar solo era capaz de ver la muralla de palmeras y las columnas de humo que se elevaban al cielo rosado de un amanecer luminoso. Las chimeneas de la casa de calderas, visibles desde todos los rincones del batey, seguían en pie.

Bajó los peldaños y se atrevió a traspasar el linde de palmeras para salir a la calle principal. En el aire comenzaba a percibirse el efluvio pestilente de la muerte. La casa grande aún ardía en algunos puntos. La magnífica mansión colonial se había convertido en un esqueleto negruzco sin puertas ni ventanas. A lo lejos, las casas de los mayorales no habían corrido mejor suerte.

Un poco más adelante, Mar encontró un cadáver calcinado en medio de la calle. Pese a que no quedaba en él nada distinguible, supo que se trataba de Diego Camblor. Si aún estaba con vida cuando lo encontraron Mansa y sus hombres era algo que nunca sabría.

Ni siquiera la iglesia parecía haber resistido a la noche de furia. El padre Miguel estaba en el interior del templo, en medio de escombros procedentes del techo, que se había derrumbado con todo el tejado. Trastabillando de un lugar a otro, sujetaba la talla de un santo en los brazos. Al ver a Mar en el umbral donde antes estaba la puerta, el cura se bajó de la pila de escombros y fue hacia ella.

—Dios nos habla a través de las circunstancias —dijo apocado—. Pero no entiendo lo que nos quiere decir con toda esta ruina. —Alzó la talla para enseñársela—. Fíjate en la cara de san Pedro: negra como el carbón.

—Me alegra encontrarlo vivo, padre.

—Vivo, que no ileso. Y ya no puedo más. No quiero pasar por otra guerra. Lo siento por Frisia, pero este viejo cura se vuelve a España. Esto se lo dejo a un sacerdote más joven con vocación de misionar. Yo estoy mayor para tanto disgusto y tanto esfuerzo. Diez años metiéndoles en la cabeza la palabra de Dios y total para qué, para que le prendan fuego a la iglesia. Y Dios me recompensa con un san Pedro negro.

—Frisia estaba en su casa cuando le prendieron fuego.

—Dios mío. Que Dios la tenga...

—Bien sujeta en el infierno.

—Calla, hija, no digas eso. Es cierto que Frisia se ganó el rencor de todos, pero nadie merece morir en semejantes circunstancias.

—Ella lo merecía.

—Sea como sea, ya no hay remedio. ¿Cómo están las cosas por el dispensario?

—Debería pasarse a recoger las almas en tránsito.

—¿Ya no quedan negros belicosos en la hacienda?

—Creo que se han ido todos.

—Claro que se han ido. Si los encuentran aquí después de esto, no dejarán uno vivo. Las vidas humanas son lo primero, pero una industria próspera como esta... Al gobernador provincial no le gustará. Enviará al Ejército a cazar a los responsables.

Poco después, Mar dejó al padre Miguel y siguió recorriendo la hacienda. Descubrió el cráter que había dejado en la tierra la explosión del depósito de gas y, no muy lejos, los restos de tres cadáveres. Era probable que pertenecieran a los responsables de la explosión, que ignoraban el poder devastador de la acumulación de gas.

La casa de calderas seguía en pie, pues era un edificio construido de hormigón, ladrillo y hierro fundido, de modo que el fuego solo había logrado ahumar las paredes y la maquinaria.

Mar no se atrevió a ir más allá. No sabía si quedaba alguien en los barracones, pero no pensaba averiguarlo. Se disponía a volver al centro médico cuando descubrió una silueta en el horizonte avanzando hacia ella en medio de la atmósfera humeante. Aún no lo sabía, pero Mar habría de recordar aquella escena como el primer aliento de esperanza que renacía entre el humo y las cenizas.

Se llevó una mano a la boca y sofocó un jadeo sordo.

Maggie avanzaba hacia ella, sucia y renqueante. Herida y maltrecha. Había encontrado las fuerzas para volver a casa. Aquel instinto de supervivencia animal, que la había impulsado a regresar junto a su dueño, provocó que Mar comenzara a recobrar la fe que había ido perdiendo desde que llegara a la hacienda. En medio de aquel caos de destrucción, encontró la belleza en aquel animal herido, y se dijo con lágrimas en los ojos que, del mismo modo que la luz nunca era absoluta, la oscuridad jamás lo abarcaba todo. Lo incompleto y lo mudable formaban parte de la vida, de un atadijo de misterios que sostenía al mundo con todas sus benditas y malditas imperfecciones.

CAPÍTULO 54

En el interior del túnel permanecían con la mirada clavada en el techo, estremecidos por los rugidos furiosos de las llamas que devoraban la casa y los estruendos de súbitos derrumbes que llegaban hasta ellos a través de las vibraciones en la piedra. El humo no tardó en alcanzarlos. Pascual, que hacía guardia en la puerta de acceso junto a dos criados, enseguida fue a avisarlos.

—La puerta ha empezado a arder —dijo—. Debemos ir a la boca del túnel, cerca del cementerio. Allí estaremos más seguros.

Pese a las reticencias de los domésticos, recogieron sus cosas y caminaron en fila india, protegiéndose las vías respiratorias con pañuelos y trapos, ya que el humo era cada vez más denso. En la boca del túnel, abierta al exterior y preservada por unas rejas, el aire era limpio, de modo que se acomodaron en el suelo, casi apelotonados, con la luz exterior alumbrándolos en una suave penumbra que les permitió apagar las velas. Decididos a permanecer en silencio, las mujeres cuidaban de que los niños no hicieran ruido.

Úrsula comenzó a rezar el rosario en voz baja. Eso tranquilizó a los criados. Rosalía se acurrucó en el suelo junto a Paulina, con la cabeza apoyada contra la pared del túnel.

—Lástima lo de tu boda —le dijo, con el murmullo de los rezos de Úrsula de fondo.

Paulina no había vuelto a hablar con ella desde el día de su boda con el mayoral Guillermo, e ignoraba cómo le iban las cosas, aunque lo cierto era que no le importaba. No eran amigas ni creía que pudieran serlo. En esos momentos, su máxima preocupación era salir de aquella situación con vida. Sin embargo, había notado algo distinto en su voz. Rosalía había perdido el tono altanero y su comentario había sonado sincero.

—¿Alguna vez imaginaste que esto sería así? —le preguntó a media voz.

—No.

—¿Te arrepientes?

Detrás de ellas, una mujer trataba de calmar a un niño pequeño que había comenzado a llorar.

—Frisia me engañó —dijo la joven—. Guillermo nunca se planteó tener su propia hacienda. Fue una argucia para que no lo rechazara. Guillermo jamás podrá reunir el dinero necesario. Ahora lo sé. He sido tan estúpida...

A pesar de la escasa complicidad que había existido entre las dos, Paulina estiró una mano para buscar la de Rosalía. Se la apretó con fuerza y entonces la oyó sollozar en silencio. Cuando Rosalía logró controlar las lágrimas, acercó la cabeza a la de Paulina y susurró en voz queda:

—Odio a mi esposo. Ojalá se muera esta noche.

Nadie se acercó esa madrugada a las inmediaciones del cementerio, aunque los que estaban allí escondidos fueron testigos de la claridad en el cielo que dejó el incendio, de los gritos de la revuelta y del olor pestilente. Con el transcurrir de las horas, tanto el fuego como el tumulto se fueron apaciguando. Llegaron entonces las rosadas luces del alba y los primeros cantos de las aves. Sin embargo, Pascual consideró que no era seguro salir, y por ello permanecieron apiñados en la boca del túnel todo ese día y la noche que siguió, reprimiendo el llanto de los más pequeños, que estaban cansados de oscuridad y contención. Paulina no volvió a hablar con Rosalía, y mató el tiempo recostada contra la pared, encogida y entregada a unos pensamientos que atravesaron todo un océano para llevarla a su antigua vida. No la echaba de menos. Podía jurarlo por Dios. Solo añoraba a Nana, y deseaba con todas sus fuerzas que hubiera encontrado en casa de sus tíos unas migajas de cariño.

A la mañana siguiente, cuando el sol lucía en lo más alto, Pascual se decidió a abandonar el túnel para comprobar si la hacienda era segura. La verja que protegía el túnel se abría desde dentro, de modo que retiraron el pasador de hierro y Pascual se marchó, llevándose con él a todos los domésticos que quisieron acompañarlo. Regresó solo, al cabo de dos horas, con la ropa manchada de ceniza y la catástrofe reflejada en el rostro.

—Se acabó.

Poco a poco, todos fueron abandonando el túnel, como liebres precavidas ante la primera nevada del invierno. Avanzaron por las inmediaciones del batey con el alma en vilo, por si quedaban grupos de insurrectos ocultos en la espesura, a la caza de incautos en circulación. Sin embargo, solo encontraron bueyes, perros, cerdos, caballos y gallinas, que habían huido del incendio y que andaban desorientados. Pascual se montó en un caballo y guio a los demás por el camino más seguro hasta que llegaron al batey. Allí se encontraron frente a frente con la auténtica destrucción.

La hacienda era un poblado fantasmal y humeante. Un puñado de casas había ardido. De sus armazones de mampostería ascendían columnas de humo gris que parecían tener prisa por llegar al cielo. Sobre los montones de escombros, los hombres se afanaban en buscar supervivientes. Uno de ellos era Guillermo.

Rosalía vio a su esposo, que, con el vigor de siempre, estaba dando órdenes a sus ayudantes. Frente a la casa esperaba una carreta para cargar los cuerpos que se fueran encontrando. Al ver al grupo aproximarse, Guillermo abandonó la tarea y fue hacia su esposa. Paulina presenció la escena con indiferencia y agotamiento. Rosalía mantuvo los brazos inertes a los costados cuando Guillermo la sujetó por los hombros. Tras comprobar que su esposa no había sufrido ningún daño, la abrazó. Paulina alcanzó a ver en el rostro de Rosalía el reciente desprecio que le profesaba a su marido, y sintió lástima por aquel hombretón vulgar y tosco que parecía apreciarla de veras.

Mientras contemplaban la devastación que había a su alrededor, se percataron de que una columna del Ejército entraba a paso lento en el batey, observando el desastre con la misma consternación que los invadía a ellos. Agarrada al brazo de Remedios, Paulina se quedó paralizada mientras los observaba. Los rostros sudorosos de aquellos jóvenes, tiznados de hollín, sucios de barro, de sangre y con aspecto agotado, reflejaban que la andadura había sido cruenta. A la mente le sobrevino la imagen de Santi la primera vez que lo vio lucir el uniforme de ultramar. Estaba tan guapo que apenas había podido respirar en su presencia. Aquellos soldados representaban a docenas de jóvenes como él y, como le había ocurrido en La Habana al verlos, se sintió atraída hacia ellos. Llevaban a varios hombres en parihuelas; unos, heridos, otros, muertos, y no pudo evitar pensar en sus madres, en sus novias o esposas, en las vidas a las que su muerte habría de

asestar un golpe brutal del que, tal vez, no llegaran a reponerse, como le estaba sucediendo a ella.

Se santiguó a su paso. Los soldados se llevaron la mano a los sombreros para saludar al grupo de mujeres y niños que los observaban.

Pascual se acercó a la cabeza de la columna con su caballo. El capitán al mando ordenó detenerse. Paulina no oyó lo que decían, porque su atención estaba puesta en un soldado que iba en la primera fila de la columna de a pie. Llevaba un vendaje improvisado en la cabeza y se tambaleaba como si no fuera capaz de sostener un minuto más todo lo que llevaba encima.

La columna reanudó la marcha en dirección al dispensario. Como una abeja atraída por una flor, Paulina dejó a Remedios y siguió a la tropa hasta llegar al edificio. El capitán ordenó a sus hombres descansar y meter a los heridos dentro. Habían sufrido una emboscada de camino a la hacienda, posiblemente llevada a cabo por los mismos braceros que habían huido de Dos Hermanos, y su noche también había sido larga y feroz.

Paulina encontró de nuevo al soldado con la herida en la cabeza, al que nadie parecía prestar atención. Lo vio desenroscar el tapón de su cantimplora para llevársela a los labios. Sin embargo, pronto comprobó que estaba vacía. Tenía sangre seca en la frente y en las mejillas, y la desesperación en sus ojos enterneció a Paulina, que sorteó al grupo de jóvenes que lo rodeaban, cada uno de ellos inmerso en sus propias dolencias y fatigas, y llegó hasta él.

El soldado la miró. Estaba mareado y confuso, pero al ver aquellos ojos verdes contemplándolo con tanto afecto se le saltaron las lágrimas.

Paulina apretó los labios, lo sujetó con fuerza y lo ayudó a subir los peldaños del dispensario. Nada más entrar, el olor de la sangre le revolvió el estómago. Y eso fue peor que los quejidos que brotaban por todas partes, peor incluso que las heridas al descubierto y los rostros quemados. Negros, blancos y mulatos, estaban todos revueltos. En aquella sala, vio al doctor con un soldado que acababa de entrar y, al fondo, encontró a Mar atendiendo a otro militar, asistida por Basi. Decidió, entonces, que ella misma se ocuparía de su soldado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Él se humedeció los labios resecos antes de responder.

—Jaime —musitó con un hilo de voz ronco—. Jaime Rosell.

—Yo me llamo Paulina.

Lo sentó en un rincón y cogió su cantimplora para ir a llenarla de agua. Avanzó por el pasillo entre las camas aisladas por las cortinas de lienzo blanco, hasta que la voz de un hombre la hizo detenerse. Miró por el resquicio que dejaba la cortina y vio a don Pedro sentado en la cama, hablando solo. Paulina se dijo que tal vez las flores que le suministraba Frisia lo hubieran vuelto loco para siempre.

Unos pasos más adelante, sintió un escalofrío al oír la respiración agónica de un hombre. No quiso detenerse de nuevo, pues el individuo sin duda se estaba muriendo. Pero la curiosidad fue más fuerte que su prudencia y terminó echando un ojo tras la cortina antes de proseguir su camino.

Entonces vio a Víctor.

Y el corazón se le detuvo un instante.

—¡No! —exclamó, mordiéndose los nudillos.

—Me alegra ver que estás bien —dijo una voz apagada a sus espaldas.

Al volverse, Paulina encontró a Mar con unos trapos limpios en las manos.

—¿Qué le ha pasado?

—Diego le disparó.

Paulina se aproximó a la cabecera de la cama. Víctor permanecía con los ojos cerrados. El único signo de vida que había en su cuerpo era su forma áspera de respirar.

—¿Se pondrá bien?

Mar sacudió la cabeza. La voz le salió estrangulada por el miedo y el cansancio acumulados a lo largo de los dos últimos días.

—No lo sabemos.

Dicho esto, Mar volvió a su tarea. Paulina aún se quedó un rato más junto a él, tratando de asimilar lo sucedido y derramando lágrimas sin atreverse a tocarlo. Entonces recordó al soldado que había dejado sentado en el suelo y, con un sentimiento de culpa, se fue a llenar la cantimplora.

Tras aplacar su sed, Jaime no pudo evitar estirar una mano para limpiarle las lágrimas a la joven que lo estaba cuidando, pero sus dedos estaban sucios y no llegaron a tocarla. Paulina ya le estaba desenrollando la venda alrededor de la frente cuando él quiso hablar.

Sin embargo, la emoción de sentirse a salvo no se lo permitió.

—Tranquilo —le dijo ella—. Yo cuidaré de ti.

El derroche de ternura sobrecogió al joven. No entendía qué había hecho para merecer tanta atención. No podía, ni quería, apartar la mirada de aquellos hermosos ojos verdes que, por alguna causa que él ignoraba, brillaban al reprimir las lágrimas.

Junto al soldado, Paulina experimentó un alivio íntimo y profundo. Era como si, hasta ese día, hubiera vivido en una hoguera que se avivaba con el mar de sus lágrimas y los vacíos de sus tripas. Sentía la necesidad de abrazar al soldado y de llorar. Llorar y refugiarse en su pecho. Llorar y ser acariciada por él. Llorar y fundirse en la tela azul de su uniforme. Llorar y hacer, por fin, las paces con su pasado. Nadie podría decir en el futuro que ese joven se había sentido solo mientras sufría, porque ella estaba allí para acogerlo y consolarlo. Y si moría, Dios no lo permitiera, ella le escribiría una carta a su madre, a su hermana o a su esposa para decirles que, en sus horas postreras, ella le había cogido de la mano. Por eso Paulina lo sometió a un montón de preguntas y fue memorizando las respuestas, porque tenía miedo de perder la oportunidad.

En su estado de conmoción, Jaime llegó a pensar que su herida en la cabeza era más grave de lo que imaginaba, pues aquella muchacha lo trataba como si su muerte fuera inminente. Y, sin embargo, no sintió miedo, porque estaba en los brazos de un ángel.

CAPÍTULO 55

Justino le había suministrado a Solita morfina hasta llegar a los límites que podía soportar su cuerpo. A Mar ya no le quedaban lágrimas que derramar por ella y las palabras no significaban nada ante tanto sufrimiento.

Solita apenas podía resistir el dolor. Sentía que toda ella se había convertido en un trozo de carne en llamas. Había tratado de abrir su ojo sano. Había tratado de mover las manos para estirarlas y tocar con los dedos a su niña Mar cuando la intuía cerca. Pero estaba paralizada. Muerta. Un cadáver que seguía respirando y que notaba cómo el aire que penetraba por su boca tenía un regusto de sangre.

Su pecho se hinchaba al inspirar, pero no lograba moverse.

Era como un animal ciego al que solo le quedaban oídos.

Inmersa en su propia pira ardiente, deseaba poder decirle a la niña Mar que no estuviese triste por ella, porque la vida ya no le gustaba. Había comprendido que un vestido bonito no podía protegerla de las cosas malas porque era su pellejo negro el causante de su maltrato. Y tal cosa no podía cambiarla. Por eso prefería acabar allí, en aquel momento, sin darle permiso a la vida para seguir torturándola. El doctor debía dejarla ir, y también la niña Mar, porque ya no soportaba más un dolor tan grande. Deseaba dejar de existir como deseaba un vaso de agua cuando estaba sedienta.

Necesitaba el alivio instantáneo que solo podía ofrecerle la muerte.

¿Qué más daba si vivía o moría? ¿Qué quedaría de ella cuando no estuviera? Un vestido roto manchado de sangre. ¿Y qué importancia tenía eso en un mundo tan grande y pavoroso?

«No *etté* triste, niña Mar —quería decirle—. *Poqque* Solita nunca tuvo *na* y *usté* le dio *amó* del *güeno*. No llore *po* eso, que Solita ya no *quie viví*. No *quie viví ma*...»

A pesar del implacable dolor y del íntimo anhelo de dejarse ir, Solita no murió, y los ríos de heridas abiertas en su espalda se fueron

convirtiendo en trincheras abruptas de carne y piel. La primera vez que Mar llegó a su lado y la encontró con un ojo abierto, llamó a gritos a su padre, experimentando la congoja que imprime el alivio cuando se ha dado todo por perdido y asoma un brillo de esperanza.

Durante los días siguientes, Mamita le hizo tragar a la fuerza unas cucharaditas del energizante jugo de caña y una papilla reconstituyente a la que había añadido hígado de res. Muy pronto Solita pudo articular alguna palabra, aunque insistía en morirse, pues si bien el dolor había menguado de forma considerable, este seguía quitándole las ganas de luchar por la supervivencia. A Mar, ese obstinado abandono de su ser le hacía añicos el alma. Ya no sabía qué más podía concebir para aliviar aquella pobre y pequeña vida agotada antes de tiempo.

Al cabo de unos días de alimentarse en condiciones, Solita comenzó a sentirse mejor en este mundo y dejó de llamar tercamente a la muerte. Entonces Mamita y Ariel se la llevaron con ellos a casa. El doctor había recomendado sacarla de aquel ambiente sobrecargado de lamentos y podredumbres y exponer su espalda al sol. Mamita sabía cómo curar sus heridas, aunque también sabía que la suya sería una larga convalecencia, pues las lesiones de Ariel habían tardado un año entero en cerrarse del todo.

La iglesia fue lo primero que reconstruyeron los soldados. También limpiaron los barracones y se instalaron en ellos a falta de otro espacio. Y, como las cochiqueras se habían abierto para sacar a los cerdos antes de volar el depósito de gas anexo a ellas, los animales, para deleite de todos, campaban a sus anchas por el batey. La tropa estaba tan mal alimentada que aquellos jamones representaron el más codiciado manjar. Al cabo de pocas semanas, los jóvenes cansados y flacos se convirtieron en muchachos llenos de energía.

El Ejército compartió patio con los chinos, que fueron los únicos que no abandonaron el barracón, aunque se mostraban aturdidos y sin saber qué hacer en medio del caos y el desgobierno. Los soldados también se encargaron de buscar cuerpos bajo los escombros y de enterrar a los muertos. Cada día, el padre Miguel peregrinaba al cementerio en una carreta transportando bien un negro, bien un blanco, bien los restos calcinados de alguna alma que nadie parecía

echar en falta. El recuento que hizo el cura al cabo de una semana arrojaba un saldo de once muertos blancos y el doble de negros.

Día a día, don Pedro iba recuperando el control de su mente. Fue como si hubiera vuelto de un largo viaje o como si hubiese despertado de una pesadilla intermitente. El doctor lo llevó junto a su hijo. El patrón no recordaba lo que le había ocurrido a Pedrito, pero no se separó de su cama. Cuando Paulina lo veía tan entregado a su cuidado, no dejaba de asombrarse. El chico se había portado como un diablo con él, lo había despreciado y humillado, pero don Pedro parecía no acordarse de nada.

—Tal vez sí lo recuerde —le dijo Mar—, y haya decidido olvidarlo. Mi madre decía que por los hijos se es capaz de pasar una noche en el infierno. Y añadía que, de ser necesario, se es capaz de mudarse al infierno y quedarse a vivir allí para siempre.

Pascual fue el encargado de comunicarle a don Pedro el fallecimiento de su esposa. Más tarde, contaría que el patrón no había mostrado ningún signo de consternación al conocer la noticia, como si en todos los meses que había pasado inmerso en las alucinaciones hubiera sido consciente de la situación.

Y algo de verdad había en ello.

Como si fuera un sueño, don Pedro recordaba haber fingido tomar la tisana que le preparaba Frisia tras el almuerzo. Su sabor era horrendo y le provocaba dolores de estómago, por eso evitaba por todos los medios tragarla y con frecuencia se deshacía de ella al primer descuido de su esposa. Sin embargo, también recordaba haber saboreado el mismo regusto amargo en desayunos, almuerzos y cenas. Le resultaba difícil admitir la monstruosa realidad que lo devolvía al pasado, al momento en que sus padres habían tratado de prevenirlo. «En el alma de Frisia se esconde una perversión siniestra», le habían dicho, y después sacaban a colación la confesión que, supuestamente, Frisia le había hecho a una de las criadas, a la que dijo, en un momento de enajenación, que deseaba la muerte de su hermana Ada. Pero en aquella época, en medio del vigor de su juventud y afectado por la muerte de Ada, él no había querido enfrentarse a la verdad ni a los problemas.

Y, en esos momentos, todo cobraba sentido. Por mucho que la

neblina en su mente emborronara sus recuerdos, aún era capaz de ver los ojos desbocados de Ada chillando justo antes de exhalar su último aliento.

Por todo ello, don Pedro no acudió al cementerio a arrojar al abismo los restos de Frisia, a la que habían hallado junto a un puñado de garras de acero chamuscadas, y esa mañana la pasó con su hijo, sentado junto a su lecho como era su costumbre. Cuando de su madre ya no quedaba ni un puñado de cenizas sobre la faz de la Tierra, Pedrito abrió los ojos y miró a su padre. Don Pedro le sonrió, cargando a sus espaldas todas las maldades del chiquillo. Pedrito también estiró la comisura de los labios para esbozar una sonrisa, pero el gesto se le quebró y en su lugar apareció una mueca sórdida por la que se deslizó un hilillo de baba que don Pedro se apresuró a limpiar.

—Las secuelas son graves —le dijo el doctor sin rodeos—. Y desconozco cuál será su evolución.

Con todo en contra, Pedrito logró ponerse en pie y caminar agarrado al brazo de su padre y al de su fiel criado Waldo. Daban unos pasos por el porche del dispensario y luego se sentaban a descansar. Cuidar de él evitó que don Pedro sucumbiera por completo al desánimo. Entre paseo y paseo, el patrón se citaba con Pascual para que hiciera inventario de las pérdidas. Mientras el administrador anunciaba en voz queda la gran merma de capital, don Pedro ya estaba buscando la forma de volver a poner en marcha la hacienda. Llevaba en la sangre la pulsión emprendedora de sus antepasados.

Mar no podía dejar de deslizar la mirada hacia Pedrito y sentir rencor. Se decía a sí misma que era una actitud reprochable y poco madura, porque Pedrito no dejaba de ser un niño, pero no podía evitarlo. Sus ojos le seguían pareciendo turbios como el agua de una ciénaga. Por su culpa, Solita estaba destrozada y las heridas del maestro parecían que no se iban a cerrar nunca.

Víctor seguía teniendo un pronóstico funesto. Durante días se debatió en delirios febriles, agonizó tres veces consecutivas en las que Mar y su padre lo dieron por desahuciado y, con todo ello en contra, al final la calma regresaba siempre a su cuerpo. Y así una vez tras otra, en una tortura agotadora, hasta que un día su respiración se normalizó.

—Tiene una fortaleza extraordinaria —dijo Justino.

Solo cuando Víctor dejó de estar al borde la muerte, Paulina se

atrevió a volver junto a su lecho. Se sentó en un taburete, con las manos en el regazo, avergonzada de algunos de sus más recientes pensamientos. Por supuesto que se alegraba de que Víctor estuviese mejor, pero, al mismo tiempo, notaba una desazón apoderarse de ella que la hacía brincar en la silla de enea. Porque Paulina deseaba levantarse de allí y correr junto al soldado, quien, en un arranque de entusiasmo, le había confesado que era la muchacha más bonita que había visto en la vida, que siempre estaría en deuda con ella y que, si le daba permiso, a partir de ese día soñaría que, además de su bondad, también lograba conquistar su corazón.

Paulina reía ante las ocurrencias de Jaime, pensando que la bala que le había rozado la cabeza lo había trastornado.

—Estoy prometida —le dijo ella con un deje taciturno, y entonces se enfrentó a la mirada más apenada que había visto en los ojos de un hombre.

El corazón de Paulina también se había rendido a la juventud y a la frescura de Jaime, aunque, para hacer honor a la verdad, que fuera soldado obraba mucho en su favor. Sin embargo, no era solo porque le recordaba a su pasado más querido junto a Santi, era algo más profundo e inexplicable, algo que estaba por encima de todo, como la savia de la tierra o la luz del mundo.

En su interior nacían certezas como nacían estrellas en la noche tropical.

En sus idas y venidas por el dispensario, Paulina siempre encontraba a Mar rondando la cama de Víctor. La veía inclinada sobre él, lavándole el cabello, refrescándole el rostro, cambiándole el vendaje, velando su sueño, rogándole que abriera la boca para comer. Mar también cuidaba de Maggie; la herida en su pata mejoraba día a día, pero la yegua, como si estuviera conectada con su dueño por un lazo invisible, tampoco quería comer.

Una noche en que el estado de salud de Víctor volvió a retroceder hasta rozar los bordes de la muerte, Paulina pensó que, esa vez, se les iba sin remedio, incluso lloró por él mientras el padre Miguel sellaba su fe con una cruz de agua bendita sobre la frente y lo encomendaba a Dios. Sin embargo, Mar, enfurecida con la vida, ordenó que sacaran su cama al porche.

Cuatro soldados sujetaron las esquinas de su catre y lo pusieron a respirar el aire cálido de la madrugada. Paulina y el padre Miguel no

sabían qué pretendía Mar cuando bajó la escalera del porche y desapareció en la oscuridad, pero lo entendieron cuando la vieron regresar tirando de las riendas de Maggie. El caballo cojeaba ligeramente y estaba desnutrido. Mar no podía hacer que el animal subiera la escalera del porche, pero logró aproximarlo todo lo que pudo hasta que su cabeza quedó muy cerca de su compañero de vida.

Los ojos moribundos de Víctor, enrojecidos por la fiebre, se centraron en Maggie. Entonces su respiración se aceleró, pues hasta ese momento había creído que estaba muerta.

—No quería hablarte de ella —le dijo Mar— porque no estaba segura de que fuera a sobreponerse. Maggie se ha rendido, Víctor, igual que tú. Creo que no lo conseguirá sin ti. Te necesita para salir de esta, así que no puedes dejar de luchar. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por ella.

Maggie olfateaba el aire buscando a Víctor, pero el maestro desprendía un fuerte olor a fenol y medicamentos. Él quiso levantar una mano para acariciarla, pero no le dieron las fuerzas. Entonces Mar corrió a su lado y le cogió la mano para dirigirla a la cabeza del animal.

En los ojos del maestro vio lágrimas.

—Vamos, háblale —lo acució ella con un nudo en la garganta—. Dile algo, que reconozca tu voz. Hazle saber que estás aquí y que volveréis a cabalgar juntos.

En la suave oscuridad de la noche, todos presenciaron el esfuerzo lastimoso que hacía Víctor por obedecer. El doctor salió del dispensario y observó la escena. Vio a su hija apretando los dientes mientras sujetaba la mano del maestro sobre el cuello del caballo. Al mismo tiempo, Víctor trataba de articular unas palabras que se negaban a formarse en su garganta. Tenía los labios agrietados y resecos, y su piel había adquirido el tinte verdoso de los muertos. Justino pensó que el derroche de energía podía matarlo, aunque también podía hacerlo reaccionar. La ciencia había agotado sus recursos y, si se rendía, estaba perdido.

—¡Vamos, háblale! —exclamó Mar con rabia—. ¡Maldita sea, dile algo!

De la garganta del maestro brotaron estertores de sonido. Sus extremidades temblaron, pero logró hablar.

—Ma... Maggie —pronunció con voz ronca—. Maggie...

El animal abrió y cerró los ollares, sacudió la cabeza.

—¡Maggie! —repitió Víctor, alzando la voz ante la mirada atónita del doctor.

La yegua se agitó, pateó el suelo y relinchó.

Paulina los contemplaba con el alma en vilo, con la veneración más humilde que aniquilaba cualquier ápice de resentimiento. Había una belleza insoportable en la batalla que libraba Mar para salvarlo. Se percibía en el ambiente una verdad que se había ido forjando poco a poco y que, en aquel momento, se desataba en la noche. La visión le recordó a Paulina todo cuanto amaba, todo cuanto consideraba preciado o admirable.

Lo que había entre Víctor y Mar cuando estaban juntos era cálido.

Como una familia.

En medio de aquella lucha desesperada del amor por la supervivencia, la vida alzó el vuelo y les mostró a todos su rostro más sagrado.

EPÍLOGO

Santa Clara, Cuba, agosto de 1986

El aire huele a pasado cuando Esteban da el último trago a su copita de ron. Veo en sus ojos el brillo —o la penumbra— de cuantas vidas ha ido asimilando durante las seis mañanas que he tardado en narrarle la historia. Me lo quedo mirando, atenta al más mínimo movimiento de su mano, ese que hace siempre que acabamos de hablar, cuando libera la tecla de la grabadora y me observa de nuevo desde el presente.

Pero hoy permanece abstraído. Aún no ha regresado. El chico tímido que vino a verme se ha convertido en espectador de un tiempo que ya no le resulta extraño. Algunas veces tengo que obligarlo a volver, como hoy, que parece haberse quedado remachado en amores y odios antiguos.

Cuando al fin reacciona, me dice:

—Víctor se salvó, ¿verdad? Usted... usted lleva su apellido, pero...

Él quiere saber, y me interroga desde la oscuridad de sus ojos. Yo me siento cansada. Revivir el pasado no es lo mismo que recordarlo. Uno puede recordar sin sufrir descalabros, pero revivir es volver a sufrir, volver a amar, a sentir dolor o miedo, emociones que, para bien o para mal, descomponen el cuerpo.

Ludi viene a buscarme y ve la botella de ron encima de la mesa. Esta vez olvidé guardarla, aunque intuye mi agotamiento y no me regaña. Le sonríe a Esteban y se disculpa con él.

—No debería hablar tanto, bisa —me dice mientras me ayuda a ponerme en pie.

Hablar no me cansa, quiero decirle, pero me callo y me apoyó en su brazo hasta que llegamos a mi alcoba. Los postigos están abiertos y la ligera cortina que roza el suelo se mueve en la brisa del mediodía. Reconozco cada olor que llega hasta mí como si fuera la piel de mi única hija: hojas de tabaco, papaya, ron... Es el olor de la Cuba libre

que aún se retuerce en busca de libertad plena.

Ludi me ayuda a tumbarme, me besa amorosamente la mejilla y se dirige a la puerta.

—¿Qué es lo que te digo siempre? —le pregunto antes de que salga.

—Que el paraíso está en el regazo de una madre —suelta un poco aburrida de repetir siempre las mismas cantinelas que intento enseñarle.

—No, lo otro.

—Que al daño hay que amaestrarlo como a una fiera —dice de carrerilla, y yo muevo los labios en silencio mientras ella habla.

—¿Y para qué hacemos eso?

—Para que pueda sentarse a nuestro lado sin miedo a que nos muerda, aunque el mejor remedio contra el daño es el olvido.

Le sonrío. No importa si está harta de mis sermones de vieja, quiero que se le metan esas cosas en la cabeza. Voy a decirle algo cuando ella me interrumpe.

—No lo olvidaré, bisa, se lo aseguro, y ahora descanse un poco. Le traeré el almuerzo dentro de un ratico.

Esa tarde duermo rodeada de fantasmas. A unos los amé profundamente, a otros los odié durante un tiempo. Pero ya no odio. Ahora mis demonios comen de mi mano como perrillos domésticos.

Por la mañana me despierto antes del alba. Salgo de la cama y me asomo al balcón. En el horizonte la oscuridad clarea, pero las estrellas todavía son visibles en la bóveda celeste. Aspiro el relente nocturno y me lleno el pecho de vida. Cuando somos jóvenes, nos queda tanto por vivir, tanta abundancia de amaneceres y puestas de sol, que no somos capaces de gozarlos en toda su magnitud. Es solo al comenzar a pensar en ellos como prodigios únicos y extraordinarios, que seguirán manifestándose un día tras otro en nuestra ausencia, cuando recordamos lo hermosa que es la vida y nos decidimos a verla. Es maravilloso estar aquí y disfrutar a mis años de la belleza y del amor que me rodean. Habiendo nacido en el más absoluto abandono, es un milagro de la existencia.

Esteban llega puntual a su cita. Descubro que, en la mesa, Ludi ha dejado dos copas y la botella de ron. Imagino que ya entendió que, a mi edad, no hay lingotazo que pueda matarme, y que, si lo hace, mi muerte es del todo irrelevante. Peor sería quedar para semilla y volver

a empezar. No lo deseo. El final nace el mismo día que el principio. Ambos quedan sellados por los caprichos del destino. Son dos amantes que pasan la vida deseando encontrarse. Solo cuando llega ese último latido del corazón, el mundo recupera el equilibrio. Y en eso también hay belleza.

Me hubiera gustado conocer a mis ancestros. Algunos pueblos remotos creen que los rostros de nuestros antepasados sonríen a la Tierra en las noches cuajadas de estrellas. ¿Quién no ha mirado al firmamento pensando en sus seres queridos? Una vez creí ver el alma de una mujer saliendo por la ventana y volando hacia el cielo, un hilo de niebla que se elevó en silencio y armonía con el universo, pero a veces pienso que fue solo un sueño.

Esteban permanece serio. Esta mañana no ha puesto su grabadora en marcha.

—Estebita —le digo con familiaridad—. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro. Lo que usted quiera.

—Me gustaría dar un paseíto en uno de esos carruajes para turistas. ¿Me acompañas? A Ludi le da vergüenza que la vean ahí subida.

—Pero aún tiene muchas cosas que contarme.

—No seas impaciente, muchacho, que al pie del coco es donde se bebe el agua.

Le digo que hoy quiero descansar, pero, antes de que se vaya, deseo enseñarle algo. Le pido que me siga hasta mi cuarto. Tardamos un buen rato en llegar, pues, aunque voy agarrada a su brazo, mis pasos son cortos y más lentos que de costumbre. Al traspasar el umbral de la puerta, Esteban se detiene, como si el dormitorio albergara una intimidad a la que no debiera asomarse.

—Vamos, entra.

La luz de la mañana inunda la habitación con una luminosidad brillante que baña las paredes teñidas de azul. Lo conduzco hasta una cómoda de palisandro. Sobre ella, congelados en cuadros ovalados de bronce, hay una docena de retazos de vida.

Tomo uno y se lo muestro. Al sujetarlo en las manos, notó que le embarga la emoción.

—¿Es el maestro? —pregunta, reprimiendo el entusiasmo, y asiento con un movimiento de cabeza. Él añade—: Sabía que no había muerto.

—No murió, en efecto, pero aquel agujero en el pecho tardó mucho en cerrarse y siempre le dio problemas. Maggie también sobrevivió, por cierto. Qué animal tan noble era.

Esteban sonríe y vuelve a mirar la fotografía.

—La mujer que está a su lado, ¿es Paulina?

—Si hubieras estado atento a los detalles, lo sabrías, pero al cerebro masculino le sobreviene un cortocircuito cuando se menciona determinada información.

—¿Qué información?

—El color del cabello, por ejemplo.

Le enseño otros retratos. Sonríe cuando ve a Basi y dice que es tal como la imaginaba. Junto a ella hay una niña. Me mira.

—¿Es Nadine?

—Así es. Basi no tuvo otra opción que rendirse a la bondad de la niña, que de su padre solo heredó el color del pelo. La chiquilla la quiso como si fuera su verdadera madre y ella la amó como a una hija. La vida, a veces, es así de generosa, y reparte lecciones aunque nadie se las pida. Nadine tuvo la oportunidad de estudiar. Mar la atosigó durante un tiempo para que lo hiciera, pero a ella no le interesaban los libros y se casó muy jovencita. Escogió la vida que quiso, y en eso consiste la libertad. La mala salud de Basi la llevó a vivir hasta los ochenta y tres años, ¿qué te parece? Terminó sus días ciega, pero feliz, rodeada de todos los que la queríamos.

En otro retrato aparece el maestro junto a un hombre negro y anciano. Ambos están a los pies de un muelle de embarque. Esteban mira la imagen con curiosidad, pero se equivoca en su apreciación.

—¿Es Ariel?

—Es Mansa —lo corrijo—. La guerra le pasó factura al viejo mandinga. Estaba flaco, desarrapado y enfermo después de cinco años sobreviviendo en los palenques. Víctor lo acogió en su casa, lo llevó a que lo viera un médico y lo alimentó hasta que consideró que había recobrado las fuerzas. Entonces, compró un pasaje de barco para las islas Canarias y se lo puso en la mano a su amigo. También le dio un dinero para que, una vez allí, pudiera dar el salto a África. «Vuelves a casa», le dijo. Lo recuerdo como si fuera hoy. Estuve presente en aquella despedida. Hasta ese momento, yo nunca había visto abrazarse a un hombre negro y uno blanco.

—Debió de ser emocionante.

—Lo fue. Esas cosas nunca se olvidan. Mansa se embarcó de inmediato y no volvimos a saber de él, aunque nos gustaba imaginarlo libre y feliz bajo el cielo de África.

Le señalo a Esteban una esquina de la cómoda, donde descansa un marco rectangular. En la fotografía hay tres personas.

—Este fue el día en que se inauguró el dispensario —le digo—. Incluso en una fotografía tan vieja, se aprecia la cara demacrada del doctor Justino por la pérdida de su esposa.

Hago saber a Esteban que, durante el tiempo que duró la guerra, el doctor y Mar trabajaron en un hospital de campaña a las órdenes del Ejército español.

—La escasez de médicos en el Ejército era terrible. Salvaron tantas vidas que Justino, al fin, encontró el descanso que necesitaba su alma. A cambio de la vida de doña Ana, muchos soldados volvieron vivos con sus familias.

Junto al doctor están Mar y Rafael, el enfermero.

Esteban sonríe.

—Es muy alta.

—Lo era —digo—. A mí también me parecía muy hermosa. El doctor falleció de fiebre amarilla poco antes de que acabara la guerra, en el noventa y ocho. Mar incineró su cuerpo, pese a que, por entonces, solo los anticlericales pedían ser cremados como protesta contra la Iglesia. Poco después, ella se subió a un barco rumbo a España. Calculó el punto de la travesía donde había sido arrojado el cuerpo de su madre y, en la intimidad de una noche fría, arrojó las cenizas por la borda. Siempre dijo que su padre flotó un momento en el aire, como si buscara el lugar exacto, antes de ir al encuentro de su gran amor.

Esteban observa las fotografías un rato más. Yo me retiro un poco y le ofrezco un instante a solas con ellos. Después le digo que me deje descansar y quedamos en vernos al día siguiente. Mañana daré por concluida esta historia. Tal vez por eso paso el día inquieta y por la noche me cuesta dormir. Cuando uno se acerca tanto al pasado, un pedazo de su ser se queda allí para siempre. Y a mi ser ya no le sobran pedazos.

Por la mañana, Ludi viene a despertarme y a traerme el desayuno.

Cuando entra, yo ya estoy limpia y vestida.

—Pero ¿qué lleva puesto, bisa?

—¿No te gusta?

Observa mi falda larga, la blusa blanca de manga corta fruncida en los hombros y el pañuelo que llevo siempre atado al cuello.

—Me gusta —determina—, parece una muchachita de noventa años.

Le sonrío. Desayunamos juntas. Cuando llega la hora, Ludi sale conmigo a la calle, donde Esteban quedó en recogerme. El aire de la mañana huele a ciudad moderna, a mango maduro y a las flores que lleva Ludi en la mano. Más allá de eso, solo soy capaz de oler el tufo que dejan los automóviles.

Espero inquieta, con una sonrisa en la cara. Ludi me da una palmadita en la mano para que deje de moverme y de estirar el cuello, pero yo quiero ver el carruaje asomar al final de la avenida. En un momento que me despisto, la oigo decir:

—¡Ya viene!

La calesa asoma al fondo y yo pateo el suelo, nerviosa como una niña, hasta que el calesero se detiene ante nosotras. Ludi me ayuda a subir. Esteban me tiende la mano desde el asiento y luego ella me entrega las flores. Cuando me acomodo, mi joven acompañante me pregunta:

—¿Adónde quiere ir, señora María?

—Con mis seres queridos —le digo, alegre.

Esteban me mira sin comprender y yo me dirijo al elegante calesero, de piel negra como el azabache.

—Señor, llévenos al cementerio, por favor.

El hombre arrea el caballo. Esteban me mira. Comprende.

Durante el trayecto en calesa, no deja de hacer preguntas. Habría preferido que mantuviese la boca cerrada para poder disfrutar del paseo, pero entiendo su interés.

Le digo que don Pedro reconstruyó por completo Dos Hermanos. Derribó los barracones de madera y los volvió a edificar de mampostería con algunas comodidades. Al terminar la guerra contrató mano de obra canaria y criolla, y el central de azúcar llegó a ser muy próspero.

—¿Pedrito consiguió recuperarse?

Aspiro fuerte antes de responder.

—Aquel mal golpe dejó secuelas en su cerebro de las que nunca se recuperó y que lo sumieron en una infancia perpetua. No volvió a hablar y lo poco que era capaz de aprender por el día lo olvidaba por la noche, de modo que la vida fue para él una sucesión continua de descubrimientos. Se asombraba cada mañana con el canto de los pájaros y lo deslumbraban al atardecer los mismos colores del ocaso. Y, así, un día tras otro. —Hago una pausa para respirar y añado—: A don Pedro no le fue mal. Volvió a casarse unos años más tarde y de la unión con su nueva esposa nació la fuente de su mayor alegría: su hija Esmeralda. Atrás dejaba para siempre la conspiración, la maldad y la locura que lo habían perseguido desde aquella tarde en que Ada y Frisia entraron en su vida. Su hija siguió al frente de la hacienda al fallecer él, hasta que, en el año cincuenta y seis, los barbudos que todos conocemos entraron en La Habana y proclamaron el triunfo de la Revolución. El Estado se quedó con Dos Hermanos sin posibilidad de apelación ni compensación por parte de sus legítimos dueños.

El calesero se detiene frente a la entrada del cementerio. Esteban tiene que bajarme sujetándome como si fuera una niña chiquita. Es entonces cuando repara por primera vez en mi vestuario.

—Parece una guajira —me dice.

—Un higo seco de guajira, en todo caso.

Voy caminando de su brazo. Dejamos atrás tumbas y panteones cuyo mármol blanco desata la plenitud del cielo azul. Después de hormiguear por los caminos sepulcrales, me detengo frente al panteón familiar.

—Llegamos a casa —le digo, y Esteban me mira con media sonrisa.

—Tiene usted un sentido del humor peculiar.

—Llevo cien años en este mundo, hijo, y si el Señor no pretende resucitar a la humanidad pronto, creo que este será mi hogar durante mucho más tiempo. Pero es hermoso, ¿no te parece?

—¿Qué quiere que le diga? —replica mirando el edificio—. A mí los cementerios me hacen *tiquitún* en la barriga.

Mientras él observa con aprensión, yo me deleito con la luz del sol, que incide de lleno sobre las cuatro columnas del frente, sobre los bloques de piedra arenisca y las cornisas.

—Vamos —le digo, agarrándome de nuevo a su brazo para subir los cuatro peldaños que separan el panteón del suelo.

—¿Quiere usted que entre ahí?

—No seas flojo, muchacho, que ningún muerto va a sacarte a bailar.

Acepta a regañadientes. Llegamos hasta la entrada y yo extraigo del bolso de mi falda una llave para abrir la verja. Las bisagras de hierro chirrían. Invito a Esteban a cruzar el umbral.

—Usted primero —dice.

Voy delante y penetro en el haz de luz que entra por la puerta y que ilumina los seis metros cuadrados que tiene por dentro el edificio. También incide sobre dos tumbas unidas que comparten una misma lápida de mármol y una misma cabecera. Esteban lee los nombres de los que yacen en ella.

—Víctor Grimani Soler. —Desplaza la mirada a la derecha y añade—: Mar Altamira Martínez.

Entonces guarda silencio, como si las palabras no fueran necesarias. Y, en realidad, no lo son, porque lo que está en equilibrio no necesita explicaciones profundas. Al cabo de un momento, soy yo la que rompe el silencio para leer la inscripción de la cabecera.

—«Unidos toda la vida por el amor. Eternamente vinculados por la muerte.»

Cuando me mira, Esteban tiene los ojos brillantes.

—No podía ser de otra forma, ¿verdad? —dice—. Lo contrario habría sido una injusticia.

—Yo diría más que eso: habría sido una injuria del azar. No soy muy dada a las conjunciones astrales y a su repercusión en las aspiraciones de las personas, pero algunas nacen predestinadas a estar juntas, no importan los planes que tengan los hombres para ellas, ni las vueltas que dé la vida, ni lo imposible que parezca. En algún lugar está escrito que ha de ser así y no hay fuerza humana o divina capaz de impedirlo. Y eso, querido muchacho, es algo digno de ver.

Le hago saber a Esteban que Víctor y Mar contrajeron matrimonio una mañana de primavera, después de que ella regresara de su viaje a España. Durante los dos meses que pasó ella en la ciudad de Gijón, sintió que la monotonía de su propia gente la adormecía. Nada podía superar la diversidad de la isla, que se le había metido muy dentro, nada igualaba la luminosidad de sus colores y la polaridad de sus fragancias.

—Víctor intentó trabajar de nuevo en el negocio del azúcar, pero

su cuerpo no toleraba bien el ardor que desprendían los hornos en la casa de calderas ni el rugido de las máquinas de vapor. Aquella maldita herida lo cambió por fuera, mermó su fortaleza y en ocasiones la fatiga lo tumbaba durante días, pero no dejó que el dolor y el cansancio lo cambiaran por dentro. El rencor ni siquiera llegó a rozarlo y disfrutó de la vida con sus limitaciones.

—¿Y ella? —pregunta Esteban—. ¿Logró estudiar Medicina?

—No, no lo hizo. Para cuando pudo ir a la universidad, se vio mayor. No obstante, siguió trabajando como enfermera hasta que la salud de Víctor empeoró. Entonces lo dejó todo para estar con él, pero eso fue al cabo de mucho tiempo. Víctor vivió hasta los sesenta y ocho años, mucho más de lo que se esperaba de un hombre con un pulmón convertido en una esponja reseca. Se fue en paz mientras dormía. A todos nos sorprendió que ella no derramara ninguna lágrima tras su muerte. Cuando le pregunté, dijo que no se llora por los que vivieron y murieron felices, una verdad que yo también fui aprendiendo a lo largo de los años.

—¿Tuvieron hijos?

—No, y no me preguntes por qué. No lo sé y nunca lo cuestioné.

Contra las paredes del panteón hay más tumbas. Esteban se acerca y lee las inscripciones. Ariel y Mamita yacen juntos bajo la misma lápida y, en el lado opuesto, descansan Basi y Nadine.

—Nadine nos dejó hace solo dos años, a la edad de ochenta y nueve. Así que ahora solo quedo yo. Los enterré a todos.

Esteban me contempla con una pregunta en los ojos que ha estado deseando hacerme desde el principio. Sabe que mi apellido es Grimani, y eso lo desconcierta, porque el maestro era un hombre blanco y yo ni siquiera soy mestiza. Mi piel es negra como un trozo de obsidiana.

Pero aún es capaz de contenerse.

—¿Y Paulina?

—Primero te hablaré de Rosalía. Sé que ella es secundaria en esta historia, pero su vida tiene mucha enjundia. Con el incendio de la iglesia se perdieron todas las actas matrimoniales y las fes de bautismo, y de ello se aprovechó Rosalía. Sin certificado de matrimonio de por medio, este era como si nunca se hubiera producido, así que le sisó dinero a su esposo y se fugó a La Habana. Allí se subió a un barco que la dejó en Florida, en la gran nación del

dólar, donde se unió a un grupo callejero de teatro. Con ellos recorrió el país de este a oeste, de norte a sur. Nunca volvió a casarse, pero nos consta que tuvo una vida aventurera. Nos lo contó en una carta. Una historia increíble, ¿verdad? Creo que el mayoral Guillermo salió ganando del entuerto.

—Insólito. ¿Y ahora va a hablarme de Paulina? Apuesto a que se casó con el soldado.

—Y no te equivocas. Se casó con Jaime Rosell, un soldado que había sido reclutado de forma forzosa en Cartagena al estallar la guerra. Allí había dejado a una madre desesperada por su partida y unos estudios a medias. Tuvo suerte y solo perdió en la guerra tres dedos de la mano izquierda. La familia de Jaime quiso mucho a Paulina, un afecto correspondido por ella. Tuvieron muchos hijos, no sé cuántos, y ella trabajó estrechamente con su esposo en la botica de sus suegros. Un año después de casarse, volvió a casa de sus tíos para buscar a su perra Nana y entregarles a ellos una ayuda económica. Su primo pudo librarse del Ejército, estudiar y acceder a un cargo municipal. Para entonces, Paulina ya estaba encinta de su primer vástago. Según tengo entendido, en ese pueblo hablaron durante mucho tiempo del día en que Paulina se bajó de la diligencia en mitad de la plaza. Ella misma nos escribió para contárnoslo. Apenas puso los pies en el suelo, su perra Nana detectó su olor en el aire y no tardó en ir a su encuentro. Dijo que había llorado mucho al verla aparecer por el recodo del camino. Se la llevaron con ellos a casa. Un buen final para el fiel animalillo, ¿no crees?

Todavía estoy hablándole de Paulina y de su vida en Cartagena cuando veo que Esteban se va hacia un rincón del panteón y se detiene sobre la última tumba. Me acerco a él.

—María Soledad Grimani Altamira —lee en la inscripción, y añade—: ¡Solita! Y lleva los apellidos de Mar y del maestro. Eso quiere decir que la adoptaron legalmente. No tuvieron hijos propios, pero criaron a la niña. —Me mira esperanzado—. ¿Fue así? Dígame que fue así.

—Así fue.

—Me alegra saberlo. Lo que le pasó a la muchachita fue terrible.

Apoyo una mano en su brazo y Estebita se da cuenta de que mis piernas flojean. Han sido muchas emociones en una misma mañana y visitar el panteón siempre merma un poco mis fuerzas. Me ayuda a

repartir las flores por las tumbas, pero tuerce el gesto cuando dejo una de ellas desnuda.

—¿No pone flores en la tumba de Solita?

—Anda, volvamos, que se nos hace tarde.

Me acompaña a la salida. Él mismo se encarga de cerrar la verja. Cuando nos subimos a la calesa guarda silencio. Lo observo con afecto. Parece consternado. Hay en su mirada una decepción razonable. Después de todo, se encontró con unos muertos a los que había empezado a tomar cariño.

La brisa del mediodía nos sacude a los dos, es cálida y agradable, y siento la necesidad de desprenderme del pañuelo que me ciñe el cuello, un trozo de tela *colorá* que solo abandono al acostarme. Me tiemblan las manos de cansancio, pero logro deshacer el nudo y tirar del extremo hasta que el pañuelo cae en mi regazo. Entonces levanto la cabeza y le ofrezco a la brisa el sudor que se estanca en los pliegues de mi piel. Esteban me mira con los ojos *asombraos*. Está a punto de hablar, pero decide callarse. Sé que mira el relieve abrupto y blanquecino de mi cuello, un cordón de piel reconstruido por las manos de un buen doctor que hizo lo que pudo con el amasijo de carne que le pusieron delante. Esteban baja la cabeza, asimilando, reconstruyendo el rastro del último personaje de esta historia.

De la tumba que aguarda vacía en el panteón, le hablaré en otro momento.

Le pregunto al calesero si puede ir un poco más deprisa. Él arrea el caballo. Abro los brazos y dejo caer los párpados. El olor de la melaza regresa a mí, y el sonido de las máquinas de vapor repiquetea en mi mente. Colgado de un hilillo de la memoria llega el chasquido de unas garras que se clavan, que destrozan, que traen fuego en las puntas de las uñas. Cuando eso sucede, unos ojos azules se interponen entre el dolor y yo.

Mi niña Mar siempre me salva.

Y vuelvo al primer instante de felicidad.

NOTA DE LA AUTORA

La mañana del 25 de enero de 1898, tres años después de que comenzara la última guerra de independencia cubana, el buque de guerra norteamericano Maine entraba en la bahía de La Habana para proteger los intereses de Estados Unidos en Cuba. Tres semanas más tarde, el flamante buque volaba por los aires. Más de doscientos cincuenta hombres, entre oficiales y marineros, murieron a consecuencia de la explosión. Las autoridades y la opinión pública norteamericanas señalaron a España como responsable del atentado. En consecuencia, Estados Unidos le declaró la guerra un mes después. El viejo imperio fatigado y exhausto se enfrentó al incipiente país de los grandes recursos que estaba destinado a capitanear el futuro de la política internacional. La derrota española se decidió en un corto combate naval en la bahía de Santiago de Cuba. España se vio forzada a entregar a Estados Unidos sus últimas posesiones de ultramar: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam. Lo que ocurrió en adelante con estos territorios bajo la ocupación norteamericana sería demasiado extenso de explicar en esta simple nota, pero animo a los lectores a que lo descubran en la amplia bibliografía que existe al respecto.

España envió a Cuba el mayor contingente militar que hubiera cruzado el Atlántico hasta la Segunda Guerra Mundial. De los doscientos mil soldados españoles que llegaron, cerca de sesenta mil fallecieron, el noventa por ciento a causa de enfermedades contraídas en la isla.

La voladura del Maine estuvo siempre, y continúa estando, bajo la sospecha de las opiniones conspiranoicas, pero las investigaciones posteriores y comisiones navales españolas y norteamericanas apuntaron a que la explosión del acorazado podría haberse debido a un accidente fortuito. El Gobierno de Estados Unidos jamás volvió a acusar a España de aquel suceso.

Dolores Aleu Riera, nacida en Barcelona, fue la primera mujer

española en cursar estudios de Medicina. Matriculada en 1874, acudía a la facultad con escolta para evitar que le lanzasen piedras. Una vez terminados sus estudios, no le permitieron hacer el examen para obtener su titulación hasta mucho tiempo después. Aun así, ejerció la medicina durante veinticinco años.

Laura Martínez de Carvajal, hija de españoles asentados en Cuba, fue la primera mujer cubana en obtener una licenciatura en Medicina y Cirugía. Fue el 15 de julio de 1889. Casi treinta años más tarde, en 1916, Anastasia Cruz Angulo Verdesi logró ser la primera doctora de raza negra de Cuba. En su etapa de estudiante, Cruz también ejerció como periodista en revistas locales y nacionales. Sus artículos fueron una cruzada contra el racismo y en defensa de la unidad étnica y la justicia social.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a José Vega Martínez, vecino intermitente y amante de los sellos y los libros, por traerme a casa todos los ejemplares sobre Cuba que logró recopilar a lo largo de los años. Alguno de ellos son verdaderos tesoros.

Gracias a Ana María Fernández Sande, mi bibliotecaria favorita, por leer el manuscrito y mostrar un entusiasmo parecido al mío. También por buscarme cada pieza de información que necesito. Mi querida Rossetta Stone, sabes que te aprecio.

Gracias a Manuel Navarro, compañero escritor, por leer el texto y limpiarlo, en la medida de lo posible, de imperfecciones.

Una vez más debo dar las gracias a Fernando García Echegoyen, hombre de mar y experto en siniestros marítimos, por hacer que mis travesías en barco sean más veraces.

Todo mi agradecimiento a Olivia Santiago Moriana, matrona y amiga, por guiarme en el alumbramiento por cesárea de Nadine.

A Elena Jorreto, por enviarme las ilustrativas fotografías de los ingenios azucareros que visitó en Cuba hace unos años.

Gracias a mis padres por el entusiasmo, por el carácter alegre, por las partidas de Monopoly, por las escapadas improvisadas, por hacerme sentir siempre ganas de volver a casa.

Gracias a Luis Ángel Marqués, piloto y copiloto de mi vida, por hacerme reaccionar cuando me paralizo, por llevarme el desayuno a la cama y por arrastrarme a orillas del mar cuando la niebla no me deja pensar.

A Enol le doy las gracias por dejarse abrazar. Lo siento, cariño, pero te seguiré abrazando y besando hasta mi último aliento. Eres lo que más quiero en el mundo.

A Anna Soler-Pont, de Pontas Agency, por cogerme la mano cuando más falta me hacía. Espero que este sea el comienzo de una bonita y fructífera relación.

A todo el equipo de Editorial Planeta, en especial a mi editora,

Lola Gulias.

Gracias a mis amigos, por las reuniones y las cenas y las salidas a caminar.

Toda mi gratitud a los lectores de *El guardián de la marea* por transmitirme tanto y tanto cariño. No escribo para mí, escribo para vosotros.

El maestro de azúcar
Mayte Uceda

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Miriam Bauer

© Mayte Uceda, 2024
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© de las imágenes, Album; Library of Congress, Geography and map división

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28430-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

ISABEL ARIAS
CUANDO VOLVAMOS A VERNOS
Planeta

Cuando volvamos a vernos

Arias, Isabel
9788408285601
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Se mudó a París para cambiar su vida. Viajó a Londres para conocer un nuevo amor. Ahora tendrá que mirar dentro de sí para saber lo que desea.

Tras perder a su marido y descubrir un **doloroso secreto**, Isabelle decide mudarse a **París**, la ciudad que adora desde que era niña. Lo hace justo antes de cumplir cuarenta años con la esperanza de empezar allí **una nueva vida**.
Se instala en un piso cerca de su mejor amiga y comienza a trabajar en una preciosa librería inglesa frente al Jardín de Luxemburgo. Envuelta en la **atmósfera parisina**, Isabelle volverá a ilusionarse y a soñar. También viajará a Londres, donde encontrará no solo nuevas alegrías, sino el camino hacia **un nuevo amor**.
Entre libros y canciones, y animada por el cariño de sus queridas amigas Marta y Léa y del divertido Thomas, Isabelle descubrirá que **hay muchos tipos de relaciones** y que allí donde surge el enamoramiento verdadero sobran los prejuicios. Porque el amor real **nunca es perfecto**.

Cómpralo y empieza a leer

OFENSA AL FRÍO
Toni Sánchez Bernal
Planeta

Ofensa al frío

Sánchez Bernal, Toni
9788408285830
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una pareja atada al pasado; una inspectora sin nada que perder; una casa de la que no pueden escapar.

Alba y Miguel son un matrimonio destrozado tras haber perdido lo que más querían: su hija.
El dolor y la culpa han conseguido que ya no mantengan ninguna relación ni física ni emocional, de hecho, apenas se dirigen la palabra. Son dos extraños que comparten lo único que les une a día de hoy, la casa en la que viven. Pero sus vidas dan un vuelco cuando se ven implicados en el asesinato de un hombre con el que Alba tuvo un *affaire*.
¿Cómo explicarle a Miranda Delgado, la inspectora de Homicidios encargada del caso, que la verdadera asesina lleva años muerta? ¿Cómo convencerla de que cese en la búsqueda de un culpable cuando la víctima podría haberla puesto tras la pista para encontrar vivo a su propio hijo?

Cómpralo y empieza a leer

«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» JAMES CLEAR, *autor de Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS

MÁS DE 2.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS

18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan
9788408247265
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

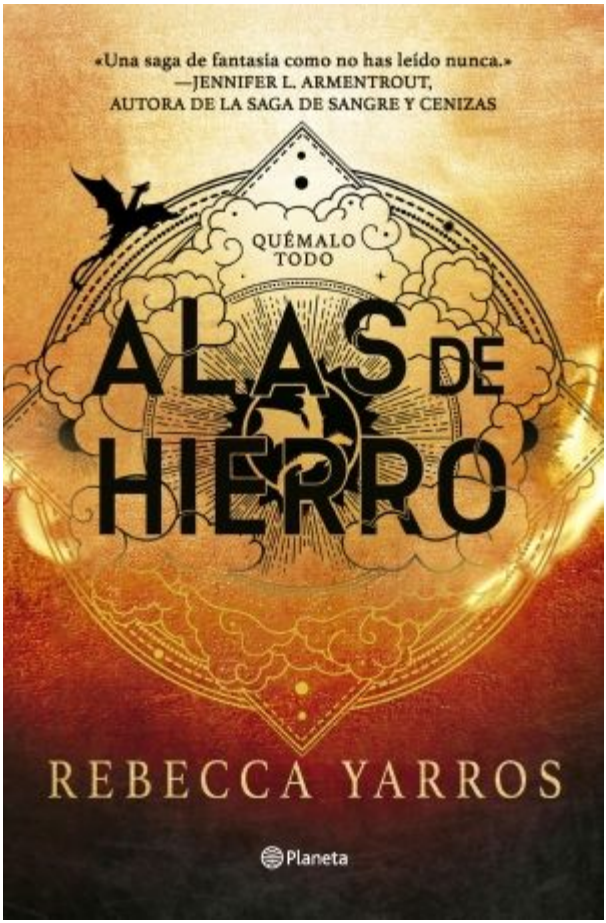
«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.

Cómpralo y empieza a leer


«Una saga de fantasía como no has leído nunca.»
—JENNIFER L. ARMENTROUT,
AUTORA DE LA SAGA DE SANGRE Y CENIZAS
QUÉMALO TODO
ALAS DE HIERRO
REBECCA YARROS
Planeta

Alas de hierro (Empíreo 2) (Edición española)

Yarros, Rebecca
9788408285274
896 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El segundo volumen de la serie Empíreo tras Alas de sangre. El fenómeno juvenil de fantasía del que todo el mundo habla. No te pierdas la primera edición exclusiva y limitada con tacos ilustrados.

Todos esperaban que Violet Sorrengail muriera durante su primer año en el Colegio de Guerra Basgiath, incluso ella misma. Pero la Trilla fue tan solo la primera de una serie de pruebas imposibles destinadas a deshacerse de los indignos y los desafortunados.

Ahora comienza el verdadero entrenamiento, y Violet no sabe cómo logrará superarlo. No solo porque es brutal y agotador o porque está diseñado para llevar al límite el umbral del dolor de los jinetes, sino porque el nuevo vicecomandante está empeñado en demostrarle lo débil que es, a menos que traicione al hombre al que ama. La voluntad de sobrevivir no será suficiente este año, porque Violet conoce el secreto que se oculta entre los muros del colegio, y nada, ni siquiera el fuego de dragón, será suficiente para salvarlos.

Cómpralo y empieza a leer

SANTIAGO POSTEGUILLO
LOS SECRETOS DE
LOS
ASESINOS
DEL
EMPERADOR
Planeta

Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago
9788408123606
36 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido? ¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador? ¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma? ¿Existieron las gladiadoras? ¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico? Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de Los asesinos del emperador, su nueva novela. ¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer